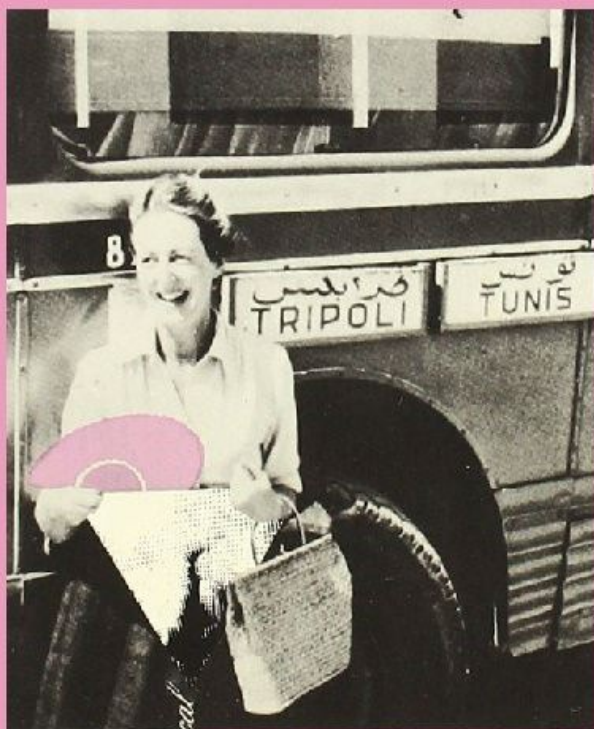


Anne Cumming
En busca del amor



La sonrisa vertical



Aprovechando una larga ausencia del marido, Anne Cumming abandona ella también en 1952 las brumas londinenses por el norte de África en busca de un amor que parece extinguido. Al llegar a Marrakech, se instala en una habitación con vistas a la plaza del mercado, en el corazón mismo de la Kasbah. Llevada por su arrolladora curiosidad, se aventura en los burdeles del quartier réservé y pone a prueba el encanto de dos fornidos árabes conocidos como los Gemelos Celestiales. Tras ser detenida como sospechosa de espionaje, se sube a un autobús de línea y atraviesa el desierto en busca de los legendarios hombres azules de Goulimine.

En esa extraordinaria «odisea», la autora nos hace cómplices, con una sinceridad y un candor muy convincentes, de sus exóticos viajes y sorprendentes actividades sexuales, desde la sofisticada orgía parisina hasta el apasionado romance con un gángster tunecino. También nos hace partícipes de sus reflexiones sobre el envejecer, sobre la amistad, la maternidad, el matrimonio, los amantes y sobre el amor del único hombre a quien amó, el escritor y artista Brion Gysin, con el cual, paradójicamente, jamás llegó a acostarse.



Anne Cumming

En busca del amor

Una odisea sexual

La sonrisa vertical - 80

ePub r1.0

Titivillus 21.12.15

Título original: *The Love Quest. A Sexual Odyssey*

Anne Cumming, 1991

Traducción: Jorge Ribera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



No seré una simple turista en el mundo de las imágenes, espectadora de imágenes que pasan por mi lado y en las que no puedo vivir, a las que no puedo hacer el amor y poseerlas como fuentes perpetuas de alegría y éxtasis.

Anaïs Nin, *Diario*, vol. 5, 1955

Cierta vez Anaïs Nin respondió a la pregunta «¿por qué escribe uno?»: «Es un mundo para los demás, una herencia para los demás... Cuando haces un mundo tolerable para ti mismo, haces un mundo tolerable para los demás».

Una inmersión total en la vida es la mejor aula para aprender a amar.

Leo Buscaglia, *Amor*

Nota de la autora

Durante la redacción de este libro, Brion Gysin aún vivía y le preocupaba lo que pudiera decir de él, por lo que me pidió que le llamara Max. Al final no tenía ninguna objeción que hacerme, por lo que puedo revelar su nombre verdadero y decir cuánto significó para mí.

He cambiado los nombres de muchas otras personas, incluidos mis familiares. Si desean que les identifiquen, pueden hacerlo ellos mismos. Respeto la intimidad de los demás, aun cuando mi propia vida sea un libro abierto.

Lo importante es que todo lo que cuento sucedió realmente y que me sucedió a mí. Esto es una autobiografía.

Anne Cumming

Enero de 1991

A todos los maridos y hermanos...
y sea Alá alabado por el resto de la humanidad.

Con mi agradecimiento a Gertrude Buckman,
Anselma dell'Olio, Cyril Overpeck y Brianna Shepard,
que me ayudaron a recomponer mi vida.

Las costas más agrestes de Marruecos

Marrakech, 1952

—El sexo es un atajo para todo —afirmé.

Tenía treinta y cinco años y estaba en brazos de mi primer amante desde que me casé por segunda vez, acostados en la cama francesa de laca negra que heredé de mi madre, entre sábanas de algodón rosadas, bajo una gruesa manta Whitney y una colcha Toile de Jouy. Terminaba febrero del 52, en Londres; poco antes había muerto Jorge VI, y su hija de veinticuatro años había sido proclamada reina con el nombre de Isabel II. Yo estaba pesarosa por el fallecimiento del rey, sobre todo porque mi primer marido, Robert, tenía un parentesco lejano con la reina madre. Pero mi problema principal en aquellos momentos no era la muerte sino el sentimiento de culpa, o más bien la carencia del mismo, con relación a mi segundo marido. Se había ausentado temporalmente y, entretanto, yo estaba en la cama con otro hombre.

Charles tenía negocios en los Mares del Sur. Me dijo que nadie llevaba a su esposa y emprendió un viaje de tres meses, dejándome atrás. Le había sido fiel desde que nos casamos, cinco años antes, pero su marcha repentina me desquició. La tarde que se fue sentí como si el fondo de mi mundo se viniera abajo, y todo lo demás cayera con él: mi ánimo se hundió y mis pechos perdieron su turgencia. Ahora comprendo los motivos que tenía Charles para necesitar un respiro de vez en cuando. Yo era apasionada, posesiva, obsesiva y los celos me hacían perder el juicio. Él era un hombre sereno, razonable y sensato, que probablemente me amaba menos que yo a él. Es difícil saber con exactitud la intensidad del amor en el matrimonio, excepto durante el período de la luna de miel.

«¡Tres meses, Dios mío!», exclamé para mis adentros. «Ni siquiera puedo soportar tres días sin él».

Ahora sabía lo que era un matrimonio abierto. El hombre se marcha, libre como si estuviera soltero y tranquilo porque sabe que, cuando regrese, su hogar, su esposa y su trabajo le estarán esperando. Nada más fácil para él que despedirse agitando la mano a través de la ventanilla del taxi que va a llevarle al aeropuerto y decir: «Pásalo bien, pero no demasiado. ¡Recuerda que voy a volver!».

¿Qué quería decir con eso? ¿Que podía jugar a mis anchas pero debía abandonar mis juguetes en cuanto mi marido regresara? Pero ¿por dónde comenzar? Miré vagamente alrededor de nuestra sala en forma de L y suspiré. Miré la chimenea vacía. Sí, Charles había subido del sótano varios cubos de carbón, como una última atención hacia mí, pero yo no había encendido el fuego. Mi cuerpo no estaba frío, sólo tenía el corazón helado.

Abrí el periódico y acaricié la idea de ir al cine, pero la bruma del exterior podría convertirse fácilmente en una niebla espesa como puré y la idea de salir no era muy tentadora. Nada me tentaba, excepto Charles. Era una mujer adicta al amor y mi objeto amoroso acababa de abandonarme por tres meses.

Tenía infinidad de ocasiones para conocer a otros hombres. Trabajaba a tiempo parcial como intérprete en un servicio oficial de información cultural, y mi tarea consistía en ayudar a personajes importantes que acudían a Inglaterra para estudiar el estilo de vida británico así como los progresos técnicos en sus especialidades. Iba a todas partes con ellos, desde mataderos hasta astilleros, desde el Parlamento a laboratorios, desde fincas aristocráticas a los barrios bajos. Conocía hombres fascinantes procedentes de todos los rincones del mundo que casi nunca dejaban de hacerme proposiciones. Yo estaba en la flor de la vida: había sido modelo y actriz, y ahora prefería utilizar el cerebro en vez del cuerpo. Éste lo reservaba en exclusiva para Charles, el primer hombre con el que experimentaba un orgasmo cada vez que hacíamos el amor; sin fallos, sin dificultades,

dondequiera que fuera y en cualquiera circunstancia.

—No puedo soportarlo, no, de ninguna manera —dije en voz alta—. ¡No puedo vivir sin él!

Mientras gritaba así, me llevé las manos a los senos y dejé caer el periódico al suelo.

Ya había visto todas las películas buenas: *Un tranvía llamado deseo*, *La Reina de África*, *Rashomon*. Repasé la cartelera. Elizabeth Taylor parecía actuar en todas las películas norteamericanas, y Alee Guinness en las inglesas. Eso debía de significar algo con respecto a las preferencias sexuales étnicas, pero ¿de qué manera podía ayudarme a resolver mi propio problema sexual?

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y en el brumoso umbral de nuestra casa de Chelsea se reveló una extraña figura.

Le invité a pasar. Era un actor sin trabajo al que conocía muy por encima y que recientemente me había traído algunos de los primeros *hippies* para que durmieran en nuestro suelo. Gracias a Dios, los individuos en cuestión se habían ido a Positano.

—Pensé que podrías estar sola —me dijo el perspicaz actor tras entrar en la casa, embozado en el abrigo y la bufanda, y besarme en ambas mejillas. Era de origen francés.

Me eché a llorar sin poder evitarlo, cosa que me horrorizó en el acto. La simpatía es un arma peligrosa en el juego sexual. Eugene se quitó el abrigo, me tomó entre sus brazos y me ofreció su hombro para que llorase.

—Pero Charles sólo estará fuera tres meses —protestó, dándome unas palmaditas en el trasero, donde su mano reposó algo más de la cuenta.

—Tres días sin Charles ya es insoportable para mí. ¡Nunca debí abandonar a Robert!

Robert, mi primer marido, era un hombre excelente, ingenioso, tolerante y muy buen padre para nuestras dos hijitas, que siguen viviendo con él. Venían a visitarme durante las vacaciones, pero la niñera Bombachos cuidaba de ellas, una viuda alta y enjuta, sesentona, con un apretado moño gris detrás de la cabeza que por la noche se transforma

en una larga y delgada trenza. Usaba en realidad unos bombachos de punto de color rosa, con elásticos en las rodillas, pero su apodo también reflejaba su apellido verdadero, Bloomfield^[1]. Sin ella mi divorcio hubiera sido imposible. Fiona tenía seis años y Vanessa sólo tres cuando dejé a Robert. La niñera Bombachos cuidó de ellas a través de todas las dificultades y las tribulaciones del divorcio y las enfermedades infantiles, y ahora eran unas robustas colegialas de ocho y once años. De no haber sido por la escuela, las habría hecho venir mientras Charles estaba ausente. Me encontraba sola en una casa de cinco pisos, en cada uno de los cuales sólo había un par de habitaciones, pero todas estaban vacías. No estaba acostumbrada a vivir sola.

—Lo que necesitas es una rápida aventura amorosa o unas largas vacaciones en el extranjero —comentó Eugene—. Anímate, Anne.

—¿Cómo podría? —me lamenté—. Soy una mujer que me debo a mi trabajo, quiero a mi marido y tengo un buen empleo.

—No te estoy sugiriendo que abandones nada de eso.

—Entonces, ¿qué me sugieres?

—Verás, tengo la tarde libre. Mi mujer se ha ido al campo.

—¡Vaya! ¿Así de rápida es una aventura amorosa rápida?

—¿Por qué no?

Me enjuagué las lágrimas y precedí a Eugene al piso de arriba. Me dejé arrebatar, no por la pasión sino por la soledad. Lo que me había trastornado no era la marcha de Charles, sino la idea de que pudiera vivir sin mí. Había dejado a Robert para estar con él todos los instantes de mi vida. El sueño anglosajón de las princesas de cuento de hadas que viven felizmente por siempre jamás con sus príncipes encantadores, los cuales nunca se apartan de su lado excepto para ir al banco, formaba parte de mi educación. Con frecuencia me consideran frívola porque mis emociones no parecen ser profundas, pero creo que lo son... trágicamente profundas. Lo único que sucede es que no son tan duraderas como las de otras personas.

Yací entre los brazos de Eugene, bajo las sábanas rosadas, esperando sentirme culpable. Estaba en la cama de mi marido con un desconocido pasajero, la cama que perteneció a mi madre y en la que también había dormido con Robert. Era una de las pocas cosas que me llevé al separarme de él. Me escapé con Charles en 1948, pocos años después de la guerra. Un amigo le había prestado a Charles un jeep militar excedente, sin portezuelas, y fue necesario atarme con una cuerda para que no me cayera del vehículo al tomar las curvas. Acabamos en su casa de Chelsea con un coche de verdad, una señora llamada Briggs, que vivía cerca de la fábrica de gas y venía a hacer la limpieza una vez a la semana, y una enorme cantidad de antigüedades baratas adquiridas en

King's

Road o en las salas de subastas de

Harrod's.

Gozábamos de una felicidad divina y estábamos locamente enamorados. Así pues, ¿qué estaba haciendo en la cama con otro hombre?

—¿Qué estamos haciendo, Eugene? —le pregunté, expresando en voz alta mis pensamientos.

—Jodiendo —respondió él con laconismo.

—No, me refiero a la infidelidad hacia nuestras parejas.

—La fidelidad es propia de gente poco emprendedora y revela falta de iniciativa.

Me reí como una tonta. Todo había encajado en su sitio, mi actitud ya no era suicida, mis pechos volvían a ser firmes y me reía en vez de llorar.

—¡El sexo es un atajo para todo! —exclamé—. Pero esto no debe suceder de nuevo.

En parte por ese motivo y en parte por el mal tiempo, al día siguiente telefoneé a la oficina y les dije que no estaría disponible durante un par de meses. Salí y, a paso lento, precedida por mi aliento gélido mientras los autobuses estaban casi parados, me dirigí a la agencia de viajes más cercana. Los ancianos morían como moscas a causa de la concentración de azufre en la espesa capa de niebla que

cubría Londres desde hacía tres días. Examiné los folletos del Mediterráneo, con sus cubiertas de color azul celeste que prometían un invierno soleado, pero me había criado en el sur de Francia y no era tan ingenua como para creermé tales promesas. Me fijé en una foto de dos árabes al borde del desierto, enfundados en túnicas de color azul oscuro que destacaban contra el azul pálido del cielo. Sus rostros también parecían azules.

—¿Dónde está esto? —pregunté.

El encargado de la agencia miró detrás de la foto.

—Aquí dice «Los hombres azules de Goulimine». No sé dónde está eso, pero creo que es en Marruecos.

¿Famosas últimas palabras? Famosas *primeras* palabras. Esa escueta explicación, más mi corazón desolado, me impulsaron a emprender un viaje que era más que geográfico. Perseguía enérgicamente el amor desvanecido. Compré un juego de maletas rojas porque entonces nadie usaba un equipaje de ese color. Se consideraba vulgar y me gusta la vulgaridad, es vital para mí. La clase nunca me ha importado gran cosa. Deseaba poder decirle a un mozo de cuerda: «Todas las rojas son mías». En 1952 aún había mozos de cuerda.

Aunque en los años cincuenta ya habíamos empezado a viajar por aire, todavía nos llevábamos todas las prendas de vestir y las joyas, por si un príncipe nos invitaba a un baile o un marajá a un partido de polo. La guerra había cambiado todo eso, pero aún no nos dábamos cuenta. Los príncipes se habían convertido en ranas y los marajás en estudiantes de ciencias económicas en la Universidad de Londres. Los bailes y los partidos de polo eran escasos, pero yo seguía aferrada a mi gran joyero rojo. Estaba destinado a contener mi juego de tocador con acabados de plata así como mis joyas, como si fuera el precursor del moderno neceser para el embellecimiento personal. La plata del dorso de mis cepillos y mis frascos con tapones del mismo metal tenía grabada el blasón de la familia de Robert, y no había ninguna razón para cambiarlos. Tampoco me había quitado la sortija de matrimonio con la fecha grabada en el interior, limitándome

a añadir el anillo más ancho de Charles con el proverbio francés «*Plus que hier, moins que demain*» en caligrafía gótica. Sin saberlo, había iniciado mi nueva filosofía personal de la vida: sólo sumar, jamás restar.

Había viajado mucho a lo largo de mi vida, pero nunca había estado en las costas más agrestes de Arabia. El norte de África siempre me había atraído, y ahora estaba allí. Sin soltar mi neceser rojo, crucé Francia, España y el Estrecho hasta Tánger, pero al llegar me encontré con una ciudad ventosa y deprimente.

Tánger mira al norte del Estrecho de Gibraltar, allí donde el suave clima mediterráneo se une al del tempestuoso Atlántico. Incluso en verano un fuerte viento sopla a través del Estrecho y arremolina la arena a lo largo de las playas, irritando a los bañistas. La costa meridional de España o la Riviera francesa tienen un clima mucho mejor. ¿Por qué era Tánger tan popular?

En 1952, Tánger era todavía un puerto franco: no se pagaban impuestos ni había aduanas, abundaban la bebida y las drogas, así como el sexo y los servidores. ¿Qué más podía pedir uno cuando se estaba recuperando de la austeridad de la segunda guerra mundial? Ofrecía una libertad total, y así los marginados bohemios se habían instalado allí, junto con los empresarios internacionales, contrabandistas y primeros traficantes de drogas, evasores de impuestos y delincuentes que trataban de ocultarse de la justicia. Era una ciudad pintoresca, mísera y muy divertida, y vivir allí resultaba muy barato. El Marruecos francés y el español estaban a pocos kilómetros de distancia, y Gibraltar al otro lado del Estrecho.

Una dama inglesa muy respetable y titulada me había invitado a pasar allí algún tiempo, en la Rue Shakespeare, y me presentó a todo el Tánger internacional. Aquello me pareció muy similar a la vida que llevaba en Londres. Acababa de leer *El cielo protector* y *Las orillas más agrestes del amor*, y anhelaba aventuras exóticas en el desolado desierto de mis sueños. Mis amigos Paul Bowles y Lesley Blanch tienen mucho que ver con ello. Sus libros me incitaron a avanzar por senderos arenosos de los que nunca he regresado

del todo.

Para aguzar todavía más mi apetito, me llevaron a una galería de arte tangerina donde colgaban unas pequeñas y exquisitas acuarelas de escenas del desierto, extrañamente evocadoras de la soledad y el misterio del Sahara, de donde el pintor acababa de regresar. Pero el artista no se había molestado en asistir a su propio *vernissage*.

Sin embargo, allí encontré a Paul Bowles con su esposa Jane. Parecían una pareja totalmente bohemía. Había varios homosexuales, unos distinguidos y otros no tanto, y el rey sin corona era definitivamente David Herbert, un excéntrico aristócrata inglés como ningún otro que haya visto jamás. Tánger era ciertamente un crisol de nacionalidades. En un chamizo cercano al Zoco Chico vivía un escritor norteamericano que dormía entre manuscritos arrugados y la parafernalia del drogadicto. Parecía probable que acabara en el fondo de la bahía, pero él mismo se rehabilitó y llegó a ser famoso en París como dirigente de la Generación Beat y autor de *El almuerzo desnudo*. Pero William Burroughs no sería amigo mío hasta más tarde. Por entonces yo sólo tenía ojos para los talentos locales, y una fuerza magnética en el fondo de la galería atrajo irresistiblemente mi mirada. Un muchacho marroquí pequeño y feo me estaba mirando. Parecía uno de los limpiabotas que frecuentaban las polvorientas avenidas, pero vestía impecablemente con prendas inglesas, pantalones de franela gris bien cortados y una chaqueta de *tweed* Harris. Se llamaba Hamri y era uno de los empresarios más enérgicos.

—Puede conseguirte cualquier cosa, llevarte a cualquier parte y follarte a más no poder —me dijo alguien, añadiendo que su destreza y sus proporciones sexuales eran legendarias.

Pero no lo comprobaría por mí misma hasta varios años después. En aquella ocasión me llevaron al

Dean's

Bar, cuyo propietario, un negro de piel clara, presidió la congregación de grandes bebedores. Allí estaba todo Tánger, pero no me impresionó. Deseaba unas vacaciones en el desierto y aventuras exóticas, no bares llenos de humo con un

público de cambistas y de hombres a los que pagaban pensiones a condición de que vivieran alejados de su patria.

Decidí partir enseguida hacia Marrakech y vigilé cómo cargaban mi equipaje en el techo del autobús de la CTM que a diario vadeaba ríos, cruzaba fronteras y hacía escala durante toda una noche en Rabat. Pernocté allí con un ciclista profesional cuya bicicleta se había enredado de modo inextricable con mi equipaje rojo sobre el techo del autobús, y esa circunstancia hizo que nos pareciera juicioso seguir juntos. El hecho de que él fuese ágil, mono y hubiera quedado en tercer lugar en el último Tour de Francia ayudó a la intriga amorosa. Lo único que recuerdo de él es un notable tono muscular y sus muslos hermosos y fuertes. Siento una debilidad por los muslos, lo que te aferra y mantiene sujeta. Que otras se queden con los hombros anchos y las cinturas esbeltas que no tienen ninguna función sexual. Un hombre me gusta de cintura para abajo.

El ciclista se bajó del autobús en Rabat para participar en una carrera local, de modo que me trasladé a la parte delantera para sentarme al lado del conductor. Su profesión le había proporcionado unos bíceps fuertes y brazos bronceados que eran muy tentadores, pero estaba casado y tenía que reunirse con su mujer en cuanto llegara a Marrakech.

—Ella sabe a qué hora llega el autobús y siempre consulta su reloj si no llego a casa a tiempo.

—Es mejor así —le dije—. He decidido ser fiel a mi marido de ahora en adelante. ¿Dónde le parece que debería alojarme? Quisiera un hotel barato en la misma *kasbah*.

—En la *kasbah* sólo viven los árabes. Aquí la llamamos medina. Los europeos viven en el *guéliz*.

Vi en seguida que el *guéliz* no era para mí. Se trataba de un barrio moderno construido al lado de la antigua medina, con lujosos hoteles y blancos apartamentos europeos. En 1952 Marruecos era todavía una colonia francesa. Árabes y franceses se mezclaban socialmente y a veces incluso se casaban. El mariscal Lyautey, iniciador del dominio francés en Marruecos, levantó previsoramente los barrios europeos

de las grandes ciudades fuera de las antiguas murallas. En caso de disturbios, era posible cerrar herméticamente las medinas.

—No he venido hasta aquí para vivir en un apartamento moderno. Tiene que haber un hotel en la ciudad vieja.

El conductor del autobús pareció dubitativo.

—Creo que hay algunas habitaciones en el Café de France. No sé de nadie que se haya alojado jamás ahí excepto una puta griega.

En aquella época Marrakech era la ciudad más sensual del mundo. Había un zoco sexual para todos los sexos, conocido como el *quartier réservé*, con chicas importadas de Marsella y de otros lugares. También había muchos bailarines de *schluh* para caballeros homosexuales, a los que en los años cincuenta aún se les conocía como «raros». Yo no veía nada raro en que a un hombre le gustara otro. También a mí me gustaban, por lo que comprendía perfectamente qué veían unos en otros: buenas y duras pollas. Las mujeres olían como recién salidas de la peluquería y todo en ellas era blando.

—¿Dónde está el Café de France?

—Frente a la terminal de autobuses. Le pediré a un chico que la acompañe.

Abracé al conductor del autobús, cosa más fácil y barata que darle una propina, y crucé la plaza

Djem'a

el-Fna,

seguida por tres chiquillos, cada uno con una maleta sobre la cabeza.

En el sucio porche del Café de France, una docena de hombres estaban sentados ante mesitas circulares y tomaban té a la menta. Una docena de oscuras miradas árabes observaron mi llegada. Sentado entre ellos, con una chaqueta de *tweed* Harris, a pesar de lo cual parecía tan integrado entre los parroquianos como si llevara chilaba, vi a un guapo europeo de extraños ojos verde claro. Daba la impresión de llevar siglos allí sentado. Sentí como si ya le conociera, pero pasé por su lado sin saludarle. Aún no sabía que era mi hermano de alma.

Mi llegada sorprendió un poco al patrón del Café de France. Era evidente que no me parecía a las damas ligeras de cascos que se presentaban para trabajar como «camareras» en el club nocturno que tenía en el sótano, ni tampoco parecía una residente del *quartier réservé* que estuviera allí de paso. Tenía un aura nítida de respetabilidad, combinada con la firme resolución de quedarme en el lugar menos recomendable, en su pensión *leuche*. Así pues, no había nada que discutir. El hombre sólo me pidió que le pagara una semana por adelantado.

—¿Podría ver primero la habitación?

—Por supuesto, señora. Le daré a la señora mi mejor habitación. Está en el segundo piso y da directamente a la plaza.

La habitación no tenía baño, ni siquiera agua caliente, pero el balcón se abría a la plaza

Djem'a

el-Fna

que era el mercado nativo más excitante y menos adulterado del mundo.

—Me la quedo —le dije, dándole el dinero.

Abrí el balcón y el estrépito y movimiento del mercado me asaltaron los oídos y me deslumbraron. Era una de las habitaciones más ruidosas que había ocupado jamás, por lo que fue una suerte que el ruido no me volviera neurótica.

Un centenar por lo menos de pequeños círculos de gente llenaba todos los rincones de la enorme plaza que no estaban ocupados por tenderetes y quioscos. Esos grupitos se reunían en torno a una variedad de actores, mercaderes y narradores de historias. Había un pirófago que se metía antorchas llameantes en la boca y daba brincos escupiendo fuego al ritmo de unos tambores. No faltaba el encantador de serpientes con sus cestos de perezosas cobras encapuchadas, las cuales se erguían y agitaban la lengua al sonido de la flauta. Vi al aguador que hacía sonar sus pequeños platillos metálicos para llamar la atención del público, al que vendía el agua que hinchaba las vejigas de oveja colgadas a su espalda. Había vendedores de afrodisiacos, con sus

mercancías extendidas en el polvo, golosinas como serpientes y sapos secos, hierbas de imposible identificación. Grupos de músicos nativos sentados en el suelo con las piernas cruzadas tocaban tambores y caramillos. El griterío, los regateos y las riñas de una raza dinámica se elevaban por encima de las armonías quejumbrosas y átonas. A través de ese caos pintoresco, unos jóvenes bailaban y el hombre de los ojos verdes con su chaqueta de *tweed* Harris deambulaba. Le seguí con mis ojos color avellana. Cruzó la plaza hasta un pequeño restaurante en el borde del mercado. De repente tuve apetito.

—¿Le importa que me siente con usted?

No sé por qué me dirigí a él en inglés, pues podría haber sido de cualquier nacionalidad.

—Siéntese —respondió con un ligero acento norteamericano—. La vi cruzar la plaza con sus maletas rojas. ¿Cuánto tiempo estará aquí? ¿Ha venido por algún motivo en especial?

—Voy a pasar un mes en Marruecos para superar el exceso de amor que siento por mi marido.

—Ah, el amor... esa enfermedad tan peligrosa y también contagiosa. Ya es hora de que le encuentren un remedio.

Me encargó la comida en árabe. Llevaba cierto tiempo viviendo en Marruecos. Se llamaba Max y era pintor, poeta y el hombre más interesante con el que me había encontrado jamás. Ante él sentí una extraña afinidad que no tenía nada que ver con el sexo. Era un hombre único, extraordinario, monstruoso y magnífico. Le amé, le admiré, le respeté y le odié sucesivamente en el espacio de un solo y breve almuerzo exótico. Habíamos estado en los mismos lugares y hecho idénticas cosas. Incluso nos parecíamos físicamente.

—¿Dónde naciste, Anne?

—En Walton-on-Thames. ¿Y tú, Max?

—Al lado. En un pueblo que está más abajo, por el camino de sirga.

—¿En qué año? —le pregunté.

—En 1916.

—Un año antes que yo.

—La misma edad, la misma época, el mismo lugar. Parece

que tenemos una vinculación irrevocable.

—¿Crees que nuestros padres se conocieron?

—Es posible. Quizá se visitaban mutuamente en batea..., empujando ese largo palo en las oscuras aguas del Támesis, y se tendían uno al lado del otro bajo los sauces llorones.

—¿Crees que trocaban a sus esposas como lo hacían con las bateas? ¿No seremos hermanos?

—¿Por qué no? ¿Tienes un hermano?

—Le mataron en la guerra. Y tú, ¿tienes una hermana?

—La tuve. Murió.

Max me miró con sus misteriosos ojos ultramundanos de un verde azulado. Los míos eran castaño verdoso. Nuestras miradas transmitían un reconocimiento silencioso.

En aquel momento, un escritor inglés llamado Peter Mayne se reunió con nosotros. Acababa de escribir un libro titulado *Los callejones de Marrakech*. Max me lo presentó.

—Es mi hermana —le dijo—. Acaba de llegar.

Transcurrieron varios días antes de que supiera lo que Max había hecho. Salió a relucir porque había reconocido el *tweed* de su chaqueta.

—Estoy segura de haber visto cierta vez una chaqueta idéntica —le dije—. La llevaba la persona más inverosímil, un joven árabe en una galería de arte, en Tánger.

—Ése debía de ser Hamri. Encargué una para él cuando me hicieron la mía en Gibraltar.

Resultó que Max había encontrado a Hamri colgado en el exterior del tren, haciendo contrabando de tabaco a través de la frontera entre el Marruecos francés y la zona franca de Tánger. Le hizo subir a su vehículo y cuidó de él desde entonces.

—Ahora pinta mejor que yo —dijo Max, revelando que la exposición a la que asistí en Tánger era de sus propias obras. No sólo era un pintor conocido sino que también escribía poemas y tenebrosas novelas.

—¡Ah, me encantaron tus paisajes desérticos! —exclamé—. Una especie de espejismos mágicos.

—¡No eran más que postales! —replicó Max, denigrando su propia obra, cosa que hacía a menudo.

Iba a pasarme la vida entera oyendo sus comentarios negativos emparedados entre sus actos y apariciones, por lo demás carismáticos y eufóricos.

Era muy propio de Max que no hubiera asistido a la inauguración de su propia exposición. Cuando no era invisible, su presencia resultaba abrumadora. En un momento podía sobresalir manifiestamente y un instante después ser imperceptible. Le he visto caminar por la calle de ambas maneras. Primero la gente se hacía a un lado y le miraba, y luego no le veían. Le gustaba la magia y era capaz de usarla a voluntad. A veces incluso podía levitar.

Max y yo pasamos mucho tiempo juntos. Tenía una motocicleta italiana con la que íbamos a todas partes. Me aferraba a su cintura mientras nos sacudíamos sobre los baches en los jardines de Aguedal o cortábamos el aire a través de los zocos, esquivando peatones, bicicletas, perros y asnos que no prestaban atención, como si todos estuvieran sordos. Visitamos a los amigos de Max, que conocía a todo el mundo y era respetado por todos, aunque se mostraba alternativamente hospitalario, inhospitalario, amistoso, hostil, misántropo, misógino, tolerante e intolerante. No era un hombre de trato fácil, pero todos querían tenerle a su alrededor y luego, en ocasiones, lo lamentaban. A mí me ocurrió lo mismo. Iniciamos una de esas relaciones de amor y odio perpetuas basadas en la rivalidad entre hermanos. Seguimos juntos, con intermitencias, y es presumible que sigamos estándolo hasta que la muerte nos separe. Desde entonces los dos hemos estado a punto de morir en dos ocasiones, y cada uno se ha sentado, angustiado, junto a la cama del otro, esperando su final. Cuando éste llegue, probablemente le echaré de menos más que a cualquier otro hombre. Es el único al que he amado pero jamás me he acostado con él. Eso debe de significar algo.

—Soy una reina viril —me dijo Max un día en el porche del Café de France—. No soporto a los afeminados.

Era el homosexual más masculino que había conocido

jamás. Marrakech estaba lleno de maricones de todas clases, entre ellos Peter Mayne y Peter Calamidad, llamado así porque las cosas siempre le salían mal.

Creo que en su vejez la mala suerte dejó de cebarse con él. Cuando le vi por última vez en Londres, muchos años después, criaba abejas en Bond Street. Dejaba abierta la parte superior de la ventana, tenía una colmena en la sala de estar y las abejas iban en busca de la materia prima para fabricar su miel a los parques londinenses.

Había una reina cocinera a quien llamaban la Baronesa, que me concedió a los Gemelos Celestiales. Los conocí en una de sus cenas succulentas.

—Max, acaban de presentarme a dos amigos inseparables, chicos árabes de buena familia, y los dos quieren acostarse conmigo. ¿A cuál debo elegir? Uno parece una gacela y el otro un mono.

Había empezado a consultar a Max como si fuese un hermano mayor.

—Las gacelas nunca dan buen resultado en la cama. Sólo quieren ser admiradas. Los monos tienen mucho más carácter y ponen más empeño. Un mono *sexy* vale por dos gacelas.

—Pero no quiero herir los sentimientos de ninguno de ellos.

—Entonces acuéstate con los dos.

Así lo hice. Badour, la gacela, animaba mis siestas por las tardes, mientras que Abdelkader, el mono, se afanaba encima de mí durante toda la noche. Los dos estaban pulcramente circuncidados y bien equipados, y yo era incapaz de distinguir sus penes, a los que llamé los Gemelos Celestiales.

Max y yo conocíamos a pobres y ricos, a bohemios y miembros de la llamada alta sociedad. Una y otra vez tropezábamos con personas a las que ambos conocíamos. Era increíble que no nos hubiéramos visto antes.

Una noche, en el bar del mejor hotel de Marrakech, vimos a Bubi Pritchard, una reina vieja y sosa que intentaba mejorar su aspecto con una peluca y con un muchacho impecablemente vestido como accesorio.

—¡Bubi! —exclamamos Max y yo al unísono—. ¡Qué

alegría encontrarte aquí!

Entonces Max y yo comentamos, sorprendidos: «¡Pero no sabía que le conocías!».

Poco después me presentaron al chico mantenido, que se llamaba algo así como Ravioli o Cannelloni, y de pronto nos encontramos todos en el comedor de La Mamounia como invitados de Bubi. Él estaba encantado de pagarnos la cena para que le entretuviéramos. Era uno de esos ricos siempre tan aburridos y tan cargantes que han de tener a su alrededor algunos «nuevos pobres», como Max y yo, para divertirles. Cumplimos noblemente con nuestro deber.

Encajábamos perfectamente en el comedor de La Mamounia, que podría haber sido un hotel en Florida, lleno de prósperos norteamericanos vestidos con caros atuendos veraniegos, aunque una hora antes nos habíamos sentido desplazados en la motocicleta de Max, atravesando los zocos donde todo el mundo llevaba todavía ropa de invierno.

—¿Has estado en Ouarzazate? —le pregunté a Bubi. Anhelaba ir allí, y un coche lujoso parecía más adecuado que la Vespa de Max. Estaba segura de que Bubi debía de tener un Rolls Royce.

—¿A qué distancia está Ouarzazate? —inquirió Bubi.

—Nunca he entendido de kilometrajes —repliqué, no del todo sinceramente—, pero diría que está bastante cerca si uno viaja en un coche rápido. Max y yo estamos pensando en alquilar uno.

Eso era absolutamente falso, pero nos moríamos de ganas de visitar Ouarzazate, que se encontraba a una buena jornada de viaje, por lo que era preciso pernoctar allí.

Hubo una ligera pausa mientras los pájaros entraban y salían por las ventanas abiertas. Me intrigó que los pájaros en La Mamounia siempre parecieran adiestrados para desplazarse por el interior del edificio.

—¿Por qué no venís con nosotros? —dijo Bubi por fin—. Tenemos un coche con chófer que nos recoge cada mañana a las doce para dar un breve paseo antes del almuerzo.

En aquel momento todo el comedor estalló en un frenesí de aplausos. Alcé la vista de mi plato y vi que los aplausos

iban dirigidos al jefe de camareros, vestido con túnica blanca, una faja ancha alrededor de la cintura y turbante, quien empujaba un carrito con un postre espectacular, sorbetes de naranja en el interior de pieles de naranja ahuecadas y colgados de arbolitos, como si fueran frutos naturales. Algunos de los turistas americanos se pusieron en pie de un salto, cogieron sus cámaras y fotómetros y empezaron a fotografiar aquel huerto móvil.

—Burnham Wood viene a Dunsinane —dijo Max con indiferencia, y siguió hablando con Bubi en el mismo tono despreocupado—. Quizá mañana deberíamos salir un poco antes de las doce. Podrías recogernos en el Café de France, donde siempre desayunamos.

Así pues, el pobre Bubi Pritchard y su guapo amiguito, que nunca se levantaba antes de mediodía, se vieron apremiados para que nos recogieran a las nueve. Fue una desgracia que alguien eligiera aquella mañana para arrojar una bomba contra El Glaoui.

Precisamente cuando el coche de Bubi Pritchard asomó por la calle, se produjo una explosión en la mezquita de la Kutubia. Una multitud de fieles que habían estado rezando en el interior con su dirigente local, el pachá El Glaoui, salieron en desbandada, gritando y agitando los brazos, vestidos con sus chilabas blancas, como una bandada de gaviotas enloquecidas, y echaron a correr por la plaza

Djem'a

el-Fna

en el mismo momento en que Bubi bajaba de su coche para ir a buscarnos.

Le arrastraron ante nosotros en la cresta de la ola. Tiramos de las chilabas de algunos corredores menos frenéticos y les preguntamos qué ocurría, pero nadie se detuvo para decírnoslo y todos siguieron corriendo. Más tarde supimos que «el incidente», como se denominó luego, formaba parte de las manifestaciones contra los dirigentes árabes que eran uña y carne con los franceses. Marrakech se preparaba para una visita de Estado del sultán y los nacionalistas estaban decididos a no perder ninguna

oportunidad.

Su huida forzosa no mejoró al pobre Bubi Pritchard, el cual regresó jadeando y con la peluca ladeada. A ninguno de nosotros le hacía gracia decírselo, y al chico mantenido menos que a nadie.

—Siéntate y toma un coñac —le dijo Max a Bubi en tono consolador.

—Quizá deberíamos posponer el viaje a Ouarzazate —me aventuré a decir. En vista de lo sobresaltado que estaba Bubi, no parecía justo darle la noticia de que ir a Ouarzazate significaba una excursión de dos días.

—Por supuesto... lo dejamos para otro día —dijo Max, obsequioso, aunque sólo modificó ligeramente nuestros planes—. Haremos un viajecito a las montañas, para serenarnos. No hay nada como un puñado de nieve tras una revuelta en el desierto.

Nos amontonamos en el interior del coche y me las ingení para sentarme al lado del chófer, que era la persona más atractiva del grupo.

Bajo las enormes murallas rojas almenadas se apretujaban los campamentos de marroquíes rurales que habían ido a la ciudad desde lugares remotos para ver el desfile cuando llegara el sultán. Un joven llevaba una chilaba de color turquesa brillante, en vez del blanco habitual, y resaltaba como una manchita de color contra el fondo terracota del muro. Orinaba en cucullas, como una mujer, a la manera de todos los árabes cuando visten sus largas túnicas.

Tras atravesar el Palmeral, llegamos al África auténtica que amo, el África de la tierra y las piedras secas y cuarteadas, que se extendía a través de un espejismo de calina hasta las colinas yermas, con sus rocas, maleza y suelo erosionado. Unas pocas *kasbahs*, hechas con la misma tierra en la que se levantaban, se aferraban a las laderas, con sus casas de barro cuadradas y sin ventanas bajo el calor.

Recorrimos varios valles fértiles antes de la empinada ascensión de las montañas pedregosas hasta llegar a la nieve. En lo alto del puerto del Tichka bajamos del coche y cogimos puñados de nieve. El sol era intenso, y teníamos la sensación

de que allí se encontraban dos mundos superpuestos por accidente: el desierto y el Ártico.

A pesar del tentador letrero que indicaba Ouarzazate, nos dirigimos al villorrio de Aft Ourir para comer. Nos preparó la comida una francesa maravillosa, gorda y fea, que llevaba veinte años en Marruecos. Calzaba unas sucias zapatillas y un mono gris, y parecía demasiado mayor para ser la madre de su hijita rubia, muy bien vestida y de unos cuatro años. Los miembros de una familia árabe atendían a los clientes, y sus hijos crecían junto con los hijos de los propietarios europeos del sencillo restaurante. Dos chiquillas, una morena y la otra blanca, correteaban cogidas de la mano bajo una mimosa. Su armonía parecía muy alejada de la creciente hostilidad hacia los franceses en las ciudades.

Badour trabajaba en el mercado negro y Abdelkader en la oficina de autobuses. Entre los dos dirigían un negocio ilegal. Como entonces Tánger era aún puerto franco, donde no se pagaban derechos aduaneros, todo el mundo se dedicaba en parte al contrabando. Los Gemelos Celestiales lo practicaban de un modo bastante eficaz. Los conductores de autobús de la CTM trabajaban para Abdelkader. Traían de Tánger las mercancías libres de impuestos, ocultas en los recovecos secretos de sus cuerpos o en determinados lugares del autobús. A menudo yo recogía a Abdelkader en la oficina de autobuses y le llevaba a casa su carga, pues, según él, si la policía nos detenía, a mí no me registrarían. A cambio de este servicio, me invitaba a deliciosas comidas en su casa, cocinadas por su madre y hermanas, pero servidas por él si Badour estaba con nosotros, pues las mujeres de una familia árabe no aparecen si está presente un hombre desconocido. Las muchachas fueron a la escuela hasta llegar a la pubertad, y entonces se sometieron voluntariamente a la *purdah*, la práctica de recluirse. Las costumbres locales les habían lavado el cerebro y temían realmente las miradas de los hombres.

—Un día me gustaría salir con la cara tapada por el velo

—le dije a una de las hermanas—. ¿Me prestarás tu chilaba?

Intercambiamos nuestras ropas. Al ponerse mi traje europeo, de falda corta, que le dejaba las piernas al aire, la joven se sintió nerviosa, sin protección, y comprendí sus motivos. Estar cubierta por el velo era maravilloso, me recordaba mis fantasías infantiles en las que me imaginaba invisible. Veía el mundo, pero éste no podía verme. Incluso me olvidé de Charles y mis hijas bajo aquel velo. Era otra mujer, en otra tierra, una Lady Hester Stanhope o una heroína de Paul Bowles.

Gracias a la Baronesa, el amigo de Max, que con tanta generosidad me había cedido a los Gemelos Celestiales, tuve otra experiencia interesante. Tras haber vivido varios años en Marrakech, la Baronesa se marchaba y había regalado su gato siamés al propietario del burdel más caro y exclusivo del *quartier réservé* o Distrito de la Luz Roja.

—Quiero ir a despedirme de *Zelda* —me dijo la última noche. *Zelda* era el gato—. Me pareció que sería feliz en una casa de gatas, pero una nunca sabe.

Nos aventuramos en el *quartier réservé*, donde putas de todas las edades, sexos y aspectos se aferraban a nuestra ropa cuando pasábamos e intentaban arrastrarnos a sus establecimientos. El Riviera estaba por encima de esa vulgar sollicitación y parecía un agradable club nocturno, con la salvedad de que las chicas iban semidesnudas. La época del *topless* aún estaba muy lejana y me llevé una gran sorpresa, que aumentó cuando la *madame* me preguntó qué clase de chica me gustaría.

—Bueno... yo... la verdad es que no lo he pensado. —No quería dar la impresión de que me faltaba mundología. Me gustaban los hombres menudos y morenos, por lo que me apresuré a añadir—: Me gustan las chicas pequeñas y morenas.

Había una sentada con un oficial de la Air Forcé que parecía sensual y amistosa. Llevaba una blusa transparente y tenía las tetas grandes. Me sonrió al ver que la miraba.

—Ésa me gustaría —dije enseguida. Luego podría explicarle que las chicas no me atraían.

Sin embargo, Jacky me gustó. Era cariñosa, inteligente y plácida. Subimos a una habitación pulcra y, aunque yo protestaba diciendo que sólo había ido a ver a un gato, ella hizo caso omiso. ¿Quién en su sano juicio iría a un burdel sólo para despedirse de un gato desconocido? La muchacha era eficiente en su trabajo, sabía cómo tratar a vírgenes de ambos sexos.

—¿Quiere usar el bidet? —me preguntó, solicitándome cortésmente que me lavara y desnudara para la acción.

Seguí su ejemplo en todo y las cosas fueron muy bien, incluso sorprendentemente bien. La pequeña lengua de Jacky aleteó por todo mi cuerpo. Sabía lo que estaba haciendo. Su competencia me tranquilizó por completo y me resultó muy fácil abandonarme a sus tiernas caricias. No me sentía amenazada ni utilizada; tan sólo me estaban satisfaciendo, para mi propio placer. Era el homenaje de una mujer a otra. Los hombres me habían hecho exactamente lo mismo que ella, pero sin su delicadeza y pericia. Los hombres tendían a ser rudos y mecánicos, ansiosos por terminar cuanto antes con la estimulación erótica preliminar e ir al grano. Para Jacky, el grano era esa estimulación, ése era su trabajo y lo desempeñaba de una manera encantadora. Al contrario que un hombre, que suele detenerse al primer orgasmo, lo experimenté una y otra vez, mientras Jacky me lamía el clítoris con insistencia, trazando un círculo tras otro, y lo chupaba suavemente con sus labios blandos y ávidos. Jamás, antes o después, había tenido tres orgasmos en tres minutos. Mi ritmo es de «uno a la vez» y necesito un descanso entre uno y otro, como un hombre. Gracias, Jacky, por haberme enseñado el gozo del orgasmo múltiple.

Luego permanecemos tendidas y hablamos durante largo rato. La *madame* subió y llamó bruscamente a la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó irritada—. Te esperan otros clientes, Jacky.

Bajamos al salón. Allí nos obsequiaron a la Baronesa y a mí con la proyección de películas pornográficas. Recuerdo a dos hombres vestidos de gala que separaban las colas de sus chaqués, se bajaban los pantalones y se sodomizaban por

turno y con rápidos movimientos, como en una vieja comedia de Mack Sennet. No era erótico, sino sólo divertido, lo mismo que las secuencias de un corpulento caballero negro bien equipado entre las ingles, que hacía intervenir a su secretaria en actividades sin relación con la máquina de escribir. Yo no era aficionada a las películas pornográficas... ¡dadme siempre cuerpos reales, no imágenes!

Mi orgasmo múltiple me había proporcionado placer, pero no duró mucho. Echaba de menos la penetración. A la mañana siguiente me desperté rebosante de lujuria. En cuanto abrió la oficina de autobuses, visité a Abdelkader.

—Llévame a ver las tumbas de Saadien —le pedí.

Él pareció bastante sorprendido, cerró su oficina y me acompañó en la excursión. Me agaché sobre una tumba para leer la inscripción de la lápida, y él me levantó la falda, me bajó las bragas y me ayudó a leerla. Era como una música de contrapunto, extrañamente turbadora. La escritura árabe se lee de izquierda a derecha... la verga de Abdelkader entraba y salía... me llevé un dedo al clítoris y lo moví circularmente. El movimiento combinado desde todos los lados me ocasionó tal éxtasis que empecé a gritar. Abdelkader separó las manos de mis caderas y me tapó la boca, temeroso de que el empleado de la taquilla acudiera al oír mis gritos. Le mordí los dedos y mi cuerpo entró en una convulsión total, mis brazos se extendieron repentinamente mientras me aferraba a la fría y dura lápida de la tumba, en un esfuerzo por mantenerme firme. Por suerte Abdelkader eyaculó en aquel momento, antes de que mi paroxismo le hiciera salir de mí. Noté el cálido semen que me corría por los muslos al tiempo que cesaban mis estremecimientos. Regresamos a la habitación del hotel para lavarnos, tomar café y hacer el amor de nuevo, con más comodidad. Tuve una clase de orgasmo distinto, suave y lento, y me sentí poseída por Abdelkader, no una posesión completa, como me sucedía con Charles, cuando mi corazón también participaba, pero poseída de todos modos. Me gustaba entregarme a un hombre, convertirme con él en un solo ser, pues en eso nos transformábamos, en una bestia con dos espaldas. Dos

mujeres no son más que dos mujeres. En aquel momento decidí que el orgasmo múltiple estaba bien, pero lo que realmente me gustaba más eran los terremotos aislados y espaciados entre los brazos de un hombre.

El día siguiente era la fecha fijada para la llegada del sultán. Descendería del ferrocarril a las tres menos cuarto de la tarde, y un grupo de jinetes le escoltarían, seguidos por un desfile, desde la estación hasta el palacio de El Glaoui. La ciudad hervía de actividad y policías de paisano, en una mezcla extraordinaria de esplendor oriental y poderío contemporáneo.

El recorrido había sido engalanado con estandartes al estilo local, por ejemplo colgando las mejores prendas bordadas de las mujeres en cruces de bambú, como si fuesen perchas de armario, y sosteniéndolas levantadas. Los extremos estaban adornados con ramilletes de flores y pañuelos ondulantes. Quienes los levantaban eran sobre todo hombres, pero en esta ocasión incluso habían permitido salir a las mujeres, aunque su atuendo exterior era, como de costumbre, una sencilla chilaba blanca. Los *yashmaks*, o velos dobles, de gasa rosa y las gafas de sol parecían estar de moda aquel año, pues no había una sola mujer con el rostro sin velar.

Por delante de los estandartes avanzaban los guardias montados del sultán, espléndidos senegaleses negros con uniformes de color rojo y verde. Más adelante iban los cadís y califas locales, en buenos sementales árabes ricamente enjaezados y con sillas de cuero finamente repujado, una de ellas con una asombrosa funda de satén rosa. Había también una fila de oficiales franceses con uniforme de gala. Mucho menos brillantes y mezclados entre los distintos grupos, había soldados con metralletas preparadas para disparar en cualquier momento. Todo el mundo esperaba que los nacionalistas lanzaran otra bomba, pues tanto El Glaoui como el sultán tenían fuertes vínculos con los franceses y, por ello no eran muy populares.

Encabezaba el desfile el habitual coche policial, al que seguía El Glaoui, avanzando con mucha rapidez en un coche

negro, para evitar riesgos. Cuando el sultán se aproximó, la mitad de sus guardias montados en caballos de color bayo se situó delante del coche, y la otra mitad, en caballos grises, permaneció detrás. El sultán era un caballero bastante moreno, en un gran Cadillac blanco, rodeado de policías en moto y seguido por camiones atestados de soldados, con las metralletas apuntando hacia fuera a lo largo de sus rodillas.

Observé que a muchos de los espectadores árabes que se alineaban en el recorrido, les empujaban a la segunda fila, detrás de los europeos.

—¿Te das cuenta? —susurró Badour, que estaba conmigo—. Eso es lo que me habría ocurrido si me hubiera puesto la chilaba, como querías. Los franceses ni siquiera nos permiten ver bien a nuestro propio sultán.

Cuando finalizó el desfile, se reunieron con nosotros el otro Gemelo Celestial, Peter Mayne y Peter Calamidad. Como estábamos en el *guéliz*, alteramos nuestra costumbre de tomar té a la menta y fuimos a un café francés moderno para tomar unos Martinis. Los Gemelos Celestiales alternaron los chistes verdes con los discursos políticos, acompañados por una orquesta de tres instrumentos muy ruidosa. Peter Calamidad tenía un poco de hachís en una latita, y procedió a repartirlo con una cucharilla. Yo no tenía ni idea de qué era aquello, y cogí dos trozos, me los comí y dije que sabía a pastel de frutas y especias picadas. Por suerte no bebí alcohol, pero Abdelkader mezcló el chocolate con los Martinis secos. El resultado fue casi fatal.

—Cariño —le dije a Max a la mañana siguiente—. Acabo de dejar un cadáver en la oficina de autobuses. ¿No está la vida llena de peligros inesperados?

—En tu caso, creo que son muy de esperar. ¿Qué ocurrió anoche?

—Después de dejarte nos fuimos a cenar y luego a ese salón de música árabe en los zocos, ya sabes, el Café Algérien, donde te sientas y tomas menta mientras unas chicas vestidas de una manera muy recargada cantan esas canciones quejumbrosas y tocan unos minúsculos platillos, arrastrando los pies de un lado a otro, en una especie de

danza.

—No aprecias como es debido los orígenes del flamenco —comentó Max—. Cuando los moros invadieron España, esos cánticos gangosos se convirtieron en el flamenco, y los platillos minúsculos en castañuelas.

—Sin duda tienes razón, pero el espectáculo me pareció de baja calidad y, en conjunto, me aburrí. En cambio, Abdelkader se entusiasmó, aplaudía, gritaba y se comportaba como un loco.

—Tenía excitado su sentido de la apreciación. Es una reacción muy natural cuando uno masca o fuma hachís.

—Sí, entonces me di cuenta de que el pastelillo que nos dio Calamidad no era un simple dulce local. En fin, regresamos al hotel sin contratiempos y todo se desarrolló con normalidad, excepto que él necesitó más tiempo que de costumbre para hacer algo. Sin embargo, alrededor de una hora después estaba muy enfermo, como si sufriera una combinación de ataque cardíaco, náuseas y baile de san Vito. Tuve la seguridad de que se moría allí mismo.

—¿Y tú cómo te sentías entretanto?

—Perfectamente. No me hizo ningún efecto.

—Te salvaste por no beber alcohol. Tu amiguito estaba empeñado en demostrar lo europeo y mundano que es engullendo un Martini tras otro. El alcohol y las drogas no se mezclan.

—Es evidente. La cuestión es que, al cabo de mucho rato, tal vez horas, se calmó, y esta mañana, cuando intenté despertarle, estaba en una especie de coma. He tenido que vestirle como si fuera un bebé. Le hice tomar una buena cantidad de café fuerte y le llevé a la estación de autobuses. Me limité a dejarle allí y dije a alguien que llamara a su casa y dijera que estaba enfermo.

—Bueno, probablemente no le verás durante uno o dos días.

—De todos modos empezaba a aburrirme un poco. Ayer se presentó con un reloj de pulsera prestado. Quería preguntarme si me gustaba antes de comprarlo. Sospecho que quería que se lo comprara.

—Eso es muy natural. ¿Por qué no?

—Puede que a ti te parezca natural, pero cuando tengo que empezar a pagar por los favores que me hacen, prescindo de ellos.

—Eso es noble, pero inverosímil. ¿Cómo saliste del apuro?

—Le dije que la correa de plástico blanco me parecía muy vulgar y que lo devolviera a su dueño.

—Creo que habrías hecho mejor en enviarle también a él a su procedencia. Lo has pasado muy bien por lo poco que has gastado, y podrías meterte en un lío.

—Pensaba en seguir avanzando, en más de un sentido —dije filosóficamente—. El tiempo se acaba y todavía no he visto a los hombres azules. ¿Cómo se llega hasta ellos?

—Conmigo no, desde luego. Voy a seguir aquí con mi trabajo. Quiero tener suficientes escenas del desierto para el espectáculo que montaré en Tánger el mes próximo. En cualquier caso, es muy arriesgado internarse en la zona de inseguridad, ahora que las cosas están políticamente revueltas.

—Puede que tengas razón, pero quisiera ver si los hombres azules son realmente azules.

—¿Por qué no compruebas si la Mezquita Azul es realmente azul? —replicó Max en tono jocoso—. O el Nilo azul.

—¡Qué idea tan estupenda! Iniciemos un período azul. Empezaré por los hombres azules y cuando regrese te informaré.

—Sí, Anne, hazlo. Al fin y al cabo creo que es hora de que nos separemos un poco. Los chicos tienden a pensar que estamos casados y eso echa a perder mis oportunidades.

Aquel día me despedí de Max esperando encontrarlo más tarde. Por desgracia, la policía se interpuso entre nosotros y no volví a verle hasta un año después. En cuanto a los Gemelos Celestiales, desaparecieron para siempre de mi vida.

—El comisario jefe desea ver de nuevo a *madame* —me informó el patrón del Café de France—. Han telefoneado desde la comisaría para pedirle que vaya usted allí.

Tomé un *petit taxi* hasta la comisaría.

—¿Tendrá *madame* la amabilidad de entrar ahí?

Me hicieron pasar a una habitación muy pequeña y vacía, con barrotes en la ventana. Me dieron una silla y cerraron la puerta con llave.

Al cabo de una hora empecé a ponerme nerviosa. Golpeé la puerta y nadie me hizo caso. Me asomé a la ventana y descubrí que daba a un patio interior rodeado por otras ventanas con barrotes. Estaba en una celda.

—¡Hola! —grité desde la ventana—. ¡Eh, oiga! ¡Socorro! —Había visto una cara en una ventana frente a la mía. Resultó ser otra mujer y la reconocí como una de las chicas del Riviera—. ¿Qué ocurre aquí? —le grité.

—Nos han detenido para interrogarnos —me respondió a gritos—. Algunas de nosotras no tenemos permiso.

En ese momento abrieron la puerta. Un policía, al que ahora consideré un carcelero, me invitó a acompañarle. Tenía unas esposas en la mano, presumiblemente por si oponía resistencia, pero obedecí sin rechistar, con mi más adusta expresión de reina Victoria.

—El comisario jefe en persona la verá, *madame* —me anunció, como si eso fuese algo fuera de lo corriente.

—Me alegra saberlo —repliqué—. Si me han detenido por puta, por lo menos soy la puta jefe.

El policía no pareció en absoluto divertido.

Tampoco lo estaba el comisario jefe, el cual me hizo una serie interminable de preguntas. ¿Por qué frecuentaba la oficina de autobuses de la CTM? ¿Por qué iba tan a menudo a casa de Abdelkader? ¿Cuál era mi conexión con Badour? ¿Era cierto que me habían visto en el *quartier réservé*?

Empecé a responder de un modo bastante razonable. Era amiga de la hermana de Abdelkader e íbamos de compras juntas. Visitaba la oficina de autobuses para planear futuros viajes, pues tenía intención de irme de Marrakech. Badour me ayudaba a coleccionar objetos de artesanía nativos (lo cual, en cierto sentido, era cierto). Había ido al *quartier réservé* para despedirme de un gato (tengo que admitir que esta verdad en particular parecía más extraña que la ficción).

Entonces nos adentramos en un terreno político más

peligroso.

—¿Cómo es que tiene un hermano americano si usted es de nacionalidad británica?

La explicación de cómo nos habíamos adoptado mutuamente no pareció satisfacerle. Garabateaba en una hoja de papel y vi que, al lado de nuestros nombres, anotaba «¿CIA?», «¿M.15?».

Recordé que Max me había dicho que, durante la guerra, fue interrogador militar de prisioneros japoneses. En la misma época yo misma había trabajado en Nueva York para el servicio británico de espionaje. ¿Tenía esa información la policía francesa y habían sumado dos y dos? Incluso Max y yo comentamos lo sorprendente que era que no nos hubiéramos conocido en ese periodo. Él estaba a menudo de permiso en Nueva York e incluso podíamos recordar algunas de las fiestas a las que ambos habíamos asistido.

Solíamos practicar un juego del que nunca nos cansábamos y al que llamábamos «juego de la nostalgia». El mismo día anterior, Max me había preguntado:

—¿Recuerdas aquella noche en la casita de madera de Francesco Mendelsohn, cuando los gemelos Barrymore se emborracharon e intentaron matarse entre sí? ¿Recuerdas a Ilse Bois, la recitadora alemana, que colgaba de un trapecio mientras cantaba?

—¿Y tú recuerdas a Rudi Revel, el que compuso la música de *Loco por el calor*? Fue uno de mis amantes.

Tal vez toda esta información estaba en los archivos. Parecía como si el juego de la nostalgia pudiera convertirse en una conexión de pesadilla.

Sólo podía hacer una cosa. Tenía que afrontar descaradamente la situación.

—*Monsieur le commissaire* —le dije, sonriéndole dulcemente—. Si se está usted preguntando si soy una prostituta o una espía... ¡lo único que puedo decirle es que nadie me ha ofrecido jamás suficiente dinero para que ninguna de esas profesiones sea digna de mí!

Percibí que mi enfoque directo de la desdichada situación le sobresaltaba. Tal vez los espías y las putas reales conversan

con más circunloquios, o quizá la insignia de la RAF en mi solapa, que me regaló mi hermano verdadero antes de que lo abatieran, impresionó al comisario. La guerra había terminado hacía poco y el broche era un símbolo reconocible. La batalla de Inglaterra estaba fresca en el recuerdo de todo el mundo. Era evidente que el comisario estaba perplejo.

—Hay ciertas cosas que requieren investigación, *madame* —fue todo lo que pudo decir, y a continuación me acompañaron a la planta baja.

Mediaba la noche cuando me dejaron en libertad y todavía pienso que fue un error afortunado. La *madame* del Riviera, preocupada por su falta de personal, se había presentado avanzada la noche con sobornos, amenazas e incluso chantajes. La mayoría de los agentes de policía eran clientes de su establecimiento en sus noches libres, y amenazó con vetarlos a todos y negarles la entrada en el burdel. El resultado fue que accedieron a libertar a las chicas, pero sólo con libertad condicional. La *madame* debía aceptar el hecho de que estaban bajo arresto domiciliario y de que hubiera un policía apostado en la puerta del Riviera. Tuve la suerte de que la *madame* me reconociera y aceptara como parte de su grupo. Subimos todas al furgón policial negro y entramos en el Riviera por la puerta principal. Pocos minutos después salí por la trasera.

Me encaminé al Hotel de France y crucé la plaza Djem'a el-Fna

por última vez, a la luz de la luna. Volví a salir una hora después, cuando las primeras luces del alba se extendían sobre las murallas almenadas de Marrakech. No disponía de chiquillos que transportaran mi equipaje, por lo que decidí dejar una maleta grande con una nota para Max, a quien el patrón conocía bien. Max podría llevármela a Tánger, donde más tarde yo la recogería. En el lugar al que me dirigía, en el interior del Sahara, la llamada zona de inseguridad, no era probable que necesitara todas aquellas prendas elegantes. Era hora de seguir adelante y ver a los hombres azules.

Desayuno con los hombres azules

Goulimine, 1952

Gracias a Abdelkader y mis frecuentes visitas a la oficina de autobuses, estaba muy familiarizada con los horarios. De lo contrario, ¿cómo habría podido huir a las cuatro de la madrugada? Hice el equipaje, pasé por encima del portero nocturno y subí al autobús de las cinco con dirección a Taroudant.

Era el autobús más viejo que había visto jamás fuera de un desguace. La portezuela se había desprendido y varias piezas importantes estaban sujetas con alambres. El conductor debía de ser un bandido que huía de algo, porque sólo un hombre desesperado conduciría aquel cacharro a semejante velocidad por el Alto Atlas. En una ocasión atropellamos una cabra, pero nadie hizo el menor caso.

—¿Había hecho usted antes este viaje? —pregunté a la mujer cubierta con velo que se sentaba a mi lado.

No entendía el francés, pues se limitó a sonreír y extendió sus manos teñidas de alheña para indicar su incompreensión. Juzgar cuándo una mujer con velo sonríe puede ser muy difícil, pero lo supe porque se le arrugaron las comisuras de los ojos, visibles por encima del *yashmak*. Poco después se bajó un poco el velo para comer un bocadillo y vi que era muy joven y bonita. También observé que estaba embarazada y tenía un pequeño dibujo tatuado en una muñeca. Bajo su chilaba blanca distinguí unas faldas de seda bellamente bordadas, con encajes y festones. Era evidente que le habría gustado hablar si hubiéramos tenido un lenguaje en común.

En los valles inferiores los árboles frutales empezaban a florecer, pero cuando rebasamos los dos mil metros de altura, en el puerto de Tizi

N'Test,

la nieve era espesa. El autobús no tenía cadenas para los neumáticos y a menudo derrapábamos y nos metíamos en los montones de nieve a ambos lados de la carretera. Los árabes, que con frecuencia parecían muertos de miedo, habían sido lo bastante juiciosos como para traerse unas tacitas metálicas que empleaban para verter sus vómitos. El olor, ya desagradable de por sí, se mezclaba con el de una oveja que defecaba en el pasillo, a mi lado.

Sin embargo, una vez cruzado el puerto, el panorama hizo que la incomodidad valiera la pena. Delante se extendía el valle del Souss, una enorme llanura con el AntiAtlas al fondo y el desierto del Sahara más allá. El espliego azul oscuro y la retama amarillo claro predominaban en la vegetación de aquella parte del Atlas. En cuanto a la planicie, cuando por fin llegamos a ella tras varios kilómetros de curvas aterradoras, resultó ser polvorienta pero fértil, con Taroudant, un hermoso oasis, rodeado de muros de barro rojizo que tenían siglos de antigüedad.

Un guapo chico montado en bicicleta me informó en cuanto bajé del autobús.

—Puedo recomendar a *madame* el Hotel Mahaba. Es con mucho el mejor.

—Por desgracia, soy alérgica a los buenos hoteles —repliqué—. ¿Cuál es el peor?

—No lo sé, *madame*. Soy guía de primera clase y no conozco hoteles baratos.

Así pues, me encaminé directamente a un pequeño hotel visible desde la parada del autobús, y la elección resultó acertada. Después de una comida tardía y de dormir varias horas, bajé al bar para echar un vistazo a los demás clientes del hotel.

Un grupo de ingenieros italianos jugaban a los dados. Dos soldados de la legión extranjera hablaban en alemán y bebían copiosamente, y un homosexual francés entrado en años se apoyaba en la barra. Este último personaje vestía espléndidamente, con pantalones árabes de un color caqui desvaído, chaqueta cruzada británica azul marino, un suéter de tono coralino con dos agujeros y sandalias rojas. Resultó

ser un vizconde que conocía a Max y me acompañó a Correos para enviarle a éste un telegrama. Si Max se tomaba en serio nuestra nueva relación de hermanos, debía de estar preocupado por mi desaparición repentina.

Mi telegrama decía: LLEGADA BIEN A TAROU-DANT. STOP. BESOS GEMELOS CELESTIALES Y NO ME ESPERES ANTES DE QUE HAYA VISTO UN HOMBRE AZUL AUTÉNTICO. ANNE.

Salimos de la oficina postal y el vizconde hizo ademán de llevarse mi mano a sus labios y me invitó a cenar aquella noche, luego, con las perneras de los pantalones aleteando alrededor de sus delgados tobillos, desapareció por la calle polvorienta. Cuando le perdí de vista, me resultó difícil creer que realmente había tenido aquel encuentro. Contemplé las montañas que se alzaban como una pared negra más allá de las murallas, y el sol que se ponía tras ellas y daba al desierto un resplandor anaranjado. La pequeña población me pareció de súbito completamente vacía e irreal.

Emprendí el camino de regreso al hotel por la calle solitaria y polvorienta. En uno de los lados había una alta tapia, y en un momento determinado oí unos golpecitos que, al parecer, procedían del otro lado. Me asomé a un gran agujero en la tapia y vi un hombrecillo que vivía allí, junto con cuatro palomas. Era cantero y, a la luz combinada de un candil de aceite y el sol poniente, tajaba con el cincel unos objetos pequeños. Me hizo una seña para que entrara. Lo hice y vi que estaba tallando unas esculturas pequeñas de animales extraños, en piedra de suave color crema.

—¿Qué es éste? —le pregunté.

—*Peut-être chien, lion*

peut-être

—respondió en un francés chapurreado.

—¿Me lo vende?

—¿Por qué no? Un camello cuesta cinco francos, pero creo que un perro sólo vale medio camello.

Me pareció una curiosa manera de evaluar las esculturas, pero le pagué los siete francos con cincuenta y metí los pequeños animales de piedra en el bolso. Entonces me apresuré a salir a la calle, pues había visto una rata que correteaba por la minúscula habitación.

De nuevo en la calle, volví a encontrarme con el guía de primera clase en bicicleta. Estaba sentado en el sillín, con los dos pies en el suelo, esperando. Posiblemente me había seguido desde que fui a Correos. Era guapo, pero hay que evitar a cualquiera que se llame a sí mismo guía profesional. Sin embargo, insistió en acompañarme de regreso al hotel, empujando la bicicleta entre nosotros. Tuve dificultades para librarme de él en la entrada. Quería invitarme a una Coca-Cola, pero fingí que alguien me estaba esperando.

Y, por extraño que parezca, alguien me estaba esperando, en efecto. Un hombre alto, rubio, de unos treinta años, con camisa caqui de cuello abierto, apoyado en la barra y mirando a lo lejos con esos ojos azules penetrantes que siempre parecen en busca del mar. Había por lo menos doce personas entre nosotros en el bar, hombres de edad mediana bronceados y en mangas de camisa, campesinos franceses de la llanura circundante, conocida como la zona de inseguridad, pues las tribus bereberes que habitaban en las colinas nunca se habían sometido realmente a la colonización francesa y provocaban constantes disturbios.

El joven rubio, que parecía un marino escandinavo, desvió la mirada del espacio lejano y empezó a observarme con interés. Bebía copiosamente y parecía debatirse con algún problema interno. Al cabo de un rato, se abrió paso entre los demás clientes y me ofreció un cigarrillo.

—Gracias, no fumo —le repliqué en inglés.

Entonces el escandinavo habló en un inglés perfecto, como yo había esperado que hiciera. Eso creaba una cierta intimidad entre nosotros en aquella sociedad francófona.

—¿De dónde ha venido? —me preguntó.

—¿En general o en particular?

—En ambos casos... tenemos que empezar por alguna parte.

—Mi última parada fue Marrakech, pero vivo en Londres.

—¿Es inglesa?

—Sí, ¿y usted?

—Soy danés. Construyo carreteras para el gobierno

marroquí y acabo de llegar de Tafraout. Quería emborracharme antes de ir a casa, en Agadir.

—¿Por qué?

—Porque anteayer descubrí a mi mujer en la cama con un árabe.

Me sentí momentáneamente identificada con la esposa. ¿Y si Charles me abandonara a causa de los Gemelos Celestiales?

—¿Cómo reaccionó usted? —le pregunté con una curiosidad especial.

—Golpeé al tipo y luego intenté ser amable con ella y olvidar el asunto. Pero no pude olvidarlo y decidí irme un par de días a las montañas. ¿Qué voy a hacer ahora? Quiero a mi esposa y tenemos dos hijos, pero me es imposible perdonarla.

—Tal vez debería volver y hacer las cosas a la inversa..., ¡pegar a su esposa y ser amable con el amante! Al fin y al cabo, le ha cumplimentado a usted al admirarla. Ella es la culpable, y echarle la culpa puede aliviar la cólera de usted y el sentimiento de culpabilidad de ella. Ambos saldrán beneficiados.

—No sé... puede que tenga razón. Necesito tiempo para pensar en ello. ¿Vendrá usted conmigo a alguna parte y me acompañará durante unos pocos días?

—¿Por qué no? Podría ser bueno para ambos. Puede que me enfrente a la misma situación dentro de un par de semanas... ¿pero adónde iremos entretanto?

—¿Le importa dormir al aire libre?

—No, me gusta.

—Entonces iremos al Antiatlás y acamparemos bajo los almendros. Pero primero debo ir a casa y comprobar si todo va bien. Además, necesito mi perro y mi arma. Entonces, ¿la recogeré aquí o vendrá también a Agadir?

—Me gustaría ver Agadir, pero esta noche ceno en el Hotel Mahaba con un vizconde. ¿Podríamos encontrarnos mañana en Agadir?

—Sí. Le diré adónde ha de ir. En la misma playa de Agadir hay un restaurante en el que alquilan algunas habitaciones del tamaño de casetas de baño. Nadie va ahí en marzo... Estará usted sola y totalmente segura. Yo iré a

buscarla pasado mañana.

—De acuerdo. *Entendu*.

—¿Cómo se llama?

—Anne. ¿Y usted?

—Lars.

—Entonces, adiós, Lars. Y no la zurre muy fuerte.

—Adiós, Anne. Ya me siento mejor. *Après demain!*

Retuvo mi mano un momento y desapareció en la oscuridad. Oí el ruido de un coche que se alejaba.

El vizconde se presentó puntualmente a las ocho, con aspecto deprimido.

—¿Qué tal ha pasado el día? —le pregunté.

—Ha sido monótono, como un centenar de días iguales... o mil y una noches.

—Yo lo he pasado muy bien —comenté efusivamente—. He tenido un encuentro muy extraño.

Y le conté lo que me había ocurrido.

—¿Ve usted? Se lo dije. Es una mujer que siempre atraerá la aventura. ¿Por qué? Pues porque la aventura la atrae a usted.

Salimos de mi hotel de mala muerte y fuimos al lujoso Mahaba, con frescos jardines umbríos, llenos de arbustos en flor. Nos sentamos en el patio embaldosado del antiguo palacio, rodeado de enormes recipientes con plantas suculentas y cactus, y tomamos *citrón pressé*, hecho con limones del árbol junto al que estábamos. Luego entramos para cenar.

El vizconde era un anfitrión afable y civilizado, pero el hastío gobernaba su vida. Yo ansiaba el encuentro con Lars y las probables incomodidades del viaje y la acampada. Me retiré temprano a descansar, a fin de estar preparada para salir al alba hacia Agadir.

Aunque tuve que abordar dos autobuses distintos y hacer un poco de autoestop para llegar allí, el escondrijo que Lars me había elegido era perfecto. Se trataba de un gran chalet de madera en medio de la playa. Mi dormitorio, al lado del restaurante a orillas del mar, era realmente una caseta de baño, y si abría la puerta, podía lanzar piedras al agua desde

la cama. Durante la noche hubo una ligera tormenta y el mar entraba en la habitación con cada séptima ola, rodeaba la cama y se retiraba. Tuve que colocar el equipaje sobre la cama, a mi lado. Por la mañana el tiempo era sereno y soleado. Algunos audaces turistas ingleses se estaban bañando.

Agadir ya era entonces una ciudad totalmente moderna. Ahora debe serlo aún más, pues hace años la devastó un terrible terremoto. La medina era una *kasbah* en lo alto de una colina, a un par de kilómetros por lo que en la ciudad baja no había color local, excepto un zoco muy insulso que ocupaba un solar polvoriento en el centro de la población. En vez de los originales quioscos de paja de la plaza

Djem'a

el-Fna,

los mercaderes habían levantado tiendas en las que vendían sobre todo ropa vieja y prendas excedentes del ejército americano robadas de la gran base aérea. Los zapateros remendones se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas y fabricaban sandalias con el caucho de neumáticos viejos. En el fondo había una feria con unas pocas atracciones. Un negro bailaba y movía la boca, imitando la rítmica canción de un disco americano. La atmósfera de Agadir no me gustó en absoluto, y regresé a mi escondite en la playa para esperar a Lars. Esperé dos días, pero no apareció. Finalmente, decidí seguir sola con mi plan inicial e internarme en el Sahara hasta el último puesto de avanzada, Goulimine, para ver a los hombres azules. Pensé que nunca volvería a ver a Lars, pues ni había telefoneado, ni pasado por allí, ni dejado mensaje alguno.

—No aconsejaría a *madame* que vaya a Goulimine —me dijo alarmado el empleado de la oficina de turismo de Agadir.

—No le estoy pidiendo consejo sobre si debería ir allí o no —repliqué con firmeza—. Sólo quiero que me diga cómo he de ir.

—Bueno, tengo entendido que algunos van en coche, aunque la carretera es muy mala, pero cuando llegue allí no

tendrá ningún sitio donde alojarse.

—No exagere. Sé por experiencia que, si un lugar está habitado, siempre habrá alguien que te cederá una cama.

—Me parece que no lo comprende bien, *madame*. Que yo sepa, la gente de Goulimine ni siquiera tiene camas.

—Pues entonces esteras de paja. Por lo menos no tendrán chinches.

El empleado comentó la situación con un colega y llegaron a la conclusión de que si podía llegar a la pequeña población de Tiznit, de donde partía un autobús sólo si el número de pasajeros era suficiente, podría encontrar el mismo sistema de enlace con Goulimine. Al parecer, el último domingo de cada mes se celebraba allí una feria de camellos. Me dijeron que siempre podría comprar un camello para regresar.

Aquella noche me senté a cenar deprimida por la falta de noticias de Lars, pero decidí reducir mi equipaje a una pequeña maleta y continuar sola hacia Tiznit al día siguiente. Dejé la maleta roja más grande colgada de las vigas de la caseta de baño, para que la marea no se la llevara, y pagué al propietario del hotel para que me reservara la habitación.

Tiznit es una pequeña ciudad en el borde del Sahara, famosa por su primitiva bisutería bereber y el estanque de Fatma, *La Source Bleu*. Se dice que ese manantial brotó en el interior de la vivienda de una pecadora arrepentida llamada Fatma Tiznit. No está claro si ella dio nombre a la ciudad, o fue ésta la que le dio su nombre. El estanque es profundo, bordeado de palmeras, con escalones a un lado para que las mujeres puedan extraer agua. Incluso cuando el cielo está gris, el agua del estanque es de un azul verdoso.

Había encontrado un pequeño hotel cerca del estanque, cuyo propietario me dijo que al día siguiente saldría un autobús para la feria mensual de camellos de Goulimine, si se presentaba un número suficiente de gente. Probablemente partiría de cierto solar polvoriento en el límite del pueblo, alrededor de las cinco de la mañana, por lo que tendría una

buena oportunidad de continuar,
Incha'Allah

A la mañana siguiente me levanté a las cuatro y, a la luz de una vela, me vestí y preparé el equipaje, pues en Tiznit se cortaba la electricidad todas las noches a las diez. Las calles aún estaban a oscuras, pero el servicial propietario del hotel había designado a un portero nocturno jorobado para que me llevara al lugar de donde salía el autobús, y juntos cruzamos el pueblo a tientas. Me llevé una gran sorpresa al ver la cantidad de gente que se había reunido en el solar, y entre aquella gente, sereno y reseñado, vi a mi primer hombre azul.

Los hombres azules son miembros de una tribu beréber nómada que visten túnicas teñidas de añil. Se dice que el tinte azul mata a las sabandijas, que representan un grave problema para personas que viven en tiendas de campaña en el desierto, donde uno se limpia restregándose con arena. El tinte se les adhiere a la piel de manera permanente, incluso a la cara, que en general protegen parcialmente del sol y las tormentas de arena con una pieza suelta del turbante azul. Por el mismo motivo, las mujeres y los niños también son azules, y los más azules de todos son los bebés, atados con correas a las espaldas de sus madres, con las piernecitas azules colgantes y tintineantes ajorcas de plata en los tobillos. A veces, en esas piernecillas hay estrechas franjas de piel rosada, donde los riachuelos de orina han desleído el tinte. Era una nueva y fascinante raza de gente azul.

Se inició la ceremonia de la partida. Los mendigos rodearon el vehículo mientras los bultos y equipajes eran cargados encima del techo. Una familia azul se trasladaba de una zona a otra, y su tienda y enseres domésticos quedaron atados encima de todo lo demás. El revisor gritaba el destino del autobús en beneficio de los analfabetos. Yo confiaba en que parte de la multitud estuviera allí para despedir a sus familiares, pero estaba equivocada: todo el mundo se amontonó en el interior, tres o cuatro en cada asiento, los hombres azules acucillados en el pasillo junto con los pollos. El revisor hizo girar la manivela para poner el motor en

marcha, y el conductor, con gafas y un lápiz detrás de una oreja, logró arrancar del armatoste un débil gemido. Las vueltas de manivela prosiguieron, hasta que se oyó de repente un rugido. «*En route!*», gritó el revisor, subiendo de un salto.

Yo estaba sentada al fondo, pero me trasladé con dificultad por el atestado pasillo mientras nos bamboleábamos a través de los muros almenados de Tiznit y salíamos al desierto. El revisor había insistido en que debía sentarme delante, junto con la otra europea.

—Buenos días —dijo la otra señora, que por haber subido al autobús en el último momento no había tenido ocasión de ver—. Qué agradable encontrar una compañera de viaje.

La dama en cuestión me sorprendió bastante, pues vestía un traje negro, llevaba zapatos de tacón alto y un sombrero de terciopelo negro del que pendía un velo con topes. Era como ver a la viuda alegre salir al escenario cuando la representación anunciada para la velada es *La canción del desierto*.

—Buenos días. ¿Va usted a Goulimine? —le pregunté neciamente, como si pudiera dirigirse a algún otro lugar en aquel desierto de arena, piedra y cielo interminables.

—Sí, mi marido es el oficial encargado de la legión extranjera. Ése es el último puesto de avanzada.

—No sabía que vivieran allí europeos —comenté.

—¿A quién diablos va usted a visitar? —me preguntó alarmada.

—A las bailarinas azules de Guedra en el burdel azul —respondí con calma.

Ella me miró horrorizada y no volvió a hablarme durante el resto del viaje, que duró la mayor parte del día. Noté que la dama se debatía entre el deseo de charlar y el temor a mezclarse con una mujer caída como yo, pues eso podría rebajar su categoría en el último puesto de avanzada. Me pregunté qué sentiría el pobre marido ante la inminencia de su llegada, pues los hombres se enrolaban en la legión extranjera para alejarse de las esposas con sombrero de terciopelo negro y velo.

De vez en cuando se oían silbidos y palmadas, para indicar que alguien deseaba apearse. Unas pocas familias azules bajaron y desaparecieron en el desierto, hacia algún lejano *douar* de tiendas negras, pero eran más los pasajeros que aparecían de repente, como salidos de la nada, al lado de la carretera y subían al autobús. Los billetes se escribían a mano, pero como el revisor no sabía escribir, el mismo conductor cogía el lápiz sujeto detrás de la oreja y rellenaba los papelitos, mientras el revisor se inclinaba por encima de su hombro y conducía precariamente el vehículo, sin reducir nunca la velocidad. Pequeñas marmotas del desierto correteaban por la carretera con las colas erguidas, como ardillas, y algunos grupos de camellos junto a la carretera mordisqueaban los escasos matorrales y algún que otro árbol de argán.

—Una parada de cinco minutos para quienes tengan que hacer sus necesidades —avisó el revisor en francés y luego en árabe.

Bajamos en fila india y contemplamos el desierto. Aunque sólo algunas partes del Sahara son dunas de arena y el resto extensiones pedregosas con algunos manojos de áspera hierba, no puedes evitar la sensación de ser muy conspicuo en ese vacío, tu vista abarca muchos kilómetros a la redonda y sabes que igualmente te pueden ver desde muy lejos. Esperé a ver qué hacían los demás. Los hombres fueron a un lado de la carretera y las mujeres al otro, y tanto los unos como las otras se agacharon sin asomo de vergüenza. Quienes tenían que limpiarse lo hicieron con piedrecillas. Yo les imité, pero la dama francesa con sombrero de terciopelo se retuvo durante todo el día, y supuse que el viaje le resultó muy incómodo. Finalmente, a mediodía, intercambiamos algunas palabras corteses mientras comíamos nuestros bocadillos, y entonces Goulimine apareció a la vista.

Mi primera impresión fue que un terremoto había destruido el pueblo desde la última visita del autobús, pues parecía en ruinas. Al observar con más atención, vi que las casas bajas parecían parcialmente habitadas. Estaban agrupadas de un modo irregular y eran de arena y adobe,

como castillos de arena infantiles después de que una ola los ha cubierto. En el espacio principal, a modo de plaza, estaban levantando tiendas para la feria mensual que tendría lugar al día siguiente. Como el autobús no emprendía el viaje de regreso hasta dos días después, cuando finalizara la feria, se me ocurrió preguntar al conductor y al revisor dónde se alojaban.

—Dormimos en el autobús —me explicaron—. *Madame* será muy bien recibida si desea dormir con nosotros, pero podría estar más cómoda en la tienda.

Resultó que la tienda no era mucho más cómoda que el autobús, pero desde luego era más interesante. La regentaban un judío argelino y su esposa, y era el único edificio del pueblo que parecía en pie y no inclinado. Un letrero encima de la puerta decía: AU RENDEZ-VOUS DES HOMMES BLEUS. En el interior la confusión era total. Ocurriera lo que ocurriese en el pueblo, desde luego tenía lugar en aquella sala única sin ventanas, con una claraboya, un mostrador al fondo, mesas de restaurante en el centro y camas a lo largo de las paredes. Estaba llena de bereberes, hombres azules, mercaderes árabes, legionarios y damas con velo. Todos cambalacheaban por algo, sobre todo, como no tardé en observar, por las damas veladas. Las mujeres con cestos eran amas de casa y las que sujetaban una gran llave, prostitutas. La llave era la insignia tradicional de su oficio. Aquella tienda era también el «Distrito de la Luz Roja».

—¿Podría dormir aquí una o dos noches? —pregunté al dueño por encima del estrépito.

—Naturalmente —replicó el gordo judío argelino, deslizandó la mano alrededor de la sala en un gesto de generosidad—. ¿Qué cama prefiere?

Elegí la cama más cercana a la puerta y al aire y deposité mi maleta en ella. Había un escorpión en la pared, por lo que me quité un zapato y lo maté. Permaneció allí aplastado durante toda mi estancia, como recordatorio de que uno ha de examinar minuciosamente sus ropas antes de vestirse.

—¿Quiere estofado de camello o salchichón? —me preguntó la mujer del dueño cuando me senté sin demasiada

confianza a una mesa.

—¿De qué está hecho el salchichón? —quise saber.

—Bueno, también es de carne de camello, pero curada.

Esta respuesta no me tranquilizó gran cosa.

Probé el estofado, que contenía judías secas y tomate, y era bastante bueno. Había pan sin levadura y vino tinto en abundancia. Al cabo de un rato me sentí lo bastante fuerte como para preguntar a la esposa del dueño por las bailarinas.

—Ah, sí, *les Guedras* —replicó—. Su hermano bajará pronto. Se lo presentaré, aunque no habla francés.

—¿Cuánto habré de pagar?

—No lo sé. Verlas bailar es más caro que hacer el amor con ellas. Necesita más tiempo.

La *madame* volvió a sus ocupaciones de cocinar y servir y esperé pacientemente al hermano. El regateo continuó. Los hombres entraban y salían con sacos y mujeres. Uno de los legionarios parecía tener una amiga fija que vestía una chilaba verde oscuro y calzaba unas zapatillas verde jade con bonitos bordados. Otro se decidió por una chica con un largo *haik* blanco, a la que compró una cesta de comida. Todos se apoyaban en el mostrador y bebían vino, como si se tratara de un bar. La luz eléctrica, insuficiente y oscilante, se extinguió por fin, y encendieron velas. En el momento en que todas las actividades parecían haber alcanzado su punto álgido, el hijo del patrón empezó a correr en un triciclo entre las mesas de los comensales, haciendo sonar furiosamente el timbre y atropellando a la gente. Entonces apareció el hermano de las Guedras.

Hay ciertos tipos que son universales y un proxeneta es uno de ellos. El hermano era reconocible de inmediato, joven, guapo, afable y engreído. En un pueblo de hombres duros, curtidos por la intemperie, de mirada agreste y ropas y pelo más agrestes todavía, él parecía suave y mimado. No llevaba encima prendas ni tintes de fabricación casera. Sus pantalones azules estaban decorados con bordados blancos en las costuras. Llevaba un albornoz de color azul más claro, a modo de poncho sobre los hombros, uno de los cuales, blanco e impoluto, dejaba al descubierto. Sus piernas morenas

estaban desnudas hasta las rodillas, y calzaba sandalias en vez de zapatillas. Nunca habría creído posible aquella transformación del tradicional atuendo árabe, siempre tan distinguido y bíblico, en un disfraz a la vez sutil y un tanto vulgar. Tenía también el encanto horrible e hipnótico de un bribón fascinante o un amante demoníaco.

Su entrada en la sala interrumpió por un momento las conversaciones. Aunque yo no era la única persona que le esperaba, sus ojos astutos y calculadores me seleccionaron enseguida. Me dirigió la «mirada». Era como una combinación de Rodolfo Valentino en el papel de jeque y George Raft en el de Macky Navaja. Suspiré mientras recordaba el último consejo que me dio el vizconde antes de partir: «No toque nunca a un hombre azul; todos ellos están podridos de sífilis».

Sin duda el hermano preguntaba a la *madame* quién era yo, y poco después vinieron a mi mesa. La mujer cifró el precio por ver bailar a las hermanas, un precio exorbitante. Lo rechacé, regateé y volví a rechazar el nuevo precio. Él se encogió de hombros con un desdén admirable, dio media vuelta y se alejó. Fue de un lado a otro, charlando, regateando con diversos clientes, fumando sin cesar. Cuando apuraba un cigarrillo, tiraba la colilla descuidadamente por encima del hombro.

—Su precio mínimo son dos mil francos —me dijo la *madame* en uno de sus viajes para servir las mesas. Había rebajado mil francos.

—Sigue siendo tan alto como una entrada para el Folies Bergères —repliqué—. ¿Qué opina usted?

—Mi consejo es que espere hasta mañana. Los días de mercado bajan los comerciantes de langostas tostadas, que a menudo pagan bien para ver a las bailarinas, y si pudiera juntarse con ellos le saldría mucho más a cuenta.

Volvió a alejarse antes de que pudiera preguntarle qué era un comerciante de langostas tostadas, aunque sin duda en aquella sala parecida a un cuartel, llena de la gente más extraordinaria, un comerciante de langostas tostadas pasaría desapercibido. Era un mundo tan inverosímil y extraordinario

en un pueblo casi deshabitado entre un mercado mensual y otro, que incluso yo pasaba desapercibida, y parecía una nómada como ellos, sólo que rosada en vez de azul.

El hermano regresó a mi mesa y alzó dos esbeltos dedos al tiempo que enarcaba las cejas. Sacudí la cabeza, extendí las manos y encogí los hombros, en un gesto de fingida desesperación. Él retrocedió y se quedó mirándome, en parte apreciativamente y en parte con la expresión vacua del fumador de hachís. Como profesional en la trata de mujeres, evidentemente calculaba mi valor en el mercado. De repente, la idea de ir a las tiendas con él, fuera cual fuese el precio, me puso un poco nerviosa. Una mujer rosada entre los hombres azules despertaría ciertamente curiosidad en el mercado de esclavas blancas, y quizás hasta podría verme vendida a un comerciante de langostas tostadas. Volví a menear la cabeza con firmeza. El hermano azul desapareció en la noche, seguido por un hombre azul de ojos ardientes y un árabe menudo y gordo con traje de calle. Me quedé allí con una sensación de fracaso y resolví cambiar de actitud al día siguiente.

El ruido de la sala no había remitido, la radio seguía emitiendo música árabe a todo volumen, la gente iba y venía, el vino fluía y el chiquillo trazaba ochos con su triciclo. Estaba fatigada y me fui a la cama, que por suerte estaba algo apartada de la luz de las velas, pues tenía que desvestirme en público. Me acosté, atreviéndome a confiar en que podría dormir mientras oía el timbre del triciclo por encima de la barahúnda. Cerré los ojos y cuando los abrí de nuevo la sala estaba vacía y silenciosa, y el alba se filtraba a través de la claraboya.

—*Bonjour, madame!*

Era el judío argelino que la noche anterior atendía detrás del mostrador. Al parecer, había estado esperando a que yo abriera los ojos y enseguida me trajo una bandeja con el desayuno. El hombre se había esforzado por compensar la falta de refinamiento con el esmero en el servicio. El desayuno consistía en un trozo de pan seco y aplanado para mojarlo en un café deleznable. Trajo una silla y se sentó a mi

lado mientras yo desayunaba. Empecé a preguntarme nerviosamente dónde dormían *madame* y el niño del triciclo, pero el argelino no era más que un hombre solitario en los confines del mundo, deseoso de hablar con alguien.

Después de conversar sobre el colonialismo francés, tema del que yo nada sabía de entrada y menos incluso al terminar, llegaron otros clientes a tomar café y decidí vestirme antes de que el público aumentara. En un rincón de la sala había un retrete primitivo, y lo utilicé junto con una jofaina de agua que me trajeron. Luego me senté y escribí a Max una postal que había comprado en Agadir. Tenía intención de enviársela desde hacía una semana. Decía: «Estoy desayunando en la cama con los hombres azules. Prepara inyecciones de penicilina e imagina cómo estaré cuando me veas».

Lo cierto es que no llegó a verme como le hice suponer, debido a una cría de camello y al segundo Abdelkader de mi vida.

—¿Dónde está el mercado de camellos? —pregunté a la primera persona que vi al salir a la luz del sol. Era un chiquillo con una langosta a una de cuyas patas había atado un cordel.

—En el garaje de los camellos, naturalmente —replicó. Sí, la palabra era inequívoca: había dicho «garaje».

—¿Y dónde está eso?

—Después de las tiendas, gire a la izquierda, donde está el mercado de lana, y los oírás bramar. —Rugió como un león para orientarme.

Me abrí paso por la plaza polvorienta que de la noche a la mañana se había convertido en un activo mercado. Había montones de verduras y frutas sin lavar, y el género de los carniceros consistía principalmente en tripas de aspecto horrible más algunas cabezas y patas sanguinolentas expuestas en el suelo. Existía una gran sección de ropa usada, con montones de prendas que se vendían con mucha rapidez. Los hombres azules llevaban ya varias capas de ropa, sujetas con viejos cinturones militares, pero era evidente que estaban dispuestos a ponerse más cosas encima. No todos los

albornoces eran azules. Algunos, de lana virgen, tenían inserciones de colores brillantes en las costuras de sus capuchas puntiagudas, de las que colgaba una larga borla de lana. Dejé atrás las tiendas y pasé sobre montones y sacos de lana en bruto. Se oía, en efecto, una especie de rugidos, como si hubiera cerca una manada de leones.

—¿Dónde está el garaje de los camellos? —le pregunté a un comerciante de lanas, para asegurarme.

—Después de las langostas tostadas.

Y allí estaban las langostas; los vendedores vaciaban sobre el suelo polvoriento el contenido de sacos y alforjas. Los hombres azules capturaban los enjambres en el desierto y luego las tostaban para proporcionar a los mercaderes de Marrakech y Casablanca un bocado succulento. Al pasar por allí me ofrecieron una para probar: una mano azul me tendió un rígido insecto. No era muy tentador, y la vista de algunos que no estaban bien tostados y aún sé movían en lo alto del montón no contribuía a hacerlo más apetitoso, pero no podía rechazar el amable ofrecimiento y la curiosidad se impuso a la repugnancia. Se pelaba como una gamba y su sabor era delicioso, con un aroma como el del maíz maduro, por lo que compré un puñado.

—¿Dónde está el garaje de los camellos? —volví a preguntar.

—En la dirección de La Meca, detrás de esos edificios —me replicó el buen hombre, temeroso de Alá.

Por fin, detrás de los ruinosos edificios en el lado este de la plaza, encontré los camellos. Me decepcionaron. Eran unos animales sucios, seguramente piojosos y de mal temple, mezclados con asnos. Sus propietarios les pegaban en las patas con palos a fin de obligarles a arrodillarse para inspeccionarlos. Los camellos no querían arrodillarse y lo demostraban con sus bramidos. Supongo que pasar varios días sin alimento les daña el hígado y les produce indigestión y eso les hace aún más desabridos de lo que son por naturaleza. Parecían mezquinos y desastrados. Entonces vi a la cría.

Jamás había visto una criatura tan adorable, y decidí

llevármela a casa para mis hijos. Si los hombres azules podían transportar ovejas y cabras en el autobús, ¿por qué no podría yo llevar mi camello? En cuanto llegara a Casablanca lo embarcaría hacia Inglaterra. Sin duda mi exmarido Robert no tendría inconveniente en enviar un vehículo de transporte equino a Southampton y mantenerlo en el establo de su casa de campo.

Entonces empecé a preguntarme dónde estaba el garaje de autobuses. Quería encontrar a mis amigos, el conductor y el revisor, y pedirles permiso para llevar a bordo la cría de camello.

El garaje de autobuses resultó tan difícil de encontrar como el «garaje» de camellos, pero con el inconveniente de que no había ningún rugido de autobús que me guiara. Cuando por fin lo encontré, me dijeron que el vehículo ni siquiera funcionaba. No podríamos irnos al día siguiente, pues faltaba una pieza de recambio y tardaría una semana o más tiempo en llegar.

El conductor se rascó la cabeza con el lápiz que siempre tenía a mano detrás de la oreja.

—Aconsejaría a *madame* que pida a uno de los comerciantes de langostas que la lleve.

Desconsolada, fui en busca de un comerciante de langostas, entre la media docena que había llegado en grandes coches, sin duda tras haber conducido durante toda la noche. Había intercambiado miradas con todos ellos en el mercado y mientras tomábamos café en el Rendezvous des Hommes Bleus, pero ninguno de ellos me había atraído. Desanduve lentamente mis pasos a través del mercado para mirarlos con más atención.

Al parecer, soy una de esas personas nacidas con buena estrella, pues cuando estaba llena de desesperación y langostas tostadas, con la perspectiva de almorzar carne de camello y la necesidad de un mercader árabe gordo y poco atractivo para pasar la noche, caí literalmente en los brazos de un príncipe encantador.

Allí, en el extremo de la plaza, como si se tratara de un espejismo, vi una gran limusina militar francesa, junto a la

cual permanecían varios oficiales franceses de alta graduación y, cortésmente apartado, vestido con un bello uniforme francés, un apuesto oficial árabe. El grupo se despedía de un general francés que había visitado al comandante de la legión extranjera y ahora se disponía a marcharse. No tenía tiempo que perder. Cuando estuve cerca del joven oficial árabe, hice ver que tropezaba y me caí. Naturalmente, él estaba observando mi aproximación y se apresuró a sostenerme. Todo el grupo se reunió a nuestro alrededor. Cojeé de una manera convincente.

—¡Pobre *madame*! —dijo el general, adelantándose—. ¿Puedo ayudarla? ¿Quiere que la lleve a alguna parte?

—¿Por qué no? ¿A algún lugar como Agadir o Marrakech, por ejemplo?

Él pareció bastante desconcertado, pero lo tomó muy bien.

—Abdelkader, acompaña a la señora a recoger su equipaje —dijo al joven oficial en cuanto le expliqué la situación.

Cojeando, apoyé todo mi peso en el brazo del joven. Cuando perdimos al grupo de vista, él me rodeó la cintura con el brazo y yo dejé de cojear. Ambos nos echamos a reír. Aquel *aide de camp* del general francés era adorable. Me olvidé de la cría del camello, me olvidé de mis maletas en Agadir y Marrakech y me dispuse a seguirle al cuartel general en Rabat. Pero primero quería ver a las bailarinas azules.

—No puedo marcharme de Goulimine sin ver a las bailarinas Guedra —le dije a Abdelkader II—. ¿Crees que podrías persuadir al general para que nos invite a verlas?

—¿Qué son las bailarinas Guedra?

Apenas podía creer que un marroquí desconociera la existencia de esas bailarinas, y así se lo dije.

—Me temo que en el cuartel general de Rabat llevamos una vida muy recluida. Háblame de ellas.

Creo que fui capaz de describir con gran precisión algo que yo misma nunca había visto y que tuvo lugar bajo el sol resplandeciente del mediodía. Sí, mi descripción resultó casi tan buena como el espectáculo real. El general fue todavía más fácil de convencer que su ayudante marroquí, pues,

como francés, tendía a sobrevalorar a las mujeres. La perspectiva de hallarse simultáneamente en compañía de mujeres rosadas y azules le encantó, y envió al ayudante en busca del hermano azul, mientras el general y yo entrábamos en el Rendezvous des Hommes Bleus para tomar un aperitivo.

—¡Ah, *madame* ha encontrado compañía! —exclamó el patrón argelino, señalándonos con la cabeza una de las sucias mesas—. Cuánto me alegro. Estábamos preocupados por *madame*, que viaja sola en estos tiempos turbulentos. Acaban de llegar noticias de que han atentado contra la vida del sultán en Marrakech. A una mujer hermosa nunca deberían dejarla sola —concluyó en tono severo.

El general convino en ello con demasiada vehemencia, dándome unas palmaditas en la mano.

—Nos ocuparemos de que eso no vuelva a suceder. Me hago personalmente responsable de *madame* durante el resto de su estancia. Vendrá conmigo hasta Rabat.

En realidad yo confiaba en que encargaría a su *aide de camp* que cuidara de mí, pero de acuerdo con la teoría de que uno debe cortejar a la madre para conseguir a la hija, estaba dispuesta a flirtear un poco con el general. Esperaba que existiera una *madame la générale* que impediría que las cosas fuesen demasiado lejos una vez llegáramos a Rabat. No obstante, por lo menos tendríamos que detenernos una vez durante el viaje para pasar la noche, lo cual probablemente requeriría movimientos estratégicos por mi parte, y superar la capacidad de maniobra de un general francés podría resultar en extremo difícil.

La llegada del hermano azul interrumpió mis reflexiones sobre mi plan de campaña. Incluso al lado de la atildada elegancia del nuevo Abdelkader, tenía cierto encanto. Soy ligeramente alérgica a los uniformes y partidaria de los atuendos nativos.

—Si *madame* me lo permite, quisiera comentar los detalles financieros de las bailarinas Guedra con *monsieur le général* —dijo el nuevo Abdelkader.

Me levanté discretamente y fui a la parte del establecimiento dedicada a tienda, pero conseguí oír el precio

que costaría nuestra visita: se había doblado desde la noche anterior. Aquel proxeneta azul era un chico listo. Todavía lamento no haberle conocido más íntimamente.

—¿Vamos? —preguntó el general, ofreciéndome su brazo. El coste del espectáculo no parecía haberle hecho titubear lo más mínimo.

—Qué galantes son ustedes, los franceses —le dije, apretándole el brazo, mientras sonreía al *aide de camp*. Por la mirada que me dirigió el proxeneta azul, supuse que había efectuado un nuevo cálculo de mi valor de mercado.

Caminamos a través del pueblo polvoriento hasta llegar a una casa bastante grande, construida alrededor de varios patios. Las muchachas aparecieron en un patio interior y nos estrecharon formalmente las manos a todos. Vestían ropas del color azul tradicional, pero sus pieles eran menos azuladas, tal vez por la disponibilidad de agua en Goulimine. El atuendo consistía en pesadas colgaduras sujetas con «fíbulas» de plata, unas agujas grandes como dagas con cadenas de un hombro al otro. De sus brazos y piernas colgaban brazaletes de Tiznit, pero su atractivo principal era el peinado, uno de los más complicados que he visto jamás. El cabello estaba enrollado alrededor de un moño central en lo alto de la cabeza, y de los lados colgaban una infinidad de trencillas, a cada una de las cuales estaban atados diversos objetos: primero un disco blanco parecido a un botón, luego trozos de ámbar y a continuación abalorios de varios tamaños, en su mayoría de tonalidades verde y rojo óxido. Las trencillas oscilaban y tintineaban a cada movimiento.

—¿Les gustaría vernos bailar? —preguntó la hermana jefa. Era una gorda de presencia imponente, con una línea de topos pintados desde el labio inferior a la barbilla y en las manos, teñidas de alheña, un dibujo negro estarcido.

—¿Le parece bien aquí, en el patio? —me preguntó el general.

Accedí y trajeron varias alfombras marroquíes exquisitas que extendieron sobre la tierra batida. Nos sentamos a lo largo de una pared y las chicas a lo largo de otra, en ángulo recto con nosotros. Mientras la hermana jefa preparaba té a

la menta en un braserillo, una vieja bruja tocaba un tamboril y las chicas empezaron a entonar un cántico quejumbroso al tiempo que daban palmadas.

Las muchachas bailaron por turno, cada una avanzando de rodillas hasta una alfombra central. Todas empezaron completamente vestidas, desviando la mirada de nosotros, y acabaron casi desnudas y mirándonos. Sus peinados, con aquellas trencillas como pequeñas serpientes, proyectaban sombras oscilantes sobre sus senos desnudos. Se arrastraban adelante y atrás, siempre arrodilladas, y de vez en cuando se cimbreaban desde la cintura. En realidad sólo eran sus dedos y manos los que bailaban, despojándolas de una prenda tras otra en un arcaico *strip-tease*. Aquella representación me pareció más pintoresca que erótica, pero la calidad del té a la menta era soberbia.

—Prefiero la figura europea —comentó el *aide*, y me pareció que miraba con bastante fijeza la pechera de mi camisa.

Las chicas eran muy gordas, con excepción de la última, cuyo papel, evidentemente, era el de excitar la curiosidad de los paladares ahítos. Tendría unos dieciséis años, la cara graciosa y una figura cautivadora y flexible. Con una nube de cabello oscuro extendido sobre los hombros, aparecía y desaparecía, cimbreante, en el umbral de una habitación interior, pero en lugar de ir de rodillas, lo hacía de pie. Su danza era idéntica a la de las otras chicas, salvo que ella no se quitaba ninguna prenda. Sus ropas estaban diseñadas de tal manera que a cada movimiento sus aberturas se separaban provocativamente, revelando sutilmente una tras otra las diversas partes de su cuerpo, sin dejar nada a la imaginación. Los hombres manifestaban su admiración con comedimiento, quizá por caballerosidad hacia mí, y ninguno de ellos aceptó la oferta del hermano para que probaran los encantos de la chica en un dormitorio interior, cuyo espacio estaba casi íntegramente ocupado por la que sin duda era la única cama imperial de cuatro postes con dosel en Goulimine.

Nos marchamos bastante renuentes, y el proxeneta azul se cercioró de que el general pagaba la cuenta. En uno de los

patios exteriores incluso tuvo la desfachatez de pedir algo más para él... aunque todos sabíamos que probablemente las hermanas nunca verían un céntimo.

El general tuvo la gentileza de decir que, en su opinión, Goulimine no podría proporcionarnos un almuerzo digno de mí, de modo que nos pusimos en marcha a la mayor velocidad posible hacia Tiznit. El recorrido en autobús nos había llevado todo un día, pero el hombre estaba convencido de que su veloz coche militar nos depositaría allí hacia las tres de la tarde. Por supuesto, un almuerzo tardío me parecía infinitamente mejor que la repetición del guisado de camello. Me senté entre el general y el *aide*, mientras el chófer árabe conducía. Llegamos a Tiznit, muertos de hambre y extenuados, a las cinco de la tarde.

—Bienvenida, *madame. Quelle surprise!* —exclamó el patrón del hotel de Tiznit—. No esperaba volver a verla tan pronto.

Entonces se apresuró a preparar «la comida de las cinco», como la llamó el general.

Me disculpé para «asearme» y subí a la habitación donde dormí la vez anterior. La puerta estaba abierta y la habitación desocupada. Me tendí un momento en la cama para sosegarme y me enojé conmigo misma al notar que las lágrimas se agolpaban en mis ojos. No podía permitirme el lujo de la debilidad y el sentimentalismo. Me estaba ganando a pulso mi pasaje hacia la civilización y debía bajar y seguir haciéndolo.

—¿Conoce Mogador? —me preguntó el general durante la comida de las cinco.

—¿Es un lugar o una persona?

—Ah, de modo que no conoce Mogador. Le encantará. Es un fuerte de estilo español situado en la ruta de Casablanca. El viaje es largo, pero creo que podríamos pasar la noche allí.

El viaje era largo, en efecto. Pasamos rápidamente por Agadir cuando anochecía y seguimos una línea costera con promontorios rocosos y bahías arenosas. El general me cogió de la mano y pidió a Abdelkader que se sentara al lado del chófer.

—¡Cómo añoro a mi marido! —decía yo de vez en cuando, y era absolutamente cierto. El sexo se había convertido para mí en una afición, pero Charles representaba el amor.

El general se mostraba comprensivo pero insistente. Era un viejo veterano e intentaba ganar la batalla.

A medida que avanzábamos hacia el norte, los matorrales pelados cedían el paso a una vegetación frondosa y a las lisas ensenadas sucedían acantilados escarpados. Cuando llegamos a los bosques de mimosas alrededor de Mogador, nos envolvió una espesa niebla y una fuerte lluvia se abatió sobre nosotros. De todos modos, ya era noche cerrada, por lo que no puedo decir que viera gran cosa de Mogador. En cambio tuve una amplia visión de Abdelkader, el cual tenía mucho que enseñar, y todo excelente. Mi alergia a los uniformes desaparece cuando cuelgan del respaldo de una silla en un dormitorio.

Fueron necesarias complejas maniobras militares para conseguir la presencia de Abdelkader en mi dormitorio, pero él no había elegido la carrera militar por nada.

—*Cher général* —dije nada más llegar—. Estoy demasiado fatigada para hacer cualquier cosa que no sea acostarme con un vaso de agua mineral.

Me retiré a mi habitación, preguntándome cómo le daría el número a Abdelkader y no al general, pero no tenía necesidad de preocuparme. Los dos hombres comieron un bocadillo y tomaron dos o tres copas bien cargadas, tras lo cual el ayudante acompañó al general a su habitación y luego bajó para hablar con el portero nocturno.

—*Madame* me ha pedido que llame a su puerta por la mañana, cuando estemos listos para partir. ¿Cuál es el número de su habitación?

Probablemente esta transparente estrategia militar no convenció al portero nocturno, pero, como todos los empleados de su clase, estaba acostumbrado a los movimientos nocturnos y dio a Abdelkader mi número de habitación.

—Pensé que podría gustarte algo un poco más fuerte que

el agua mineral —me dijo cuando le franqueé la entrada.

Era incluso más fuerte de lo que esperaba y considerablemente más potente que mi botella de Perrier.

Cuando me desperté, a primera hora de la mañana, le dije:

—Me he dejado una maleta roja colgada de las vigas en una caseta de baño de Agadir. Nos hemos olvidado de ir a buscarla.

El general se había retirado, derrotado con gran dignidad, y no me atrevía a pedirle que retrocediéramos más de ciento cincuenta kilómetros. Sería una maleta roja perdida para el resto de mi vida, pues parecía improbable que alguna vez pudiera recuperarla.

Cuando salimos de Mogador llovía de nuevo a cántaros. El agua se desprendía de las bocas de los cañones a lo largo de la muralla marítima y parecía como si las casetas de baño estuvieran a punto de remontar el vuelo, arrebatadas por el vendaval. Las rocas, los cactus y el polvo del Souss habían desaparecido. Volvíamos a estar al norte del Alto Atlas.

Salió el sol y vi pasar rápidamente el campo a través de la ventanilla. Estábamos a principios de la primavera y en la cuneta crecían flores silvestres, sobre todo un minúsculo iris violáceo y una especie de campánula. A los árboles argán del Antiatlás les habían sucedido los eucaliptos, y tanto Casablanca como Rabat no eran *kasbahs* amuralladas, sino ciudades modernas. Los ocres, los rojos y las murallas almenadas se habían convertido en lisos edificios de acero y cemento armado, e incluso el color de la tierra era diferente. Había regresado a la civilización.

—¿Nos encontraremos en el baile de la Cruz Roja? —me preguntó el general cuando nos despedimos ante el hotel de tercera clase en Rabat, seleccionado por él para evitar que yo eligiera.

—Naturalmente —respondí sin vacilar.

No tenía idea de quién iba a invitarme a un baile y sabía con certeza que mi guardarropa era inadecuado.

Muy poco tiempo después, no sólo me invitaron al baile, sino que asistí a una exhibición de caballos con Abdelkader y

a una reunión de señoras en el Quai des Oudaïas con una condesa anciana, para quien Bubi Pritchard me había dado una carta de presentación. Un grupo de damas europeas se sentaban en torno al surtidor árabe en casa de la condesa, sosteniendo sus guantes y sus tazas de té, mientras chismorreaban acerca de los amantes ajenos, como en cualquier otro lugar del llamado mundo civilizado.

Fui al baile en compañía de la hija de la condesa. Teníamos más o menos la misma edad y una talla similar, y me prestó un vestido de uno de los mejores modistos de París. A cambio le presté a Abdelkader. De todos modos, estaba a punto de marcharme y el cambio me parecía apropiado.

—La ropa es tan importante como los hombres —le dije en el tocador de señoras—. También hace menos daño que ellos.

—No estoy tan segura —replicó mi nueva amiga—. Mis zapatos me están matando, cosa que no suelen hacer los hombres.

Cuando llegaron eran las dos de la madrugada, me estaba quitando su precioso vestido en el tocador, para ponerme de nuevo mi vestido de lino azul marino. Parecía la Cenicienta, pero, como aquella misma mañana regresaría a Londres, lo más cómodo sería que le devolviera el vestido de baile. Había llevado mi vestido de viaje en una bolsa de papel. En la pista me despedí de Abdelkader con un beso y le dejé en brazos de la joven condesa gala con su larga cabellera rubia que le rozaba la hombrera del uniforme.

—Que seas feliz —le dije.

No esperaba verle de nuevo, y así ha sido, pero no le he olvidado.

Tenía que cambiar de avión en Algeciras, por lo que decidí pasar una noche en el Hotel Rock de Gibraltar. Fue una decisión juiciosa. Esos pocos centenares de metros cuadrados de promontorio rocoso son tan ingleses que me hicieron volver a mis cabales. De repente era de nuevo una respetable joven inglesa, en vez de una refugiada salida de una novela de Paul Bowles. Cuando la esposa de un almirante

se me acercó en el hotel para invitarme a una partida de *bridge*, supe que volvía a estar en un terreno familiar.

Llegué a Londres antes que Charles. Quería estar esperándole en el umbral como una esposa perfecta, fiel y amorosa. Desde luego, era todo eso. Tanto mental como sentimentalmente, nunca había dejado de amarle y desearle, de querer estar a su lado toda mi vida. Sin embargo, había hecho el importante descubrimiento de que mis órganos sexuales no requerían necesariamente amor para entrar en acción. Hasta entonces me había sentido como esa criatura desbocada de Nancy Mitford, que se enamora sin remedio en cada ocasión. Ahora sabía que los polvos satisfactorios no siempre afectan a las sensaciones más profundas, pero no esperaba que Charles lo comprendiera y estaba nerviosa por la inminencia de nuestra reunión.

Esperaba en el aeropuerto, vestida con el abrigo New Look que usé cinco años antes, en 1948, cuando él regresó de Jamaica para hacerme suya y yo decidí dejar a Robert y abandoné mi hogar de Mayfair con una sola maleta de ropa... y el abrigo New Look doblado en el brazo. Llevarlo de nuevo era un gesto significativo, aunque el New Look ya no era ninguna novedad en 1953.

Cuando Charles llegó a la sección de aduanas, yo brincaba de excitación al otro lado de la barrera. A los treinta y cinco años, todavía brincaba, palmoteaba de alegría y saltaba por la calle de la mano de una de mis hijas. Nunca me ha importado lo más mínimo hacer el ridículo.

—¡Tienes un aspecto magnífico! —exclamamos los dos a la vez, tras besarnos y abrazarnos en silencio durante varios minutos.

No dijimos mucho más hasta que estuvimos a bordo de un taxi, un despilfarro que mal podíamos permitirnos. Cuando viajábamos juntos, siempre tomábamos el autobús hasta la terminal. Pero aquel regreso al hogar era diferente.

—¿Qué tal el ancho mundo, Charles? —le pregunté, arrimándome a él, despreocupada. Lo único que me

importaba era que había vuelto.

Él me rodeó con el brazo y replicó seriamente:

—El ancho mundo se ha convertido en una extensión de las afueras. —Entonces le brillaron los ojos—. ¡Sólo que cuando recorres unos cuantos miles de kilómetros te encuentras con un templo exótico!

Ambos nos reímos, y entonces se hizo un incómodo silencio.

—¿Y qué tal te ha ido a ti por África del Norte? —inquirió.

—África del Norte es muy interesante —respondí cautamente. Entonces decidí ser franca con él—. Pero me he comportado como una puta, Charles.

—Eso está bien. No quería decírtelo en mis cartas, pero he vivido en un picadero no lucrativo.

—¿Qué quieres decir, Charles?

—Quiero decir que las chicas de los Mares del Sur viven en chozas de hierba y llevan faldas también de hierba. Metí la mano a través de bastantes faldas de ésas, y descubrí que a sus propietarias les encantaba hacer el amor con un forastero y no querían dinero por ello. Llamábamos a las chozas de hierba picaderos no lucrativos.

Sentí unos celos injustificados. Odié a aquellas chicas que follaban por el placer de hacerlo, aunque yo no era mejor que ellas.

—Vaya, se parecen a mí —le dije—. He descubierto que también me gusta el sexo con desconocidos y tampoco quiero un céntimo por hacerlo.

—¿Lo ves? Todo el mundo es igual. El hogar, dulce hogar, está allí donde te haces la cama.

Le besé apasionadamente para aniquilar el recuerdo de todas aquellas chicas. Mis propias infidelidades serían perdonadas y olvidadas. Charles era un hombre tolerante y comprensivo. Tal vez ahora yo podría aprender a ser menos obsesiva y posesiva. Llegamos a casa, subimos al dormitorio y nos acostamos en la cama de matrimonio, que yo había hecho cuidadosamente con nuestras mejores sábanas limpias. Dormimos en ella feliz y fielmente durante otro año.

El loro con pasaporte

Bagdad, 1953

El otro día, cuando hojeaba una vieja libreta de direcciones, un papelito verde se deslizó de entre sus páginas y cayó al suelo. Al recogerlo me sentí invadida por la nostalgia. Su texto, escrito en tres idiomas, decía que era un billete para un *tam* (adulto) o un *cocuk* (niño), y permitía al portador viajar desde Hyderpasa a Bagdad. La oficina emisora era la Vagon-Li Cook de Estambul. El billete presentaba diversos orificios de formas diversas, redondos, cuadrados, en forma de estrella, romboidal y triangular. Habían pensado en todas las formas que puede tener un agujero. Recuerdo cada una de las ocasiones en que perforaron el billete, durante aquel viaje de cuatro días y tres noches en tren, en el sofocante calor de julio.

La vida en compañía de Charles había proseguido serenamente desde mi visita a las costas más agrestes de Marruecos, aunque tal vez «serenamente» no sea la palabra adecuada cuando me refiero a la cuerda floja del matrimonio. Pero a pesar de los altibajos, debe haber cierta serenidad, pues de lo contrario te caes. Charles y yo estábamos todavía muy lejos de caernos, pero a veces nos sosteníamos colgados por los dientes.

Las niñas iban y venían de nuestra casa en Chelsea a la de Robert en Mayfair.

—Es como tener una casa en el campo y otra en la ciudad —comentó Fiona, que tenía doce años y prefería la ciudad.

—Pero Chelsea no es realmente el campo —se quejó Vanessa, que a los nueve pasaba por esa fase típica de tantas chiquillas inglesas, en la que se pirran por un poni y un perro —. ¿No podríamos tener un caballo aquí? Nunca lo dejaría pastar en los jardines del Hospital de Pensionistas de Chelsea.

Ahora las dos niñas estaban internas en un colegio, y Robert y yo nos turnábamos para tenerlas en casa durante las vacaciones escolares. Sin embargo, Vanessa prefería irse sola y pasar parte de las vacaciones en una granja de Norfolk, donde podría cabalgar el día entero y dormir sobre un colchón de plumas con tres perros a los pies de la cama.

En el verano de 1953, a Robert le tocó el turno de quedarse las niñas. En aquel preciso momento, Charles tuvo que emprender un largo viaje de negocios a Japón, Hong Kong y la India. Volví a encontrarme sola, con seis semanas por delante y sin nada con que llenar ese tiempo. Durante los meses veraniegos había menos visitantes gubernamentales al British Council, y yo no quería convertirme en una guía turística, prefería mucho más ser yo misma una turista. Me había ilusionado con la idea de ir en autobús a Bagdad, lo cual parecía una excelente manera de pasar mis vacaciones veraniegas.

Uno de mis pasatiempos favoritos en las largas tardes de invierno, consistía en abrir el horario de los ferrocarriles internacionales de la agencia Cook y planear viajes exóticos. Ningún autocar iba a Bagdad, pero había descubierto que se podía ir en el Orient Express desde París a Estambul y cruzar en transbordador a Hyderpasa, donde el Taurus Express te llevaba a Bagdad. Luego podías regresar en autobús, por Damasco y Beirut, embarcar en un carguero con destino a Marsella, tomar ahí el Tren Azul hasta París y luego el Golden Arrow que enlazaba con Londres. Estaba encantada con este plan, que me daría una oportunidad de hacer un paréntesis en París para ver a Max y otro en Estambul, donde tenía una amiga alemana que se había casado con un turco. También ampliaría mis recuerdos «azules» visitando la Mezquita Azul.

—¿Por qué no vienes conmigo, Max? —le rogué por teléfono—. Ya es hora de que disfrutemos juntos de algunas otras imágenes exóticas.

—Tú coleccionas imágenes azules, mientras que yo las colecciono rojas —replicó, refiriéndose al saldo de su cuenta bancaria.

Por aquel entonces, los saldos deudores se estampaban en rojo en los estados de cuentas bancarias. Max no podía permitirse acompañarme. Sin embargo, me llevó a través de París hasta la Gare de Lyon... devolviéndome por fin la maleta roja que me dejé en Marrakech el año anterior. Al llegar a Estambul, en caso de una estancia sin incidentes destacables, me animaría a sacar de la maleta aquellas prendas que ya había olvidado.

El Taurus Express salía de Estambul hacia Bagdad los martes y jueves. Para llegar a tiempo a la estación de Hyderpasa era preciso coger el transbordador de las seis de la mañana, que cruzaba el Bósforo hasta el lado de Asia Menor. Quizá la partida tan temprana incomodó a mi amiga alemana y su marido, los cuales consideraron un deber ir a despedirme. Se apresuraron a acompañarme hasta el tren e hicieron algunas observaciones desmoralizadoras.

—Dicen que la temperatura llega a ser muy elevada cuando cruzas el desierto turco.

—¿No crearás que pintar los techos de los vagones de blanco desvía realmente el calor, verdad?

—Creo que a menudo dejan desenganchado el vagón restaurante, o se les acaba la comida.

—Por lo menos deberías haber viajado en un coche cama de primera clase. El olor en segunda clase será insoportable.

—No creas que al llegar allí tendrás algo que ver. Bagdad es la ciudad más aburrida de la tierra.

—¡No sé de ninguna mujer que viajara allí sola o, si lo hiciera, que regresara!

Puntualicé que, de todos modos, no iba a regresar por la misma ruta, sino que iría en autocar al Líbano. La idea de salir en autocar de Bagdad era lo que en primer lugar me había inspirado el viaje. Estaba muy encariñada con la perspectiva de viajar en un autocar llamado Bala de Plata, que sólo lo hacía de noche, a través del desierto. Había visto una foto de ese vehículo en una revista de una compañía petrolífera.

—Bueno, la verdad es que no estoy sola —dije a mis amigos, señalando a los demás ocupantes de mi vagón de

segunda clase—. Incluso hay un loro que ocupa uno de los asientos.

Eso era exacto. Se trataba de un loro turco, aunque pertenecía al muchacho persa que se sentaba al lado.

En cuanto el tren se puso en marcha, entablé conversación con un jefe de policía turco que viajaba a Ankara.

—*Fee-yay!* —gritó el loro claramente cuando el jefe de policía introdujo un dedo a través de los barrotes de la jaula, frente a la que él se sentaba.

—¿Cómo se atreve a decirme que me vaya? —dijo el jefe de policía, al parecer ofendido. Un oficial del ejército, que hablaba algo de alemán, me interpretaba la conversación.

—También da picotazos —advirtió el persa.

—¿Entonces no podría ponerlo en el portaequipajes? —sugirió áspidamente el jefe de policía.

—No tengo por qué hacerlo. El loro tiene billete como todo el mundo, incluso he tenido que sacarle un pasaporte. ¡Miren!

El persa nos mostró a todos la documentación del loro, que examinamos con interés. Su sexo y estado civil estaban claramente indicados, y en el espacio reservado para «color del cabello» decía «plumaje gris». Todo ello parecía perfectamente posible. La única persona que no estaba interesada era un viejo campesino acomodado en el rincón, el cual resultó ser un *hadji* y sólo le interesaban sus oraciones. Un *hadji* es aquel que ha hecho un largo y complicado viaje a La Meca, para el que un buen musulmán ahorrará durante toda su vida y que le hace acreedor de un gran respeto. Aquel *hadji* se reveló como un incordio, pues salía continuamente al pasillo para lavarse los pies, antes de rezar sus plegarias, actividad esta última que requería que todos nos apretujáramos en un ángulo del compartimiento mientras él se sentaba, descalzo y cruzado de piernas, inclinándose atrás y adelante. Para rezar se ponía un gorro puntiagudo que hacía girar en redondo hacia atrás, de modo que la punta no le molestara cuando inclinaba la cabeza hacia adelante. Durante la hora de plegaria era preciso cubrir la jaula del loro con un paño negro, pues de lo contrario brincaba en el

travesaño y gritaba excitado: «*Chokusel! Tamam!*».

—¿Qué significa? —le pregunté al persa, que hablaba francés.

—Sólo significa «bonito, excelente, bueno». Es un loro muy cortés. Me lo dio una tía anciana de Estambul para que se lo dé a otra tía anciana en Persia. Tengo que llevarlo a Teherán.

Antes de que el viaje terminara, me había hecho muy amiga del persa y del loro. Era una amistad bastante peligrosa, pues, al final del tercer día, ambos me habían mordido.

—¿Va usted al coche restaurante? —me preguntó en alemán el oficial del ejército.

—Así es —respondí en alemán, y entonces pasé al francés para preguntarle al persa si venía con nosotros. El *hadji* y el jefe de policía sólo hablaban turco y, en cualquier caso, no parecían personas que estuvieran a sus anchas en un coche restaurante.

—Muchas gracias, pero mi tía me ha cargado con la comida suficiente para llevar un regimiento a Teherán y regresar —dijo el persa—. El único problema es que no puedo distinguir entre la del loro y la mía.

Lamenté que el persa no nos acompañara, pues el número garantiza seguridad y tres noches en un tren son un potente afrodisíaco. Sólo hay una cosa que pueda protegerte de un hombre, y es otro hombre. Ya había decidido que el persa iba a ser quien lo hiciera. Estaba dispuesta a entregarme a él, a fin de que me protegiera del jefe de policía, el oficial del ejército y el *hadji*... por no mencionar al loro.

He aquí lo que decía el menú del coche restaurante:

Hors d'oeuvres variados
Patlijan Karniyarik
Salata lik
Melocotones Belle Hélène
Fruta fresca

La mezcla de francés e inglés era comprensible y los platos turcos del centro resultaron ser berenjenas rellenas y

ensalada de pepino con yogur. Acompañamos todo ello con cerveza turca y el militar se mostró peligrosamente halagador.

—Tu cabello centellea como el vino blanco —me dijo a los postres.

Cuando tomábamos el café, los últimos rayos del sol poniente penetraban por la ventanilla y yo entrecerraba los ojos para que no me deslumbraran.

—En Turquía tenemos un proverbio —siguió diciendo el militar—: «El sol del ocaso encuentra a las más hermosas».

Cuando regresábamos por el pasillo le pareció necesario cogerme de la cintura cada vez que los vaivenes del tren hacían que me tambaleara. Primero sólo me rodeaba la cintura, luego las caderas y, cuando llegamos a nuestro compartimiento, había tenido la audacia de agarrarme los senos.

La marcha del *hadji* había simplificado los arreglos para dormir. El devoto había encontrado otro *hadji* con el que se había reunido en su vagón, de modo que aquella primera noche éramos sólo cuatro y un loro. El militar turco se las ingenió para dormir en mi lado del compartimiento, hasta que me quejé en voz alta de que si me estiraba, su revólver me presionaba. En realidad no era sólo su revólver, sino una saludable erección tan voluminosa como el arma. Como había decidido que prefería un pene persa a una violación turca, me apresuré a deslizarme al asiento libre de enfrente cuando el jefe de policía salió al pasillo para fumar su pipa. Habían apagado las luces del vagón y el persa se había acurrucado para dormir. Cuando regresó el jefe de policía se vio obligado a tenderse al lado del militar. Acomodaron sus revólveres lo mejor que pudieron.

Cuando el militar cerró los ojos y los ronquidos del jefe de policía se hicieron regulares, unos dedos persas empezaron a ascender por mi muslo, bajo la falda. Separé las piernas para facilitarles su avance. Mi gatito ya estaba ronroneando. Bajé una mano y le desabroché la bragueta. Había allí un loro que no mordía y que saltó a mi mano con amistosa presteza, ya húmedo de deseo. Nuestra postura dificultaba el encuentro

del gatito y el loro en el ángulo correcto, pero se restregaron uno contra el otro en un agradable contacto animal. Alcancé primero el orgasmo, mordiéndome el labio para no gritar y despertar a los demás. Mis espasmos excitaron tanto al persa que sus movimientos se hicieron frenéticos y temí que sus vibraciones llegaran hasta el loro auténtico que estaba en su jaula, por encima de nosotros. No obstante, el pene persa eyaculó enseguida y su pasión reprimida rezumó entre mis piernas. Me apresuré a limpiarla con el dobladillo de mi falda de algodón. Antes de que terminara la noche, mi falda parecía almidonada con esperma.

Siguieron tres largos días en el tren, durante los que cruzamos kilómetros y más kilómetros de desierto turco y sirio. La temperatura debía rondar los 40 grados y el calor era excesivo incluso para leer o escribir. Permanecíamos sentados o tendidos, refrescándonos con pequeños abanicos de mimbre en forma de bandera. El persa echó mano de sus provisiones y nos ofreció *dolmas* y salchichas enlatadas, que acompañamos con pan adquirido a través de las ventanillas del tren a los campesinos que se presentaban con cestas en las diversas estaciones. Comer y lavarme bien eran las únicas actividades que me animaban el viaje. Mi invención de una ducha revelaba una astucia notable.

El inodoro del vagón tenía un simple agujero en el suelo con dos plantas de pie pintadas en la rejilla a cada lado. Alineé todas las botellas vacías de agua mineral que habíamos bebido en el estante de vidrio por encima de la pila y las llené de agua tibia procedente del depósito del techo del vagón, que salía por un grifo pringoso. Una vez llenas todas las botellas, me quité el vestido arrugado, que era todo lo que llevaba puesto, y me eché encima una botella de agua tras otra. El líquido se deslizó por mi cuerpo sudoroso y desapareció por la rejilla, sirviendo al mismo tiempo para limpiar el retrete.

Llegamos a Bagdad a mediodía del cuarto día. El calor no era tan insoportable como había esperado, aunque llegaba a

41 grados a la sombra. El sudor me corría continuamente entre senos y muslos, y tenía una sed insaciable. La fealdad de Bagdad era incluso peor de lo que imaginaba. Tenías la impresión de que acababan de construirla pero ya se estaba desmoronando. Parecía haber una sola calle principal, llamada Al Rashid, y era como una pequeña arteria urbana de cualquier ciudad. Los coches se apretujaban en ella y estaba prohibido aparcar un solo instante. Las tiendas eran desastradas y todos los edificios sin excepción estaban agrietados o desportillados. No me sorprendió que el hotel de tercera clase, recomendado por el personal del Wagon Lit, fuese en realidad de sexta clase.

En el vestíbulo, el persa miró a su alrededor y comentó:

—Creo que no deberías pedir una habitación individual.

—Te comprendo muy bien —repliqué.

En el vestíbulo del hotel, que era la única sala de estar, había varios hombres en pijama, bebiendo el agua de un depósito refrigerado o jugando al chaquete. Todos ellos me dirigieron miradas lascivas. Allí no había ninguna otra mujer.

—Una habitación doble, por favor —pidió el persa a un empleado, también en pijama.

—Desde luego, señor. ¿Desea que le preparen también una cama en el tejado?

—No creo que sea necesario, gracias. De todos modos, *madame* preferirá dormir dentro con el loro.

Esperé hasta que estuvimos en la pequeña y sofocante habitación, con una enorme cama de matrimonio, antes de preguntarle qué significaba eso de la cama en el tejado. Parece ser que todo Bagdad duerme juiciosamente en los tejados durante el largo y cálido verano. Los armazones de cama de hierro se colocan en hileras y cada tejado se convierte en un dormitorio comunal.

—No me han gustado nada esas miradas hambrientas —dijo el persa—. Por favor, no duermas en el tejado cuando me vaya.

—No podría, porque duermo desnuda. Además no he traído ningún pijama, que es lo que parece llevar todo el mundo en Bagdad.

Sin embargo, resultó que esa prenda sólo se usaba en los interiores, y cuando salimos a comer me sorprendió lo limpios y bien planchados que estaban los pantalones y las camisas blancas de los hombres bajo aquel calor sofocante. Muchos de ellos lucían mostachos y casi todos tenían el rostro marcado por la viruela o el divieso de Bagdad, una infección horrible que ataca a los niños y les deja una marca del tamaño de una moneda.

—¿Hacemos la siesta o quieres visitar la ciudad? —me preguntó el persa.

—Creo que debemos esperar al fresco de la noche para visitar Bagdad —le respondí con optimismo.

La siesta fue muy pegajosa, nuestros cuerpos se adherían el uno al otro y la única sábana arrugada se nos pegaba, como el pelo a nuestras frentes. Cuando por fin cedimos al sopor, nos despertaron los gritos del loro. Una cucaracha se había metido en su jaula y él la perseguía, dando vueltas y más vueltas. Decidí levantarme y tomar una ducha.

En mi búsqueda del retrete había descubierto el baño, un cuarto con dos círculos pintados en la puerta que al principio no identifiqué, pero al abrirla no vi ningún retrete, sino tan sólo una bañera y una tarima con una especie de bidet hundido en el suelo. Me dirigí al recepcionista del hotel en camisón, lo cual no parecía en absoluto indecoroso, puesto que él llevaba puesto su pijama, y me orientó de nuevo hacia el cuarto del bidet hundido, que, tras un examen más atento, resultó ser la taza del retrete, sobre la que te ponías en cuclillas para lavarte las partes privadas utilizando una jarra de largo pico con agua fría. Me había acostumbrado a esa técnica de limpieza sin papel higiénico de los países árabes. La idea es que la mano izquierda se reserva para esos menesteres mientras que la derecha se emplea para comer. En aquella ocasión estaba buscando la ducha, que goteaba continuamente en la bañera, y al abrir el grifo se estremeció ruidosamente y roció de agua todo el cuarto. Incluso las cucarachas de alrededor del curioso inodoro se apresuraron a ponerse a cubierto.

—Voy a telefonar a mi amigo iraquí Nejat —me anunció

el persa a la vuelta.

Bajó al vestíbulo y me quedé en la habitación para terminar de vestirme. No tenía mucho que ponerme, pero cada prenda se me pegaba al pasarla por la cabeza y necesitaba mucho más tiempo. Aún estaba en bragas, tratando de inventar un peinado que me refrescara el cuello, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —respondí, creyendo que el persa volvía de telefonear y llamaba cortésmente antes de entrar.

Abrió la puerta un hombre desconocido, en pijama. Nos miramos y le comprendí perfectamente.

—¿Qué quiere usted? —le pregunté de todos modos.

—A usted —replicó él con toda tranquilidad.

—No.

—Dispense —me dijo, y se marchó.

El persa regresó sin llamar a la puerta y le conté el incidente.

—Verás, las mujeres que viajan solas por Oriente Medio no pueden ser más que prostitutas. Ese hombre sólo te ha preguntado cortésmente si estabas libre.

Me dijo entonces que su amigo Nejat nos recogería para enseñarnos la ciudad. Nejat se presentó con un sombrero de paja, aunque el sol ya estaba bajo.

—¿Cómo está? Estoy muy contento de conocer a una señora rubia. ¿Es usted bailarina?

—No, no soy bailarina —repliqué con firmeza, y busqué en el fondo de mi mente alguna profesión que pudiera explicar de manera convincente mi presencia en Bagdad, sin que estuviera relacionada con el oficio más viejo del mundo —. Soy periodista —le dije en tono triunfante.

—Así pues, ¿en su país hay mujeres periodistas?

—Sí, claro, las mujeres pueden hacer de todo. Tenemos mujeres que se dedican a la política, doctoras, abogadas, incluso tenemos reina en vez de rey —respondí, espoleada por el tema.

—Ah, sí, la reina Isabel, una señora muy buena. Pero no creo que me gustara ser gobernado por una mujer. Nuestro rey es un hombre fuerte, excelente. Hace falta un hombre

para gobernar un país de hombres.

No le contradije, pero muy poco después los iraquíes asesinaron a su rey fuerte y excelente, mientras que esa buena señora, la reina Isabel, sigue reinando apaciblemente en el palacio de Buckingham. Me pregunto si Nejat recordaba nuestra conversación el día del asesinato.

—¿Qué le gustaría ver en Bagdad? —me preguntó Nejat.

—Veamos..., debe de haber una mezquita y un bazar. ¿Hay también un museo?

Nejat desconocía la existencia de un museo, pero dijo que se informaría, y así lo hizo en el primer lugar que visitamos, el Café Brasileño. Siempre puedes tener la certeza de que en todas las ciudades del mundo encontrarás un Grand Hotel y un Café Brasil, como también puedes estar seguro de que un joven mundano conocerá todos los cafés y ninguno de los hitos más culturales. Hicimos un recorrido de los cafés más elegantes, lo cual no fue una mala idea, pues la constante sudoración te reseca internamente y te provocaba una sed insaciable. Bagdad está preparada para esto y hay quioscos de refrescos y vendedores callejeros cada pocos metros. Bebidas repugnantes en grandes tinajas, suero de leche en cubos, aguadores con depósitos de latón en la espalda y el hielo omnipresente en todas las bebidas y fundiéndose casi en el mismo instante en que se añade al líquido. Los cafés son una buena idea, porque los vendedores callejeros tienen un solo vaso de vidrio para los clientes, a menos que puedas encontrar los familiares botellines de la

Coca-Cola,

marca rotulada en todos los alfabetos del mundo.

Después de seis cafés, un vaso de suero de leche, una naranjada espumosa y un helado de color rosa brillante hecho en la calle con un mortero de madera, encontramos el museo. Como todo lo demás en Bagdad, parecía recién construido y a punto de venirse abajo, y estaba prácticamente vacío. Creo que desde entonces lo han restaurado y dotado de material.

—¿Qué quiere ver ahora? —preguntó Nejat.

—Creo que iré a la empresa de autocares y confirmaré la

reserva para el Bala de Plata, que sale mañana por la noche.

A la mañana siguiente el persa iba a coger el tren de Basora. Le ayudé a encerrar al loro, el cual había dado su paseo matinal alrededor de la habitación, lo que suponía tener la ventana cerrada a pesar del calor terrible. El loro me dio un último picotazo. Era un pajarraco sin atractivo e ingrato, y se posó en mi dedo para despedirse.

—¿Ya tienes tu pasaporte y no te queda nada por hacer aquí? —pregunté al loro. Él me miró con sus ojos que parecían cuentas de vidrio giratorias, alzó la cola y se cagó en mi falda—. ¿Lo ves? —le dije al persa—. Todos los animales entienden el inglés.

Me cambié de vestido y él me preguntó por quinta vez:

—¿Estás segura de que no quieres que me quede y te acompañe hasta que te vayas? Estarías más segura.

—No, claro que no. Iré al consulado sirio, obtendré el pasaporte y me marcharé esta noche, pero primero iré a la estación a despedirte.

Vi al persa por última vez en un diminuto compartimiento de tren, de dos plazas solamente. El loro estaba en el asiento, a su lado, y él se asomaba a la ventanilla, diciéndome que confiaba en que Kismet sería amable conmigo y que quizás algún día nos encontraríamos de nuevo. No volvimos a vernos y Kismet no fue demasiado amable conmigo en el consulado sirio.

Salí de la estación de Bagdad y me enfrenté a una hilera de autobuses con numeración árabe. Aunque hubiera sabido qué autobús debía tomar para ir al consulado sirio, no sabía leer los números. Me acerqué a dos caballeros árabes con camisa blanca y les pregunté qué autobús me llevaría al barrio de Masbah. No sólo me indicaron el autobús, sino que insistieron en pagarme el billete y me explicaron la numeración árabe para que pudiera regresar. Llegué a la legación siria muy satisfecha de mí misma y de los habitantes de Bagdad.

Masbah es un barrio con arbolado, chalés blancos y verdes

jardines. Crucé unas columnatas blancas y recorrí el sendero de la legación hasta la sección consular. La serenidad que me embargaba no duró mucho: el consulado estaba cerrado.

Di la vuelta y fui a la entrada principal de la legación. Un mayordomo me abrió la puerta.

—¿Por qué motivo está cerrado el consulado?

—Hoy es viernes, el equivalente del domingo para los musulmanes.

—¿No podría hablar con alguien? Mañana he de irme en el Bala de Plata y necesito un visado.

—Me temo que aquí no hay nadie. Vuelva usted mañana.

—Pero el autocar sale esta noche y no hay otro hasta dentro de una semana.

—Lo siento, señora. Tendrá que volver mañana.

Las horas siguientes fueron indescriptibles. Con una temperatura de más de 40 grados, corrí a la empresa de los autocares, fui a Thomas Cook, a la embajada británica y al Instituto Británico y regresé a la legación siria. Nadie pudo hacer nada salvo aconsejarme que no me marchara sin visado, pues me obligarían a bajar del autocar en plena noche, cuando llegásemos a la frontera en el desierto. Al final claudiqué y me fui a la cama. El autocar partió y empezaron los golpes en la puerta de mi habitación.

Debo decir que los iraquíes eran muy corteses. Tras la marcha del persa no dejaban de llamar a mi puerta, pero lo hacían con tanta suavidad que llegué a acostumbrarme y me dormía a pesar de los golpes. Era inútil intentar persuadirles de que se equivocaban al tomarme por una puta, sobre todo porque había llegado con un persa, el cual no se molestó en llevarme con él, aunque no le importaba sufrir las incomodidades de transportar a su loro. Una prostituta que valía menos que un loro era ciertamente presa fácil. Finalmente comprendí que sólo tenía que gritar: «Lo siento, estoy ocupada», si los golpes se hacían demasiado insistentes. Eso actuaba como un ensalmo. Recordé las experiencias de Charles en unas circunstancias algo similares y puse al hotel el mote de «picadero no lucrativo».

¿Qué puedes hacer en Bagdad con una temperatura que

supera los 40 grados? Una sola cosa: tratar de conseguir tu visado. Esa única actividad te mantendrá ocupado todo el tiempo. El día siguiente era sábado y volví a subir esperanzada el sendero de la columnata.

—Pero, señora —me dijo el encargado de los visados—. Su pasaporte no tiene espacio para estamparlo.

Todos y cada uno de los países de Oriente Medio requieren una página entera para un visado, y en mi pasaporte no quedaba ninguna página en blanco.

—Póngalo encima de un visado antiguo —le sugerí.

El hombre se mostró horrorizado por algo tan falto de ética y dijo que era completamente imposible.

—Debe ir a la embajada británica y sacar un pasaporte nuevo.

Insistí en ver al cónsul sirio en persona. Era un hombre muy gordo, con una impecable camisa blanca, y fue muy cortés conmigo, pero inflexible. Repitió que debía ir a la embajada británica y obtener otro pasaporte. Así lo hice, pero la sección consular estaba cerrada. Di la vuelta hasta la puerta principal de la embajada, que abrió un mayordomo.

—¿Por qué está cerrado el consulado?

—Hoy es sábado.

Puede que el viernes sea el sábado musulmán, pero el sábado forma parte del domingo inglés. El lunes reanudé las gestiones. El miércoles ya tenía el visado, pero no había autocar. Tuve que esperar al viernes por la noche. No sé cómo lo habría soportado de no haber sido por Jalid.

En algún momento durante aquellos calurosos días de espera tropecé con un amigo de Max. Era extraordinaria la seguridad con que los amigos de Max intervenían en el momento oportuno... o quizá era el mismo Max el que intervenía. Dondequiera que estuviese, sobre todo en los lugares más improbables, podía tener la certeza de encontrar a alguien que conocía a Max. Aquella semana me moví con tal rapidez por Bagdad, entre la embajada británica y el Consejo Británico, entre oficinas de autocares, estaciones, agencias de viaje y secciones de visados, que no recuerdo con exactitud dónde conocí a Derek Dance. En algún punto álgido

de aquella crisis del transporte, apareció un inglés alto, afable y refinado, de cabello grisáceo, el cual me preguntó en qué podía servirme. Era la clase de persona que habría esperado encontrar en el Piazza de Capri, no en una oficina de autocares de Bagdad. Era de suaves maneras, mundano, y supe enseguida que su casa se distinguiría por su elegancia y buena mesa. Nunca llegué a saber qué hacía en Bagdad, pero llevaba varios años viviendo allí.

—¿Querrá almorzar conmigo? —me preguntó, tras haber intervenido tan amablemente y ayudado a resolver las dificultades de la jornada.

Al cabo de un buen rato, cuando tomábamos los Martinis más fríos y secos de Oriente Medio bajo una palmera, en la terraza pavimentada en blanco y negro de Derek Dance, descubrí que conocía a Max, al que encontré varios años atrás en Tánger.

Me recosté en la tumbona de caña y contemplé la vieja casa con balcones de madera, tan distinta de las agrietadas construcciones de cemento armado de la ciudad.

—¿Cómo acabó usted instalándose en Bagdad? —le pregunté.

—Verá, vivía sin rumbo y vine a parar aquí. Puede que Bagdad sea el nadir del Oriente Medio, pero he llegado a amarla. —Exhaló un suspiro y añadió—: Cuando en algún lugar no hay absolutamente nada, es un desafío convertirlo en algo.

Como había supuesto, la comida fue exquisita, a base de *soufflés*, ensaladas y vino blanco muy frío, exactamente lo que me apetecía comer bajo una temperatura que superaba los 40 grados a la sombra. Aunque la transpiración seguía acumulándose entre mis senos y los muslos se me pegaban, me sentía fresca y civilizada. Nos servían criados silenciosos, y en los rincones, sobre muebles que eran antigüedades sin precio, giraban las aspas de los ventiladores eléctricos.

—¿Hay muchas casas como ésta en Bagdad?

—Sólo unas pocas a este lado del Tigris. La vieja aristocracia árabe vivía aquí, entre las palmeras. Ahora todos se han trasladado a los barrios modernos.

—¿Cómo son?

—Como los barrios modernos de cualquier parte del mundo. Venga conmigo esta noche a un cóctel angloamericano y lo verá por sí misma.

Después del almuerzo, el chófer me llevó al hotel y a la hora del cóctel el mismo Derek Dance vino a recogerme. El largo coche negro cubría toda la entrada del hotel, cosa que impresionó mucho a los caballeros en pijama que estaban en el vestíbulo, los cuales se reunieron alrededor de la puerta para verme salir. Era evidente que me había conseguido un protector rico y de una categoría a la que ellos no podían llegar. Lo que no era evidente para ellos, como tampoco para mí, era que a Derek Dance no le interesaban las damas de ninguna categoría.

Nunca he tenido lo que se conoce como «vestido de cóctel», en parte para protegerme de los cócteles y en parte para evitar convertirme en lo que se llama una «rubita vaporosa». El cóctel angloamericano en Bagdad no fue una fiesta al aire libre con vestidos veraniegos y sin corbatas, como había esperado, sino una recepción formal en un interior lleno de rubitas vaporosas con vaporosos vestidos de cóctel, cuyos abalorios, lentejuelas, lamés, brocados, hilos de oro y plata y tafetanes relucían y destellaban. Los hombres llevaban chaquetas, corbatas y trajes bien planchados. Hacía mucho frío en aquel gran bungaló con aire acondicionado, y estuve a punto de coger una pulmonía.

La anfitriona, que llevaba un vestido lleno de canutillos, se inclinó hacia mí.

—¿Tomará *whisky* de malta, *bourbon* o escocés? ¿O prefiere vodka, Martini seco o *gin tonic*?

Agobiada por esa amplia oferta de licor importado, que suponía traído en caravana de camellos con grandes dificultades y gastos, junto con cada nueva carga de vestidos de cóctel, me vi en un apuro para pedir un refresco a la altura de las circunstancias.

—¿Tiene jugo de lima Rose? —me atreví a preguntarle, suponiendo que así mostraba un suficiente refinamiento europeo para complacerla.

—Por supuesto —se apresuró a decir ella—. ¿Lo tomará con ginebra o ron?

—Lo preferiría con agua —respondí, y añadí rápidamente—: Mi médico no me permite tomar alcohol.

Ya vestía de manera inadecuada, y habría sido inconveniente añadir que también era casi abstemia. Nada irrita más a la alta sociedad bebedora que un intruso entre ellos, en especial alguien que no sabe hablar de petróleo ni política y que no tiene marido. Los maridos son escasos en una comunidad que vive en tierras remotas, y una se aferra al que tiene con todas sus fuerzas.

—¿No quiere sentarse? —me invitó un inglés rubicundo con traje a rayas, indicándome el sofá de calicó con flores estampadas en el que se acomodaba. Tenía demasiados cojines gruesos y relucientes, pero me senté.

—No conoce a nadie aquí, ¿verdad? —me preguntó cordialmente.

—Sólo a mí misma.

—¡Ja, ja! Muy divertido.

—No pretendía ser divertida.

—¿Por qué ha venido aquí? ¿Tiene parientes o algo por el estilo?

—No, sólo quería ver Bagdad.

—¡Ja, ja! Muy divertido. ¡Curioso capricho, ver Bagdad!

—¿Por qué? ¿No hay nada que ver en Bagdad?

—¡Que yo sepa, no! ¡Ja, ja! Llevo aquí veinte años y aún no he descubierto nada que ver.

—Se me ocurren algunas cosas —intervino Derek Dance, salvándome por fin—. Creo que deberíamos ir a verlas enseguida, ahora mismo, antes de que oscurezca demasiado.

Fue un alivio salir de allí. La fiesta se estaba animando, pero no con la clase de animación que nos habría retenido. Era preferible pasear por la orilla del Tigris, en aquella atmósfera cálida y pesada.

—Espero que no le importe —me dijo Derek Dance con cierta timidez, mientras aparcaba en una zona de Bagdad que yo no había visto hasta entonces—. Sólo voy a recoger a un joven amigo mío, un muchacho iraquí muy inteligente. Creo

que le gustará a usted.

—Por supuesto, me parece muy bien. Me encantará conocer a alguien que pertenece realmente a este mundo.

Derek Dance cruzó la calzada y desapareció en un callejón. Estábamos en una parte de la ciudad árabe bastante pobre, y Derek parecía fuera de lugar, con su traje de shantung y su sombrero de paja. Tenía ganas de ver cómo sería su amiguito. Esperaba encontrarme con el habitual chaperó, un joven y guapo limpiabotas, pero Derek me presentó a Jalid.

Era un joven reservado pero de mirada ardiente, a punto de terminar con brillantez sus estudios universitarios. Lucía un pequeño bigote y tenía una cicatriz en cada mejilla, debida al divieso de Bagdad, pero esas marcas no le restaban atractivo. La piel se había regenerado desde su infancia, creciendo suave y morena sobre las marcas, que había dejado convertidas en unos grandes hoyuelos, los cuales suavizaban la expresión de un rostro por lo demás muy serio.

—¿Cómo está usted? —me preguntó en un inglés perfecto, mirándome con fijeza. Tuve la sensación de que mi presencia le desagradaba.

Jalid subió a la parte trasera del coche y permaneció en silencio, vestido con una camisa blanca impecable. Me di cuenta de que estaba azorado porque yo debía suponer el carácter de su relación con Derek Dance. No estaba segura de cuál sería la manera más apropiada de actuar, y decidí coquetear un poco con él para tranquilizarle el ánimo. Corría el riesgo de irritar a Derek Dance, pero éste lo encajó muy bien. Era un hombre demasiado mundano para no comprender mi propósito.

—¿Llevaremos a Anne a comer *masgouf*? —le preguntó a Jalid.

Al muchacho le agradó que su amigo le consultara y fue ablandándose poco a poco. Al llegar a la orilla del Tigris aparcamos el vehículo y emprendimos un paseo.

—¿Qué es *masgouf*? —le pregunté.

—Una manera de preparar el pescado. Supongo que ustedes lo llamarían una parrillada.

Hablaba el inglés de una manera precisa y cuidadosa, como si temiera cometer errores.

Paseamos por la orilla del Tigris en la oscuridad. Había una sucesión de fogatas. A su alrededor, sobre rejillas y atravesados por palos clavados en el suelo, había grandes pescados abiertos por el vientre. Estaban dispuestos en círculo alrededor de las fogatas, la carne blanca y succulenta asándose lentamente ante las llamas.

Compramos uno de aquellos pescados, varios tomates asados, pan sin levadura y encurtidos. Luego alquilamos un bote y remamos hasta el centro del río ancho y perezoso, donde el cálido aire de la noche era varios grados más fresco. Una docena de embarcaciones se deslizaban por la corriente en ambos sentidos. La música procedente de los numerosos cafés que había a lo largo de la orilla se difundía en la noche vaporosa y las fogatas titilaban en toda la extensión de la orilla, hasta donde alcanzaba la vista. Debía de haber centenares de hombres junto al río y ni una sola mujer. Supuse que todas estaban en sus sofocantes casas de cemento agrietado, o preparando las camas en los tejados.

—¿Sabía que se puede cruzar el Tigris a pie hasta la otra orilla? —me informó Jalid—. Es muy poco profundo. Pronto la mitad de su lecho quedará expuesto y se plantarán verduras en el fértil barro.

—Creo que esta noche estoy aprendiendo más sobre Bagdad que en todos los días que llevo aquí —le comenté agradecida a Derek Dance.

—Mañana Jalid podría acompañarla —sugirió—. Le hará más bien que un día en la universidad. Trabaja demasiado.

Había luna llena, la música árabe vibraba sobre el agua y estábamos sentados, en un círculo íntimo, en el suelo del bote, comiendo el pescado con los dedos. Jalid todavía me miraba intensamente, pero ya sin ningún resentimiento. Empecé a preguntarme adónde me llevaría al día siguiente.

—¿Está seguro de que no le importa prestármelo? —le pregunté a Derek Dance.

Él se alisó el cabello gris cuidadosamente ondulado.

—Al chico le hará bien —repitió. Me intrigó el alcance

exacto de esas palabras.

Cuando regresábamos a la orilla nos quedamos atascados en el barro. El barquero saltó a las aguas someras y nos empujó a la orilla, vadeando a través del espeso barro. Regresamos lentamente al coche y Jalid volvió a azorarse cuando Derek Dance, con evidente mordacidad, sugirió dejarme a mí primero, de modo que él y Jalid pudieran quedarse solos. Me despedí agradecida de ambos y convine con Jalid en que me recogería a las diez de la mañana siguiente. El cochazo negro se alejó. Por primera vez desde mi llegada nadie llamó a la puerta del «picadero no lucrativo». Me había convertido definitivamente en una cortesana de clase superior que debían dejar para aquellos que podían permitirse mis favores. Después de todo, valía más que un loro.

Bajo la guía de Jalid, Bagdad resultó una ciudad totalmente distinta. Superficialmente era tan fea como siempre, pero el muchacho me capacitó para ver por debajo de la superficie.

Jalid procedía de una familia humilde y había avanzado con dificultades en sus estudios, ganándose a pulso el trampolín de unas becas que le permitieron acceder al nivel de aprendizaje superior. Luego aprovechó otras oportunidades para obtener más conocimientos y cultura, frecuentó bibliotecas y asistió a conferencias, aprendió inglés y francés y así pudo leer libros y periódicos en esas lenguas, entró en contacto con la mayor cantidad de gente posible y, en uno u otro momento, conoció a Derek Dance.

—No soy homosexual por naturaleza —me dijo al final del primer día que pasamos juntos—, sino por necesidad. Éste sigue siendo un país para hombres y las personas de valía son hombres. Son los únicos que frecuento. Nunca he tenido tiempo ni dinero para las mujeres.

—¿Por qué las mujeres habrían de requerir tiempo o dinero? —pregunté inocentemente.

—Porque a una chica de familia árabe ni siquiera puedes hablarle antes del matrimonio. Puedes ir con una prostituta de vez en cuando, pero nunca he tenido suficiente dinero

para eso. Mi familia es tan pobre que me ha sido muy difícil conseguir el dinero suficiente para ropa y libros y para continuar mis estudios. Si hubiera saboreado los placeres de una mujer, aunque hubiera sido una sola vez, habría tenido la tentación de seguir gastando mi dinero en ellas.

—¿Entonces nunca te has acostado con una mujer?

—No, nunca. He tenido que luchar muy duramente. Tuve que superar las limitaciones del medio en el que nací y no podía permitirme ninguna debilidad.

—¿Has perdido todo deseo hacia las mujeres?

—No, en mis sueños siempre veo mujeres, nunca hombres. Un día tendré dinero y una posición, me volveré hacia las mujeres y nunca miraré atrás. Tengo la fuerza de voluntad necesaria para ello y lo deseo con mi cuerpo y mi alma.

—Te envidio. Me gustaría poder decir lo mismo.

Cuando iniciamos esta conversación, caminábamos por la calle de los orfebres. Jalid me había explicado que aquellos hombres eran árabes agnósticos, que no creían en Alá. Se dejaban crecer la barba, cosa infrecuente entre los demás iraquíes, y tenían costumbres conyugales y de otro tipo extrañas.

—¿Quieres que te digan la buenaaventura? —me preguntó Jalid de pronto, tras doblar una esquina.

—De acuerdo, pero ¿cómo? ¿Dónde?

—Aquí y ahora. —Me indicó una anciana vestida con harapos negros, acucillada en la esquina.

—¿Qué hace esa mujer?

—Espera y verás.

Jalid le dio una moneda. Ella se apresuró a cogerla con una mano parda y arrugada y la metió entre sus harapos. Con la otra mano arrojó al suelo una pequeña colección de fragmentos de vasija y abalorios, que formaron como una constelación de estrellas en el polvo. La vieja señaló con un dedo las distintas formas y emitió un largo y quejumbroso sonsonete, que era un relato del hermoso futuro que me aguardaba.

—Dice que vas a emprender un largo viaje —tradujo Jalid

—. Te casarás con un hombre rico y tendrás seis hijos, todos ellos varones. Una mujer morena querrá perjudicarte, pero no lo conseguirá. Vivirás muchos años y conocerás a tus nietos y biznietos. Morirás en la cama, rodeada por todos ellos.

—Ocurre lo mismo en cualquier parte del mundo —comenté—. Te dicen lo que creen que deseas escuchar. Sólo que en mi país lo hacen con hojas de té.

Nos reímos y proseguimos nuestro paseo. Al llegar a la esquina siguiente teníamos sed, como de costumbre, e hicimos un alto para tomar un vaso de agua y un yogur en un quiosco armenio. Decidí regresar al hotel para coger la cámara. Jalid me acompañó, subió conmigo y se sentó en la cama, con un vaso de agua helada en la mano, mientras yo buscaba la cámara en mi maleta. Volvía a parecer muy serio y formal y me miraba intensamente, pero no decía nada. Nos marchamos sin haber intercambiado una palabra. La atmósfera estaba electrizada, pero yo no quería estimularle a hacer algo cuyas consecuencias para él sabe Dios cuáles podrían ser.

El día siguiente era el último de mi estancia en Bagdad. Jalid insistió en recogerme de nuevo por la mañana. Derek Dance seguía muy ocupado y me envió un mensaje diciéndome que vendría a buscarme con su coche por la noche y me llevaría a la terminal de autocares. Jalid me llevaría a ver la Mezquita Dorada y comeríamos juntos.

—Me temo que es un pesado viaje en autobús hasta las afueras de la ciudad —dijo Jalid—. ¿Te importa?

—En absoluto. Con este calor todo resulta pesado. Un viaje más o menos en autobús no supondrá ninguna diferencia.

En eso me equivocaba. El viaje en autobús fue complicado. A mitad del camino hicimos transbordo a una vieja y decrepita camioneta, muy desvencijada y atestada de viajeros, en su mayoría mujeres vestidas de negro y semiveladas, con anillos que les atravesaban la nariz. Eran anillos ordinarios con pedrería, pasados a través de la aleta derecha de la nariz. También tenían lunares azules tatuados. Cuando cruzamos el viejo puente del Tigris, un armatoste de

madera construido sobre plataformas flotantes, el movimiento fue terrible y nos bamboleamos como piedrecillas en una lata. Jalid me rodeó con sus brazos para sostenerme, y nos sonreímos no como amigos, sino como hombre y mujer.

—Cógeme del brazo, por favor —me dijo cuando bajamos—. Éste es un barrio de ladrones, asesinos y fanáticos religiosos. Estos últimos son los más peligrosos... algunos de ellos me matarían si pudieran.

—¿Entonces quién protege a quién? —le dije, cogiendo su brazo de todos modos—. ¿Y por qué diablos querrían matarte?

—Algunos de ellos pertenecen a una secta mahometana que cree en los califas. Yo tengo un punto de vista contrario.

—Me gusta que exista todavía un lugar en el mundo donde a la gente le interese la religión lo suficiente para matarse entre sí. Si los seres humanos no pueden librarse del impulso de matar, entonces que sea por un ideal más que por codicia o lujuria.

—Para ti es fácil hablar así, pues no es probable que seas una víctima. Entremos cuanto antes en la mezquita y evitaremos el peligro.

No fue fácil lograrlo, pues nos detuvieron en la entrada. En Irak no se permite entrar en las mezquitas a las personas no musulmanas. No ocurre así en otros países árabes, pero allí se mostraban inflexibles. Jalid juró que yo era musulmana y estaba casada con un musulmán amigo suyo. Hubo un momento de vacilación y entonces se volvieron hacia mí con la intención de preguntarme sobre algunos dogmas religiosos. Entonces nos retiramos apaciblemente, tras asegurar que, después de todo, no queríamos entrar. Lo que nos interesaba era la arquitectura, y podríamos verla mejor desde cierta distancia.

Desde varios kilómetros de distancia habíamos visto las cúpulas doradas, en forma de cebolla, de la mezquita, y ahora que estaban tan cerca nos deslumbraban. La Mezquita Dorada tenía un toque del Kremlin y otro del Albert Memorial, muy dorada y muy siglo XIX. Las puertas, los muros y la misma

mezquita estaban cubiertos de brillantes azulejos de color pastel con dibujos Victorianos de rosas, ramilletes de flores pequeñas y cestas de frutas. Era bastante espléndida y se salvaba de la vulgaridad porque tenía cierto aire íntimo e ingenuo.

—Ven —me dijo Jalid, cogiéndome la mano—, tendremos una mejor vista desde el hostel de los peregrinos.

Subimos las escaleras de una posada de mala muerte para peregrinos visitantes. La terraza estaba llena de armazones de cama, con los colchones y las ropas de cama pulcramente enrollados y almacenados en un cobertizo de madera. Las habitaciones ante las que pasamos estaban completamente vacías. Los peregrinos llevaban sus esteras de oración y se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas, para tomar té y jugar. Un sirio locuaz, en paños menores, nos siguió hasta el tejado y nos hizo fotos con el fondo de las cúpulas doradas. El sol era tan ardiente que apenas pudimos resistirlo el tiempo necesario para que el sirio enfocara la cámara. Los rayos reflejados en las cúpulas doradas parecían relámpagos. Hicimos un esfuerzo por mantener los ojos abiertos e intentamos sonreír, mientras el sudor nos corría por brazos y piernas. La temperatura pasaba de los 40 grados a la sombra y bajo aquel sol nos asábamos vivos.

En los países cálidos las comidas son siempre picantes. Jalid me invitó a comer en un pequeño restaurante frente a las puertas de la mezquita, afamado por su *kebab*. No se trataba del *kebab* habitual atravesado por un pincho, sino de una pelota oblonga de carne en el interior de un pan aplanado, sin levadura y doblado. Lo sirvieron con una salsa picante, encurtidos, verdura, hojas que parecían de menta, semillas de anís y cebolla. Nos trajeron unos cuencos de suero de leche con unos pequeños cucharones de madera para servirnos. Primero nos habíamos lavado las manos en la jofaina que nos proporcionaron, pues, por supuesto, comimos con los dedos, sólo los tres primeros de la mano derecha, sin ensuciarlos por encima del nudillo. Los demás comensales eran ladrones, asesinos y fanáticos religiosos, junto con algunos peregrinos que, como los camioneros, tenían un

instinto para saber dónde se puede comer bien y barato. Quise pagar la cuenta, pero Jalid no me lo permitió. Cuando insistí empezó a ponerse de nuevo serio y formal, de modo que cedí y confié en que Derek Dance le hubiera dado el dinero. Eso no fue muy amable por mi parte, en vista de lo que sucedió luego.

—¿Quieres que te acompañe y te ayude a hacer el equipaje? —me preguntó Jalid.

El regreso al hotel fue igualmente dificultoso. La calle Al Rashid estaba tan atestada de gente que el autobús quedó inmovilizado en un atasco y nos vimos obligados a bajar y recorrer a pie el último trecho. Estaba tan acalorada que, en cuanto entramos en la habitación, me quité el vestido y me dejé caer sobre la cama, en bragas. No era un gesto de seducción sino de puro agotamiento.

—¿Voy a buscar agua helada? —se ofreció Jalid.

Salió de la habitación y regresó poco después con una botella. Se sentó a mi lado en la cama y me dio un vaso. Luego se levantó y fue al baño para coger mi esponja, con la que enjugó suavemente el sudor de mi frente, las cejas y el labio superior. Entonces se inclinó para besarme.

—Cierra la puerta —le dije.

Volvió a la cama, se desnudó y se tendió a mi lado, sin timidez ni vacilación. No sé qué tienen los árabes, pero los encuentro irresistibles. Hay algo trágico y ardiente en ellos, recubierto por una capa de suavidad y ternura. La cortesía y el dominio de sí mismos son innatos y naturales para ellos, y son los amantes más experimentados incluso cuando no tienen mucha experiencia previa. Jalid me hizo el amor tres veces en la breve hora que teníamos a nuestra disposición, en cada ocasión de una manera diferente. Primero volvió a empapar la esponja en el agua helada y lavó todo mi cuerpo sudado. El contacto gélido del agua fría hizo que los pezones se me irguieran al instante, y eso le sorprendió.

—Nunca había visto los senos de una mujer, aparte de los de mi madre cuando era muy pequeño, excepto en fotografía, claro. No sabía que los pezones crecieran.

Esa expresión me hizo sonreír.

—La mujer entera crece y florece cuando la toca un hombre —repliqué. Me estiré, volví y alcé el cuerpo para recibir sus ávidas manos—. Mira, puedes extender mis pétalos como una rosa.

Se deslizó entre mis piernas para mirar cómo separaba los labios de la vulva, que él exploró suavemente con los dedos y una expresión maravillada. Le fascinaba lo que veía, así como mis reacciones físicas. Aprendió enseguida que el clítoris es el centro de la sensación y lo besó en un estado de deseo palpitante. Vio el orificio rosado de debajo, que esperaba succionarle, moviéndose ya, mojado y vibrante de anhelo. El cosquilleo de su bigote me había excitado hasta el punto álgido, y fue mejor así, porque él ya no podía retener por más tiempo su momento de iniciación. Introdujo su grande, bien torneada y circuncidada verga en mi vagina, y eyaculó de inmediato. Me había atraído hacia él, todavía arrodillado, de modo que pudiera verlo todo. Yo tenía las piernas alrededor de su cintura y la espalda arqueada, el cuerpo extendido, apartado de él. Me observó mientras yo seguía girando contra él y vio mi expresión facial de placer agónico mientras también alcanzaba el orgasmo. Su erección no disminuyó, ni se retiró mientras yo me volvía de lado para tenderme.

Continuamos en esa posición, como dos cucharas pegajosas, el sudor mezclado con el semen mientras nos acurrucábamos o nos movíamos alternativamente al unísono. Recuerdo los tenues sonidos de succión y el golpeteo de su pelvis contra mis nalgas, los suspiros, los gemidos y las palabras susurradas, toda la garría de la antiquísima sinfonía del sexo. Habíamos dejado para el final la postura más habitual, yo boca arriba y él sobre mí, aferrado a mi cuerpo y llorando con lágrimas reales tras el último orgasmo. Yació sobre mí sollozando con emoción, pues había logrado lo que tanto ansiaba y el mundo de las mujeres se abría por fin ante él.

Me sentí culpable por haber turbado así a otro ser humano y, sin transición, tener que levantarme y marcharme para siempre, pero no podía hacer nada. Me esperaban un marido y dos hijas, a las que amaba por encima de todo.

Jalid me ayudó a hacer el equipaje. Convinimos en que sería mejor que se marchara del hotel antes de que Derek Dance pasara a recogerme, pero más tarde iría por su cuenta a la terminal de autocares para despedirse de mí.

Derek Dance vino a buscarme con su largo coche negro y su traje de *shantung* bien planchado. Sentí una mezcla de culpabilidad y gratitud mientras subía al coche con mi equipaje. Varios clientes del hotel en pijama salieron a la acera para verme partir. Encontramos a Jalid en el jardín de la terminal de Nairn, y su expresión era de serenidad. Tomamos una última

Coca-Cola

mientras cargaban el Bala de Plata. Era un *bulldozer* que tiraba de un largo remolque, ambos de aluminio para desviar el calor. En el interior había aire acondicionado y parecía un avión, con las ventanillas cerradas herméticamente y asientos adaptables. Llegaría a Damasco a las nueve de la mañana siguiente.

—¿Qué puedo decirle excepto gracias y adiós? —le dije a Derek Dance, besándole cálidamente.

A Jalid me limité a tenderle la mano.

—Adiós —le dije.

—Gracias —replicó.

—Debería ser al revés. Soy yo quien debería darle las gracias.

—No... —Su monosílabo estaba lleno de significado.

Nos estrechamos la mano formalmente y subí al vehículo. Cuando se cerró la puerta, miré a través de la ventanilla herméticamente cerrada y los vi uno al lado del otro. Derek Dance agitaba la mano. Jalid permanecía inmóvil, con una sonrisa secreta en su rostro moreno, de esfinge.

El Bala de Plata avanzó lentamente. Cuando llegara a Damasco nos separarían dieciséis horas de desierto, y pronto serían miles de kilómetros. Sabía que nunca volvería a ver a Jalid ni a Bagdad. No es un lugar al que una vuelva.

Cuando el vehículo dobló la esquina, Jalid me dirigió valientemente un beso. Me llevé una mano a la boca y creí sentir de nuevo el cosquilleo de su bigote en mis labios. Me

recosté, cerré los ojos y me quedé dormida.

Un otoño romano deviene una interminable primavera

Roma, 1954-1959

—Mamá, te hace falta un perro en esta casa, ni siquiera tienes un gato —me dijo Vanessa, mi hija de diez años.

Ahora mis hijas estaban internas en una escuela y la niñera Bombachos se había retirado. Robert y yo las compartíamos durante las vacaciones. A sus trece años, Fiona era una chica callada, bastante antisocial, sin duda afectada por mi separación de su padre a cambio de Charles. Vanessa era retozona, aficionada a los juegos de chicos, y no le importaba lo que hicieran los adultos con tal de que tuvieran animales con los que jugar. Para compensar el abandono en que las había tenido, ahora las mimaba, y aunque prefería las personas a los animales, consentí en comprar el perro. Un frío día de invierno nos dirigimos a la perrera de Battersea, cruzando el Támesis por el puente Albert en nuestro coche nuevo. El coche había motivado una de mis serias discusiones con Charles.

—Compremos un segundo coche, cariño —me dijo un día.

—Pero detesto conducir. No me gustan las máquinas mortíferas.

—Piensa en lo útil que sería durante las vacaciones escolares. Podríamos viajar por el campo con las niñas.

—Pero vivimos en la ciudad, y Londres tiene el mejor sistema de transporte público del mundo.

—Podríamos pasar unas magníficas vacaciones en el continente.

—Pero si viajas en coche no conoces a nadie.

Mis protestas fueron vanas. Un día, uno de esos vehículos llamados rubias, de color negro, apareció ante la puerta. Charles recorrió las cortinas de la sala de estar y me lo

mostró con orgullo.

—Parece un coche mortuario —le dije.

Se sintió mortalmente herido porque no bajé corriendo para admirarlo de cerca.

—Cuando Robert y yo compramos el viejo Cadillac de Vincent Astor en 1939 tampoco me gustó —le dije a modo de compensación.

—No se puede vivir en el siglo xx y no conducir un coche —afirmó Charles. Estábamos sentados en la cocina, tomando el té—. Mira, así funciona el cambio de marchas.

Empezó a trazar un diagrama con un tenedor sobre el mantel a cuadros. Entonces se dio cuenta de que no le prestaba la menor atención.

—¡No pones ningún interés! —exclamó.

—¿Por qué el motor de combustión interna habría de regir mi vida? —repliqué.

Charles cogió su taza de té y me la arrojó. Nunca he comprendido por qué se irritó tanto. Por suerte la taza no me alcanzó, recuerdo que era una taza de color rosa, y nos besamos, hicimos las paces y le prometí que empezaría a conducir el coche. Solía salir alegremente, doblaba la esquina de

King's

Road, conducía unos quinientos metros hasta la estación del metro más cercana, dejaba el coche y usaba el metro. Charles nunca lo descubrió.

—Conduce tú, querido —le dije cuando salimos hacia la perrera de Battersea. Se lo pedía siempre y nunca fallaba. A Charles le encantaba conducir.

La central eléctrica de Battersea vomitaba humo negro contra el cielo gris. Los perros extraviados en sus jaulas tenían un aspecto tan patético que parecían salidos de las páginas de Dickens.

—Ése me gusta —dijo Vanessa, señalando un perro ojeador.

—Saltará sobre mí, cariño, y ya sabes que no me gustan los perros. Prefiero las personas.

—Entonces, ¿qué te parece aquél? —Fiona señaló un

lebel delgado, de color castaño, que estaba temblando al fondo de la perrera. Se parecía un poco a ella. A los trece años recordaba un pequeño y esbelto galgo, con el pelo castaño claro caído alrededor de una carita puntiaguda.

—De acuerdo, nos quedaremos con ése.

La elección fue desafortunada. Una vez en casa, el perro contrajo el moquillo y murió en mis brazos, envuelto en mi bufanda de lana Toile de Jouy. Lo cuidé durante varias noches agónicas, acariciando su suave cabeza, mirándole los ojos acuosos y pidiéndole que viviera por Vanessa, pero era demasiado frágil para sobrevivir. Lo enterramos en el jardín. Vertí una lágrima, Vanessa lloró desconsolada y Fiona y Charles mantuvieron expresiones de impasibilidad británica. No compramos otro perro. Finalmente Vanessa se conformó con un hámster, al que llamamos *Señor Pushkin*.

De pie en el andén de la estación londinense de Paddington, agité la mano despidiéndome de mis hijitas que regresaban en tren a su escuela, vestidas con sus uniformes azules. Fiona, como de costumbre, leía en un rincón, pero Vanessa permaneció asomada a la ventanilla, agitando su gorra azul, hasta que el tren se perdió de vista.

Era una típica escena escolar inglesa. En los años cincuenta, la mayoría de los niños de clase media aún estudiaban en internados, llevando consigo cajas de madera y pesados baúles llenos de feos uniformes. Había leído en los periódicos los problemas educativos que surgieron en América tras el edicto del Gobierno que declaraba inconstitucional la segregación racial. Sin embargo, en el caro internado de mis hijas había varias chicas negras. Una de ellas, nigeriana, a veces venía a pasar las vacaciones con nosotros. Yo le tenía mucho cariño.

—Ojalá pudiéramos tener un hijo negro —le dije a Charles, que era un típico anglosajón protestante.

—Mira, tú no eres precisamente maternal. No se te ocurra pensar en tener otro hijo. Ya te lo dije antes de que nos casáramos. Con tus dos niñas tenemos suficiente.

Mi comentario parecía haberle preocupado.

Yo me limitaba a mostrar mi falta de prejuicio racial. En realidad no quería un bebé negro, aunque me habría gustado darle a Charles un hijo. Aún le quería con pasión, a pesar de mis escapadas durante las vacaciones a las costas más agrestes del amor. Sin embargo, Charles siempre estaba preocupado por la intensidad de mi apego hacia él y deseaba que la nuestra fuese una relación más abierta.

—Me gustaría que te valieras más por ti misma, que fueras más independiente y estuvieras menos obsesionada conmigo y nuestro matrimonio —me decía.

Esta actitud me parecía alarmante. Aún le amaba con toda mi alma, y aunque había descubierto que podía acostarme con otros hombres, seguía amando al amor, y el amor para mí era el matrimonio con Charles. Percibía el filo del rechazo en vez de comprender su visión juiciosa y equilibrada de la vida. Yo tendía a inclinar la balanza a uno u otro lado, veía la vida en blanco y negro, para mí no existía la gama de los grises. A veces había un magnífico technicolor, pero sólo cuando estaba enamorada. Charles me pedía que suavizara el tono, e iba a intentarlo por él. Mientras las niñas estaban en el internado, yo iba a emprender a solas un viaje de negocios.

Habíamos convenido en que debería ir a Italia y estudiar italiano. Mi trabajo en el departamento de Visitantes del Consejo Británico era a tiempo parcial e independiente, y el conocimiento de otro idioma me proporcionaría más trabajo. Desde el final de la guerra, Italia estaba experimentando un renacimiento, tanto cultural como industrial, y se estaba convirtiendo con rapidez en una de las grandes potencias comerciales de Europa. Fiat y Olivetti eran ya marcas famosas y el Consejo Británico recibía a muchos visitantes italianos ilustres.

—Eso demuestra que es mejor perder las guerras que ganarlas —observó Charles—. Roma te encantará. Allí tengo amigos.

A la semana siguiente me asomé a la ventanilla del tren en la estación Victoria y agité la mano igual que lo había hecho mi hija pequeña.

—¡No te olvides de escribir! —grité, pero ¿adónde escribiría? Ni siquiera sabía dónde iba a alojarme. Allí tenía un primo homosexual, pero no era probable que pudiera alojarme en su casa.

La figura de Charles en el andén fue empequeñeciéndose, convertido en la figura del amor cada vez más lejana. Me sentí desolada, como si también yo me dirigiera al internado. Entonces recordé que siempre fui feliz en el internado y que llorar no tenía sentido. Sería mejor que intentara sacar el máximo partido de la situación. Imité a mi hija mayor, me soné con el pañuelo, cerré la ventanilla, me acomodé en mi asiento del rincón y saqué un libro, *La romana*, de Alberto Moravia. Poco podía imaginar que aquella lectura iba a conformar mi vida. Fue profética.

Finalizaba la primavera de 1954. Abril se respiraba en el aire y en la escalinata de la plaza de España florecían las azaleas. Todo el mundo silbaba *Tres monedas en la fuente* al pasar ante la Fontana de Trevi.

Dejé mi equipaje en la estación y fui directamente a una de mis fuentes favoritas, la de Bernini, para lavarme la cara. Si me quedaba alguna lágrima, el sol la secó. El día era espléndido, y decidí buscar un hotel barato en la zona que recordaba mejor desde mi última visita, cuando fui de luna de miel con Charles. En cuanto me instalara, le telefonaría para decirle dónde estaba. Pero me dije que primero debía desayunar.

A un lado de la escalinata de la plaza de España está la casa de Keats, y al otro el salón de té inglés Babbington. Los ingleses siempre hemos sido grandes viajeros y nos hemos establecido con nuestro acostumbrado estilo en cualquier parte del mundo. Allí estaba, en el centro de Roma, a las diez de la mañana, tomando té Earl Grey y panecillos ingleses, satisfecha de estar viva, orgullosa de mi capacidad de enfrentarme a las situaciones más diversas, como una chica recién llegada a la ciudad que acaba de bajar del tren. Hacia las once había encontrado el sitio ideal donde vivir, me habían pellizcado el trasero dos veces e iba camino de la estación para recoger mi equipaje rojo.

La Via Mario dei Fiori a mediodía parecía la calle más tranquila de Roma. Abrí los postigos de mi modesto cuarto de hotel y me asomé a la ventana. La calle estrecha y adoquinada estaba desierta, la mayor parte de las ventanas tenían los postigos cerrados. Era aquél un barrio de callejuelas comerciales, mercados al aire libre y avenidas principales por las que circulaban autobuses verdes, pero en aquella calleja que veía desde mi ventana todo el mundo parecía dormir. Telefoneé a las dos únicas amigas que tenía en Roma, deshice el equipaje y me aposenté.

Fui a comer con una de esas amigas, una mujer encantadora. Estábamos a la vuelta de la esquina en la misma manzana de mi hotel, en un pequeño restaurante llamado Cesaretto, que se convertiría en el centro de mi vida romana.

—¿Qué he de hacer para poner un anuncio en la prensa? —quise saber—. Deseo intercambiar lecciones, quiero trabajar ocho horas al día, aprender italiano en tres meses y no gastar más dinero del necesario.

—Veamos... «Señora inglesa desea mantener conversaciones cultas con italianos interesados». ¿Qué te parece?

Me pareció muy bien y aquella misma tarde puse el anuncio en *Il Messagero*, añadiendo mi nombre y dirección. Luego regresé al hotel y eché una larga siesta.

Cuando desperté había oscurecido y la calle antes silenciosa bullía de animación. ¿Qué habría sucedido? Tal vez había un incendio, o se había producido un accidente. Me puse una bata y me asomé a la ventana. La calle estaba llena de hombres, algunos de los cuales hacían cola ante las puertas de las tranquilas casas vecinas, que seguían teniendo los postigos cerrados. La verdad es que nunca vería a mis vecinos abrir los postigos. Eran *maisons closes* o burdeles. Vivía en la misma calle que las mejores prostitutas de la ciudad. De repente me había convertido en una «romana».

Aún carecía de suficiente refinamiento para que no me alarmara lo que me había ocurrido. Telefoneé a mi primo, el cual vivía convenientemente a la vuelta de la esquina.

—¡Socorro! Estoy a punto de convertirme en una esclava

blanca.

—Quédate donde estás —replicó él—. Iré enseguida. Ni siquiera sabía que estabas aquí. ¿Dónde está Charles?

—Nos hemos concedido mutuamente un permiso sabático. Acabo de llegar y ya tengo problemas.

Cuando llegó mi primo, ya había empezado a disfrutar de la situación. Nos asomamos juntos a la ventana.

—Mira, ahí está mi viejo amigo Bartolomeo —me dijo— ... ¿Y ves ese viejecito? Es un senador... ¿Y ese chico tan guapo? Se vende a los pederastas de edad mediana en la Via Veneto y luego viene aquí con las ganancias y se acuesta con una mujer. Desde aquí puedes disfrutar del panorama a vista de pájaro.

—Entonces ¿será mejor que me quede?

—No corres ningún peligro. Probablemente es la parte mejor protegida de la ciudad, y en el extremo tienes la calle comercial más elegante, la Via Condotti, mientras que al otro lado, en la Via Margutta, existe una colonia de artistas. Hay un corto paseo hasta Rosad y Canova, los únicos cafés que seguramente frecuentarás. No me movería de aquí aunque me pagaran.

—Ésa es la cuestión. A lo mejor cada vez que salgo a la calle alguien quiere pagarme.

—¿Y qué? Si no te gusta el tipo, pide un precio exorbitante y márchate. Y si te gusta, acepta garbosamente. Podrías hacer una fortuna.

Estas palabras me hicieron reír.

—No puedo mezclar el negocio con el placer. Soy una respetable mujer casada y madre de dos hijas pequeñas. He venido aquí para aprender italiano.

—Entonces prueba con un diccionario durmiente.

Aprendí el italiano con celeridad.

La verdad es que no me gusta la combinación de sexo y dinero. Ni siquiera me gusta el dinero. No tengo nada que objetar a que otras mujeres se ganen la vida como putas, pero yo no puedo hacerlo. No tiene nada que ver con el sentimiento de culpabilidad ni con una educación puritana, sino con la libertad. Me gusta entregarme libremente y no

sentirme obligada. Por eso cuando el periódico publicó mi anuncio al día siguiente y respondieron noventa y nueve hombres y una mujer, los rechacé a todos excepto cuatro. Tres de ellos parecían estudiantes serios, y en cuanto al otro me gustó su aspecto. Todos los demás habían supuesto que era una puta cara que practicaba vicios ingleses como la flagelación y otras perversiones, junto con la conversación culta. De nadie que viviera en aquella dirección podrían haber esperado otra cosa.

El propietario del hotel, molesto por la cola de aspirantes a alumnos, me llamó la atención.

—No puede usted dar lecciones en su cuarto. Ya tengo bastantes problemas para dirigir un hotel respetable en esta calle. No tengo permiso para nada más.

—Tampoco yo tengo permiso —repliqué.

—Por entonces la prostitución todavía era legal en Italia, y tanto las chicas como los establecimientos necesitaban permisos concedidos por la policía.

—Nos protegeremos mutuamente y mantendremos una fachada respetable —insistí—. Sólo estoy aquí para aprender italiano.

Lo aprendí, en efecto. Trabajaba ocho horas diarias con mis cuatro estudiantes. Yo les enseñaba inglés durante una hora y ellos italiano durante la siguiente.

El primer alumno era serio, un chico de diecinueve años con el que me sentaba a estudiar en un banco de piedra del parque, tras el largo paseo cuesta arriba hasta el Pincio. Toda Roma se extendía a nuestros pies bajo el sol primaveral. Si llovía, nos sentábamos en el Café Greco. El cálido brocado rojo impedía el paso del frío y las banquetas afelpadas evocaban a los intelectuales del siglo pasado que se habían sentado en ellas. Inclínados sobre la mesa con superficie de mármol, hablábamos de Stendhal, Lord Byron, Keats y Shelley.

La segunda alumna era una mujer algo más joven que yo, que había ido a la Via Mario dei Fiori protegida por su vieja institutriz alemana, pues no se había atrevido a aventurarse sola en aquella famosa calle. Era una judía ingeniosa y culta,

que tenía una hermana gemela y un padre anciano y adorable, almirante retirado. Iba a su casa después de comer.

Luego me encaminaba a una pequeña *trattoria* cercana al domicilio de mi tercer alumno, el cual me ofrecía café y pastas inmediatamente después de que hubiera comido los macarrones y el bistec del menú a precio fijo. Era un conde decadente de mi edad, que sólo podía acostarse con una mujer distinta cada vez. Entonces necesitaba otra nueva, o no podía entrar en erección. Me contó esto durante nuestro primer encuentro, y comprendí que al segundo día yo sería ya noticia pasada y podríamos continuar con nuestros estudios sin que nos interrumpiera el sexo. Me obsequió con anécdotas de sus otras aventuras, que empezaban principalmente en el museo del Vaticano, excelente terreno para la captura de turistas femeninas extranjeras con tiempo libre y sueños de amantes latinos.

El cuarto alumno era un joven abogado que fue mi primer amante italiano, tal vez característico del país, vano, seguro de sí mismo, muy guapo y sin circuncidar. Me encantaba retirarle el prepucio y observar la emergencia de aquella protuberancia rosada, que recorría con mi lengua para engullirla luego como si fuese un bombón de color rosa. Aquel hombre tenía buen sabor y olor, pero me cansé de él. Seguía terriblemente enamorada de Charles.

Las cartas de Charles eran tranquilizadoras, pero no sucedía lo mismo con la distancia entre nosotros. A veces, por la noche, me sentaba en el Restaurante Cesaretto y lloraba. Otras veces reía y coqueteaba con desesperación. Me iba a la cama prácticamente con cualquiera que me lo pidiera, y no eran pocos los que lo hacían.

Transcurrió el tiempo, mi italiano se hizo fluido, mi reputación llegó a ser terrible, y una noche sucedió algo que en aquel momento no pareció importante.

—Perdone, señora, pero quisiera preguntarle si podría interesarle actuar en una película.

Alcé la vista y vi un joven de aspecto agradable inclinado sobre mi mesa en casa Cesaretto. Hablaba un italiano perfecto, pero no era del país.

—Claro que sí. He estudiado arte dramático.

—Verá, se trata de un pequeño papel, quizá dos días de trabajo. Quieren una dama inglesa bella pero excéntrica. Creo que usted podría ser la adecuada.

Resultó que el joven me había estado observando durante días, sentado tranquilamente en un rincón. Era un austríaco muy tímido que vivía en Roma desde hacía años, tras haber estudiado en la Academia de Santa Cecilia. Estaba componiendo la banda sonora de la película. Todos estos detalles los supe más adelante. Durante aquel primer encuentro me habló muy poco. A medianoche me llevó a la vuelta de la esquina, ante un antiguo palacio de la Via Vittoria, donde vivía el ayudante del director.

—¡Paulo! —gritó—. ¡Tengo una inglesa loca para ti!

Paolo se asomó en el cuarto piso y me miró. Yo estaba bajo una farola, y el ayudante del director debió de considerarme ideal para el papel.

—Muy bien, servirá. Que te dé su dirección. La llamaremos.

El joven sacó un cuaderno, anotó mi número de teléfono y desapareció en la noche. Desconocía su nombre y tampoco sospechaba que las ramificaciones de aquel encuentro casual cambiarían toda mi vida. Como nadie me llamó, olvidé el incidente, incluso me olvidé del joven. Sin embargo, el destino estaba en acción. Un día viviría en aquel mismo edificio, trabajaría para el cine italiano, encontraría de nuevo al joven en unas circunstancias distintas y le amaría durante el resto de mi vida.

No pude actuar en aquella película, como tampoco me fue posible intervenir más adelante en *La dolce vita*, porque volví a casa con Charles.

Reanudé mi vida londinense y fue como si nunca la hubiera interrumpido. Volví a los brazos de Charles sin que me turbara lo más mínimo el recuerdo de los hombres que pasaron por mi cama. Así refrenaba mi amor obsesivo hacia él, era mi medio para llegar al fin encarnado por él, pero no

sirvió de nada. Estaba tan enamorada de él como antes. Era como si nunca me hubiese ausentado.

—Qué morena estás, mamá —me dijo Vanessa cuando bajó del tren en la estación de Paddington, al final del trimestre veraniego.

—Me alegro de que hayas vuelto —murmuró Fiona, abrazándome con fuerza—. No me gustaba que estuvieras en el extranjero.

Aunque era la mayor, tenía mucha menos seguridad en sí misma que su hermana. Sólo contaba trece años, era alta y cimbreña y le apuntaban los senos. Su hermana era una exuberante criatura de diez años que insistía en llevar sostenes, aunque no tenía nada con que llenarlos, y confiaba en que pronto tendría la regla para estar a la altura de su hermana. Vanessa se examinaba cada noche, buscando indicios de vello púbico, mientras que Fiona intentaba ocultar todas sus señales de pubertad.

Había sido una esposa infiel y una madre errante, pero siempre regresaba a casa cuando mis hijas estaban enfermas o tenían vacaciones.

Mi bronceado se mantuvo durante las vacaciones del húmedo verano con Charles y las niñas en Gales. Lo único que añoraba de Italia era el clima. Un día, cuando una lluvia torrencial nos estropeó una excursión, le dije a Charles:

—¿Por qué no emigramos a Italia? Allí también podrías trabajar.

Habíamos ido a Langharne con la intención de ver a Dylan Thomas, cuya obra *Bajo el bosque lácteo* nos había impresionado mucho recientemente, pero Dylan no estaba allí, sino en América, entregado a la bebida que acabaría con su vida.

A Charles le gustó la idea de viajar a Roma, pero las niñas se mostraron dubitativas.

—¿Por qué no puedes quedarte quieta como las demás madres? ¿Por qué tienes que viajar constantemente?

—¿Quién puede quedarse quieto y sentado en la hierba mojada? —repliqué, mirando el brumoso estuario delante de la casa vacía de Dylan Thomas. Lloviznaba y las gaviotas

grises sobrevolaban los bajíos de barro—. Sólo puedo quedarme quieta en una playa soleada o en un desierto tórrido.

No creo que esta afirmación fuese cierta. No podía permanecer quieta porque iba en busca del amor, un amor tan intenso como el que yo misma experimentaba. Creía que tal vez el traslado a otro lugar, un cambio de escenario, un entorno romántico, aumentaría el amor de Charles hacia mí. Pasamos el resto del año planeando el traslado a Roma.

En la primavera de 1955 nuestros planes se habían concretado. Las niñas, ahora de once y catorce años, regresaron al internado, y Charles y yo estábamos preparados para emigrar a Roma. Yo había encontrado un piso precioso en la Piazza del Popolo, perteneciente a la escritora Sybille Bedford, que se había ido de la ciudad para fugarse con la esposa de alguien. El piso incluía una criada enana y una terraza cubierta con una pérgola de enredadera de Virginia. Ya disponía de inquilinos para nuestra casa de Londres y estábamos preparados para partir.

—Me temo que no estoy en condiciones de marcharme — me dijo Charles cuando terminé de hacer el equipaje.

Le miré paralizada por la sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

No podía dar crédito a mis oídos. Hasta entonces las cosas habían ido tan bien entre nosotros...

—Quizá sería mejor que te marcharas sola. Necesito quedarme en Londres.

—¿Hay otra mujer?

La cabeza me daba vueltas y sentía una opresión en el pecho. No se me ocurría ningún otro motivo.

—No, pero necesito estar algún tiempo a solas.

Debería haberle preguntado más, debería haberle sondeado más a fondo pero me había quedado sin capacidad de reacción. No pude articular palabra durante algún tiempo.

—Pero hemos alquilado la casa para pagar el piso de Roma y los inquilinos se trasladarán la semana próxima — balbucí finalmente.

—No te preocupes, ya encontraré algo del tamaño

adecuado para mí.

Me costaba aceptar que acababa de oír tales palabras.

Me tragué las lágrimas, mis argumentos, mi orgullo. Cuando una relación parece ir mal, me limito a apartarme. No sirvo para las discusiones, el razonamiento psicológico, el intento de poner parches o los compromisos juiciosos. No sentía rencor ni deseos de venganza. Si un hombre no quiere estar a mi lado durante todos los minutos del día, la culpa debe de ser mía y debo pedir disculpas, no acusar. Abracé a Charles efusivamente y me marché.

Aquel otoño viajé a Roma con unos pocos cientos de libras esterlinas, el corazón destrozado y la firme resolución de conseguir un buen trabajo, pues no estaba dispuesta a recibir dinero de un hombre que no quería vivir conmigo. ¿Por qué había de mantenerme si yo no hacía nada por él? Las niñas ni siquiera eran suyas.

Charles me hizo ofertas generosas, pero las rechacé. Yo tenía algún dinero propio, era enérgica y no me faltaban recursos. El principal problema era que necesitaba unas vacaciones que coincidieran con las de mis hijas, y sólo había una solución: me hice profesora y enseñé lengua y literatura inglesas.

Me integré en la filial romana del Instituto Británico, relacionada con el Consejo Británico, para el que había trabajado en Londres como intérprete. Nunca había dado clases, pero me situaba por delante de mis alumnos estudiando a fondo los libros de texto la noche anterior, y luego añadía mi propio toque de fantasía. Me había preparado para ser actriz e iba a clase como si saliera al escenario, decidida a conseguir la atención del público. Tuve éxito. Era una buena profesora.

Añoraba mucho a Charles, pero me estaba acostumbrando a su ausencia.

«El amor no es duradero, pero la vida continúa», me decía a mí misma y a cualquiera que me escuchara, pero no me creía mis propias palabras. Mi vida parecía haber llegado a un punto muerto. Antes, la vida siempre había corrido conmigo. No podía soportar aquel nuevo periodo estático.

Frecuenté brevemente algunas camas nuevas. Me vi envuelta en situaciones en las que esperaban de mí que hiciera el amor con dos o tres personas a la vez. Podía hacerlo, pero eso me dispersaba, disminuía el efecto. Cierta vez me hastyé tanto que fui a sentarme en el baño. En otra ocasión salí con un exhibicionista que mostraba su pene en público. Le llevé a casa sólo para salir de aquella situación embarazosa, pero él eyaculó en el umbral de mi piso antes de que pudiera hacerle entrar. Le despedí y fregué el suelo antes de que los vecinos pudieran pisar el semen.

Finalmente me decanté por el relativo sosiego de un antiguo admirador que me regalaba dos docenas de todo: rosas, *marrons glacés*, libros, incluso medias de redecilla.

Todo fue inútil. Echaba de menos a Charles, pero él no mostraba ninguna intención de reunirse conmigo.

Una noche estaba cenando como de costumbre en Cesaretto, sintiéndome deprimida y solitaria. Charles me había enviado una carta especialmente fría y distante, las niñas llevaban semanas sin escribirme desde el internado y mi trabajo en el Instituto Británico me aburría terriblemente. Ninguno de los hombres con los que me acostaba parecía realmente interesado o interesante. Así pues, cuando los amigos con los que había cenado se marcharon, me quedé allí sola y vertí en silencio lágrimas que cayeron sobre mi plato de postre vacío.

—¿Por qué está tan triste? —me preguntó una voz amable desde el otro extremo de la mesa. Era un joven que estaba garabateando en el mantel de papel. No había reparado en él hasta que mis amigos se marcharon.

—Estoy buscando amor y no puedo hallarlo —repliqué.

—Tal vez se empeña demasiado en la búsqueda. Si se sienta y espera, quizá sea el amor el que la encuentre a usted.

Dejó de hacer garabatos y arrancó un trozo de mantel, en el que había dibujado una rosa de largo tallo. Me lo ofreció.

—Váyase a casa y ponga esto en un jarrón de plata —me dijo—. Siento que no tenga perfume... pero la animará.

Le miré atentamente por primera vez.

—¿No nos hemos visto antes? —le pregunté.

—Claro. Siempre estoy aquí.

—No, no me refiero a ahora, sino a mi estancia anterior, hace un año.

—Sí, le conseguí trabajo en una película, pero no llegaron a rodarla.

Estaba asombrada. Aquél era el joven que una noche me llevó a la calle vecina, para hablar con alguien asomado a un piso alto, y luego desapareció en la noche. Ni siquiera le había reconocido.

—¿Cómo se llama?

—Rudi.

—No es un nombre italiano.

—No, hace diez años que vivo aquí, pero no soy italiano.

—¿Entonces vino aquí de niño?

Mi pregunta le hizo sonreír.

—No, soy mayor de lo que parezco. Vine para estudiar música en la Academia de Santa Cecilia, a los dieciocho años. Mi madre murió y no regresé a casa. Estoy a punto de cumplir veintinueve.

—Yo tengo treinta y siete —le confesé—, y he venido aquí para empezar una nueva vida.

Cesaretto, dueño y camarero del restaurante, se acercó y retiró mi plato.

—¿Tomará alguna cosa más, *bellezza*? —Llamaba a todas las señoras *bellezza*.

—No, traiga la cuenta. Tengo que ir corriendo a casa y poner esta rosa en agua.

Cesaretto me miró perplejo pero sonrió afablemente. Estaba acostumbrado a los clientes excéntricos. Una dama solitaria que aferraba una rosa de papel, que se comportaba como una puta pero tenía el aspecto de una *madonna*, era algo corriente en aquel pequeño establecimiento, al que acudían escritores como Moravia y Ennio Flaiano y nuevos directores cinematográficos como Federico Fellini, los cuales inventaban personajes como yo. Nosotros inspiramos *La dolce vita*.

Pagué la cuenta, sonreí a Rudi, le agradecí de nuevo la rosa y me dirigí lentamente a la puerta. Estaba lloviendo a

cántaros y me quedé en el umbral, indecisa. Pronto Rudi pagó su cuenta y se reunió conmigo. Nos quedamos allí contemplando la lluvia. No teníamos impermeable ni paraguas.

—No podemos pasarnos aquí toda la noche —me dijo.

Vivo muy cerca. ¿Por qué no me acompaña a casa y tomamos una copa?

Echamos a correr hacia su casa, pero a pesar de la carrera llegamos empapados. Dejamos regueros de agua en el suelo de la gran sala que servía de estudio.

—Tendrás que quitarte la ropa y dejarme que la seque ante la estufa eléctrica —le dije—. Métete en la cama y caliéntala.

Él pareció muy vacilante. Le desvestí como si fuese un niño. No quiso desprenderse de los calzoncillos blancos, pero se metió en la cama. Tuve la seguridad de que era homosexual.

—¿Tienes novia o eres de la acera de enfrente? —le pregunté (todavía no usábamos la palabra gay).

—Comparto una querida con mi compañero de habitación. No tengo mucha experiencia en ninguno de los dos sentidos, pero creo que debo de ser bisexual. Para mí no hay sexos, sino sólo personas.

Me sentí intrigada. La curiosidad tiene mucho que ver con la atracción sexual.

Aquella noche descubrí muchas cosas de Rudi y él descubrió mucho también acerca de las mujeres. Exploramos mutuamente nuestros cuerpos y nuestras maneras de pensar. Rudi no fue sólo una experiencia física, aunque ésta también tuvo una intensidad singular.

En el exterior arreciaba la tormenta y los relámpagos nos iluminaban mientras hacíamos el amor. La lluvia golpeaba la ventana panorámica desde la que se veía la colina del Pincio, donde los árboles perdían sus ramas como yo perdí mi corazón. Un viento huracanado abrió la puerta de la terraza y las hojas de otoño penetraron en el estudio y rodearon la cama. Nos abrazamos, más por temor que por lujuria, mientras los elementos amenazaban con alcanzarnos. Cuando

Rudi se levantó para cerrar la puerta de la terraza, un relámpago iluminó su hermoso rostro y su robusto cuerpo desnudo.

—Tienes cara de príncipe y piernas de campesino — comenté.

Él regresó sin decir palabra y aquellos muslos inesperadamente plebeyos me aferraron de nuevo. Los truenos rugían y su pene sin circuncidar latía con tal intensidad dentro de mí que dejé de preguntarme si tal vez la circuncisión tiende a disminuir la pulsación del miembro o si eso se debe a la presión psicológica. Ambos nos necesitábamos desesperadamente y la emoción intensificaba el acto sexual.

Necesitaba a Rudi porque me hallaba en una etapa de la vida en la que necesitaba un padre, un marido, un hermano, un hijo y, en cierto sentido, él los representaba a todos. Rudi compensó todo aquello que faltaba en mi vida. Él, a su vez, necesitaba experiencia y refinamiento, y yo podía proporcionárselos. Hasta entonces en su vida había habido demasiada fantasía e insuficiente realidad. Yo era una princesa nórdica de cuento de hadas materializada ante él. Si yo le convertí en todo lo que me faltaba, él me transformó en todo aquello que había soñado.

—Lo siento, pero no puedo permitirme regalarte más de dos docenas de violetas.

Era nuestra primera mañana juntos y Rudi estaba en el umbral, completamente vestido, mientras que yo aún llevaba la camisa de dormir. Le había hablado de su predecesor, el señor Dos Docenas, y él había ido temprano a la escalinata de la plaza de España para comprarme un ramillete de violetas de Parma. Los tallos estaban envueltos en papel de estaño y los aferraba con nerviosismo. Parecía tímido y titubeante, como el joven amante romántico de los dibujos de Peynet, que por entonces estaban tan de moda. No estaba acostumbrado a pasar la noche con una mujer y no sabía qué hacer a continuación.

Me había encontrado en una actitud adecuada, con una escoba en las manos, pues estaba barriendo los despojos dejados por la tormenta. El suelo estaba cubierto de hojas de un color rojo como la sangre, arrancadas por el viento a la enredadera de la terraza. Rudi parecía a punto de darme las violetas y echar a correr, antes de que también le barriera.

—Entra y siéntate —le dije—. Ésta es tu casa.

Él se sentó sin gran confianza en el sofá y se quedó mirándome.

—Me gusta verte dedicada a las tareas domésticas. Es muy *sexy*.

Le miré sorprendida. Hasta entonces ningún hombre me había dicho nada parecido. Para mí la aventura sexual no tenía nada que ver con barrer suelos y fregar platos. Ésos eran productos secundarios que aparecían más tarde, el precio que debías pagar por la emoción de enamorarte, y sólo eran soportables si estabas realmente enamorada.

—Pero estoy desgañada y mi bata está rota. ¡Todavía no me he bañado ni estoy vestida!

—Paso mucho tiempo en el cine y el teatro. Ése es también mi mundo profesional. Nunca veo personas auténticas, como mujeres en la intimidad de sus hogares, despeinadas, descalzas y con una escoba en las manos.

—Pero anoche me dijiste que compartías una querida con tu compañero de habitación.

—Está casada y nunca vamos a su casa. Ella nos visita cuando puede. Viene directamente después de hacer sus compras en la Via Condotti, o de la peluquería, o para enseñarnos su nuevo vestido de Simonetta. Es una mujer imperturbable, elegante y ociosa. No puedo imaginarla barriendo las hojas caídas en otoño.

Rudi se puso en pie mientras decía esto, me quitó la escoba de las manos y me besó.

—Pon las violetas en agua y te ayudaré a limpiar la casa. No temo la inversión de papeles.

Así pues, Rudi me ayudó a barrer de mi vida las hojas otoñales. Pronto empezamos a vivir juntos.

Vivir con alguien instalado en tu nuevo lugar de

residencia tiene muchas ventajas. Lo sabe todo de la ciudad, conoce sus leyes y su idioma. Además, Rudi tenía numerosos amigos. Mi dominio del italiano no tardó en rozar la perfección, llegué a formar parte de la vida romana, en vez de ser una simple turista, y mi círculo de amistades se amplió para incluir a todos los amigos de Rudi. La amplia sala del estudio acogía a una variedad de nacionalidades y profesiones. Aunque era joven y tímido, a Rudi le gustaba la vida social, y, debido precisamente a su timidez, sus amigos habían sido cuidadosamente escogidos y no eran un grupo de conocidos al azar, como los míos. Trabé amistad en especial con dos mujeres, una excelente pintora, María, que cojeaba debido a una enfermedad contraída en su infancia y trasladaba a las telas sus frustraciones y sus anhelos, y Franca, con un carácter opuesto por completo, una de las primeras italianas liberadas que conocí, a quien le importaba un bledo la *bella figura*, la religión católica o la institución del matrimonio. En cambio, María iba a la iglesia, ansiaba encontrar al hombre perfecto y todavía era virgen a los veintinueve años. Su defecto físico la retraía, era reacia a ofrecer su cuerpo, aunque sus piernas atrofiadas no eran feas. Las arrastraba un poco al caminar sirviéndose de un bastón, pero su vivacidad mental y el ingenio que mostraba en su conversación compensaban perfectamente su cojera.

—Rudi ¿qué debería ponerme para ir a casa de Franca?

Ya estaba cosechando los beneficios de tener un compañero bisexual. Rudi elegía mis vestidos e incluso los diseñaba. Reorganizó la casa y me ayudaba en las tareas domésticas. Su aspecto y su actuación en la cama eran perfectamente masculinos, pero con frecuencia tenía inclinaciones femeninas, lo cual no generaba una competencia entre nosotros, sino que contribuía a una gran solidaridad.

—Pruébate la blusa de seda roja con el traje gris. No, destaca demasiado. Será mejor que te pongas ese suéter de cachemir blanco. ¿Dónde están las perlas de tu madre? Me encanta tu aspecto inglés clásico. Tienes que realzarlo. Un poco de blanco cerca del rostro te sienta muy bien.

Nos dedicábamos a ese juego cada vez que salíamos juntos. Él hacía que me sintiera espléndida y yo acabé por lograr que se sintiera seguro.

—Tócame de nuevo esa obertura, tesoro. Qué gran genio eres, cariño. Tu música hará cantar y bailar al mundo.

—Pero quiero dirigir una gran ópera y no ser un músico mediocre.

—Si deseas hacer algo con suficiente intensidad, nadie te detendrá.

Estábamos en una de las salas de práctica de Santa Cecilia, adonde solía ir en busca de Rudi al salir del trabajo. Aunque él quería ser un gran director, aún se ganaba la vida componiendo bandas sonoras para el cine. A veces iba también a los estudios de grabación y le veía dirigir su propia obra para la radio, pero, en conjunto, su vida musical no me arrebatava.

—Quiero olvidar los problemas de mi carrera cuando estoy en casa —me decía—. Ni siquiera deseo tener un piano en el piso.

Esto me dolía un poco y me tomaba a mal sus largas ausencias. Estaba tan celosa de su música como de su examante. Aunque conocí a algunos de los amantes masculinos que había tenido, *ella* nunca venía a vernos. Sospechaba que seguía viéndola, pero estaba decidida a no ser tan obsesiva y posesiva como lo había sido con Charles. Los amigos homosexuales de Rudi encajaban en nuestra vida con facilidad y franqueza. La mayoría de los hombres italianos son algo bisexuales e incluso los homosexuales auténticos a menudo acaban casándose. En los países latinos se pasa con mucha facilidad de una forma de amor a otra y nadie se pronuncia en particular sobre las cuestiones sexuales. No me sentía amenazada por el pasado de Rudi, era feliz con nuestro presente y confiaba en el futuro. Incluso maquiné en secreto la manera de traer al piso un piano de cola, pensando que la presencia del instrumento cimentaría nuestra relación, que sería un símbolo más fuerte de permanencia que una alianza matrimonial.

Cuando se acercaba la Navidad regresé a Londres.

Puse a Charles en antecedentes de mi situación y eso pareció aliviarle mucho. Él también tenía una aventura amorosa. Por el bien de las niñas, nos habíamos librado de los inquilinos y habíamos vuelto a nuestra casa de Londres para celebrar una feliz Navidad familiar. Conseguí del Instituto Británico en Roma una semana más de vacaciones. Superficialmente, aquél fue un año como cualquier otro. La única diferencia era que Charles dormía en su estudio.

Mi primer marido, Robert, no había vuelto a casarse y cada Navidad cenaba con nosotros. También invitábamos a cualquiera que no tuviese otro lugar donde ir. Aquel año resultó que Charles tenía una nueva amiga sin ningún sitio donde ir. Era japonesa, dulce y bonita.

—Muy bien, vamos a establecer una nueva regla —propuse—. Ampliaremos nuestra familia navideña y no sólo invitaremos a los exmaridos sino también a los amantes actuales, aunque por desgracia Rudi no puede estar presente.

Rudi estaba dirigiendo un Oratorio navideño en Salzburgo.

La amiga de Charles era adorable y trajo a las niñas exquisitos obsequios japoneses en delicados envoltorios. Robert y Charles la besaron bajo el muérdago y Rudi me telefoneó desde Austria. Estaba en casa de su padre, anciano y viudo reciente, en Salzburgo, rodeado de nieve.

—¡Ojalá estuvieras aquí! —le dije.

—¡No, eres tú la que debería estar aquí! —replicó.

La familia ampliada disfrutó de una feliz Navidad ampliada. Se amplió incluso al hámster de Vanessa, que correteaba por la mesa mordisqueando el relleno del pavo y las bayas del acebo.

Finalizaron las vacaciones y volví a la estación de Paddington con las niñas y sus baúles. Vanessa lloraba porque un nuevo reglamento de la escuela prohibía la posesión de animales domésticos y tuvo que dejar en casa el hámster *Señor Pushkin*. Charles cuidaría de él y durante el resto de aquel trimestre todos recibimos ingeniosas cartas del *Señor Pushkin* con la caligrafía de Charles. El *Señor Pushkin* nos contaba cómo se divertía perforando agujeros en la bata

de lana roja de Charles. Las cartas del *Señor Pushkin* eran las únicas comunicaciones que recibía de Charles. Le respondía desde Roma con la misma especie de boletines de noticias que enviaba a las niñas. Le dije que Rudi y yo planeábamos alquilar un apartamento más grande y barato, y él no puso ninguna objeción, lo cual me hizo suponer que nuestro matrimonio había terminado. No hablamos de divorcio puesto que ninguno de los dos quería volver a casarse.

Rudi y yo nos trasladamos a un último piso laberíntico, ante las antiguas murallas romanas. Aportó a mi vida quinientos libros, doscientos discos y un piano de cola.

Los instalamos en un pequeño estudio, a un lado del vestíbulo, y sólo quedó espacio para un sofá cama en el que él dormía cuando las niñas venían de vacaciones. Decidimos no complicar su vida emocional explicándoles que había un tercer hombre en mi vida. Rudi sólo sería un realquilado.

Me había salido con la mía respecto al piano, pero más tarde lo lamentaría. Me siguió durante años y, como nunca aprendió a andar, era preciso subirlo a pulso a lo largo de cinco tramos de escalera. (Siempre he vivido en pisos superiores). Por el momento me alegré de que el piano mantuviera a Rudi en casa, aunque a menudo tuviera compromisos fuera de la ciudad. Empezó a dirigir ópera en algunos festivales de poca monta. El piso siempre estaba lleno de partituras musicales.

Un día, cuando Rudi estaba ausente, uno de mis alumnos particulares me comentó que debía de gustarme mucho la música. El suelo estaba sembrado de hojas pautadas, las partituras para cada instrumento dispuestas en orden. Yo había aprendido a pasar por encima de las hojas sin tocarlas. Eso formaba parte de mi vida con Rudi.

Continuaba con la dura tarea de dar clases a adultos en el Instituto Británico. En su mayoría eran jóvenes sin suficiente capacidad para cursar estudios universitarios, y sus padres deseaban poder decir a sus vecinos que «estudiaban idiomas», pero algunos eran profesionales que necesitaban el inglés para su trabajo, estudiaban con ahínco y eran alumnos aprovechados. Tenía una chica ciega que trabajaba con una

máquina de escribir especial y un muchacho que se había quedado mudo a causa de la conmoción en un accidente de tráfico. Le trataba como a todos los demás, cosa que nadie había hecho hasta entonces. «Nada de tonterías», le decía. «Responderás a las preguntas como todo el mundo. Si no puedes hablar, escribe las respuestas en un papel». El chico estaba tan satisfecho de no verse relegado por compasión que siempre era el primero en levantar la mano e intentaba participar. Al cabo de unos días empezó a hablar de nuevo. Su llorosa madre me abrumó con su gratitud. Llegué a ser conocida como una profesora poco ortodoxa pero que tenía éxito. Todos los alumnos difíciles, desde delincuentes hasta monjas, eran destinados a mi clase. Yo los homogeneizaba a todos en un grupo feliz, no prestaba atención a la regla de que nunca hay que hablar de sexo ni de religión y utilizaba como texto de lectura *El amante de Lady Chatterley*.

—Es inútil enseñar con aburridos libros de texto —le dije al director cuando me llamó al orden—. Los alumnos sólo aprenderán lo que quieran aprender. Lo que están haciendo debe fascinarles.

Pedía a los chicos que compraran *Playboy* y a las muchachas *Vogue* para que hicieran sus ejercicios escolares con esas revistas. A los padres de una princesa italiana les dije que estaba perdiendo el tiempo en una clase que avanzaba lentamente y que sería mejor enviarla a algún país para perfeccionar el idioma. Así lo hizo la chica y pronto se casó con un miembro de la realeza europea, convirtiéndose en la princesa Paola de Bélgica.

Mi relación con Rudi también era un éxito. Los homosexuales son magníficos amantes, deseosos de complacer, tiernos y solícitos tanto dentro como fuera de la cama. No quieren castigarte por tus diferencias femeninas porque pueden identificarse contigo en muchos aspectos. No intentan ser el macho todopoderoso, y siempre he comprobado que si un homosexual decide acostarse con una mujer es porque en ese momento realmente desea todo lo que una mujer puede ofrecerle sexualmente de la manera más simple y directa, sin perversiones ni obsesiones, cosas propias

del heterosexual ahíto. Ningún gay ha intentado nunca sodomizarme, pero son muchos los hombres «normales» que han querido hacerlo. No tengo nada en contra, pero el sexo anal no me gusta. Por lo demás, casi todo lo que hacemos en la cama es propio de ambos sexos y es lógico que satisfaga a cualquiera, sean cuales fueren sus tendencias. La mayor parte de los placeres sensuales son totalmente bisexuales.

—Antes de conocerte me asustaban las mujeres —me explicó Rudi—. La vagina era un territorio desconocido, pero los hombres no tenían secretos para mí y me resultaba más fácil relacionarme con ellos.

—El cuerpo es como un televisor —le dije—. Aprendes qué botones has de pulsar y el aparato se enciende. Es así de fácil.

En los años cincuenta pocos teníamos televisor, como tampoco teníamos mucho acceso a la marihuana u otras drogas. El sexo era nuestro opio y nos concentrábamos en él. Mi vida sexual con Rudi era sencilla y perfecta. Sin embargo, no dejó de provocar ciertos comentarios.

—Dicen por ahí que debes de ser lesbiana —me dijo Rudi un día—. No creen que llevemos una vida sexual normal.

—A la gente le gusta fantasear sobre la vida sexual de los demás. No les privemos de eso... pero si te molesta de veras, di que por el momento ambos hemos cambiado de estilo amorio.

Estaba convencida de que Rudi había cambiado para siempre de estilo amorio, y ojalá pudiera decir ahora que desde entonces vivimos felices para siempre, porque una de las facetas de mi personalidad es el deseo de felicidad burguesa y de continuidad. La continuidad no se ha interrumpido, casi treinta años después. La felicidad burguesa duró unos cinco años, con breves interrupciones.

Hubo una sola interrupción importante. Casi un año después, Charles decidió que quería volver a mí. Un día me telefoneó desde Suiza, para decirme que venía a Roma en automóvil. El coche fúnebre había sido sustituido por un

Volkswagen.

—Estoy dispuesto a volver a casa —me dijo desde el otro extremo de la línea.

—¿Qué casa? ¿Dónde? —le pregunté perpleja.

Mi desconcierto era absoluto. Le había visitado recientemente y no hablamos para nada de un reencuentro. Aunque compartimos una habitación con dos camas, él no hizo el menor intento de meterse en la mía.

—Quiero decir que me gustaría vivir contigo en Roma.

—¿Pero qué haría entonces con Rudi?

—Habla con él y hazme saber qué dice.

Colgué el teléfono. La situación era como la de diez años antes, cuando Robert me dijo: «Dile a Charles que venga a cenar. Tenemos que hablar a fondo de esto».

¿Por qué mis maridos y amantes eran tan irracionalmente razonables? ¿Dónde estaban los hombres románticos, capaces de tomar decisiones instantáneas, que te cogían al vuelo, sentándose en la silla de montar, y cabalgaban contigo para siempre? ¿Por qué los hombres que pasaban por mi vida pensaban serenamente las cosas y consultaban entre ellos?

Volví a la cama con Rudi. Era medianoche, y cuando Charles telefoneó estábamos haciendo el amor.

—Charles quiere volver conmigo —le dije en tono de extrañeza, pero Rudi no pareció sorprenderse lo más mínimo.

—Es tu marido. No tengo derecho a detenerte si quieres hacer un nuevo intento de vivir con él.

—Pero Rudi... ¿es que no me quieres?

—Sí, te querré siempre, pero nunca me casaré contigo.

—Ya veo: para siempre y nunca. Eso no tiene sentido.

—Para mí sí que lo tiene. Nunca me casaré ni tendré hijos. No quiero esa clase de responsabilidades. Si quieres vivir conmigo ha de ser en un plano de igualdad. Como dijo Rilke, «el amor consiste en que dos soledades se encuentran, se tocan y se saludan». Eso es todo lo que necesito.

¿Pero qué necesitaba yo? ¿Un compromiso total? ¿Una participación parcial? Ni siquiera lo sabía. Como de costumbre, dejé que el destino siguiera su curso. Rudi tenía trabajo y se ausentó durante un mes, mientras que Charles

venía a vivir conmigo.

Alojé a Charles en la habitación de invitados, que estaba reservada para las niñas cuando venían en vacaciones. No estuvo allí mucho tiempo.

—No soy un invitado —me dijo—. Ahí me siento raro. Estoy acostumbrado a acurrucarme contra ti en una cama de matrimonio.

Se acurrucó contra mí en la cama de matrimonio, pero no ocurrió nada. Por lo menos no ocurrió nada sexual, y eso es todo lo que realmente comprendo. Sólo puedo tolerar la cohabitación si el sexo es el motivo subyacente. Ni siquiera quiero alojar amigos en casa, o tener familiares a mi alrededor, excepto por períodos muy limitados. La soledad no me hace sufrir. Siempre soy consciente del mundo que me rodea, que está ahí en espera de que lo tomen. Tiendes la mano o hablas y siempre responde alguien. Puede que no sea alguien muy especial, pero siempre puedes hacerte un monedero de seda con una oreja de cerdo. Lo que cuenta es la buena voluntad hacia todos los hombres.

—Es como si viviera con un hermano, Charles —le comenté al cabo de unos días.

—Ya verás cómo todo se arregla —replicó—. Dame tiempo.

Yo ni le estimulaba ni dejaba de hacerlo. En aquella época estaba sexualmente orientada hacia Rudi y no deseaba forzar nuevas decisiones ni volver a situaciones pasadas. Tal vez si hubiera seducido a Charles... o si él me hubiera violado... ¿Quién sabe?

No sucedió nada de eso. Una noche Rudi me llamó y dijo que regresaba. Por supuesto, habíamos estado en contacto y le había dicho que Charles era un invitado, ni más ni menos. Rudi era un amante que regresaba dispuesto a recuperar lo que le pertenecía. Su actitud me pareció más positiva que la de Charles.

—Rudi va a volver... —empecé a decir. Me proponía hablar del asunto con tranquilidad. Rudi nos había avisado con tres días de antelación.

Charles saltó de la cama.

—¡Eres una zorra! —gritó, y empezó a vestirse.

—Charles... —volví a empezar, mientras él hacia el equipaje.

No quiso escucharme. Salió de la casa sin llamar a un taxi siquiera, arrastrando la maleta tras él. Yo no sabía adónde se proponía ir. Como inglés de pura cepa que era, había cogido la jaula del *Señor Pushkin*, llevándose el hámster con él.

Rudi regresó al día siguiente, me cogió en brazos y me llevó a nuestra cama de matrimonio. Estaba preocupada por la súbita desaparición de Charles, pero la emoción de tener nuevamente a Rudi fue más fuerte que mis aprensiones.

El verdadero momento en que dejé a Charles no fue cuando me marché de Londres, sino cuando él se desvaneció en la noche. Fue un momento de confusión y emociones conflictivas, pero elegí instintivamente al hombre que se acostaba conmigo. Es probable que fuese una elección errónea. La marcha apresurada de Charles era una prueba de la necesidad psicológica que tenía de mí. Sólo veía la necesidad de Rudi, porque había hecho valer su derecho a la relación física. Mis emociones se relacionan más con el cuerpo que con la mente.

—No creerás que Charles se ha suicidado, ¿verdad? —le dije a Rudi al cabo de unos días.

—No, probablemente ha regresado a Londres.

Nunca había dicho a nadie que Charles tenía tendencias maniacodepresivas y que una vez intentó suicidarse. Parecía un hombre tan sereno y bien equilibrado que nadie lo habría sospechado, pero yo lo sabía. La preocupación empezó a nublar mi feliz reunión con Rudi. Empecé a hacer llamadas a amigos londinenses, pero nadie había visto a Charles y su propio teléfono nunca respondía. Se había esfumado por completo. Tras haber preguntado a todos nuestros amigos en tres países diferentes, fui a la policía y a la embajada británica. No, no habían encontrado a ningún inglés flotando en el Tíber o colgado de las vigas. Nadie había ingresado en un hospital con sobredosis. De hecho, ningún inglés había muerto en Roma por causas no naturales en los dos últimos meses, con excepción de un anciano obispo que había sufrido

un ataque cardíaco en un burdel mientras esperaba la concesión de una audiencia papal. Me preguntaron si mi exmarido era obispo.

Finalmente hice una discreta llamada telefónica al internado de mis hijas. ¿Tenían alguna noticia de Charles o del *Señor Pushkin*? Sí, el *Señor Pushkin* les había escrito desde el Hotel Inghilterra de Roma. Mientras yo buscaba a Charles por toda Europa, él había estado a la vuelta de la esquina.

Camino del trabajo, pasé por el Inghilterra con una nota para el *Señor Pushkin* en un sobre a nombre de Charles. Le decía: «Dile al viejo que todavía le quiero. La amistad dura más que la pasión. ¿No es mejor que sigamos siendo amigos?».

El *Señor Pushkin* me envió flores y una invitación para comer. Le llevamos con nosotros a la Trattoria Romana, donde se comió dos hojas de lechuga y un clavel rojo, mientras Charles y yo nos dedicábamos a la ardua tarea de desenamorarnos sin que el amor resultara dañado. Dice mucho en favor de ambos que saliéramos de aquella situación relativamente indemnes. Sé que para Charles fue más difícil, porque entonces no había nadie más importante en su vida, pero al final logró más paz y satisfacción de las que yo tendré jamás. Es un hombre muy indulgente y dependo mucho de él, incluso en la actualidad.

Temía que ahora Rudi se sintiera demasiado comprometido. Charles había decidido quedarse en Roma y le busqué un apartamento, pero no demasiado cerca. Convinimos en encontrarnos una vez a la semana para almorzar juntos y empecé a referirme a él como mi exmarido. Así, por supuesto, la posición de Rudi se hizo más oficial.

—¿Vais a casaros? —me preguntó Franca un día. Nunca tenía pelos en la lengua.

—De ninguna manera —replicó Rudi—. La permanencia me pone nervioso.

—Yo no deseo el matrimonio —me apresuré a añadir—, pero me gustaría tener un anillito. El tres es un número

hermoso.

—Nada de anillo —dijo rotundamente Rudi—. Te has salido con la tuya al traer el piano de cola, pero no voy a darte un anillo a menos que sea un regalo de despedida.

Era interesante que se mostrara tan inflexible en este tema, pues por lo demás era muy conservador y moralista. Solía decirme que yo utilizaba el sexo como un tónico en vez de un fruto prohibido. Corría las cortinas para que la gente no pudiera ver a una pareja que vivía en pecado. Nunca se refería a su pasado homosexual. Era muy católico. Yo era pagana en mi liberación sexual y sólo el amor obsesivo hacía que me aferrase a un hombre. Por lo demás, mi independencia era casi masculina.

¿Cómo describir la felicidad? Es más fácil describir los momentos dramáticos de tu vida, o las tragedias. Mi vida en Roma con Rudi continuó felizmente hasta fines de 1959, cuando yo había cumplido los cuarenta y dos, mis hijas, con dieciocho y quince años, eran casi adultas y Charles se relacionaba con una joven muchacha a la que me parecía mucho a su edad. Tenía la sensación de que la felicidad burguesa duraría para siempre. Ya no deseaba nada más.

Hubo breves interrupciones, principalmente geográficas, cuando Rudi estaba ausente, dirigiendo una orquesta, o cuando yo estaba de vacaciones con las niñas. No faltaron en nuestras vidas los signos de puntuación de otros hombres, pero éstos no habían contado, fueron simples caprichos pasajeros que llenaban el vacío cuando no estábamos juntos. Nuestro amor se había convertido en una llama firme y me abandoné a una sensación de falsa seguridad. Creía que mi primavera romana iba a durar eternamente.

—¿Por qué no vendemos nuestra casa en Londres? —le pregunté a Charles durante una de nuestras comidas semanales—. No vamos a volver allá y es una lata tener que seguir buscando inquilinos. Con el producto de la venta los dos podríamos comprar pisos en Roma.

—Buena idea —dijo Charles—. Ya que nos hemos

aclimatado aquí hagamos el traslado definitivo.

Regresamos a Inglaterra para pasar la última Navidad en nuestro viejo hogar. Robert se reunió con nosotros y Rudi también vino. Anhelaba dirigir una ópera italiana en el Covent Garden. No consiguió trabajar allí de inmediato, pero le aceptaron como director invitado de una ópera barroca en el festival de Glyndebourne. Se estaba convirtiendo con rapidez en una figura internacional importante, y me sentía muy orgullosa de él.

—Quiero estudiar medicina en Londres, mamá —me dijo Fiona—. No puedo volver contigo a Roma.

Fiona había terminado el bachillerato aquel verano y se había examinado de biología y física en otoño. Tenía dieciocho años y podía valerse por sí misma, lo cual me llevó a trasladar algunas de las mejores piezas de nuestro mobiliario a una casita en las afueras que podría compartir con otros tres estudiantes. Eligió a un chico gay, otro heterosexual y una muchacha muy guapa. Era una agradable comuna.

Vanessa seguiría dos años en el internado y luego se reuniría conmigo en Roma, a cuya universidad asistiría. Tuve el tiempo justo para despedirme de ella en la estación de Paddington antes de reintegrarme al nuevo trimestre de primavera en el Instituto Británico, donde me habían ofrecido una plaza. Parecía tener un trabajo permanente.

—¿Por qué no te casas con Rudi? —me preguntó Vanessa, asomada a la ventanilla del vagón.

—Dos maridos son suficientes —repliqué, acariciando las dos alianzas matrimoniales que todavía llevaba. ¿Por qué iba a quitármelas? Los dos matrimonios habían sido felices y válidos mientras duraron. ¿Por qué invalidarlos?—. Tres maridos sería una vulgaridad —seguí diciendo—. Prefiero a Rudi como un amante duradero.

—Confío en que sigas con él. Ya eres cuarentona, mamá, y no puedes seguir siendo veleidosa.

—Tienes mucha razón, cariño. Rudi y yo estaremos juntos para siempre.

Decir «para siempre» es un gran error. Antes de que el año

terminara, la casa de Londres ya no era nuestra, yo había abandonado mi trabajo permanente y había perdido a mi amante duradero.

Para siempre y nunca

Roma y Marruecos, 1960-1962

El día de mi partida hacia Roma vinieron los agentes y pusieron el letrero EN VENTA al lado de la puerta georgiana de nuestra casa en Chelsea. No me entristecí. Todos estábamos demasiado entusiasmados por nuestros nuevos proyectos. Sin ayuda de nadie cargué mis maletas rojas en el taxi. Charles ya había regresado a Roma y Rudi estaba en Glyndebourne para las conversaciones y ensayos preliminares. Volví la cabeza y miré la casa: la blanca puerta principal, las barandillas negras, los dos orificios en la acera para introducir el carbón. Era el final de una época.

—¿Añorarás la casa? —me preguntó Charles. Estábamos comiendo en su terraza, bajo el sol primaveral. Volvía a encontrarme en Roma.

—No, ahora se ha convertido en un asunto comercial, eso es todo.

—Me preocupaba que el fin de nuestro matrimonio significara el final de muchas otras cosas para ti... tus raíces inglesas, tu hermosa casa. Te esforzaste tanto en decorarla y amueblarla para nosotros...

—Es cierto, pero ha cumplido con su finalidad. Ya no es mi hogar... fue el nuestro, pero como ya no estamos unidos, ahora sería una cáscara vacía. Roma será mi hogar. Sí, Charles, cuando hayamos vendido la casa de Chelsea, comprémonos un piso cada uno en Roma.

—¿Crees que te casarás con Rudi?

Era la primera vez que Charles me hacía una pregunta tan directa. Cada uno acababa de aceptar las nuevas relaciones del otro sin discusión como si no tuviéramos derecho a entrometernos en ese aspecto, aunque todavía nos consultábamos sobre todos los detalles de nuestras vidas.

Charles era mi mejor amigo.

—No veo ninguna necesidad de casarme en esta etapa de mi vida. No pienso tener más hijos, ni Rudi tampoco. Detesta la responsabilidad y no voy a amenazarle con eso. Me gusta tal como es, él me necesita tal como soy, nuestra relación va bien, hemos sobrevivido a pequeñas infidelidades, me siento segura y creo que seguiremos siempre como estamos.

Esas palabras, «para siempre», seguían salpicando mi conversación, porque creía realmente en ellas. Rudi estaba demasiado inhibido para dejarme por otro hombre y no se sentía atraído con frecuencia por las mujeres. Tenía más certidumbre de que nuestra relación continuaría de la que habría tenido con un heterosexual, que podría encontrar cien mujeres mejores que yo, en la cama y fuera de ella, mas para Rudi yo tenía unas cualidades especiales difíciles de encontrar en otra. Los heterosexuales que buscaban aventuras de una noche apreciaban mi sensualidad sincera, pero les asustaba a la larga. En cambio los homosexuales se sentían a gusto, mi sensualidad hacía que la misteriosa vagina les pareciera como un hogar. En cualquier caso, los heterosexuales se sentían en ella como en su casa.

Mi vida con Rudi en aquella época parecía asegurar más «siempre» que «nunca». Incluso habíamos encontrado el hogar ideal, una buhardilla ruinosa en el tejado del mismo edificio al que Rudi me llevó una noche de luna cinco años atrás, cuando me eligieron para actuar en la película que nunca se hizo. Tuve la sensación de haber completado un círculo. Rudi y yo viviríamos felices por siempre jamás en el mismo lugar donde había comenzado nuestra relación. La buhardilla tenía una serie de habitaciones unidas rodeadas de terrazas soleadas. Vivía allí una vieja bruja que alquilaba habitaciones y ya no podía subir las empinadas escaleras hasta su nido de águilas en el quinto piso. Tras derribar paredes y abrir ventanas, sería un piso fabuloso. Lo compraría con el dinero de Londres y Rudi lo arreglaría. Él tendría un estudio al fondo, y mis hijas y yo viviríamos delante. Así mantendríamos una apariencia de separación, más por razones de trabajo que por decoro.

Vanessa había venido a pasar conmigo la última semana de las vacaciones de Pascua. Fiona había preferido quedarse en Londres, y yo sospechaba que un joven compañero de estudios era el causante, lo cual me pareció muy bien. Mi hija mayor había iniciado el eterno peregrinaje femenino, de modo que también ella iba en busca del amor. Atravesaría tiempos difíciles y yo no podría ayudarla. Tenemos que vivir por nosotros mismos para obtener experiencia, no podemos transmitirla.

—¿Te gusta el chico de Fiona? —me preguntó Vanessa.

—No es mal muchacho, pero no me convence.

—¿Por qué no?

—Me parece como una taza de té con demasiada leche y poco azúcar.

—¿Qué quieres decir?

—Que es bastante conservador, le falta brío, es más bien anticuado.

—Entonces será perfecto para Fiona.

Sin embargo, el chico demostraría que no era lo bastante anticuado.

Vanessa regresó a Londres en avión. Ya no cogíamos el tren, excepto para recorridos cortos. El tren escolar seguía existiendo, pero ahora era Fiona quien llevaba a Vanessa a la estación de Paddington. Mis hijas empezaban a cuidar de sí mismas y una de la otra. A Vanessa sólo le quedaba un curso escolar, y después vendría a Roma para vivir con nosotros y estudiar en la universidad romana. El futuro parecía sereno y bien organizado.

—Gracias a Dios que por fin has sentado la cabeza, mamá —fueron las últimas palabras de Vanessa cuando nos despedimos en el aeropuerto. Se estaba volviendo muy maternal hacia mí.

—No te olvides de escribir —le grité, por la fuerza de la costumbre, mientras avanzaba hacia la aduana y el control policial.

Vanessa era una chica de quince años alta, competente, acostumbrada a cuidar de sí misma porque yo nunca la había protegido en exceso. La verdad era que había abandonado

demasiado a mis hijas, pero ellas habían resistido bien la prueba. Eran unas muchachas guapas y bien adaptadas.

Regresé a casa para continuar con las adaptaciones en mi propia vida. Aún me dedicaba a dar clases, pero ahora tenía además algunos alumnos particulares, actores y actrices a los que conocí gracias a Rudi y sus amigos.

En aquella época, la mayor parte de las películas italianas se rodaban en inglés y luego se doblaban al italiano para el mercado doméstico. Esto las hacía aceptables para el mercado de habla inglesa, que era mundial y, en consecuencia, más importante. Los italianos estaban más dispuestos a aceptar los movimientos de labios asincrónicos del doblaje, pues estaban acostumbrados a ellos. Las películas americanas que habían inundado sus cines desde la guerra estaban todas dobladas al italiano. Apenas tenían cines de arte y ensayo que proyectaran películas en versión original, y los subtítulos habían desaparecido para siempre. Estaba floreciendo toda una industria del doblaje.

—Rudi, creo que podría dejar mi trabajo en el Instituto Británico y dedicarme a adiestrar a actores y actrices —le anuncié un día—. Al fin y al cabo, estudié en el Oíd Vic con Michel St. Denis y en el Estudio Teatral Chéjov, así que no hay nada que ignore sobre el teatro.

—Es una buena idea. Te ayudaré cuanto pueda. Entonces podremos trabajar juntos de vez en cuando en películas musicales. Tú serás directora de diálogos y yo el compositor y director de la orquesta.

Una cosa más encajaba en su lugar y completaba el círculo.

Rudi se marchaba a Inglaterra para dirigir una ópera en Glyndebourne. Tal vez más adelante iría a América.

Cuando se acercaba la fecha del estreno, me pidió que le acompañara a Glyndebourne. Tenía que llegar allí con una semana de antelación para los ensayos y quedarse otras dos.

—No puedo, Rudi. Piensa que este trimestre es el más importante del curso y todavía no puedo dejar a mis

alumnos. Tienen pendientes los exámenes de Cambridge.

Entre otros alumnos, tenía un grupo selecto de cuatro a los que había formado por el sistema de inmersión, haciéndoles superar en un solo año los estudios que requieren cuatro. Este logro singular no agradaba al director. Demostraba que, si había voluntad, era posible acortar el tedio de unos estudios largos. Eso sólo podía hacerse con un pequeño grupo de alumnos de inteligencia excepcional y un profesor con una perseverancia y un talento también excepcionales, algo que sería difícil repetir, por lo que la misma idea desequilibraba los planes de estudio del centro. Sin embargo, estaba decidida a seguir con la experiencia. Ahora no podía dejar a los alumnos, como tampoco podía estar ausente el fin del año en una escuela a la que no tenía intención de volver luego. Mi sentido del deber me obligaba a quedarme en Roma. Rudi se marchó solo a Glyndebourne.

—Sólo son tres semanas —me dijo—. Muchas veces hemos estado separados más tiempo. Además, tienes que persuadir a esa vieja para que nos venda la buhardilla a un precio razonable.

—Es cierto —repliqué, animándome un poco—. Cuando lo consigamos serás un amante inamovible.

Se marchó a Glyndebourne en un estado de ánimo más sereno que el habitual antes de una primera representación. Tenía todos los motivos para estar tranquilo. Su carrera internacional estaba lanzada y su vida doméstica era segura.

—¡Y luego a América! —exclamó feliz cuando le despedí. Acababa de recibir una oferta para una gira de conciertos por Estados Unidos.

Durante las tres semanas siguientes estuve muy ocupada. Me senté al lado de mi alumna ciega para leerle las preguntas de los exámenes, y su máquina de escribir especial tecleaba en la sala grande y silenciosa mientras los demás se inclinaban concentrados sobre sus exámenes. Mis cuatro alumnos especiales pasarían los exámenes con matrícula de honor y un joven incluso llegaría a ser profesor en Cambridge.

Rudi regresó de Glyndebourne cuando yo estaba en el

despacho del notario para formalizar la compra del nuevo piso. Pensé que se entusiasmaría al conocer la noticia. Subí de dos en dos los escalones de nuestro viejo piso, con una sensación de triunfo.

Rudi estaba tendido en la cama, leyendo un libro, y parecía cansado del viaje. Dejó el libro a un lado y me abrazó sin decir palabra, mientras yo me acostaba a su lado. Le conté lo de la compra del piso, pero él parecía ausente, como si tuviera la mente en otra parte. ¿Tal vez algo había salido mal y no podría realizar su deseo de ir a América? Antes de que pudiera preguntárselo empezó a hacerme el amor. Era impropio de Rudi que no se desvistiera y se tomara su tiempo. Me embistió con rapidez, como si su vida dependiera de ello, y tuvimos un orgasmo simultáneo, algo por lo que ninguno de los dos nos esforzábamos en especial, pues preferíamos apreciar nuestros deseos mutuos de manera que no llegaban necesariamente a la culminación del acto sexual, pero en esa ocasión Rudi me hizo el amor de una manera frenética, competitiva.

—¿Ha salido algo mal? —le pregunté cuando terminó—. ¿No irás a América?

Musitaba junto a su cuello. Él seguía tendido encima de mí.

Para mi sorpresa, Rudi se echó a llorar. Teníamos las caras juntas, y sus lágrimas corrieron también por mis mejillas. Volví la cabeza a un lado para mirarle. Sin mirarme a los ojos, apoyó la cabeza en mi hombro y sollozó. Al cabo de un rato empezó a hablar entrecortadamente. Durante las tres semanas pasadas en Glyndebourne había tenido una aventura con otro hombre. Esta vez no era un simple signo de puntuación, una de esas relaciones físicas intensas y breves. Era algo mucho más profundo.

—¿Le conozco? —quise saber enseguida.

—No, es un americano desconocido.

Entonces me describió al Americano Desconocido. Era más joven que Rudi y consideraba a éste un maestro. Había venido a Europa para estudiar escenografía, financiado por una beca Fulbright.

—¿Le quieres, Rudi? —conseguí articular, aunque la sorpresa, el miedo, el horror y la sensación de desposeimiento me dificultaban el habla.

—No lo sé, todavía estoy confuso, pero quiere que vaya a vivir con él a Nueva York.

—¿Durante cuánto tiempo, Rudi?

—Para siempre. Quiere que viva con él para siempre.

Apenas podía dar crédito a mis oídos. Otra persona utilizaba mis palabras, «para siempre», un americano desconocido.

Tan difícil como describir cinco años de felicidad resulta describir otros cinco de desesperación. El Americano Desconocido había seguido a Rudi hasta Roma y le conocí. Era un hombre alto y guapo, con talento, adorable. No pude odiarle ni culparle. Ambos amábamos al mismo hombre.

¿Hay alguna diferencia en que un hombre te sea infiel no con una mujer sino con otro hombre? Ninguna. Cada ser humano tiene su propio nivel personal de tolerancia del dolor, la emoción y la desesperación, de la misma manera que cada ser humano tiene su propia capacidad de ser feliz. Ciertas personas te hacen experimentar al máximo esos sentimientos. Rudi me había proporcionado un máximo de felicidad durante cinco años y ahora me procuraba el máximo de desesperación. Recuerdo que un día, completamente neurótica, me golpeé la cabeza contra la pared del dormitorio en un intento de mitigar mi angustia. Acababa de pintar la pared de color malva y aún tenía la brocha en la mano, por lo que la frente se me tiñó de pintura lila. ¿Por qué pintaba nuestro viejo dormitorio cuando acababa de comprar un piso nuevo? Supongo que intentaba mantenerme ocupada, tener la casa en condiciones, tratar de que Rudi se quedara con ella, aunque él no daba señales de querer marcharse.

—¿No puedes decidirte entre uno de los dos, Rudi? —le pregunté—. ¿Qué te da él que yo no te dé? ¿Es algo físico o psicológico?

—Ni una cosa ni otra. Os quiero y necesito a los dos.

Dividía su tiempo entre nosotros y se acostaba con ambos.

—¿Es tan diferente el acto sexual? —insistía, procurando

en vano sondearle—. ¿Más tenso, más húmedo... oral, anal, verbal...? ¿Qué es lo que necesitas que yo no te doy?

—Todo eso no tiene nada que ver contigo. Te acuestas con alguien a quien amas, y lo que hagas en la cama no tiene nada que ver. Os amo a los dos.

Tropecé casualmente con el Americano Desconocido en los escalones de una exposición. Ambos intentábamos mantenernos ocupados, ambos sufríamos igualmente.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó.

—No podemos hacer nada. Rudi es narcisista. En realidad no ama a ninguno de los dos, sólo quiere que nosotros le amemos.

—Creo que tienes razón. ¿Puedes perdonarme?

—No hay nada que perdonar. —Le tendí las manos con desesperación—. Que gane el mejor.

El Americano Desconocido me cogió las manos y nos miramos entristecidos. Luego nos abrazamos y cada cual siguió su camino.

Al final no ganó ninguno de los dos. Rudi se marchó a América, tras prometer que regresaría. Nunca se entregó de todo corazón al Americano Desconocido. Si hubo una victoria, fue geográfica. Ganó América.

El día que Rudi se marchó de Roma, la anciana dejó libre nuestro piso, que ya no era «nuestro»: por primera vez en mi vida iba a crear un hogar para mí sola, no para un hombre.

Al día siguiente sonó el timbre de la puerta y al abrir me encontré con un mensajero de una de las joyerías más famosas de Roma.

—Creo que debe tratarse de un error —le dije—. ¿A quién busca?

—Anne Cumming.

—Sí, soy yo.

Me entregó un pequeño paquete y firmé el recibo. No le acompañaba ninguna tarjeta.

Fui a la sala de estar y abrí el envoltorio. Era una cajita de terciopelo que contenía una alianza matrimonial de oro. En el círculo interior, en letra cursiva, figuran las palabras «Para siempre y nunca». Una cosa así era propia de Rudi.

Me coloqué la alianza junto a los otros dos anillos y luego me acerqué al piano y toqué un acorde final antes de cerrar la tapa. Permanecería en silencio durante largo tiempo.

Pese a todo, lo llevé conmigo cuando me mudé. Fueron necesarios seis hombres para subirlo por los seis tramos de escaleras hasta el nuevo piso. Lo coloqué en un rincón de la gran sala de estar doble, como un rehén silencioso. Iba a transcurrir mucho tiempo antes de que permitiera a alguien tocarlo. Me había vuelto alérgica a la música y ni siquiera tenía radio.

—¿Cómo puedes vivir sin música? —me preguntó mi amiga Franca. Era una de las pocas mujeres entre mis conocidas que vivía sola y estaba satisfecha de ello, pero en las vastas habitaciones llenas de plantas de su piso flotaba siempre el sonido estereofónico.

—Me gusta la conversación o el silencio —repliqué—. No temo estar sola.

Era cierto que no me asustaba la soledad. Sólo tenía que hacer unas llamadas telefónicas para que mi nueva sala de estar estuviera llena de amigos, cuya charla ahogaría el silencio y llenaría el vacío. Era un piso muy grande, con siete habitaciones y tres terrazas. Enseguida convertí en independiente la parte del fondo, que al principio había de servir como estudio para Rudi, y la alquilé. Rudi me había escrito desde Nueva York, diciéndome que allí era feliz y que el Americano Desconocido había adquirido un piso en Greenwich Village. Iba a afiliarse a los sindicatos adecuados y a conseguir trabajo. No conté con su regreso. Parecía que «nunca» pesaría más que «para siempre». Hice cuanto pude para adaptarme a la idea de vivir sola y decorar el piso únicamente para mí, pero me faltaba iniciativa, el ímpetu de crear un hogar había desaparecido. Me di cuenta entonces de lo mucho que una presencia masculina siempre había influido en mi gusto y mi estilo de vida. Era aventurera e independiente, había viajado e instalado hogares por todo el mundo pero siempre habían sido para un marido, un amante o una familia. Ahora estaba sola. Vanessa vendría a pasar algún tiempo conmigo, pero sólo sería una transeúnte camino

de su propio hogar.

—¿Eres feliz de soltero? —le pregunté a Charles durante nuestro almuerzo semanal—. ¿No pensáis casaros tú y Jennifer?

Jennifer era una joven inglesa que se había cruzado en su vida y se parecía mucho a mí cuando tenía veinte años menos.

—No, no me gusta en absoluto vivir solo, pero Jennifer no desea verse atada todavía.

—Creo que yo tampoco. Intentaré ser una soltera de mediana edad sin inhibiciones.

—Enseguida habrá un nuevo hombre en tu vida —dijo él.

Observé que no se ofrecía él mismo, por lo que continué en tono de chanza.

—Por supuesto, pero a partir de ahora serán objetos sexuales. Se acabaron los maridos y los amantes que viven en casa. Seré una mujer de la nueva ola.

No sé si lo decía en serio. En cierto modo intentaba comprobar si había alguna posibilidad de que Charles volviera a mí, aunque sin poner el corazón en ello. Mi corazón seguía con Rudi, y el pobre Charles difícilmente podría volver a convertirse en un símbolo sexual al cabo de cinco años en los que sólo había sido un amigo. Así pues, tuve que seguir adelante con mi decisión y empecé a acostarme de nuevo con diversos hombres, segura de que seguiría soltera durante el resto de mi vida.

—¡Dios mío, a cada minuto que pasa hay otro invitado!

Mi hija Vanessa había venido a pasar las vacaciones de verano, sin Fiona. Ésta, a los diecinueve años, estaba enamorada del estudiante de medicina y no quería salir de Londres. Suponía que se acostaba con él, como suponía que Vanessa, de dieciséis, todavía era virgen. Cuando llegaron a la pubertad les hablé de las medidas anticonceptivas y les dije que me pidieran ayuda si la necesitaban. Hasta entonces no me la habían pedido.

Aquel verano, a pesar de la presencia limitadora de Vanessa, tuve una vida sexual ajetreada. El «invitado a cada minuto» pasó a ser un «amante a cada minuto». La partida de

Rudi tuvo el mismo efecto sobre mí que el rechazo de Charles unos años antes: utilizaba el sexo como una droga. Sepulté mi amor por Rudi bajo una serie de orgasmos vacíos y aventuras de una noche. A menudo no regresaba a casa por la noche y en ocasiones Vanessa me sorprendía cuando entraba a la hora del desayuno.

—Está claro que tienes un amante, mamá —me decía—. Tráelo a casa.

Eso planteaba un problema. ¿A quién llevaría a casa? Telefoneé a mi amiga Franca, que los conocía casi a todos.

—¿Cuál de mis amantes es más presentable para una hija de dieciséis años?

—Mujer, el Príncipe, por supuesto.

El Príncipe era un italiano encantador de mi edad, medio impotente y más un compañero para mí que un amante, por lo que ni siquiera había pensado en él.

—Dime, cariño, ¿te importaría ser mi amante oficial? —le pregunté en nuestro encuentro siguiente.

El Príncipe aceptó encantado y empezamos a ir juntos a todas partes, incluso a la cama. Si él no podía hacer nada, yo me masturbaba. Nunca lo había hecho hasta entonces, pero ahora me ayudaba, me posibilitaba una relación insostenible de otro modo. ¡A los cuarenta y dos años había descubierto por fin la masturbación!

—¿Sabes, Franca? Disfruto con eso, siempre que esté presente un hombre y pueda agarrarle el pene mientras lo hago. A él también le excita... tiene la sensación de que hace algo, incluso cuando lo hago yo misma.

—¿No te gusta hacerlo sola y fantasear?

—¿Fantasear? ¿Qué es una fantasía?

No lo sabía realmente. Estaba demasiado acostumbrada a la realidad.

La relación era tan satisfactoria que el Príncipe aún estaba conmigo en Navidad. Mis dos hijas vinieron de vacaciones, trayendo a Robert con ellas. Insistieron en un feliz reencuentro conmigo y su padre, pero la idea de que iba a convertirme en una princesa cambió el panorama.

—También resuelve el problema del marido que elijo —

les dije—. ¿Cómo podría ofender a Charles volviéndome a casar con Robert?

Traté aquel asunto sin seriedad porque no podía sentir nada por nadie. Había anestesiado mis emociones.

—¡Anne ha llegado al colmo de la frivolidad! —exclamó Franca.

Era cierto. Reaccionaba al período de dolor jugando a ser la viuda alegre. Había convertido el otoño en un veranillo de san Martín.

Aquella Navidad dimos un baile. No sólo permití que alguien tocara el piano de Rudi, sino que bailé sobre la tumba de nuestro amor. Aunque él me escribía con regularidad, llegué a la conclusión de que no volvería nunca. Se había ido al otro lado del charco para siempre.

—Lo llamaremos el Baile de la Viuda Alegre —anuncié—. Bailaremos todas las piezas antiguas. Incluso fuimos más allá de la polka y el vals vienés y enseñamos a los romanos el baile de los lanceros, el Sir Roger de Coverly y danzas folclóricas marineras con interminables ensayos. Los vecinos del piso de abajo subieron presas del pánico, porque se les había desprendido un trozo del techo.

—Tendrán que apuntalarlo —les dije—. La noche del baile habrá el doble de gente.

Su sobrino era uno de los ingenieros que preparaban el nuevo proyecto del metro para el centro de Roma. Le había conocido en una reunión de propietarios para tratar sobre la posibilidad de instalar ascensor en el edificio.

—No creo que pueda hacerse —protestó ante mi irrazonable exigencia de una viga o un puntal debajo de mi parqué.

—Si no lo hace, anunciaré a la prensa que no sabe usted nada de apoyo estructural y que toda Roma podría hundirse en las cloacas cuando empieza a trabajar en el metro.

El pobre hombre me tomó en serio, trajo un bosque de andamios y los levantó en el salón de su tía, y el baile fue el éxito de la temporada. Instalé un bar en cada dormitorio y puse un lechón sobre la mesa del comedor. En algún momento de la velada hice *strip-tease*, pero durante la mayor

parte del tiempo llevé una tiara y un viejo y fabuloso vestido de Henri Bendet que conservaba desde hacía veinte años, cuando fui modelo de Power. Nunca tiro nada. Sumo, no resto.

—¿Darás un *tea party* inglés en mi palacio de verano? — me preguntó el Príncipe al día siguiente—. Sería una magnífica fiesta de Año Nuevo.

Nos pusimos prendas de *tweed*, fuimos a los Montes Albanos, encendimos la chimenea en la sala de paredes forradas con cuero de color rojizo oscuro y sacamos la vajilla de plata perteneciente a la familia del Príncipe, que había estado escondida en los sótanos desde la muerte de su padre. Robert y las chicas pulieron la plata, Charles trajo leña para la chimenea barroca de mármol y nuestros amigos se sentaron alrededor de la mesa, esperando que el Príncipe me pidiera la mano. Tardó en pronunciarse, pero al final dijo:

—Anne, serías una esposa magnífica, pero eres cuarentona y ya no puedes tener hijos.

Me mordí la lengua para no decirle: «Es posible que no fueses capaz de engendrar uno».

Cuando informé de esta conversación a mis hijas, Vanessa, de dieciséis años, comentó:

—Yo estaría dispuesta a hacerte ese favor. Podríamos ir al hospital juntas y pondría el bebé en tu cama.

Al contrario que la exuberante Vanessa, la tímida Fiona era una chica anticuada y había dicho a su estudiante de medicina que no se acostaría con un hombre hasta estar segura de que su relación era válida, seria y conducente al matrimonio.

—No acepto el chantaje y no voy a comprometerme — replicó él, y la dejó plantada para ir en busca de chicas mejor dispuestas.

Tras un período de varios meses, durante los cuales vio que el estudiante se acostaba con chicas más permisivas y contuvo sus sentimientos, sus esperanzas renacieron de súbito. El muchacho volvió y le dijo que la quería. Ella se rindió. Había llegado el momento importante.

—Mamá, ¿querrías acompañarme al médico para que me

coloque un diafragma? —me preguntó en Navidad.

Tenía diecinueve años, pero aquel día no aparentaba más de trece. Fue como llevar una oveja al matadero. Rogué para que el joven tratara bien a mi hija, cuidara de ella y le diera amor y comprensión suficientes, aunque no llegara a casarse con ella. En la sala de espera, mientras esperábamos nuestro turno, le dije:

—Lo que duele no es perder tu virginidad, cariño, sino la tormenta emocional posterior.

La pobre criatura sufriría terriblemente. Tras haber conseguido lo que deseaba, el joven la abandonó. Fue un año de pérdidas para nosotras dos. Cuando tu hija se pone a tu altura en el juego de la vida tienes una sensación extraña... A partir de entonces sería más madura que yo.

Al margen de todo lo demás que sucedía en mi vida, estaba preocupada por Max, que definitivamente se había convertido para mí en un «familiar».

Durante el viaje de regreso a Roma me detuve para ver a Max en París. Sentía algo más que amistad por él, una mezcla de deber y amor. Existía una comprensión especial entre nosotros, a pesar de que en ocasiones él exteriorizaba una ruda misoginia. Max había abierto en Tánger un restaurante que tenía mucho éxito. Las Mil y Una, pero lo perdió cuando los franceses se retiraron de Marruecos. Huyó a París y ahora vivía en un hotel barato con su amigo William Burroughs, autor del libro controvertido y pornográfico *El almuerzo desnudo*.

Cada vez que pasaba por París, en el camino de Roma a Londres, visitaba a Max. Éste todavía intentaba encontrar una galería a la que vender sus cuadros o un editor que publicara sus libros. Había ayudado con éxito a William en la redacción final de su novela *El almuerzo desnudo*, pero tenía menos éxito consigo mismo. Una especie de arrogancia le impulsaba a morder las manos que podían darle de comer. Conmigo siempre fue afectuoso, y en todas partes me presentaba como su hermana.

William, Max y yo solíamos ir a cenar juntos a un barato restaurante griego en la Rue de la Harpe. Un día les llevé a ver a una encantadora pareja norteamericana que vivían Quai abajo, para tomar unas copas. Max y Bill les encantaron tanto que nos insistieron en que nos quedásemos a cenar con ellos, y en plena cena Max sufrió un terrible ataque de tos asmática y pidió que le lleváramos a casa. Entonces no lo sabíamos, pero aquél era el primer síntoma de su enfisema.

Bill ya estaba bastante bebido, y regresamos tambaleándonos Quai arriba, yo sostenida por los dos hombres. Cuando llegamos a la entrada del Beat Hotel, Max se había recuperado del todo, pero Bill seguía afectado. Me sorprendió oírle decir:

—¿Por qué no subes a mi habitación conmigo, Anne?

—¿Para qué? —le pregunté atónita.

—Lúgubres placeres, hombre, lúgubres placeres —terció Max con escasa amabilidad, aunque se refería a los escritos de Bill y no a la encantadora persona que era el autor.

Bill me gustaba, pero no sexualmente, desde luego. ¿Cómo podía rechazar cortésmente aquella proposición inesperada por parte de tan declarado misógino y homosexual consumado al que conocía y apreciaba desde hacía varios años?

—He prescindido del sexo —le dije con tacto, rechazando una situación que podría haber cambiado el curso de la historia literaria.

Bill me miró en silencio por debajo de su viejo sombrero blando de fieltro. Cuando hablaba, su voz era casi inaudible, y lo hacía por la comisura de la boca, como reacio a despegar los labios. Su tono era siempre inexpresivo, pero a menudo lo que decía era muy divertido y siempre estaba lleno de sabiduría.

—Jamás prescindirás del sexo, mujer —musitó—. El sexo se convierte en un hábito... el más difícil de eliminar.

Tenía razón, por supuesto. Le abracé y le vi subir las escaleras tambaleándose, al lado de Max. Dos hombres sabios a los que quería, pero con los que jamás me acostaría.

Regresé a Roma y a mi trabajo, pero aquel verano me

llegó una breve carta:

«Queridísima pseudohermana:

»El 14 de julio es tiempo de éxodo, todo el mundo se marcha. Yo no puedo permitirme ir a ninguna parte. ¿Por qué no vienes a pasar unos días conmigo?

»Te quiere como siempre,

Max».

Me dijo por teléfono que Burroughs había regresado a Tánger y que la mayoría de los escritores que pasaron por su hotelito también iban allí. Más adelante se les conocería como la Generación Beat.

—Mira, Max, si voy primero y alquilo un apartamento barato, ¿te reunirás allí conmigo? Este verano no tengo nada que hacer y me gustaría regresar a Tánger.

Él se resistió, gruñó, buscó evasivas y fingió que no quería ir. De todos modos, emprendí el viaje y alquilé un pisito por un mes a unos maestros de escuela franceses que se iban de permiso. Era una vivienda muy elemental, pero yo sabía cómo hacerla habitable.

Mientras esperaba la llegada de Max tropecé con un viejo amigo, Hamri, lo cual fue en cierto modo una bendición. Le había conocido durante mi primera visita a Tánger, en 1952, cuando me sorprendió la elegancia con que vestía, sorpresa a la que se añadieron los comentarios que alguien me hizo sobre sus proezas sexuales. Superviviente nato, Hamri había permanecido en Tánger después de la independencia marroquí, y seguía organizando conciertos para los Master Musicians, que estaban en Jajoutra, adonde él acompañaba a los visitantes.

Cuando volvimos a encontrarnos aquel verano, Hamri me dijo que había dejado a su esposa y su hijo y vivía con una rica dama norteamericana... pero al cabo de dos días era conmigo con quien vivía. Llamé a Max, que le conocía bien.

—Oye, Max, Hamri vive conmigo en el piso. ¿Hay algún problema?

—Por mí no hay problema alguno, pero puede llegar a

haberlo para ti. Entretanto, puede resultarte muy útil. Mantenle ahí hasta que yo llegue.

Muy poco después, Hamri tomó «prestados» de sus amigos bellas alfombras tejidas a mano, cojines y cubrecamas. Los jarrones vacíos se llenaron de flores, robadas de los parques públicos y los jardines ajenos. También las plantas que adornaron la terraza eran «prestadas». Las mejores hortalizas del mercado a los precios más bajos posibles aparecieron en la cocina. Hamri también sabía cocinar. Tenía unas cualidades innegables, y una de ellas medía casi dos palmos de longitud.

La vida nómada es lo que proporciona a los árabes esa facilidad para crear un hogar en un santiamén. Pueden levantar una tienda de campaña en un minuto, enrollar la estera y las ropas de cama, dar de beber al camello y responsabilizarse por completo de las mujeres que caminan a veinte pasos detrás de ellos. Han aplicado ese sistema a la vida urbana... y también prevalece en el dormitorio. Antes de que pudiera decir *Allah*

In'cha

, yo misma quedaba desenrollada en un instante, sobre la cama, en el suelo y en el baño. El notable equipo de Hamri ascendía bajo mi falda, penetraba en mi garganta y se colaba en todos los orificios posibles duro pero tierno. Debo confesar que me gustaba bastante.

Cuando llegó Max, toda la Generación Beat parecía haberse congregado en Tánger, donde se dedicaban a fumar grifa, comer *majoun* y probar el cocido de murciélago en la casa que tenía Ira Cohen en el Zoco Chico. Nada de todo eso era de mi gusto. Preferí renovar mi amistad con el novelista Paul Bowles y su esposa Jean una pareja bohemía pero muy interesante. Sin embargo, Max se entregó en cuerpo y alma al estilo de vida de los Beats. Por entonces estaba desarrollando su Máquina del Sueño, un cilindro giratorio con dibujos abstractos en su interior.

En agosto Timothy Leary llegó de Estados Unidos, trayendo consigo LSD, hongos mágicos y una novia francesa. Hamri organizó un viaje para que viéramos una de las

celebraciones religiosas más importantes de Marruecos, que tiene lugar en Moulay Idriss, una población premedieval fundada por Moulay Idriss Al Azhar, el cual trajo la religión musulmana desde Arabia el año 788 de nuestra era. En aquel tiempo Marruecos era una fortaleza bereber y un último puesto de avanzada del Imperio romano. De hecho, las ruinas romanas de Volubilis se encuentran a unos pocos kilómetros de distancia, y es muy interesante su contraste con los esplendores moriscos de Fez, Meknes y Moulay Idriss.

Hamri nos instaló a todos en un tejado de Moulay Idriss, a fin de que pudiéramos contemplar a los peregrinos, todos hombres, que recorrían las calles al oscurecer, camino de la mezquita. Cuando salían era de noche y en las colinas circundantes se encendían hogueras, alrededor de las cuales los hombres entonaban cánticos y las mujeres, que se habían reunido con ellos, añadían sus quejumbrosas ululaciones. Era una experiencia psicodélica natural, pero Timothy y su novia estaban tan ocupados con los estados inducidos artificialmente, contando píldoras y buscando agua potable, que, a mi modo de ver, se perdieron el verdadero significado de aquella celebración. Hamri resolvió el problema del agua potable sacando una botella de *whisky*, estrictamente prohibido en actos religiosos musulmanes, y se emborrachó tanto que me enfurecí y al día siguiente le abandoné mientras él seguía durmiendo la mona. Cogí un autobús hacia Fez y luego fui a Xauen, en vez de volver a Tánger con los demás. Max me informó más tarde de que Hamri se puso como loco cuando regresó a Tánger solo, y sobornó a todos los conductores de autobús de la CTM para que me buscaran por todo Marruecos. Finalmente, cuando regresé unos días más tarde tras un interesante encuentro sexual con un completo desconocido, Hamri me dio una paliza. Todos los demás estaban sumidos en los horrores de las setas mágicas o el LSD, por lo que consideré que era hora de regresar a Roma y a la normalidad.

Pese a todo, me encontraba con buena salud, tanto física

como mental cuando regresé a Roma. Charles y yo seguíamos celebrando nuestros almuerzos semanales. Jennifer le había abandonado y él estaba pensando en volver a casarse, esta vez con una mujer encantadora, de mi edad, que tenía un hijo pequeño.

—No esperaste un año después de dejarme para juntarte con Rudi.

Detecté una leve acusación en sus palabras.

—Creo que durante los primeros meses no amé a Rudi realmente. Sólo le necesitaba. ¿Y qué significa eso de que te dejé? Puede que hiciera el traslado geográfico, pero no viniste conmigo, ¿recuerdas?

—Necesitaba espacio para respirar.

—Esto es ridículo, Charles. ¿Sólo cinco años después no podemos recordar quién abandonó a quién?

—Bien, supongo que a estas alturas no es posible volver atrás.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Supongo que no. Creo que es hora de que nos divorciemos y te cases de nuevo. Vamos, aventúrate.

Charles se aventuró. Pusimos todas las ruedas en movimiento. Cuando todo terminó, me di cuenta de que nunca había pensado volver con Charles. Una no retrocede, sino que sigue adelante, sobre todo cuando es de signo Sagitario.

En diciembre Charles y su nueva esposa dieron una fiesta de cumpleaños. Vanessa me envió una postal desde la escuela y Fiona telefoneó desde Londres. El Príncipe me regaló un pez esmaltado flexible engastado en un anillo de oro para añadir a la colección de amuletos que había empezado a llevar colgando de una larga cadena alrededor del cuello. Era una nueva moda que había sucedido a la de los brazaletes y que había observado en una de las actrices en ciernes a las que daba clases.

El Príncipe era todavía mi amante de sala de estar, pero tenía a alguien más para el dormitorio, un famoso futbolista. Nunca hasta entonces había conocido a nadie con un cuerpo tan hermoso como el de Pier-Luigi, ni desde entonces he

vuelto a conocer a nadie más. El único problema era que cuando se entrenaba no podíamos acostarnos. Desde el viernes al domingo, el equipo se alojaba en un hotel en las afueras de Roma, y los jugadores se veían obligados a alimentarse de una manera especial y prescindir de las relaciones sexuales. Después del partido del domingo los dejaban en libertad. La noche del domingo el sexo era poco activo, debido a la fatiga del partido, pero entre el lunes y el jueves mi jugador estaba en plena forma. Era muy hábil en el juego amoroso preliminar y, tras la penetración, se movía como un taladro automático. Se diría que Pier-Luigi sirvió de modelo para el primer vibrador. Tenía unos bellos ojos azules y un carácter despreocupado. Me había encontrado la jodienda exenta de problemas.

El hecho de que yo fuese quince años mayor que él no importaba a Pier-Luigi lo más mínimo. De hecho, era él quien estaba enamorado. Las noches en que le decía que estaba ocupada, solía quedarse ante mi puerta y me espiaba. ¿Con quién salía? ¿A qué hora regresaba? ¿Subía conmigo mi acompañante? Me gustaba ese cambio de situación, en la que yo no era el miembro de la pareja obsesivo y tenía alguien que se obsesionaba por mí. Pier-Luigi era beneficioso para mi ego y para mi cuerpo. Estaba superando muy bien el trauma de la pérdida de Rudi.

—De acuerdo —le dije a Charles—. Estoy cayendo en las profundidades de la frivolidad. ¿Y a quién le importa?

Me alegraba de que Charles hiciera una nueva probatura matrimonial, y aunque él y su esposa me parecían incompatibles, ¿quién era yo para juzgar? Tampoco yo había sido del todo adecuada para él. Por suerte todos nos llevábamos bien y nuestros almuerzos semanales eran ahora *à trois* en vez de *à deux*. También su esposa y yo a menudo hacíamos cosas juntas. Llegó a ser muy buena amiga mía, era muy cariñosa con mis hijas y yo me interesaba recíprocamente por su pequeño.

La familia ampliada celebró la habitual Navidad ampliada. La nueva esposa de Charles era una magnífica cocinera y organizadora, y me encantaba transferirle

responsabilidades. Era como tener una hermana.

—¿Tendremos un árbol dorado? —preguntaba—. ¿Crees que deberíamos poner dos rellenos al pavo y tu salsa de pan inglesa?

Habíamos convenido en que ella haría la cena navideña, mientras que yo me encargaría de la merienda del día de san Esteban y la «fiesta infantil». Íbamos y veníamos como lanzaderas entre nuestras casas respectivas, prestándonos cubiertos y tazas de Wedgewood.

En aquella ocasión Robert no estuvo con nosotros, pues había ido a visitar a su hermana, recientemente instalada en España. Pier-Luigi fue a casa de su familia y el Príncipe asistió al *tea party* en mi casa, pero no a la cena navideña. En mi corazón seguía echando de menos a Rudi, pero racionalmente me complacía no tener ningún amante oficial. Legalmente era una mujer célibe, lo cual me satisfacía bastante. No necesitaba un hombre a mi lado. Por fin podía valerme por mí misma sin depender de nadie.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo!

El primer día del año mis hijas entraron brincando en el dormitorio. La noche anterior habían ido a una fiesta, pero yo preferí quedarme en casa. Nunca me han gustado las fiestas de Nochevieja o las festividades obligadas, y aquel año en particular nada me divertía tanto como el mismo hecho de vivir sola. Cuando mis hijas regresaron a Inglaterra pocos días después, me sentí completamente satisfecha porque volvía a tener mi hogar para mí sola. Me gustaba el silencio.

Ahora volver al hogar, a una casa silenciosa, me parecía estimulante. Las sensaciones de vacío, soledad y pérdida que experimenté tras la partida de Rudi habían cedido el paso a una nueva sensación de independencia y fortaleza. Llenar la casa de amigos o mi cama de amantes eran decisiones que me competían exclusivamente. Cuando estaba ausente, solía ansiar la larga subida por las escaleras para hallar la paz en lo alto. Incluso empecé a ver menos al Príncipe y a Pier-Luigi.

Un día de enero, mientras subía las escaleras, oí música en lo alto. Tenía radio, pero la conectaba tan raras veces que era imposible que hubiera salido de casa dejándola

encendida. Por un momento se apoderó de mí una sensación de pánico, pero enseguida pensé que a un ladrón no se le ocurriría encender la radio. A aproximarme me di cuenta de que era música de piano, y abrí la puerta con una corazonada que no tenía que ver con el temor de un robo y un posible ataque. Nadie podía tocar el piano de aquel modo excepto una persona. Cuando entré en la sala de estar le vi sentado, de espaldas a mí.

—¡Rudi! —exclamé, y corrí hacia el piano.

La escena que siguió fue como ese viejo anuncio del perfume Tabú, un hombre y una mujer abrazados sobre un piano de cola. Rudi se puso en pie y se volvió al oír mi voz. Me estrechó en sus brazos y caí hacia atrás, sobre las teclas, produciendo un chirriante acorde de notas aplastadas. Entonces permanecemos en silencio, entrelazados en un trémulo abrazo.

—¡Has vuelto, Rudi! —murmuré.

—Sólo estoy de visita —replicó.

Oí la palabra «visita», pero no la absorbí. «Para siempre» volvía a anidar en mi corazón. En la media hora que siguió, mi autarquía recién hallada se quedó en nada.

Una de las cosas más extrañas de mi vida es que los hombres a los que más he querido no han sido necesariamente los mejores en la cama, y, sin embargo, ese aspecto de una relación es muy importante para mí. Cuando Charles regresó a mi lado, el hecho de que no hiciéramos el amor de inmediato influyó en mis sentimientos hacia él y su regreso. En realidad, desde mi punto de vista era como si no hubiese regresado. Aunque Rudi era una persona espiritual y romántica, al cabo de cinco minutos estábamos en la cama. El terremoto consiguiente sacudió mi nueva vida hasta sus cimientos.

—El Príncipe puede quedarse, pero Pier-Luigi ha de irse —dijo Rudi cuando, después del orgasmo, empezamos a contarnos lo que habíamos hecho últimamente, ese momento liberador en que los amantes se cuentan su vida.

Por supuesto, Rudi y yo habíamos mantenido correspondencia, pero su visita repentina a Roma obedecía a

un viaje no planeado por razones profesionales, y decidió darme una sorpresa.

—No sabía qué decirte... había tantas cosas... —me explicó cuando le pregunté por qué no me había telefonado—. Las conversaciones por teléfono desde lugares lejanos siempre son tensas, y pensé que podrías mostrarte resentida y a la defensiva.

—Tienes razón, así habría sido. Si no resentida, por lo menos a la defensiva. No quiero sufrir de nuevo.

—Y yo no quiero hacerte sufrir. ¿No será mejor que me aloje en un hotel? He dejado mi equipaje en casa de Franca. Hablé con ella para saber qué hacías antes de entrar aquí.

—Había olvidado que aún tenías las llaves —le dije—. Pero espera un momento... ¡nunca has tenido las llaves de esta casa!

Le miré sorprendida. ¿Cómo había entrado?

—Todavía tienes a la pequeña Giulia —me explicó—. Tus amantes vienen y se van, pero la fiel sirvienta de la familia sigue con su *padroncina*. La pequeña Giulia me dejó entrar.

Mi doncella, una chica bajita, me llamaba «pequeña señora», aunque yo era dos palmos más alta que ella, y era evidente que le había complacido el regreso del «amo». Algunos de mis amantes no le habían gustado nada.

—¡Es vulgar! —dijo de Pier-Luigi—. No es de su categoría. —Cuando protesté y le dije que no era democrática, ella me miró con sus astutos ojos de campesina y me aconsejó—: Los iguales con los iguales. No complique su mundo, *padroncina*, que el mundo ya es bastante complicado.

Acerca del Príncipe, comentó que la corteza era superior, pero el resto del pan no era sólido.

—A ése no puede hincarle de veras el diente, *padroncina*... Sus observaciones siempre eran pertinentes.

Rudi se quedó un mes conmigo, y durante ese tiempo fue como si nunca se hubiera ausentado. Su música llenaba el ambiente, la casa entera, mi vida. Yo había alquilado la parte del piso donde él habría vivido, por lo que estábamos literalmente uno encima del otro, en la cama y fuera de ella. Dispuse la habitación de las niñas como estudio, donde

enseñar a mis alumnos. La mayor parte de mis lecciones tenían acompañamiento musical. En cuanto a mis amantes, también ellos tenían que aprenderse la partitura. Pier-Luigi se puso furioso, pero el Príncipe tuvo paciencia. Charles y su esposa se alegraron de ver a Rudi, porque así desaparecía cualquier sentimiento de culpa que Charles pudiera tener todavía por haberse casado de nuevo. Siempre me refería a ellos como el señor Charles y señora, porque, desde luego, aún teníamos el mismo apellido.

—¿Queréis que vuelva a utilizar mi apellido de soltera? —les pregunté cuando se casaron.

—Claro que no. Tú nos has enseñado a sumar en vez de restar —dijo la señora de Charles—. Me gusta tu idea de la familia ampliada... y quiero a tu Rudi.

—Yo también —repliqué.

Rudi estaba componiendo la música para una película dirigida por un viejo amigo suyo. Se pasaban mucho tiempo ante la movióla, examinando secuencias que necesitaban música de fondo, pero también se dedicaban a chismorrear y el amigo trataba de convencer a Rudi de que regresara a Roma. Sabía que Rudi había tenido dificultades para mantenerse a flote en Nueva York y problemas con el sindicato y el idioma. No intenté convencerle de nada. Estaba tan segura de nosotros sexualmente que no veía más allá del dormitorio. El síndrome de «para siempre y nunca» volvía a estar vigente, pero la intensidad de mi anhelo me impedía ver el «nunca». Sabía que un trabajo conduciría a otro, y así fue. Rudi prolongó su estancia y me sentí inmensamente feliz.

Un día sonó el teléfono. Era una voz americana que llamaba desde Estados Unidos. Reconocí la voz y pasé la llamada a Rudi. Se trataba del Americano Desconocido. Salí discretamente de la habitación y ellos hablaron durante largo tiempo.

Rudi se reunió conmigo en el baño, donde estaba lavando la ropa para mantenerme ocupada. Era una tarea que solía hacer Giulia, pero en aquel momento necesitaba una tarea doméstica para calmar mis nervios.

—Viene a Europa a buscarme —dijo Rudi—. Tendré que

ir a Londres para reunirme con él.

Pero Rudi se quedó en Roma y, al final, el pobre Americano Desconocido tuvo que venir a la Ciudad Eterna. Rudi arguyo, titubeó y no pudo decidirse de nuevo entre el americano y yo. El Americano Desconocido se alojaba en un hotel barato, donde pasaba el día sufriendo. Yo padecía por él y con él. Ya no estaba cómoda en mi propia casa ni con mi propio corazón. Al final fui yo quien se decidió.

Fui al hotel barato y visité al Americano Desconocido. Era un día suave de primavera, aunque Rudi llegó en invierno. No es que recordara el frío, pues la vida con Rudi era siempre una interminable primavera. Cuando estás enamorada nunca es invierno.

El Americano Desconocido y yo dimos un largo paseo juntos. Subimos la escalinata de la plaza de España, paseamos por el parque y nos detuvimos en la balaustrada de la terraza del Pincio, ante las barrocas cúpulas de Roma envueltas en una luz cálida y dorada. Existía entre nosotros una cálida corriente afectiva, nos cogimos las manos y hablamos al tiempo que vertíamos lágrimas de comprensión y sufrimiento mutuos.

—Voy a decirle a Rudi que debe marcharse para siempre —le dije—. No volveré a aceptarle a mi lado. Tal vez, en un futuro lejano, podrá venir y quedarse en casa... pero en la habitación de invitados. A partir de ahora, nuestras habitaciones y nuestras vidas estarán separadas.

—Eres una mujer valiente, Anne. Te quiero.

—No soy valiente, sino juiciosa. No podemos seguir así.

Le abracé bajo la brillante luz del sol. A nuestras espaldas había un teatrillo de títeres al aire libre, y los niños reunidos se reían, gritaban y participaban en aquella parodia de la vida. Polichinela lanzó a Colombina por la ventana.

—Eso es lo que voy a hacer —le dije, sonriendo a pesar de mis lágrimas—. ¡Voy a echar a Rudi por la ventana!

—Primero ven conmigo al hotel. Quiero acostarme contigo.

No podías dar crédito a mis oídos. ¿Había dicho eso realmente? ¿Le gustaban también las mujeres? Nunca había

pensado en ello, pero ¿por qué no? Como Rudi dijo cierta vez: «No hay sexos sino personas, algunas te excitan y otras no».

Mi gesto generoso y conmovedor había generado un nuevo amor en nuestros corazones. Por fin el Americano Desconocido y yo habíamos llegado a conocernos. Era precisa cierta clase de consumación. Emprendimos el regreso a su hotel.

Bajamos del monte Pincio, la más bella de las siete colinas de Roma. Pasamos ante la fuente de Bernini en la plaza de España y deambulamos por las calles adoquinadas más allá de la Fontana di Trevi.

—Espera un momento, quiero echar una moneda. Aunque ahora me lleve a Rudi, quiero poder regresar y verte de vez en cuando.

—Claro que regresarás. Seguiremos queriéndonos. Sólo son las conveniencias en el dormitorio las que se han descontrolado. ¡Ah! ¿Por qué el sexo ha de ser tan importante?

El sexo era importante, tanto para el Americano Desconocido como para mí. Teníamos que joder para que el sexo no se interpusiera entre nosotros. Nos abrazamos en la habitación del hotel barato y nos amamos con una pasión singular, un amor especial. Fue consolador, revelador y satisfactorio, y si hubo un elemento de venganza contra Rudi en aquel encuentro amoroso, estuvo justificado. Sin el acto sexual nunca habríamos llegado a ninguna clase de conclusión. Fue una felicidad agri dulce para los dos, pero soportable por fin.

En un momento determinado durante aquella larga tarde de primavera, nos miramos y exclamamos al unísono:

—¡Pero eres mucho mejor en la cama que él!

Ambos nos echamos a reír. Fue la primera vez que reíamos juntos. Aquél fue uno de los momentos más extraordinarios de mi vida, y me infundió valor.

—Tienes que regresar a América, Rudi. Esta situación no

puede continuar.

Habían transcurrido unas horas desde mi encuentro con el americano y estaba en la sala de estar de mi piso. Rudi acababa de volver del trabajo. No le di más explicaciones.

Rudi me miró sin comprender.

—No os he pedido a los dos que me améis —dijo a modo de excusa—. Intento daros a cada uno cuanto puedo.

—No es suficiente. Tienes que elegir entre nosotros de una vez por todas.

—Pareces haber elegido por mí —dijo él, sin una palabra de protesta.

No culpo a Rudi. Nunca había experimentado un amor romántico, obsesivo, excepto por su trabajo. Siempre le habían querido. Aceptaba las decisiones emocionales de los demás para no tener que tomar las suyas propias. Cuando se marchó, padecí los mismos síntomas de abandono que antes. La segunda vez sólo es un poco más fácil.

Fiona era ya mayor de edad. Todos nos habíamos reunidos para celebrar su vigesimoprimer aniversario. La cortejaba otro joven al que ninguno de nosotros conocía. Todos manteníamos los dedos cruzados, confiando en que esta vez la relación no saliera mal. El joven no parecía tener prisa en proponerle el matrimonio, y yo sabía que Fiona quería casarse. Era una chica anticuada y no, como yo, una mujer de su tiempo. Tal vez la idea de convertirme en suegra fue lo que me empujó a los brazos de un hombre al que doblaba en edad.

Mi actividad docente con futuros actores cinematográficos se amplió con un trabajo de relaciones públicas para el cine, y me había acostado profusamente con unos y otros, pero siempre considerando a los hombres *divertissements* y no *raisons d'être*

. Tenía cuarenta y cinco años y una relación sexual prolongada con un actor de veinticinco. La diferencia de edad no me molestaba en absoluto. Los hombres de mi edad

deseaban mujeres más jóvenes... pues que las tuvieran. Yo podía jugar al mismo juego y, ¿por qué no?, Audrey Hepburn y Leslie Carón nos habían demostrado en *Vacaciones en Roma* y *Gigi* lo romántico que era tener por amantes a hombres que podrían ser tu padre. ¿Por qué un hombre joven no iba a desear una amante que podría ser su madre? La mayoría de los hombres necesitan que les traten como bebés hasta el día de su muerte, y, además, ¿qué tiene de malo la jodienda intergeneracional? Hay menos competencia y más desafío. Mi joven y yo éramos muy felices.

Un día sonó el teléfono cuando estábamos tendidos desnudos en mi terraza. Ahora los tiestos estaban rebosantes de geranios, rosas rojas y amarillas y una frondosa pasionaria. Había una parte de la terraza, por encima de los demás tejados, donde no podíamos ser vistos. Se la estaba chupando al joven cuando sonó el teléfono y nos interrumpió. Me tragué el esperma y fui a responder.

—Rudi te necesita —dijo una voz.

Experimenté un momento de pánico y sentimiento de culpabilidad. Rudi me necesitaba y yo tenía en la boca el sabor del esperma de otro hombre. Pero ¿de qué era culpable? No de infidelidad, sin duda, pues nos habíamos separado y cada uno había seguido su propio camino. ¿De promiscuidad en general? ¿Por qué transformar en un fantasma amedrentador uno de los grandes placeres de la vida? ¿Tener semen masculino en la boca era tan distinto a tenerla llena de pastel de chocolate?

Lo que me azoraba era que estaba hablando con el Americano Desconocido, y me apesadumbraba que tuviera necesidad de llamarme.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿Dónde estáis? ¿En América?

—Estamos en Spoleto. Ya sabes lo nervioso que Rudi se pone antes de iniciar un nuevo proyecto. Ayer se desmayó y tuve que llevarle al médico. Recibió repentinamente una invitación para venir aquí como suplente.

—¿Qué puedo hacer?

—Necesita una mujer, protección, que le cuiden con

carinho. Yo no puedo prestarle esa clase de dedicación, ni tengo los requisitos físicos. Necesita volver a la matriz. Así se sentirá seguro.

Era la primera vez que pensaba en la penetración vaginal como el regreso de un hombre a la matriz de su madre. No era ilógico y, en aquel caso, quizá necesario. Era un momento importante para Rudi. Su carrera estaba en juego, y su amante me pedía que participara en ella. CANCELÉ mis lecciones y me despedí de mi actor con un beso, pero le pedí que me acompañara la noche del estreno de la obra dirigida por Rudi, para que luego me llevara a casa.

Pronto volvimos a formar un *ménage à trois*, pero esta vez voluntario. Rudi hacía la siesta conmigo y pasaba la noche con el Americano Desconocido, el cual, a veces, venía a buscarle a mi hotel. En ocasiones visitaba a Rudi en su apartamento, y cierta vez incluso le llevé el desayuno a la cama. Una puede acostumbrarse a todo. Durante los ensayos me sentaba entre los músicos y a veces cogía a Rudi de las manos. Le quería como siempre le he querido y le seguiré queriendo. Me estaba acostumbrando a recibir más que a dar en el aspecto emocional. Como decía el mismo Rudi, estaba haciendo cuanto podía. Me hizo un hermoso regalo, un vestido nuevo para la noche del estreno, y el Americano Desconocido me dio uno de sus bocetos. (Estaba haciendo los decorados y el vestuario para otra producción). Mi joven actor vino a buscarme y mi separación de Rudi no fue tan emotiva como otras veces. Los cuatro nos reunimos para una agradable cena de despedida bajo los tilos de una plazuela cerca de la catedral. El olor de las flores de tilo me provoca fiebre del heno, de modo que las lágrimas que vertía quedaban convenientemente disimuladas. Incluso mi actor se marchaba para actuar en una película rodada en exteriores, por lo que también me despedí de él. Se acercaba el día en que podría decirle a un hombre: «Gracias por abandonarme. Sola voy a estar mucho mejor».

Mis hijas se habían convertido en dos jovencitas guapísimas. Habían pasado la primera parte de las vacaciones familiares con su padre, dejándome así libertad de

movimiento. Cuando ellas estaban conmigo, seguía avergonzándome de tener amantes ocasionales en casa. Vanessa y yo habíamos llegado a un acuerdo tácito. A veces venían invitados y se quedaban a pasar la noche, pero lo hacían en la habitación de los invitados, un cuarto minúsculo que daba a la terraza superior, con una escalera crujiente que dificultaba en gran manera mantener el secreto de un amante clandestino. Sin embargo, así se mantenían unas apariencias que ambas considerábamos necesarias.

Fiona se mostraba muy enamorada del joven, al que yo aún no conocía. Quería traerlo a casa y presentármelo, pero él tenía demasiado trabajo y no podía visitarme. Parecían dispuestos a comprometerse oficialmente, por lo que convinimos que Navidad sería un buen momento para formalizar su relación. Pasaríamos la festividad en casa de Robert y la habitual Navidad ampliada incluiría ahora a los futuros yernos.

—Dios mío, hacéis que me sienta vieja —les dije—. No me veo convertida en suegra. A veces me siento como una novia infantil.

—No te preocupes, mamá —me prometió Vanessa—. Nunca me casaré. Como mucho viviré en pecado con un hombre, dos caballos y tres perros.

El resto del año transcurrió apaciblemente. Fiona se prometió oficialmente. En Navidad, todos tuvimos un reencuentro feliz. Fiona, el prometido de ésta y Vanessa estaban en el campo con Robert, el cual nos invitó a pasar la Navidad con ellos. Charles y su esposa permanecieron en Roma. Charles había adoptado legalmente al hijo de su mujer, habido de un matrimonio anterior.

—¿Crees que los italianos están comiendo espaguetis y carne de ternera? —preguntó Vanessa el día de Navidad, cuando trajeron el pavo asado.

Sonreí afectuosamente a mi exmarido. Es agradable que un exmarido te muestre aprecio el día de Navidad.

—¿Trincho el pavo? —pregunté mientras me dirigía al aparador—. Soy mucho más económica que tú, Robert. Así podremos comer la mitad del ave fría el día de san Esteban.

—No, querida, creo que debería trincharlo tu futuro yerno. Cede el paso a la generación más joven.

De esa manera suave Robert me estaba poniendo en mi lugar. Ahora debía madurar y ser una suegra. El prometido de Fiona sonrió.

—En los tiempos antiguos tenías que partir a toda prisa y conseguir un vellocino de oro —dijo el muchacho—. Vosotros me dejáis salir del paso cómodamente, con un pavo. — Entonces se volvió a Fiona, que, a sus veintidós años, todavía aparentaba diecisiete—. Te daré la espoleta de la pechuga^[2], nena, pero no desees demasiados hijos o demasiado dinero... porque no los conseguirás.

Ahora me tocó a mí sonreír. Mis maridos siempre me habían llamado «nena». Ahora el prometido de Fiona reanudaba la tradición y parecía tener un buen sentido del humor. ¿Qué más se puede pedir de un yerno?

Una temporada de sexo

Egipto y Roma, 1963

Mi hija Vanessa vivía ahora conmigo y teníamos la habitual rivalidad y competencia entre madre e hija. Todavía anhelaba que sentara la cabeza con un simpático millonario de cabello gris. Era bonita y popular, y actuaba por su cuenta. Salía por la noche y regresaba muy tarde, los fines de semana desaparecía y organizaba sus vacaciones. Rudi amenazaba con regresar a Roma, por lo que me pareció una buena idea ausentarme esta vez. Temía volver a caer en sus garras y que las viejas heridas se abrieran de nuevo. Hubo una brecha entre mis compromisos con el cine y recibí una carta de Max, que estaba en El Cairo, como asesor del gobierno egipcio para su producción de un espectáculo de *Son et Lamiere*:

«Querida hermana: Te envió un beso desde este país, que es una bendición. La Esfinge guiña un ojo desde su cielo iluminado y se pregunta por qué no estás en Egipto...».

Desde el éxito de su Máquina del Sueño se había convertido en un experto en luz y sonido. No necesité una segunda invitación e hice de inmediato mis maletas rojas. Salí de Roma un cálido día de julio y en Nápoles embarqué en un carguero turco con destino a Egipto. Me alojé por debajo de la línea de flotación, en un camarote de tercera clase para ocho personas, con un matrimonio de misioneros baptistas norteamericanos y sus seis hijos, dos de los cuales compartían una litera. Los pasillos estaban llenos de pasajeros de cubierta que viajaban de un puerto a otro y se pasaban el día y la noche acucillados sobre sus fardos.

Excepto cuando tocábamos puerto, la tripulación presentaba diversas etapas de desnudez, los camareros servían en camiseta y los mozos en pijama. Había ancianas musulmanas vestidas de negro que oraban continuamente en los lavabos, de manera que, entre una cosa y otra, resultaba difícil comer, dormir y lavarse con alguna comodidad, y además el calor era terrible. Acabé durmiendo en la cubierta, pero durante toda la noche me molestaban ciertos pasajeros solitarios, y a las cinco de la madrugada me despertaba la tripulación que fregaba las cubiertas.

Max fue a mi encuentro en Alejandría. Me sentí revivir al verle.

—¡Qué magnífico es Egipto! —exclamé una vez en el tren que enlazaba Alejandría con El Cairo—. Había esperado encontrar una especie de austeridad militar, pero la atmósfera reflejada por Lawrence Durrell todavía existe.

—El lujo se extingue lentamente —replicó Max—. Se desvanece poco a poco hasta desaparecer por completo. Sólo en el caso del viejo Hotel

Shepherd's

se volatilizó como humo. Pueden construir todos los hoteles Hilton que quieran, pero nunca serán lo mismo.

Max había sacado billetes de primera clase y me llevó al vagón restaurante, con sillones cubiertos de calicó y paneles de caoba. Nos acomodaron en una especie de sálita con una mesa y cuatro sillas, dos de las cuales estaban ocupadas por una pareja de árabes recién casados que regresaban de su luna de miel en Alejandría. Requerí muy poco tiempo para obtener esta información y recibir la invitación de visitarles en su casa de El Cairo.

—Me encantaría ir a verles —les dije—. Llámenme a mi hotel. Max, cariño, díles dónde me alojo.

Max me había reservado habitación en un hotel pequeño y moderno, mejor del que habría elegido yo misma, pero de todos modos el encargado europeo me aconsejó que colgara una toalla sobre la cerradura del baño, porque a los clientes y al personal árabe les encantaba fisgar.

Aunque había ido a Egipto para ver el espectáculo

luminoso *Son et Lumière*, en mi habitación de hotel no había *lumière*. Llamaron a un brioso electricista chipriota para que arreglara la lámpara de la mesilla de noche. Max acababa de dejarme después de cenar, en mi primera noche en El Cairo. Le dije que deseaba acostarme temprano, y así lo hice. El apuesto electricista y yo tuvimos un cortocircuito inmediato, y hubo chispas y explosiones repentinas. Por primera vez en mi vida un hombre me hacía el amor seis veces en rápida sucesión, todas ellas en el espacio de unas tres horas. Luego terminó su servicio, pero reapareció a la mañana siguiente para comprobar el estado de mis fusibles. No era de extrañar que estuviera fatigada cuando, a mediodía, llegué al Hotel Mena House para almorzar con Max.

El Hotel Mena House es una reliquia de la época británica en Egipto, y está al lado de la Gran Pirámide. Como muchos establecimientos similares del extenso *Raj* británico, tiene fundas de cretona heredadas y una cocina indiferente. Max estaba dentro, sentado en un sillón cubierto con una funda de cretona floreada, bajo un ventilador. El aire acondicionado aún no había llegado al Mena House, pero era evidente que Max se había tomado varios Tom Collins largos para mantenerse fresco.

Al verle me sentí mejor, como me ocurre siempre. Max me proporciona un gran *praana*.

—Estás resplandeciente —me dijo—. Incandescente en sumo grado, a pesar del calor. Dudaba sobre si debía invitarte a venir a Egipto en julio, pero parece que lo encajas bien.

—Siempre he dicho que los países cálidos deben visitarse cuando hace calor y los fríos en la temporada fría, Max. Así ves cómo son realmente. Un día iré a Rusia, pero será en invierno.

—Bien, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Comer primero o entrar en la Gran Pirámide?

—Entremos en la Gran Pirámide.

Le tiré del brazo para levantarlo del mullido sillón en el que estaba sentado y le precedí al jardín. Pasamos ante un parterre de rígidos y rojos lirios canáceos y, tras dejar atrás una extensión de césped inglés, salimos a las cálidas arenas

del Sahara.

Aunque no era la temporada turística, pues en julio hacía demasiado calor, un grupito esperaba ante la pirámide y nos reunimos con ellos. La Esfinge se alzaba más allá y era más pequeña de lo que había imaginado, pero la Gran Pirámide era mayor de lo que siempre había imaginado y a lo lejos se veían las otras pirámides más pequeñas. En las fotografías siempre había visto la Gran Pirámide sola, la Esfinge sonriéndole desde cierta distancia, con algunos camellos alrededor. Allí estaban los camellos, en efecto, y sus dueños que esperaban para vender postales o recibir una propina de los turistas que querían fotografiarse con ellos. También había algunos caballos árabes, polvorientos pero esbeltos, en alquiler, y tenía lugar un considerable y ruidoso regateo. Pero al entrar en el estrecho pasillo de losas que conducía al corazón de la pirámide se hizo el silencio. La oscuridad también era muy intensa. Nos agachamos y subimos en fila india por una rampa oscura. El ambiente era de quietud extraordinaria, primigenia. Cuando llegamos al centro de la Gran Pirámide, donde estaba la tumba de los reyes, el silencio y la quietud eran aterradores, como un gran peso que nos abrumara. Allí dentro no estábamos solos, sino con un guía y otros turistas, pero el profundo silencio también los había silenciado temporalmente, como si el habla estuviera prohibida o aún no hubiera sido inventada.

—No puedo soportarlo, Max —le susurré, aferrándome a su brazo—. Va a suceder algo y nos quedaremos atrapados aquí para siempre. Hay un punto de no retorno y jamás volveremos a ver la luz.

Había una extraña resonancia en la cripta y, en contraste con el calor externo, la atmósfera tenía una frialdad pétrea.

—No te preocupes —me consoló Max—. Cuando construyeron las pirámides dejaron respiraderos a fin de que las almas de los muertos pudieran escapar. Incluso es posible que haya otra salida.

—Pero no quieren que salgamos. Un sitio así está hecho con el propósito de mantener a la gente dentro. Notas cómo te oprime. No es una catedral que se eleva o un palacio

espectacular destinado a ser exhibido, sino la forma más primitiva, simple y pesada del mundo. Está aquí eternamente sólo para oprimir y contener. Nunca nos dejará salir.

Tener miedo era tan impropio de mí, famosa como soy por aventurarme allá donde los ángeles temen pasar, que la siniestra magia de la Gran Pirámide también empezó a abrumar a Max. Comprendí a la perfección cómo personas que han intentado descubrir su secreto han salido predicando el fin del mundo. En el centro de aquella matriz fría el tiempo está parado y tanto el principio como el fin del mundo parecen igualmente cercanos. Max le explicó al guía que me sentía mal, me cogió de la mano y me condujo por la rampa mal iluminada al mundo exterior.

Permanecemos en la entrada, parpadeantes, cegados temporalmente por el sol. Cuando nuestros ojos volvieron a adaptarse a la luz, un guapo árabe enfundado en una especie de camisa de dormir apareció ante nosotros sujetando un par de caballos por las bridas. Como siento debilidad tanto por los hombres guapos como por los caballos, me recuperé de mi claustrofobia cósmica antes de tener tiempo de decir «hijo del jeque». Un instante después Max había alquilado los caballos para dar un paseo de media hora alrededor de la Esfinge.

—¡Max, cariño, qué generoso eres! —exclamé, y le besé en una oreja antes de montar mi caballo.

No estaba del todo claro si era un beso de agradecimiento o de despedida. Sabía muy bien que Max era alérgico a todos los animales y que no tenía intención de acompañarme. Pero el guapo guía, creyendo que Max montaría el segundo caballo, se alzó el camisón y subió de un salto a la silla de montar, apretado contra mi espalda. Me satisfizo ver que el árabe llevaba una especie de pantalones holgados bajo el camisón, lo cual era más de lo que se podía decir de mí. Calzaba sandalias, tenía las piernas desnudas y la falda se me subió lo suficiente para revelar que no me había puesto bragas a causa del calor. En esa postura seductora galopamos bajo el sol del mediodía, nuestros cuerpos literalmente pegados, dejando a Max al cuidado del segundo caballo.

—¡Perros furiosos y mujeres inglesas! —gritó mi querido

amigo mientras me alejaba.

Cuando regresé del paseo a caballo, Max me esperaba en el Hotel Mena House. Mi falda estaba un poco arrugada, y no había sido culpa del caballo. Mi guía árabe estaba en posesión de un proyectil dirigido secreto, que me reveló cuando avanzábamos al galope. Aquellos pantalones árabes no tenían bragueta con botones, sino una abertura oculta por un pliegue. Cuando me incliné sobre las crines del caballo, apareció un pene purpúreo, erecto por el estímulo de la situación, que se abrió paso bajo mi falda y entre las dos mitades de mi trasero en pompa. Me incliné un poco más mientras refrenábamos al caballo y la verga penetró fácilmente. Había quitado los pies de los estribos para inclinarme, y mi caballero deslizó los suyos en ellos a fin de sujetarse bien. Sus manos me aferraron los pechos, atrayéndome hacia él, y me apretó los pezones con una rudeza incómoda. No fue el polvo más conveniente de mi vida, pero sí uno de los más espontáneos.

—¡Max, cariño, casi había olvidado lo divinos que son los árabes! Tan rápidos en desenfundar, tan poco azorados por el sexo... ¡No hay una ética puritana que se interponga en su camino!

—¿Y qué me dices de los chicos romanos? ¿No te ofrecen más? ¿Amor en vez de lujuria, por ejemplo?

—¿Qué te ha ocurrido, Max? —protesté—. Hablas como un heterosexual. Los gays nos habéis enseñado las delicias de la libertad sexual. El amor no siempre está presente... y cuando lo está, trae angustia consigo. No he tenido mucho éxito en el matrimonio y con las relaciones comprometidas. ¡Ahora voy a disfrutar de una temporada de sexo!

Mi firme decisión me alborozaba. Iba a tomarme unas vacaciones del estrés emocional, iba a olvidarme de Rudi, Charles e incluso de mis hijas durante un par de semanas. Entonces regresaría, reanudaría mi vida auténtica e intentaría mejorarla.

—¡Gracias a Dios que nos ha dado a Alexander Fleming! —comentó Max cuando nos dirigíamos al comedor—. No quisiera tener una hermana sifilítica. En serio, debes tener

más cuidado.

Esta observación me hizo reflexionar un momento, pero la penicilina había disipado gran parte del temor a joder sin precauciones, y en 1963 el sida aún estaba muy lejos. Había decidido gozar de un verano hedonista, y el inicio había sido bueno.

—¡Una temporada de sexo! —repetí cuando estábamos en el comedor tan británico del Hotel Mena House, que no parecía el terreno más propicio para emprender una agitada vida sexual, pero incluso los británicos se estaban dejando llevar por la nueva era de la permisividad sexual.

En Inglaterra acababa de estallar el escándalo Profumo. Aunque el aborto aún era ilegal en 1963, ya existían clínicas para el control de la natalidad en todo el país. Éstas seguían siendo ilegales en Estados Unidos, pero allí Betty Friedan alentaba a las mujeres americanas para que tomaran las riendas de su vida personal. Había nacido el feminismo. Estábamos en los años sesenta, una época sin inhibiciones, y el sexo se respiraba con el aire.

Aquella noche Max me llevó al espectáculo de *Son et Lumière*, que fue una experiencia notable.

—Llevo aquí dos mil años —dijo la Esfinge en tres idiomas, cuando las luces se encendieron lentamente.

Habló con una profunda voz masculina. Siempre había creído que la Esfinge era femenina, a juzgar por sus senos, pero era evidente que los egipcios pensaban de otro modo. Pronto iba a descubrir que pensaban de un modo distinto acerca de muchas cosas.

La noche era de un azul oscuro, y podía sentir más que ver el desierto que se extendía a mis espaldas. Poco después iluminaron también las pirámides. Ver surgir las pirámides como hongos en medio de la noche es una de las experiencias más pasmosas que pueda imaginarse, la Gran Pirámide descollante entre las demás, dominando la atmósfera nocturna con su quietud, una quietud más profunda y silenciosa que la misma noche.

Al día siguiente decidí ir a Luxor. El tiempo y el dinero eran los únicos factores limitadores de mi peregrinaje

hedonístico. Siempre podía regresar a El Cairo.

Una buena manera de ahorrar dinero es viajar de noche, a fin de eliminar los gastos de hotel. Puedes hacer turismo durante todo el día y luego regresar en tren por la noche. Tal era mi idea de una cura de descanso. Viajar nunca me fatiga.

Max se despidió de mí en la estación de El Cairo, donde abordé el tren nocturno. Viajé en un compartimiento de segunda clase, encajada entre un severo soldado sudanés de uniforme y un padre obeso con su hijo, ambos vestidos con camiones. En el otro lado se sentaban dos jóvenes rubios, pelados al rape, con pantalones de color caqui y en mangas de camisa. Me pregunté ociosamente qué hombro debería elegir para apoyarme en él cuando me durmiera y descarté el del soldado sudanés, pues éste seguiría viaje hacia el Sudán, pero los dos jóvenes, sin duda estudiantes de arquitectura, se quedarían unos días en Luxor y tendrían una habitación de hotel. Podría lavarme en el Nilo, pero el calor sería excesivo para hacer la siesta al aire libre.

—¿Quieres decir que te metiste en ese lento río de aguas marrones infestado de cocodrilos? —me preguntó el incrédulo Max cuando regresé.

—Claro que sí. Por debajo de la presa de Assuán no hay cocodrilos. Me bañé tan ricamente en ropa interior. Más tarde me dijeron que podía contraer una enfermedad llamada bilharziasis, pero como no sé de qué se trata, no me enteraré de si la he cogido, ¿verdad?

—¡Cielo santo! ¿Cómo puedes ser tan irresponsable a los cuarenta y seis años?

—Nunca pienso en mi edad. La preocupación sólo agrava los problemas y los acelera.

—¿Y a ese par de estudiantes tampoco les preocupó tu edad?

—¿Qué motivo tendrían para ello si a mí no me preocupa?

—¿Entonces con cuál te quedaste para hacer la siesta?

—Los dos compartían una habitación y eran tan hospitalarios que habría sido una grosería elegir entre ellos. Descansé un poco con uno después de ver el Valle de los

Reyes y un poco más con el otro tras visitar el templo de Karnak.

Luego deambulamos cogidos de las manos por el valle de rocas areniscas donde los romanos levantaron Tebas sobre la antigua ciudad de los faraones, una Tebas que no resistió el paso del tiempo y acabó reducida a polvo del desierto. Pero los frescos en las tumbas de los reyes egipcios se encuentran todavía en un estado notable de conservación. Las figuras de perfil con sus ojos frontales siguen mirándote con una claridad perfecta mientras desfilan alrededor de las paredes, portadoras de ofrendas de hace dos mil años. Tuvimos que agachar la cabeza al entrar en aquellos sepulcros decorados, abiertos en los riscos rojizos, y luego erguirnos bajo techos negros con estrellas blancas, escenas místicas e inscripciones. Nuestras miradas abarcaron las terrazas del palacio de tres plantas perteneciente a la reina Hatsepsut, construido con rocas rosadas, y el valle del Nilo a la luz del crepúsculo en el desierto. Habíamos transformado en un romance una situación romántica, y era muchísimo mejor que si nos hubiéramos limitado a la impersonalidad y la fatiga del turista convencional.

—¿Cuál te gustó más? —me preguntó Max.

—El templo de Karnak —repliqué, interpretando deliberadamente mal su pregunta—. En ningún otro lugar del mundo puedes tener esa sensación de sumirte bajo el cielo anaranjado del ocaso en un bosque de columnas de color bermejo con flores de loto en los capiteles.

Desde allí fui con los estudiantes al Hotel de Famille, con sus grandes ventiladores y sus mosquiteras blancas en las habitaciones. Al fin y al cabo, sólo estaba apreciando todo lo que el momento y el lugar me ofrecían, y así me quedé allí dos noches, sin pagar nada, apretada entre los dos jóvenes.

Al regresar a El Cairo, fui a visitar a la pareja de recién casados a la que conocí en el tren de Alejandría. Tenían un piso flamante en un edificio nuevo. El salón estaba atestado de muebles que imitaban el estilo Luis XV, sillas, sofás, taburetes, confidentes, aparadores con puertas de vidrio y algunas mesas, todo ello con dorados de intenso brillo.

Me ofrecieron una taza de café, pastelillos y al hermano del novio. Lo acepté todo cortésmente. Habría sido una grosería rehusar.

El novio me llevó a un restaurante con jardín que daba al Nilo, y una vez allí me puso al cuello unos collares de jazmines. Luego fuimos a un espectáculo musical al aire libre, consistente en música y danzas árabes y un número cómico con una mujer enorme en traje de noche y un hombrecillo con una chaqueta cruzada a rayas. Allí nos encontramos con cuatro amigos del hermano del novio, y los cinco hombres me llevaron a beber algo. Por lo menos eso fue lo que creí. «El número garantiza seguridad», me dije a mí misma.

Me sorprendí bastante cuando me llevaron a un poco atractivo edificio de pisos en una calleja, pero supuse que debía de ser la vivienda de alguno de ellos. Era un sórdido apartamento con pequeñas habitaciones que contenían camas de matrimonio. Apareció una mujer obesa, seguida de una sirvienta con toallitas. Los cinco hombres me escoltaron a una de las habitaciones. Cuatro de ellos se sentaron imperturbables a los pies de la cama. No siempre eran los mismos cuatro, pero al cabo de cierto tiempo no pude distinguir a unos de otros. Cuando no estaban ocupados parecían discutir de negocios. Yo era su ocupación.

Me encogí de hombros, no avergonzada, sino con una especie de resignación, mientras se lo contaba a Max al día siguiente.

—Supongo que tenía que ocurrir alguna vez —me limité a comentar—. Si te comportas como una puta, alguien acabará tratándote como tal.

—Lo sé —me consoló Max—. ¡Habría sido una grosería rehusar! —añadió, citando maliciosamente una de mis expresiones favoritas.

A pesar de esta desdichada experiencia, no estaba dispuesta a abandonar todo contacto con el sexo masculino. Una de mis características es la elasticidad.

—He dejado a los egipcios —le dije a Max—, pero ahora me relaciono con un gigante japonés. Estoy completamente a salvo. No hace más que reverencias y me habla susurrando.

Su principal interés en la vida son los géneros de algodón... y hacer fotografías de todo lo que tiene delante con sus tres cámaras, una para blanco y negro, otra para color y un tomavistas. Nunca va a ninguna parte sin las tres.

—¿Cómo diablos le has conocido?

—Delante del tesoro de Tutankamón. Intentaban detenerle en el museo.

—¿Por qué? ¿Quería largarse con la efigie de oro? Se necesita ser un gigante para eso.

—No, tan sólo quería hacer fotos, como de costumbre, pero con su altura, los ojos rasgados y la piel amarilla, las tres cámaras colgadas del cuello y un fotómetro, parecía un hombre del espacio a punto de hacer volar aquel sitio. Como apenas sabe alguna palabra de cualquier idioma conocido, no podía explicar sus intenciones a los guardianes del museo.

—¿Y entonces interviniste hablando el japonés con fluidez y le salvaste la vida?

—Bueno, no exactamente. En aquel momento sólo recordé *sayonara* y *sukiyaki*, y ninguna de las dos palabras parecía muy apropiada, pero ahora sé cómo tratar con los egipcios.

—Estoy seguro de ello... ¡sobre todo en grupos de cinco!

—¡No me lo recuerdes! Ya te he dicho que he prescindido de ellos, aunque admito que a regañadientes. Como les dije cierta vez a mis hijas, siempre debes probar el *vin dupays*. Un país es su gente, y donde conoces mejor a la gente es en la cama. ¡Pero cinco a la vez equivale a un atracón! ¡Ya he tenido suficiente!

Pero volviendo al gigante japonés, hizo una reverencia doblándose por la cintura y me susurró:

—Mi nombre verdadero es muy difícil. Llámeme A-san.

—No puedo —protesté—. Suena a detergente para el baño. Le llamaré simplemente A de algodón.

El algodón era la materia prima de su actividad, y había ido a El Cairo para cerrar un trato importante con los egipcios, quienes le vendían el algodón para confeccionar kimonos. Era un grandullón, pero por lo demás un hombre simpático e inocuo, y le acepté muy gustosa como

acompañante. Era amable, cortés y nunca me ponía la mano encima.

—Susurros en vez de besos —comentó Max.

Visité con

A-san

todos los lugares turísticos de El Cairo y él me fotografió ante mezquitas, museos y minaretes. Me di cuenta de que todo Hiroshima se hastiaría aquel invierno contemplando fotos en blanco y negro y color en las que yo aparecería sin excepción, así como muchos metros de silenciosa película. También se harían una idea embrollada de la vida occidental cuando vieran a una dama inglesa lavándose pies y manos en la fuente para abluciones de la mezquita principal, junto con los fieles, para caminar luego descalza por los fríos suelos de mármol para admirar los techos afiligranados y salir finalmente a la terraza desde la que se divisaba toda la ciudad, las pirámides y el pedregoso desierto más allá. A todas partes nos seguían importunos que trataban de vender escarabajos falsos y collares que imitaban a los de las momias, pero los dejamos atrás al internarnos en las partes más pobres y con menos turistas de la ciudad, calles rebosantes de gente que transportaba fardos y cestos. Un hombre enfundado en un camisón pasó con una silla de estilo Luis XV sobre su cabeza enturbantada.

—Vaya, eso sí que es una contradicción —comenté—. En otro tiempo una familia árabe sólo necesitaba una estera de paja, una gran tetera y una bandeja metálica para instalar una casa. No creo que ese caballero del camisón entone mucho sentado en una silla de estilo Luis XV.

Estaban mucho más en su ambiente sentados en las aceras, fumando sus narguiles. A-san me hizo una foto en la que aparecía intentando fumar con ellos. Sin duda esa imagen causaría una mayor confusión étnica en Hiroshima.

Finalizadas las visitas turísticas,

A-san

me llevó a cenar a los jardines de palacio del exrey Faruk, donde había un restaurante al aire libre alrededor de su piscina privada, un *Temple*

d'amour

con ranas que croaban en las fuentes, árboles iluminados con bombillas de colorines y un árbol enorme, de esos que tienen ramas rastreras que llegan al suelo, donde arraigan y se convierten en muchos troncos alrededor del central.

Cenamos muy bien alrededor de la piscina, observados por una familia de gatos que acudieron para compartir la comida. Luego salió la luna y una bailarina oriental con velos de gasa verde y lentejuelas, contorsionó el vientre rodeando la piscina. Todo era muy romántico, y cuando regresábamos al hotel en taxi

A-san

me hizo proposiciones.

Su abordaje había sido tan poco sexual que me cogió desprevenida. Lo cierto era que seguía siéndolo. Se trataba de una propuesta muy formal. Me daría un año para que lo pensara. El gigante se marchaba al día siguiente.

—Es un gran honor para mí,

A-san,

pero no creo que pueda dejar a mis hijas y mis maridos —repliqué, acariciando mis tres alianzas matrimoniales.

—¿Está casada?

—Bueno, no se me había ocurrido decírselo —repliqué con recato. La manera más amable de rechazar a un hombre es aducir un compromiso anterior, y si son tres compromisos, mucho mejor.

No creo que

A-san

estuviera realmente muy decepcionado. Se llevaba consigo un montón de fotos para demostrar que había conseguido a una mujer occidental. Al día siguiente le acompañé al aeropuerto para compensarle por mi negativa. Me hizo varias fotos más mientras le despedía agitando la mano. Parecíamos un Pinkerton racialmente invertido y su Madame Butterfly europea. La experiencia hizo que me sintiera purificada de alguna manera.

—¿Te das cuenta? —le dije a Max—. No todos los hombres son unos brutos.

Mi visita a El Cairo llegaba a su fin y estaba entristecida ante la perspectiva de dejar a Max. Siempre me ocurre lo mismo. Le prometí que intentaría ir a Tánger para verle.

Fuimos a la ciudad vieja para comer juntos por última vez en El Cairo. Empezamos con *pilaff* de riñones seguido de *kebab* con tres clases de carne extraída del espetón y servida sobre un lecho de perejil. Había muchos platitos con verduras poco conocidas y ensaladas con ingredientes como sésamo molido y berenjena con nata. Disfrutamos plenamente de los manjares exóticos y recordé la primera comida sencilla que tomamos en Marrakech.

—¿Cuál es la mejor comida que has tomado jamás? —me preguntó Max.

—La cocina depende del clima. La mejor comida es siempre la más adecuada a la temporada y el lugar.

—Entonces te haré otra pregunta. ¿Qué persona o lugar te gustaría más ver de nuevo?

—La gente es como los lugares —repliqué evasivamente—. Todos tienen sus ventajas y sus desventajas.

—Pero debes de tener algunas preferencias —insistió Max, que quería llevarme a un terreno más personal—. Después de tus vagabundeos por el Mediterráneo, ¿qué nación produce los mejores amantes?

Por fin iba a salirse con la suya, porque no me resistiría a contestarle a esa pregunta. Max quería que revelara lo que ahora deseaba realmente de la vida, qué, dónde y quién. Permanecí un rato pensativa y sonriente, con una secreta sonrisa a lo Monalisa, reflejo de mis recuerdos.

—Un amante —empecé a decir—. ¿Qué es un amante? Es una de las palabras más desgastadas y mal definidas del idioma, usada a menudo para definir una relación en la que no hay ningún amante auténtico.

—De acuerdo. Tomémosla en su acepción más habitual y degradada: alguien con quien te acuestas.

—Vamos a ver... Los italianos son los que se esfuerzan más y probablemente los que consiguen menos. Físicamente, son los más guapos y elegantes, y por lo mismo de un narcisismo insoportable. Quieren que les admiren, no que les

amen. El sexo es un juego para ellos, el objeto a ganar o perder, de modo que puedan jactarse de sus conquistas. Su propia palabra *gallismo* los describe a la perfección... tienen complejo de gallo.

—¿Y los griegos? ¿También hay una palabra que los defina?

—Los griegos y los portugueses suelen ser bastante feos, con las piernas cortas y bigote, por lo que no pierden el tiempo en el sastre o mirándose al espejo. Se concentran en la acción más que en el aspecto, y eso hace que sean los europeos más viriles.

—¿Y qué me dices de los franceses? Creen que han inventado

l'amour

—Los franceses creen que han inventado prácticamente todo y por eso son tan presumidos. Son calculadores y tienen demasiado cerebro para entregarse a un romance verdadero. Son más cerebrales que sexuales. Para ellos

l'amour

es un estado mental más que un hecho físico.

—¿Y los españoles?

—El orgullo español les impide abandonarse. Se entienden mejor con las putas. Una dama es la inalcanzable Dulcinea de don Quijote... uno permanece ante su ventana, cantándole serenatas, le escribe poemas, suspira tras ella en la calle, pero raras veces la alcanza y si lo hace, se siente un poco azorado.

—¿A quiénes hemos dejado fuera de este recorrido?

—A los árabes y los judíos.

—Hablemos primero de los judíos.

—Son inteligentes, como los franceses, pero parecen separar la sesera de los órganos sexuales y el corazón. No gastan su virilidad cuando crean y controlan cuidadosamente sus impulsos sexuales, lo cual significa que duran en buenas condiciones. A los cuarenta años no están jodidos, como les sucede a la mayor parte de los pueblos mediterráneos.

—Y en último lugar, aunque no sean menos importantes... ¿Qué tal los árabes?

—¡Ah, los árabes! No se conservan bien, pero no hay nadie como ellos. Sus miembros son de primera, tanto por su tamaño como por su actuación... pero es su actitud tanto como su aptitud lo que cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tienen un falso puritanismo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué las mujeres árabes se tapan tanto y están tan protegidas?

—No. ¿Por qué?

—Para protegerlas de su propia raza rija. El impulso sexual es un apetito aceptado, que ha de satisfacerse diariamente como cualquier otro, y las mujeres están para ese fin. Así, si uno se encuentra a solas con una mujer, incluso por poco tiempo, es del todo normal que intente engullirla, y si quiere variar su dieta con cabras, jóvenes o niños... no hay nada que objetar.

—¿De modo que para ti los árabes son los mejores?

—¡Sí, aunque los prefiero de uno en uno! Y a ser posible en un ambiente romántico. La mayoría de las mujeres prefieren la aventura romántica al sexo, desean el ambiente y las pequeñas atenciones, les gustan los productos secundarios del sexo más que su cruda realidad. Sólo los homosexuales aprecian los puros ingredientes animales. Por eso los países árabes están llenos de viejos pederastas.

—Veo que has meditado bastante sobre todo esto.

—Sí, soy un equipo de investigación formado por una sola mujer, pero estoy llegando al final de mi tema. No tardaré en prescindir de los hombres.

Cuando nos acercamos al muelle, vimos el barco, que destacaba, grande y blanco, en un muelle lleno de amigos de los pasajeros y vendedores ambulantes, cuyos artículos de cuero atados a cordeles subían a bordo los pasajeros inclinados sobre la borda que gastaban así sus últimas libras egipcias. Cuando retiraron las pasarelas, me quedé junto a la borda y transmití a Max mi agradecimiento y mi amor imperecedero en el lenguaje de los signos. Sonó la sirena y los motores empezaron a vibrar mientras nos separábamos del muelle. En el puerto pululaban los remolcadores y

pequeños veleros, cuyas velas triangulares estaban decoradas con letras arábigas.

Como si el ulular de la sirena le hubiera dado pie, una alta y atezada figura masculina apareció a mi lado. El barco era italiano, por lo que el hombre era guapo, elegante y probablemente narcisista. Se inclinó hacia mí y me dijo algo que Max, por supuesto, no pudo oír, pero aún podía verlo... De repente, dejó de agitar la mano y empezó a menear la cabeza y mover un dedo índice.

—¡No! ¡No! —me decía mientras la distancia entre nosotros se acrecentaba.

Debería haberle escuchado, pero ¿quién puede resistirse a un romance a bordo de un barco?

Cuando llegamos a Nápoles desembarqué y fui a tomar el tren de Roma, pero había una huelga de ferrocarriles. Tuve que hacer autoestop con mi maleta roja, mi magullado neceser, la bolsa con los regalos para mis hijas y mi abrigo ligero. Mis brazos eran insuficientes para semejante carga. Tomé un taxi hasta la nueva *autostrada* y me detuve en el arcén. Un elegante Citroën con matrícula francesa paró a mi lado.

—¿Puedo ayudarla en algo, *madame*?

El encantador francés y yo no llegamos juntos a Roma, no vencimos siquiera el primer obstáculo. Apenas habíamos recorrido un kilómetro, cuando su mano ya se había posado en mi rodilla, el Citroën se averió y volví a quedarme con mis maletas en el arcén. El francés tenía que esperar al servicio de reparaciones, pero yo debía apresurarme. Un enorme camión de cinco toneladas, con un conductor de corpulencia a juego con el vehículo, frenó ante nosotros y el camionero se ofreció a llevarme. El francés miró al macizo conductor y luego a mí:

—¿Está segura de que quiere viajar con éste? —me preguntó con nerviosismo.

Miré el rostro sonriente del camionero asomado a la ventanilla. Parecía buena persona, un hombre que sabía

cuántas son cinco, sabía adónde iba, y su destino era Roma.

—*Aiou, bambina!* Decídete de una vez. ¿Vienes o te quedas?

Sin un momento de vacilación le tendí la mano y él tiró de mí para ayudarme a subir a la cabina. El francés alzó mis maletas y me las pasó. Le prometí hacer un alto en el primer taller de reparaciones que viera y enviarle ayuda.

—¿Estás bien, *bambina*? —me preguntó mi salvador mientras reanudaba la marcha. El motor era muy ruidoso y en la cabina todo se movía convulsamente. El viaje en un camión de cinco toneladas no es precisamente cómodo.

—Estoy bien y me llamo Anne. No soy precisamente una *bambina*. Ya tengo cuarenta y seis.

—Eso no es ningún problema, *bambina*. Todas las mujeres son un juego de niños para mí.

—¿Y usted cómo se llama?

—Pietro, más conocido como Pietro Sin Problemas. —Echó atrás su cabezota y se rió—. Eres una gran chica, me gusta tu ánimo. ¿De dónde vienes?

—He recorrido un largo camino, Pietro, pero me dirijo a casa.

Hicimos varios altos en el camino. El camionero me ofreció salchichón y pan casero, que engullí con vino tinto. Tenía esposa y dos o tres hijos, fulanas en todas las ciudades de Italia y un corazón tan grande como su camión de cinco toneladas. Se pasaba la vida en la carretera, transportando cargas pesadas. En la caja del vehículo tenía un colchón que a veces usaba para dormir.

Me enseñó cómo se las ingeniaba para dormir y luego comimos en un área de descanso para vehículos. Cuando terminamos me preguntó:

—¿Echamos una siestecita? Si no te apetece un hombre común y corriente, no voy a ofenderme. Recuerda que soy Pietro Sin Problemas.

—Vengo desde lejos buscando un polvo sin problemas, Pietro. Es posible que seas el hombre indicado.

Subimos a la caja del camión y corroboré lo que siempre había sospechado: cuanto más corpulento es el hombre, tanto

más tierno es cuando hace el amor. Temía aplastarme, y me abrazó con la placentera sencillez de un hombre primitivo al que le gusta realmente cada parte de cada mujer. Nada de introducciones intelectuales ni técnicas exploratorias, sino tan sólo la firmeza del contacto y el aroma afrodisíaco del sudor honesto en pleno mediodía. Succionó todos mis jugos, me inyectó su abundante esperma y finalmente apoyó su cabezota en mi hombro como un oso de peluche gigante.

—¡Ah, Pietro, es muy probable que representes la jodienda libre de problemas! —exclamé.

Y en cierto modo así fue. A lo largo de los veinte años siguientes, aquella amplia sonrisa suya aparecería en los lugares y los momentos más insospechados. Conocí a su esposa y sus hijos, les hice regalos cuando nació el cuarto hijo y me convertí en una de las numerosas mujeres de toda Italia que disfrutaron de la naturaleza risueña de mi camionero, su magnífica sonrisa, sus músculos tremendos y sus rápidas visitas. Nunca se quedaba mucho tiempo, por lo que no se hacía pesado, y nunca daba menos de lo que prometía porque jamás prometía nada. Se limitaba a estar presente, como una verdadera fuerza de la naturaleza. Y entonces desaparecía, con la celeridad de una tormenta pasajera.

Al regresar a casa me encontré con que un psiquiatra siciliano cortejaba a Vanessa por teléfono y que Fiona tenía intención de casarse en la primavera del año siguiente. Sobre la mesa del vestíbulo había un rimero de cartas, y me las llevé al dormitorio para leerlas.

Entre ellas había una nota de Rudi: «He venido a visitaros, a ti y al piano de cola, pero sólo estaba el piano. Toqué un acorde y me marché, pero volveré».

Era mejor que hubiera estado ausente cuando él me visitó, pero ¿qué quería decir con eso de que iba a volver?

Más tarde vino Vanessa y me lo contó. Rudi estaba pasando unas cortas vacaciones con su padre en Austria, pero tenía intención de volver a pasar por Roma antes de volar a América. Le dolía que me hubiera ausentado a pesar de que me había escrito comunicándome su llegada.

—¿Estás segura de que no pretende venir y quedarse para

siempre? —pregunté a Vanessa—. Es capaz de mudarse aquí otra vez.

—No, madre, pero ojalá lo hiciera. Vivir con Rudi es menos fastidioso que con algunos de tus otros amantes. Fiona y yo pensamos que deberías comportarte de acuerdo con tu edad.

—Intentaré hacer lo mejor para vosotras, cariño. Buscaré otro pretendiente fijo, pero no será Rudi. Puede que a vosotras no os fastidie, pero a mí sí.

Mis hijas tenían razón desde su punto de vista. Estaban en la edad soñadora de los príncipes encantadores con los que es posible la felicidad por siempre jamás. Estaban a punto de convertirse en esposas y madres, y ahora yo era la chica soltera. Iba a producirse una nueva y extraña inversión de los papeles. Ellas serían los padres y yo la hija. Se sentían responsables de mí. Tendría que hacer un esfuerzo para vivir de acuerdo con sus expectativas.

Como todas las semanas, fui a comer con Charles y su esposa. Me había hecho amiga de aquella mujer que se refería a Charles como «nuestro» marido cuando estábamos juntas. Aquel día tenían otro invitado, y la comida tuvo un final feliz. El otro invitado era un joven diplomático y me propuso ir a cenar. Parecía un pretendiente socialmente aceptable.

—Creo que el protocolo requiere que invite a los anfitriones de la casa donde nos hemos conocido y esperar uno o dos días antes de invitarte —me dijo cuando me conducía a casa—. ¿Por qué no nos saltamos todo eso y pasamos directamente a la actividad diplomática?

La actividad diplomática fue mejor de lo que esperaba. Aunque era un profesional serio, ardiente monárquico, católico fanático y conservador acérrimo, como joven diplomático podía reírse de sí mismo y de mí. No estaba chapado a la antigua y tenía un magnífico sentido del humor.

—Soy anarquista no violenta y atea hedonista, y veo difícil que lleguemos a entendernos —le dije al principio de nuestra relación.

—No te preocupes. Mi trabajo consiste en defender a la

gente de sí misma. De eso trata la labor diplomática.

—Confío en que no pienses en mí como futura embajadora. No quiero ningún compromiso.

—No te preocupes. Eres demasiado mayor, demasiado frívola y demasiado pobre.

Ambos nos echamos a reír. Solíamos reírnos mucho. Mario era más joven que yo, de una familia milanese de abolengo pero venida a menos, y estaba decidido a casarse con una rica heredera para afianzar su carrera. Entretanto trabajaba en Roma como tercer secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y esperaba que le enviaran *en poste* a algún destino desconocido.

Un día recibí un regalo enviado desde Sicilia. Una lámpara de aceite bastante bonita, transformada para su uso moderno. Era del novio de Vanessa.

—Eso significa que sus intenciones son serias —me explicó Mario—. Cuando haces regalos a la madre, en realidad quieres conseguir a la hija.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ya tengo bastante con un yerno!

—No te preocupes, madre. Ya te he dicho que no tengo intención de casarme —me tranquilizó Vanessa—. Sus intenciones son serias, pero las mías no.

No estaba en absoluto preocupada, pero todo el mundo me decía que no me preocupase. Pasé un otoño feliz, con la excepción de una visita repentina de Rudi, el cual telefoneó desde Austria para comprobar si yo había vuelto a casa y se invitó a sí mismo.

—De acuerdo —le dije—, pero ocuparemos habitaciones separadas y llevaremos vidas independientes.

Ahora Rudi podía dormir en el estudio que hacía las veces de cuarto para invitados y daba a la terraza, lo cual simbolizaría realmente el final de nuestro contacto sexual. No quería poner en peligro mi relación con el tercer secretario y sabía que eso ocurriría si volvía a acostarme con Rudi. Mi vagina era el portal de mis emociones. A quienes la penetraron recientemente no les permití llegar hasta mi corazón, pero Rudi lo alcanzaría enseguida. No iba a dejar que lo intentara.

—Mi examante va a venir de visita —le expliqué a Mario —. Debes protegerme de él.

—Quieres decir que debo protegerte de ti misma.

Puedes confiar plenamente en que un diplomático dará en el clavo.

Rudi regresó de Viena en el Brennero Express. ¿Cuántas veces en el pasado había ido a la Stazione Termini para recibirle? No podría decirlo con exactitud, pero eran docenas... Innumerables mañanas, a primera hora, cuando viajaba en un atestado autobús verde de la ATAC que salía demasiado temprano, y la impaciente espera en el bar de la estación, tomando un *capuccino* y un *cornetto* mientras la voz descarnada a través del altavoz anunciaba retrasos en las salidas y cambios de andén. Y, por último, la cima de la excitación cuando el tren se detenía en el andén y mis ojos buscaban ansiosos sobre las cabezas de los pasajeros que bajaban de los vagones para tener el primer atisbo del rostro principesco de Rudi y sus piernas de campesino. Pero esta vez no iba a repetir la experiencia.

—¿No es hora de que vayas a la estación, mamá?

Vanessa interrumpió mis pensamientos. Estaba desayunando antes de tomar su autobús verde, el D, que la llevaría a la universidad.

—No, he decidido no ir y esperar tranquilamente en casa. El tercer secretario vendrá a desayunar antes de ir a la Farnesina. Quiere conocer a Rudi.

Vanessa enarcó las cejas.

—Ten cuidado, mamá, no vayas a caerte entre dos taburetes. ¿Puedes habértelas con dos admiradores a la vez?

—Mira quién habla. Tú tienes una legión de admiradores.

—Pero tú eres una mujer de mediana edad.

No hay nada como una hija para ponerte en tu sitio. Los dos hombres llegaron simultáneamente, pues habían coincidido en la escalera. Rudi se esforzaba por subir los cinco pisos cargado con las maletas y Mario llegó a su lado y le echó una mano en el último tramo. Besé a Mario primero y luego me arrojé a los brazos de Rudi. Nos abrazamos durante largo rato, pero había dejado establecido el hecho de que

Mario tenía preferencia. Éste llevó el equipaje de Rudi a la habitación de invitados y luego desayunamos. Mario tomó asiento delante de mí y de Rudi, que estaba a mi derecha... el lugar reservado para el huésped de honor, no para el dueño de la casa.

—Ah, esta mañana mi *padroncina* parece una reina —dijo Giulia, mi menuda doncella, cuando llegó a casa y nos encontró todavía a la mesa—. ¡Un conde y un barón para desayunar es una buena manera de empezar el día!

Giulia aprobaba al tercer secretario de la misma manera que había aprobado al Príncipe. Nadie gana a los criados en esnobismo. Por otro lado, Giulia era la única persona entre mis amigos que sabía que el tercer secretario era conde y el padre de Rudi barón.

En muchos aspectos Giulia era mi mejor amiga. Desde luego, la veía más que a nadie y, aunque se mostraba crítica con respecto a mis amantes, su lealtad hacia mí era absoluta. Llevaba diez años conmigo y seguiría otros diez, hasta que se volviera un poco loca y tuviera que retirarse.

—Bueno, tengo que irme a la oficina —dijo Mario—. Confío en que los dos vendréis a comer conmigo en el club del Ministerio.

Rudi aceptó con placer. Yo lo hice un tanto dubitativa.

Dediqué todo aquel día a Rudi, y por la noche cenamos nostálgicamente en el local de Cesaretto, el pequeño restaurante donde nos conocimos, pero la nostalgia terminó en la puerta del dormitorio.

—Habitaciones separadas, Rudi —le dije jovialmente tras darle un beso de despedida. Fui a mi dormitorio y cerré la puerta. Rudi subió al suyo malhumorado.

A la mañana siguiente Vanessa desayunó con nosotros. Había estado hasta muy tarde en George's, el restaurante más caro de Roma, con un joven que quería impresionarla. A diario le llegaban cartas desde Sicilia, y al mismo tiempo también la cortejaba por teléfono un poeta napolitano.

—Hola, vejestorios —nos saludó cuando Rudi y yo

salimos de nuestras habitaciones respectivas.

Rudi y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír. Todavía nos considerábamos como jóvenes amantes con mala suerte. La presencia y la actitud de Vanessa ayudaba a poner las cosas en su justa perspectiva, pero era muy difícil cruzar el Rubicón hasta la orilla de la mediana edad y poner el presente en el pasado.

La noche siguiente hubo también un momento difícil. Rudi y yo nos reunimos con Franca, María y otros viejos amigos para tomar una copa en el Rosati de la Piazza del Popolo. El crepúsculo era cálido y dorado. El alto obelisco de arenisca rosada se alzaba oscuro contra el sol poniente, y las torres gemelas de las iglesias arrojaban sus sombras barrocas sobre la plaza adoquinada. Algunos *hippies* estaban sentados en los escalones de la iglesia, donde vendían bisutería marroquí expuesta en un paño de terciopelo, así como marihuana que ocultaban en sus bolsillos. La invasión *hippy* de Europa estaba en su momento culminante. Muchachos adornados con flores, provistos de pasaportes válidos y dinero de sus padres rodeaban el mundo como una cadena de margaritas. Todavía se les consideraba con tolerancia como una nueva invasión norteamericana, pues las autoridades aún no se habían dado cuenta de que eran una peligrosa quinta columna que traía la cultura de la droga a los jóvenes europeos. En los años sesenta aún llenaban las plazas, no las prisiones. Toma drogas, ponte en la onda, haz el amor y no la guerra... Eran adorables, decorativos y divertidos. Más tarde se convirtieron en una amenaza.

—¿Te gusta vivir en América, Rudi?

—Las calles están pavimentadas con plástico, pero todavía es un país de oportunidades doradas —respondió. Nuestros amigos estaban pendientes de cada una de sus palabras.

Me mantuve al margen, cediéndole todo el protagonismo. El tercer secretario pasaría a recogerme para ir a cenar. Cuando vi que su coche se detenía ante el café, me levanté y dije a Rudi:

—Adiós, cariño. No me esperes levantado. Es posible que esta noche no vuelva a casa.

Me despedí de los demás y salí.

El tercer secretario era un *nouveau pauvre* y vivía en unas habitaciones alquiladas en el Prati, en casa de una anciana viuda. Allí disponía de una gran sala con mobiliario noble. Su casera tenía tres perros de caza que le había dejado en herencia su difunto marido y ladraban cada vez que íbamos al baño. Yo no tenía derecho a pasar allí la noche, pero lo hacía a menudo, a fin de no perturbar el sentido del decoro de Vanessa en casa. A Mario le preocupaba que la viuda pusiera objeciones, pero yo contaba con que a la dama le agradara la aventura romántica e insistí en conocerla. No podía seguir deslizándome de puntillas y en ropa interior alrededor de aquellos viejos perrazos cada vez que quería hacer pipí o usar el bidet.

Flora tomó con amabilidad nuestra relación, puso más toallas en el baño y nos hizo carantoñas como si fuéramos su hijo y su nuera. Rudi no fue tan amable. Cuando regresé por la mañana me echó un rapapolvo.

—¿Cómo te atreves a permitir que tu nuevo amante pase a recogerte cuando estás conmigo?

Le miré asombrada.

—Rudi, ¿has olvidado que tu propio amante solía entrar en mi dormitorio y sacarte de mi cama?

Rudi pareció desconcertado. Los hombres europeos están tan acostumbrados a la doble moral que todavía se sorprenden cuando una mujer actúa como un hombre, afirma su autoridad y reclama sus derechos. Se acepta sin reservas que una mujer tiene los mismos derechos sobre el papel... pero no debe decirlo en voz alta.

—No me gusta que estés con otro hombre.

—Yo podría decirte lo mismo.

—Ya no estoy con otro hombre.

—¿Qué quieres decir, Rudi?

—El Americano Desconocido, como tú le llamabas, se ha ido. Ahora vive en San Francisco.

Ahora me tocaba a mí sorprenderme. Por alguna razón pensé que habría escrito para decirme que abandonaba a Rudi. Habíamos convenido no referirnos jamás a nuestra

breve relación íntima ni comunicarnos de ninguna manera, a fin de no lastimar a Rudi. Ambos habíamos pensado en él primero, y luego en el otro. Pero ahora que todo había terminado por ambas partes, una mínima explicación por escrito habría sido de agradecer.

—Mira, Rudi —le dije con pesar—, eres el hombre adecuado en el momento inoportuno. El momento y la intensidad son lo más importante en una relación. Ya no es para mí el momento de ceder a un amor obsesivo. Quiero divertirme en la cama y tener espacio para respirar emocionalmente.

—¿No considerarías la posibilidad de venir a América?

—Todavía no, Rudi. Mis hijas me necesitan un poco más. Las he abandonado con demasiada frecuencia, y ahora voy a esperar a que sean ellas las que me abandonen. Hasta que se casen seguiré a su lado y me tomaré las cosas con calma.

La verdad es que no me tomaba las cosas con calma, sino todo lo contrario. Mario, el tercer secretario, era una maravilla barbuda y exuberante. Si fuera de la cama era convencional y conservador, entre las sábanas se abandonaba. Su polla estaba ligeramente curvada, pero se curvaba en la dirección correcta, hacia arriba. Aquel ariete duro y rápidamente en condiciones de atacar poseía uno de los ritmos más rápidos que jamás había experimentado, y entraba y salía como un pistón. Entonces se paraba en seco, esperaba unos segundos, y empezaba de nuevo. Este sistema era una tortura deliciosa. Mario era también hablador, ingenioso y divertido mientras hacía el amor, sin largos preludios verbales románticos ni intensos silencios y suspiros. Intercalaba una palabrota aquí y allá con el mismo ritmo de éxito asegurado que tenía su manera de joder.

Todavía me relacionaba con Pietro, mi camionero. Cuando me hastiaban los altos niveles burgueses de la sociedad diplomática, subía al camión de Pietro e íbamos a retozar al campo o nos acurrucábamos agradablemente en la caja del vehículo, sobre el colchón más viajero del mundo. Pietro tenía una cualidad orgánica, robusta, que era como una cura de salud. Era pura relajación más bondad y ternura.

Pietro era la sal de la tierra, verdaderamente el polvo libre de problemas.

—Rudi, eres el único hombre del mundo que puede joderme el corazón —le dije un día—, pero estoy emocionalmente agotada. No puedo seguir así, no puedo seguir jugando al juego del «para siempre y nunca».

—Quizás esta vez podría ser para siempre.

—No, Rudi, tú no estás hecho para el compromiso. Seguiría sufriendo el tormento de los celos, el temor a la separación. Nunca podrías satisfacer mis expectativas, y yo no puedo cambiarlas. Ya lo he intentado lo suficiente. Ahora prefiero tener relaciones de las que no espero nada.

—Eso que dices es terrible. Estás cambiando el amor por la lujuria.

—La lujuria no te hace llorar, Rudi.

Cuando pienso en ello, me pregunto por qué dejé que se marchara. En aquel entonces tenía una fortaleza interior nacida de la libertad de espíritu. Por primera vez en mi vida me sentía capaz de seguir mi camino sola, sin necesidad de un hombre que me sostuviera. Escribí al Americano Desconocido, cuya nueva dirección me había dado Rudi:

«No te sientas culpable. Me hiciste un gran regalo cuando alejaste a Rudi de mí: la independencia. Sólo quería agradecértelo. Seguiré queriéndooos a los dos... pero ya no me hará daño.

Anne».

Mi trabajo me ayudó a superar el abatimiento durante ese período, una tarea que se había diversificado en todos los aspectos. Ahora traducía y adaptaba guiones, enseñaba a los actores y a veces aparecía brevemente en las películas. Volví a escribir el guión de una película que George Segal había rechazado, y a él le gustó tanto que lo aceptó. También actué en esa película, en el papel de la madre de Segal. Se titulaba *La muchacha que no podía decir que no*. ¡No era de extrañar que hiciera un buen trabajo en esa película! Fue una de las primeras de Franco Brusati, el cual desde entonces ha hecho

otras con mucho más éxito.

Siempre que tenía un momento libre, salía de la ciudad con mi diplomático. Vanessa apenas me veía, pero sabía que podía contar conmigo si me necesitaba. Tenía un gran éxito social y yo sospechaba que había perdido la virginidad, aunque no me había hablado de ello. Era interesante que mi hija extrovertida nunca compartiera sus secretos sexuales conmigo. En cambio, la tímida Fiona y yo manteníamos una relación íntima. Con Vanessa había competencia.

—Te recogeré el viernes, después del trabajo. Este fin de semana iremos a Tarquinia y Tuscania.

Mi tercer secretario tenía un Lancia, un coche cómodo para un *nouveau pauvre*, pero ése era su único derroche. Nos alojamos en la clase de hoteles pequeños que yo prefería, nadamos en los estanques de aguas termales de Tarquinia, donde un arroyo de aguas sulfurosas serpentea entre prados con vacas que rumian mientras contemplan a los humanos desnudos que retozan en el agua caliente. Nos sentamos bajo una cascada tibia, solos en aquel paisaje rural, lavándonos y excitándonos mutuamente. Aquel día el sentido del humor de Mario era exuberante. Lo que más me divertía era que hacíamos un alto en cada iglesia antigua, él entraba, se arrodillaba, se santiguaba dos veces y luego me besaba cien veces. Era una experiencia muy católica. Pecado y redención varias veces al día.

—Comamos en los bosques cerca de Tuscania.

Compramos vino tinto, salchichón y *cociotta toscano*, el queso local, así como *pane casareccio*, pan casero, y nos tendimos entre las hojas otoñales, por encima de la población. Tuscania había sido destruida por un terremoto y poco quedaba de ella salvo algunos tramos de muralla romana. Mario provocó en mí uno o dos terremotos y gocé feliz de su sentido del humor.

—Sabes chuparla como nadie fuera de un burdel —me dijo.

—Todos tenemos nuestras especialidades.

Pasamos un fin de semana similar en Capri, visitando las grutas.

—*Aiou, Anne!* Vete a toda leche a la plaza de España. He aparcado cerca de la fuente.

Pietro, mi camionero, también solía visitarme, y la nuestra era una relación no menos perfecta. ¿Por qué? Porque no esperábamos nada el uno del otro. Sus idas y venidas formaban una parte básica de su vida. No tenía que temer las partidas y podía disfrutar de las llegadas.

—Confío en que no esté destruyendo nada entre tú y tu esposa —le dije un día. Él me miró un momento, inexpresivo. Su cerebro no era tan grande como sus bíceps. Entonces una ancha sonrisa iluminó su rostro.

—El matrimonio es indestructible, es un terreno familiar, donde tengo mis raíces. Tú eres como un viaje al extranjero. Luego siempre puedo volver a casa, como si no hubiera ocurrido nada.

Le devolví la sonrisa.

—Eres el hombre menos problemático que conozco, Pietro. Te quiero.

El amor no había desaparecido por completo de mi vida. Era tan sólo una clase distinta de amor.

Llegó el momento en que el tercer secretario fue destinado al extranjero, y bajo ninguna circunstancia iba a acompañarle. Si no había seguido a Rudi, que aún me tenía robado el corazón, no iba a seguir a un diplomático con sentido del humor. El matrimonio no era posible para mí, pero sí para Mario.

—Tengo que añadir una decimoquinta generación a mi árbol genealógico —me explicó—. Y en el Ministerio de Asuntos Exteriores desconfían de los solteros, a los que consideran presa fácil de los espías búlgaros o polacos.

Con bastante discreción, empezó a buscar una esposa adecuada, que mereciera la aprobación de su mamá, la cual era una *nobildonna* milanesa que había sido dama de honor de los últimos reyes de Italia. Vestida de luto, se sentaba en

una diminuta sala de su mansión milanesa, bajo enormes retratos familiares, junto a unas mesitas llenas de fotografías enmarcadas en plata y firmadas por los miembros de la familia real italiana. Una vez estuve allí para tomar unos Martinis preparados con una coctelera de plata. El ambiente de la casa era decimonónico.

Le gusté, pero no como prometida. Una divorciada de cuarenta y seis años podría ser aceptable como querida para su hijo de treinta. Ésa era una práctica europea clásica, pero una novia debía ser una virgen juvenil.

Mi cumpleaños se acercaba y estaba planeando una agradable manera de celebrarlo con Mario cuando éste aceptó una invitación al *ballo de 18 anni* de la hija de unos amigos. Tendría lugar en un castillo de Lombardía, la misma fecha de mi aniversario.

En 1963 todavía era de buen tono que las *famiglie di conoscenza* celebraran la mayoría de edad de una hija con un baile formal. Los años sesenta y la modernidad que los acompañaba no habían llegado a la aristocracia italiana. Una tímida debutante con flores en el cabello y un blanco y vaporoso vestido bailaba el primer vals con su padre. Luego, si había suerte, la orquesta quizá tocaría *I wanna hold your hand*, canción del nuevo grupo inglés llamado los Beatles, pero el baile sería decoroso.

Los ingleses no sólo estaban a punto de revolucionar la música pop, sino que habían convulsionado el mundo diplomático con el escándalo Profumo. No se trataba tanto de que un ministro casado se acostara con una prostituta, sino que simultáneamente lo hacía con una espía rusa llamada «Oso meloso» Ivanov. Evidentemente, era importante que Mario se casara y evitara el escándalo. La Lombardía sería el perfecto mercado matrimonial para encontrar la chica en la que soñaba su madre.

—Debe tener un número adecuado de *pertiche* en los arrozales, debe tener una gran finca rural, una docena de bueyes lombardos y una buena dote en acciones de Montedison —me explicó Mario.

Los milanesas consideraban que la inversión en esa

empresa era la más segura del mundo, sin saber que con el *centro sinistra* italiano las acciones bajarían de 7000 a 150 liras en pocos años.

—Claro que debes ir al baile, cariño —insistí—. Estará lleno de herederas sin compromiso deseosas de convertirse en futuras embajadoras. En cualquier caso, yo haría un mal papel.

Aunque mantuve en secreto la fecha de mi cumpleaños, no pude evitar que Charles diera el soplo. Ahora Mario y Charles asistían a la comida semanal, y la señora de Charles me preguntó qué pensaba hacer. Querían darme una fiesta. Mario insistió en prescindir del baile, pero finalmente encontré la manera de hacerle ir. Le di como regalo navideño un pasaje aéreo para Milán, pero con fecha del 13 de diciembre, la vigilia del baile, y antes de mi cumpleaños.

—De acuerdo, iré —se avino—. Te has tomado demasiadas molestias y has gastado demasiado dinero para que me niegue.

Antes de que se marchara, pasamos una noche de amor que fue especialmente divertida, y luego le ayudé a hacer el equipaje, con esmoquin incluido. Flora, su casera, se dio prisa en lavar y almidonar su camisa de etiqueta. Yo no conocía a ningún otro hombre que siguiera usando camisas almidonadas. Le compré una pajarita nueva y le deseé suerte.

El 14 de diciembre salí con Vanessa para acudir a la fiesta de cumpleaños que me daban Charles y su esposa. Teníamos que llegar pronto para inaugurar el baile. Yo carecía de acompañante masculino. No podía ir con Pietro y Mario estaría seguramente bailando el vals con alguna candidata al matrimonio en el castillo de Lombardía. Nos sentamos y tomamos champán mientras esperábamos al primer invitado.

Sonó el timbre de la puerta y la señora de Charles fue a abrir, aunque tenían doncella. Mi pequeña Giulia también había ido a echar una mano. Oí el grito de sorpresa contenido de la mujer de Charles y Giulia exclamó: «*Padroncina!*».

En el umbral, vestido de esmoquin y camisa almidonada, estaba Mario. Me ofreció un estuche de joyería de terciopelo y sentí una punzada de nostalgia. El último estuche de

terciopelo que me dieron fue el regalo de despedida de Rudi. Naturalmente, seguía llevando su anillo, el símbolo de «para siempre y jamás», junto con los otros dos.

—No podía dejar sola a mi purasangre inglesa el día de su cumpleaños —bromeó Mario—. Ni siquiera por una docena de bueyes de Lombardía.

Abrí el estuche. Contenía dos cabecitas de caballo bellamente modeladas en oro con diminutos ojos de zafiro y rubíes en las fosas nasales. Eran unos pendientes de gran delicadeza.

—Por favor, Mario, ayúdame a ponérmelos —le dije—. Eres hábil en toda clase de inserciones.

La señora de Charles parecía un tanto escandalizada, por lo que la cogí del brazo y la conduje al salón, donde su marido estaba sirviendo champán. La mujer de Charles me gustaba de veras. Por desgracia me gustaba más que a su propio marido. Su matrimonio ya estaba al borde de la ruptura.

Mucho más tarde Mario y yo pasamos por encima de los perros dormidos y entramos en su habitación.

—Mario, ¿qué has hecho con el pasaje de avión? —le pregunté mientras empezaba a desvestirme—. ¿Y qué me dices de tu heredera?

Él se acercó al macizo escritorio de estilo renacimiento proporcionado por la *signora* Flora y, sin decir palabra, me tendió un recibo de mi banco. (Sabía cuál era porque a menudo me había acompañado hasta allí).

—¡Pero es exactamente el importe del pasaje!

—Claro, lo ingresé en tu cuenta. ¿Quién necesita una heredera? Una noche contigo es mejor que toda una vida de matrimonio.

Mi querido Mario finalmente se marchó de Italia sin esposa hacia su nuevo destino diplomático. Todavía nos vemos, aún nos divertimos y, casi veinticinco años después, sigue soltero. Sin embargo, es uno de los embajadores italianos de más éxito y en la actualidad trabaja con ahínco por la unificación de la nueva Europa. A veces me presento en lugares remotos para actuar como su anfitriona, llevando

siempre los famosos pendientes equinos. Como siempre digo, los amantes pueden venir e irse, por lo que debes transformarlos en amigos. La amistad es para siempre.

La orgía de la noche del sábado

París y Grecia, 1964

Hay muchos hitos en la vida de una madre, y uno de los más importantes es la boda de su hija. En el nivel doméstico es sólo una fiesta más, pero el contenido emocional del acontecimiento está muy mezclado.

En 1964 sucedieron muchas cosas importantes. El gobierno laborista ganó las elecciones en Inglaterra y Johnson fue elegido presidente de Estados Unidos y continuó vertiendo ayuda norteamericana en Vietnam. Las primeras manifestaciones estudiantiles tuvieron lugar en Berkeley y hubo disturbios raciales en Harlem. La Inspección General de Sanidad de Estados Unidos anunció que el cáncer de pulmón estaba relacionado con el hábito de fumar y se introdujo la metadona como un antídoto contra la heroína. Rudi Genreich inició la moda de los bañadores *topless* y en un bar de San Francisco empezaron a actuar las bailarinas

go-go

con los senos al aire. También se produjo un terremoto en Alaska... Pero lo que me afectó más fue que mi hija Fiona se casó y mi hija Vanessa empezó a vivir con un hombre. Sólo tenían veintitrés y veinte años respectivamente. ¿Por qué digo «sólo»? Yo hacía lo mismo a su edad.

En 1964 tenía cuarenta y siete años y me sentía como si tuviera veintisiete. Era mi problema habitual. Sin embargo, intenté comportarme como correspondía a mi edad en la boda de Fiona. Me puse un gran sombrero adornado con rosas y Rudi me diseñó un traje color castaño adecuado, que más tarde podría utilizar para las grandes ocasiones. Robert sacó su chaqué de entre las bolas de naftalina (lo utilizó en nuestra boda) y Charles dejó a su esposa provisional en la iglesia, para que entre ella y yo arreglásemos las flores. Yo

tenía que hablar por él y decirle que su matrimonio había terminado. Charles me explicó que cada vez que sacaba el tema a colación ella se ponía histérica y lloraba.

Estábamos todos en Londres para celebrar la boda de Fiona, de modo que pudiera partir hacia la ceremonia desde su propio hogar. Entre un trabajo en una película y otro me quedaba con ella para preparar una boda inglesa tradicional, con flores campestres, invitados domésticos, bocadillos con pepinillo y fresas con nata. Era sencilla pero generosa, con la recepción en una sala noble a orillas del Támesis alquilada para la ocasión.

—¡Está loca! —exclamó Vanessa—. ¿Por qué gastar tanto dinero? ¿Quién desea ver a todos esos parientes? Voy a escaparme y me casaré en secreto cuando sea mi turno. No quiero que nadie esté presente excepto mi marido... y tal vez ni siquiera quiero un marido. ¡Por Dios, Fiona, estamos en los desinhibidos años sesenta!

—No soy una persona sin inhibiciones —replicó mi hija mayor—. Dejo eso para mamá.

En aquellos momentos no era precisamente una mujer desinhibida y alegre. La ruptura matrimonial de Charles me había afectado, y en mi nuevo papel de suegra me sentía una mujer de mediana edad.

Participé en la ceremonia como si fuese otra película. Representaba el papel de madre de la novia, tal como lo hiciera en la película de George Segal, sólo que esta vez era de verdad. Pero me sentía tan artificial como cuando actuaba. ¿Era posible que aquellas jóvenes bellas e inteligentes que avanzaban por el pasillo fuesen las mismas chiquillas que llevaban gorros adornados con margaritas a las que la niñera Bombachos llevó al desfile de Pascua en Hyde Park ayer mismo? Esa muchacha majestuosa con su vestido blanco de seda y su velo flotante no podía ser la misma niña que un día, cuando tenía dos años, se hizo caca encima en Park Avenue y Robert abandonó su ropa en la cuneta y trajo a la pequeña a casa desnuda. ¿Y aquella dama de honor semejante a una *Madonna* y vestida de terciopelo azul era realmente Vanessa, un marimacho cuyos únicos intereses eran los caballos, los

perros y los hámsteres? ¿Por qué el tiempo comprimía los acontecimientos con tanta rapidez?

La feliz pareja se dirigió al aeropuerto en una limusina alquilada, Vanessa se marchó a París, pues seguía un curso especial de un año en la Sorbona, y yo regresé a Roma a fin de declarar en la tramitación del divorcio de Charles. Éste aduciría para conseguirlo que en realidad nunca me había dejado, sino que se había instalado en Roma para estar cerca de mí. No tuve la sensación de cometer perjurio, pues en cierto sentido era verdad.

—¿Debería casarme con Charles de nuevo? —pregunté a mis hijas mientras aguardábamos en hilera la llegada de los invitados.

—Nunca harás algo tan juicioso, mamá —replicó Fiona con una risita, aferrando el brazo de su flamante marido. Era delicioso verla tan feliz.

—Será mejor que esperes a que él te lo pida —replicó Vanessa con más realismo.

Charles no me lo pidió y yo no planteé ese tema. Nuestra relación parecía muy satisfactoria tal como era, con nuestras comidas semanales y nuestra solidaridad ante las crisis domésticas. La mujer de Charles se quedó en Londres y esperó la concesión del divorcio. Charles y yo regresamos a Roma, donde nos veíamos un par de veces por semana, hasta que fui a pasar la Semana Santa a París.

Había conseguido un buen trabajo en una película, pero no empezaría hasta mayo. Entre tanto, deseaba ver a Max y mis hijas. Fiona y su marido podían viajar desde Londres para quedarse con Vanessa, que estaba en París. En cuanto a mí, lo más probable sería que me quedase con Max, quien también estaba de visita en París. No le había visto desde hacía un año y le echaba de menos. Todos deberíamos celebrar una breve reunión familiar para chismorrear acerca de la boda que había cambiado de un modo tan sensible nuestros papeles. Ahora yo era la única «chica» sin compromiso en nuestra familia.

Visité a Vanessa en el ático diminuto en la isla de Saint Louis donde vivía feliz con el siciliano al que conoció el

verano anterior.

—No se lo digas a sus padres si te tropiezas con ellos en Roma —me rogó—. Sería un escándalo terrible para ellos. Debes fingir que estás viviendo aquí en París, con nosotros.

—¿Quieres decir que en los desinhibidos años sesenta son los padres del hombre los que se escandalizan porque vive en pecado?

—Sólo es un niño. Su madre se horrorizaría.

Plus ça change, plus ça devient la meme chose. Siempre, en alguna parte, hay padres que se escandalizan de algo.

Había ido a París en compañía de un nuevo amante. Entre los amantes del mundo cinematográfico, conocí al Holandés Volador. Medía metro ochenta y tres, tenía grandes ojos azules y me persiguió alrededor del sofá en mi sala de Roma hasta cogerme.

—No quiero un amante quince años más joven que yo —protesté jadeante.

—¿Por qué no? —quiso saber mientras me tenía inmovilizada en el sofá rosa. Era una pregunta bastante razonable.

Me pareció que mi larga experiencia me permitiría sostener con un buen conocimiento de causa una discusión sobre el tamaño de los penes, por lo que abordé ese tema.

—¿Te ha afectado de alguna manera en la vida tener la polla tan grande? —le pregunté.

—¿Te ha afectado a ti? —replicó.

—En realidad no. Lo que le importa a una mujer es la dureza y la fuerza del deseo que la mantiene. Pero a un hombre debe importarle... quiero decir al hombre que la tiene grande, claro.

—Nunca he pensado en eso —dijo Gui—. ¿Con la de quién habría de compararla?

El Holandés Volador tenía un nombre francés y también hablaba a la perfección ese idioma.

—Ven a París conmigo y reflexiona allí sobre esa cuestión. Voy a pasar la Semana Santa. Trae contigo tu gran verga.

Así pues, Gui y yo terminamos ocupando un estudio diminuto en la Rue des Sabots, perteneciente a unos amigos

suyos. Parecía providencial que el destino me hubiese enviado a un holandés para vivir con él en la calle de los Zuecos.

Fiona y su marido se alojaban con Vanessa. Ahora que las niñas eran adultas, las vacaciones familiares tendrían un nuevo estilo. Íbamos juntas a los lugares turísticos, y yo me mostraba tan frívola y despreocupada como ellos, pero aun así me encargaba de las responsabilidades onerosas, como la de decidir adonde iríamos y pagar las facturas. Gui ayudaba donde y cuando podía. Era una especie de catalizador, a medio camino entre todos nosotros en edad y experiencia de la vida. Yo tenía cuarenta y seis años, él treinta y uno, y las chicas habían cumplido recientemente los veinte. Todos parecíamos tener muchos intereses en común y yo conocía todos los atajos para llegar hasta ellos.

—Creo que ya está bien de visitas culturales —suspiré al final de una jornada especialmente larga en el Louvre.

Habían admirado con aplicación la sonrisa de la Monalisa, comparado la falta de brazos de la Venus de Milo con las alas de la Victoria de Samotracia y rodeado al Hermafrodita de Canova para ver cómo era realmente.

—Deberían ver el Folies Bergères y el Lido, y asistir a una orgía —sugirió Gui.

—No sé si realmente tengo el deber educativo de proporcionar una orgía a mis hijas, pero estoy de acuerdo con lo demás —repliqué, y puse mis pies fatigados sobre el sofá—. Ve a hacer las reservas, querido.

Gui nos consiguió asientos estratégicos desde los que pudimos admirar a las extraordinarias bailarinas del Folies Bergères cuando bajaban las escaleras con sus lentejuelas y sus plumas de avestruz. En el Lido las vimos mucho más cerca. Podíamos alargar la mano y tocarlas desde nuestra mesa con su cubo de plata que contenía una botella de champán francés.

Cuando nos levantamos para bailar, Gui me susurró al oído que deberíamos dejar a los jóvenes solos y salir nosotros dos a concluir la velada.

—Tienes mucha razón, cariño. Una madre debe saber

cuándo ha de estar presente y cuándo debe desaparecer.

Pagamos la cuenta y nos marchamos. Hacía una espléndida noche de primavera y decidimos regresar a casa paseando por la orilla del Sena y a través del Campo de Marte. Cuando nos dirigíamos desde el Boulevard Saint Germain a la Rue des Sabots, pasamos ante un bar gay. Un hombre que estaba de pie en el umbral le dijo a Gui:

—Lleva a tu madre a casa y luego vuelve.

—¿Por qué no? —respondió Gui alegremente, y le saludó agitando la mano antes de doblar la esquina—. ¡Hasta luego!

Ese pequeño incidente me puso furiosa.

—¿De veras parezco tu madre? —le pregunté mientras nos desvestíamos.

—Claro que sí —bromeó Gui—. Y yo tengo una inequívoca pinta de marica. No puedo salir a la calle sin que algunos hombres intenten ligarme.

—Pues mira, en eso coincidimos —le dije de malhumor—. No he perdido mi gancho, aunque sea una suegra de mediana edad.

—¿Quieres ver cuál de los dos tiene más atractivo sexual? —siguió bromeando Gui—. Te hago una apuesta a que puedo salir y traer un hombre aquí antes que tú.

—¡Te apuesto diez mil francos a que no te atreves! —le incité a propósito.

Eso formaba parte de mi juego sexual. Gui empezó a vestirse. Ya me había puesto mi provocativa camisa de dormir, pero cogí mi abrigo de piel que había dejado sobre una silla. Nos miramos un momento, desafiantes. Luego salió de casa.

No esperaba que lo hiciera. Era divertido, pero me atemorizaba un poco. No soporto que me ganen sin más, por lo que me puse el abrigo de piel y seguí a mi amante a la calle, con la camisa de dormir y unas chinelas rellenas de plumas. Gui miró atrás antes de doblar la esquina y me vio en el umbral, con el abrigo abierto, en una pose provocativa. Dos hombres subían por la calle. Gui titubeó pero siguió su camino.

—¿Queréis un poco de diversión? —pregunté a los dos

transeúntes cuando llegaron a mi altura.

Los dos hombres me miraron perplejos y siguieron adelante. Una pareja de aspecto serio venía por la otra dirección. Eran aproximadamente de mi edad, él con gafas y un aire de profesor distraído, ella la típica esposa rubia que daba un apacible paseo vespertino con su marido. Lo único raro en ellos era que el paseo en cuestión tenía lugar a las tres de la madrugada.

—¿Queréis un poco de diversión? —les pregunté desesperada, temerosa de que Gui llegara con alguien del bar gay antes de que yo hubiese ligado. Al fin y al cabo, a una pareja casada podría gustarle un trío fuera de lo corriente, y estábamos en París, una noche sabatina primaveral.

—Se lo agradecemos muchísimo —replicó el profesor con seriedad—, pero acabamos de salir de una orgía. Sin embargo, me gusta su camisa de dormir... ¿No podríamos convenir otra fecha? —Hizo una formal inclinación de cabeza.

—Sí, sería agradable —añadió serenamente su esposa, como si hablara en una reunión de feligreses de la parroquia—. Los sábados por la noche siempre vamos a una orgía, pero a nuestra edad es un poco extenuante. No creo que esta noche pudiéramos hacer mucho más.

Les miré asombrada. Su interés por mí era auténtico y absolutamente práctico. Entonces se presentaron.

—Soy el doctor Krotchausen —dijo el hombre—, y ésta es mi esposa, la doctora Mabel Krotchausen. Ambos somos sexólogos americanos, y estamos pasando aquí un año sabático.

—¿Cómo están ustedes? —repliqué, tendiéndole la mano derecha mientras con la otra me envolvía en el abrigo—. Me llamo Auné Cumming. Soy profesora retirada y en la actualidad trabajo en el mundo del cine.

En ese momento Gui reapareció. Caminaba lentamente e iba solo.

—Te presento a los señores Krotchausen —le dije cuando llegó a nuestro lado. Me volví hacia los doctores y añadí—: Éste es mi hijo. Tenemos una relación incestuosa. Acaba de ir

al bar gay, pero es evidente que nadie le quiere salvo su madre.

Gui nos miró incrédulo.

—De modo que son ustedes amigos de Anne —dijo por fin, y empezó a sonreír.

—En absoluto —replicó el doctor Krotchausen, tan serio como siempre. Ambos tenían ahora cierto aire de aplicación, como unos arqueólogos que efectuaran un descubrimiento importante—. Acabamos de conocer a su madre, la cual es, evidentemente, una mujer muy interesante. Parece... ¿cómo lo diría?

—¿Adaptable? —sugirió la doctora Mabel.

—Exacto. Adaptable.

—Sí, desde luego lo es —convino Gui—. Muy adaptable.

—Los Krotchausen acaban de venir de una orgía —expliqué.

—¡Qué afortunados! —exclamó Gui—. Nosotros no hemos podido encontrar una. ¿Por qué no entran en casa y nos lo cuentan?

El resultado de este encuentro en la acera fue que accedimos a acompañar a los Krotchausen a una orgía el sábado siguiente. Estaban convencidos de que éramos madre e hijo.

El resto de la semana transcurrió sin novedad. Hicimos muchos recorridos turísticos, fuimos de *picnic* a Versalles y a las carreras de Longchamp, y luego nos despedimos de Fiona y su marido en el aeropuerto de Le Bourget.

—Esto de ser suegra me está deprimiendo —le dije a Gui cuando regresamos a la Rue des Sabots.

—No pienses en ello. La orgía te animará. Siempre has tenido mucho éxito en las fiestas. Serás la más bonita de las mujeres.

—Y tú serás el hombre con la polla más grande. Por lo menos podrás compararla con las de otros.

Me sorprendió que la proximidad de la orgía me pusiese nerviosa. Era como asistir a mi primer baile, y estaba ansiosa de tener éxito social. No quería ser una de esas chicas que se queda sin pareja.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Gui—. Tienes más experiencia de los hombres que la mayoría de las mujeres a tu edad.

Observé que el doble de mi edad sería noventa y dos años y añadí:

—Lo que me preocupa son las mujeres. Apenas he tenido relaciones sexuales con otras mujeres, y en una orgía será difícil no tenerlas.

—Bueno, por lo menos yo podré ocuparme de ese aspecto por ti.

—Pero no sé si me gustará verte joder con otras mujeres. Soy posesiva por naturaleza, y desde que cumplí los cuarenta sufro por la posibilidad de que me rechacen. Recientemente lo han hecho dos veces.

—Entonces será mejor que no vayas.

—No, eso sería peor. Me sentiría excluida.

Cuando llegó el sábado estábamos sorprendentemente animados ante la perspectiva de la orgía.

—Me limitaré a lavarme el cabello —le dije—. Al fin y al cabo, es lo único que voy a llevar.

—¿Quieres decir que tenemos que llegar allí desnudos? —Gui fue presa del pánico por un momento. El hecho de estar desnudo ante los demás le apuraba más que hacer el amor con desconocidos.

—No seas tonto. Habrá algún sitio donde desnudarnos.

Ese lugar fue la cocina, el único sitio no utilizado con otros fines. Fue una velada ajetreada.

La Orgía del Sábado por la Noche se celebró en Neuilly, un elegante y respetable suburbio de París. Entramos en un lujoso edificio con portero de librea, el cual nos anunció por el teléfono interior, añadiendo «*les amis du Professeur Krotchausen*» a modo de «ábrete Sésamo». Un ascensorista nos llevó arriba, junto con otra pareja elegantemente vestida que iba al mismo piso. Al mirar a la otra dama tuve la sensación de que mi indumentaria era inadecuada, lo cual me hizo reír nerviosamente. La idea de no ir bien vestida a una orgía parecía hilarante y, al mismo tiempo, socialmente preocupante. No tenía que haberme preocupado en absoluto.

Nuestro anfitrión abrió la puerta totalmente desnudo. También era joven y guapo.

—¿Cómo están ustedes? Encantado de verles. Creo que sus amigos, los Krotchausen, todavía no han llegado. Suelen venir tarde. ¿Querrán desvestirse en la cocina?

Sus palabras eran tranquilizadoras, la jugada inicial acostumbrada en las fiestas y cócteles. Quizá no pasaríamos, a fin de cuentas, por ningún apuro.

Miré a mi alrededor y vi por qué teníamos que desnudarnos en la cocina. El resto del piso estaba lleno de colchones de espuma extendidos para la ocasión tras empujar el mobiliario contra las paredes. Habían dejado el comedor y el baño en su estado natural, y en el primero habían instalado un bar y una mesa con bocadillos. La mayoría de los invitados se habían reunido allí, como era de esperar, y sostenían copas de champán. Por un momento pensé que era como una respetable colonia nudista, hasta que me di cuenta de que varios de los caballeros toqueteaban a las damas como si probaran las exquisiteces dispuestas en la mesa del comedor, mientras que algunas damas tenían en las manos y las bocas algo que no eran precisamente bocadillos.

—Tomemos unos tragos —susurró Gui.

—No, quiero estar atenta a lo que pasa.

Hubo algunos momentos de confusión total y otros de calma relativa, como en toda fiesta. La velada comenzó lentamente, como una danza de cortejo alrededor de una copa de champán que conducía a la invitación a yacer con un caballero en un colchón. Entonces se juntaban otras damas y caballeros, hasta que una no estaba segura de quiénes habían sido los primeros en acostarse. Una pasaba de mano en mano y de boca en boca, entre piernas entrelazadas. Penes desconocidos se abrían paso hacia mi conciencia. Finalmente noté la introducción de un dedo en mi ano. Miré a lo largo del brazo al que estaba unido y descubrí que pertenecía a Gui.

—Sabes que eso no me gusta —exclamé bastante irritada, golpeándole la mano.

—No sabía que eras tú —replicó contrito—. Sólo vi una

abertura sin usar y pensé que sería mejor aprovecharla. El resto de mi cuerpo tiene otras ocupaciones.

Soltó una risita nerviosa. Entonces los dos nos reímos a carcajadas.

Una docena de cabezas se alzaron airadas de la confusión de cuerpos.

—¡Vamos! ¡Amigos de la infancia que lo saben todo el uno del otro!

Me di cuenta de que habíamos cometido un error. Uno no provoca risas en una orgía. Todo es tremendamente serio.

Me levanté y fui al baño. Tuve que hacer cola para utilizar el bidet. Allí dentro había una docena de personas, hombres que se lavaban los penes en la pila, una señora rolliza en el bidet, una chica bonita en la ducha. Era una situación que enfriaba momentáneamente los ardores, una sórdida secuela de los juegos sexuales que eran curiosos aunque no divertidos. No puedo decir que me sintiera sexualmente excitada, pero estaba medianamente entretenida e intrigada.

La distinguida pareja con la que habíamos llegado era ahora el centro de atención. Ella era una mujer de mediana edad, de proporciones generosas aunque atractivas. Tenía un encanto a lo Rubens, rechoncha, con hoyuelos, rosada y blanca. Llevaba puesto un collar de perlas y estaba tendida como una Venus reclinada, mientras que su marido, de pie, parecía un alegre Baco y alentaba a otros dos caballeros para que complacieran a su mujer, la cual, desde luego, disfrutaba. Se contorsionaba, formando más hoyuelos, suspiraba y jadeaba, era un montículo de femineidad succulenta que hacía aquello para lo que está hecha una mujer sensual. El goce que el marido experimentaba ante el goce de su esposa era conmovedor. Excelente maestro de ceremonias, instruía a los otros hombres para que hicieran lo que su mujer necesitaba y que él probablemente ya no podía provocarle. No es que fuese impotente, sino que ella le conocía demasiado bien. Era una pareja de cansados físicamente el uno del otro, pero al parecer admirablemente unidos en su afecto, que revivían de aquella manera la novedad del sexo. Ella le sonreía y le sujetaba la mano, agradecida, mientras que él sonreía,

orgullosa y segura del cariño de su esposa. Les envidió. Estaba francamente celosa de Gui.

—¿Cómo te va? —le pregunté en uno de los intermedios.

—Estoy un poco cansado. —Se tendió en un colchón, a mi lado, y apoyó la cabeza en mi regazo—. Creo que necesito dormir un poco.

Cerró los ojos, lo cual no era precisamente lo que yo había esperado. Estaba dispuesta a retirarme con él a un rincón y superar con mi pasión a todas las mujeres que acababan de pasar por sus brazos. Aún no había experimentado ningún orgasmo y lo deseaba. En aquel momento llegaron los Krotchausen.

—¡Cuánto me alegro de verla! —exclamó el profesor, que estaba desnudo con excepción de las gafas.

La doctora Mabel dejó a su marido y se puso manos a la obra en otro lugar con una eficiencia asombrosa. Varios caballeros se agruparon en torno a ella al cabo de unos minutos, en una variedad de posiciones. Sin duda alguna era una frecuentadora profesional de orgías. La tímida ama de casa se convirtió en una activa oficiante.

—Me temo que esta escena no es realmente de mi agrado —le expliqué al profesor Krotchausen en tono de disculpa. Tenía la sensación de que le estaba decepcionando.

—No se preocupe —me consoló—. Ya se acostumbrará. Mabel no empezó a disfrutar hasta la quinta orgía.

Mabel estaba gritando de placer en la habitación contigua. Reconocí su acento nasal mientras estimulaba verbalmente a sus acompañantes. Hasta la llegada de la pareja, todo había sido más bien tranquilo y disperso, pero ahora los asistentes se volvieron más ruidosos y abandonados. La mayoría de los caballeros se habían recuperado tras sus primeros polvos, y los que no lo habían hecho estimulaban a las señoras para que lo hicieran entre ellas. Ellas accedían encantadas, cosa que excitaba a los caballeros y las embestían con renovado vigor. Gui abrió los ojos y me dejó para reunirse con una chica que se había dejado puesto juiciosamente el ligero y estaba al alcance de la mano. Le quitó el ligero elástico y la mordió en el blanco

muslo, por el que ascendió, sin dejar de mordisquearlo, en busca de zonas más cálidas y húmedas.

—¿No se siente celoso? —le pregunté al profesor Krotchausen.

—No. Tengo a Mabel para mí durante toda la semana, y a ella no se le ocurriría acostarse con otro hombre excepto los sábados.

—¿No hay por ahí nadie que le atraiga?

—Me tomo mi tiempo. A mi edad, con un orgasmo basta. Mi médico dice que no debo excederme. Normalmente espero hasta la última media hora.

Todo estaba demasiado bien organizado, faltaba espontaneidad y eché de menos el elemento de la sorpresa, así como la intensa excitación eléctrica del encuentro entre dos personas. Aquello era demasiado disperso para mi gusto. Me senté y sostuve una conversación acerca de Portugal con un caballero que estaba a mi derecha, apoyado en la pared. Al cabo de un rato guió mi mano entre sus piernas sin detener el flujo de nuestra conversación. Me resultaba muy difícil hablar con la boca llena.

Hubo una corta pausa para ver una película pornográfica, muy mal proyectada, como todas las películas caseras, e interrumpida continuamente. Entre uno y otro corte la gente hacía comentarios sobre los actores y reconocía a algunos de los participantes.

—¡Ah, mira! Ahí está Yvonne. Caramba, qué delgada está.

—Michel está en buena forma, ¿verdad? ¡Bien hecho, Michel!

—Eso está filmado en el chalé de Edgar, ¿no es cierto?

Era como si contemplaran la proyección de una película tomada durante las vacaciones familiares. Sólo a unos pocos les parecía erótico. Me aburrí y fui a picar alguna cosa al comedor.

—¿Puedo ofrecerle una copa?

Un hombre alto, de cabellos grises, me ofreció una copa de champán. Podría ser el padre del anfitrión, y probablemente lo era. Estaba empeñado en asegurarse de que todo el mundo se lo pasara bien. Me cogió de la mano y me

llevó al dormitorio, donde recorrió la pesada cortina que cubría la ventana. Desde allí me mostró la panorámica de París que titilaba a lo lejos. Estábamos en el último piso de un alto edificio de apartamentos orientado hacia el sur. De repente, me encontré en una situación bastante romántica. Estábamos separados de los restantes invitados, y él era un hombre galante y mundano. Me besó en la parte posterior del cuello y en la palma de la mano. Finalmente nos tendimos detrás de las cortinas de terciopelo azul oscuro e hicimos el amor con formalidad y comedimiento. Difícilmente podría haber rechazado al padre del anfitrión. Incluso empecé a olvidarme de Gui y disfrutar de la nueva situación. Yacimos sobre la mullida alfombra, en nuestro escondite a oscuras, y después de hacer el amor hablamos durante largo tiempo. Cuando por fin me separé de él, descubrí que Gui se había marchado.

Por un momento fui presa del pánico. ¿Cómo regresaría a casa? ¿Tenía las llaves? ¿Con quién se había ido Gui?

—¿Han visto marcharse a Gui? —pregunté a los Krotchausen, que ahora estaban tranquilamente sentados en un confidente de brocado. Aún tenían la impresión de que Gui era mi hijo.

—Sí, se ha ido con aquella pelirroja del ligero. Creía que usted ya se había marchado.

—No se preocupe —dijo Mabel al ver mi expresión—. Su hijo está en buenas manos. Ella es una muchacha de buena crianza.

Fui a la cocina y me vestí. La pareja de mediana edad con la que habíamos llegado también se estaba vistiendo y pronto recuperaron su aspecto de respetabilidad absoluta. Ella seguía llevando sus perlas, pero ahora colgaban sobre un vestido de alta costura muy elegante, bajo un abrigo persa negro con cuello de marta cibelina.

—¿Quiere que la acompañemos, *madame*?

—Si no tienen que desviarse demasiado...

Se dirigían a la isla de Saint Louis. No vivían en una calle interior como Vanessa y su novio, sino en una de las grandes casas en el Quai. Empecé a sentirme intrigada, sensación que

fue en aumento cuando me invitaron a subir en un gran Mercedes negro con chófer que había estado esperando pacientemente en el exterior y que llamó «excelencia» a su patrón. Sólo mi desinterés por la política me había impedido reconocerle como uno de los grandes líderes políticos de Francia. Al dejarme en la esquina de la Rue des Sabots, me besó la mano. *Madame* sonrió y en sus mejillas se formaron dos hoyuelos. Ahora ni un solo pelo de su cabeza estaba fuera de lugar.

—Espero que volvamos a vernos —me dijo afablemente.

Nunca volvimos a vernos. No tardarían en recibir tan sólo a visitantes reales y jefes de Estado.

La ausencia de Gui duró dos días. Los dos estábamos furiosos, pero él tuvo la cortesía de telefonear para preguntarme si había vuelto a casa sin contratiempo.

—Pero me dejaste plantado —protestó—. Te busqué por todas partes. Ni siquiera viniste a despedirme.

—¡No podía ir a despedirme cuando estaba ocupada detrás de una cortina!

—¿Cómo diablos iba a saber dónde estabas? Pensé que te habías ido con otro. Tienes la jodida facultad de ser demasiado adaptable. Te metes en una situación y sigues adelante en ella.

—Lo mismo que tú. Por eso nos compenetramos admirablemente. Ven a casa.

Gui regresó, pero ya no fue como antes. No puedes jugar con alguien y esperar que esos juegos cedan el paso a una relación seria. Pero ¿estaba preparada para una relación seria? Tal vez había efectuado una elección consciente por razones inconscientes. Nunca pretendí que Gui fuese un amante duradero, sólo sus atributos superficiales eran adecuados. Estaba disponible y disponía de sí mismo. Decidió que París era más apropiado que Roma para un joven pintor, y posiblemente la pelirroja le ofrecía personalmente más que yo. No deseaba un amante que viviera conmigo ni alguien por cuya carrera tuviera que preocuparme. Estaba acostumbrada a los hombres ambiciosos que sabían adonde querían ir. Gui había sido un compañero de vacaciones ideal,

pero las vacaciones habían terminado. Tenía que volver al trabajo y regresar a Roma. Tenía que volver a mí misma.

Fui a despedirme de Vanessa. Su joven compañero estaba ausente y chismorreamos como dos jovencitas acerca de los hombres.

—He perdido a Gui por una pelirroja —le dije. Era la primera vez que hablaba de novios en términos de igualdad con mi hija menor—. Va a quedarse en París.

—En fin, parecía más un romance de vacaciones que un compromiso a largo plazo... quizá sea mejor así.

Vanessa se mostraba consoladora y maternal, mientras que yo me sentía joven y estúpida. Los jóvenes están llenos de confianza, mientras que las personas de mediana edad son muy inseguras. Por un momento adoptó el papel de madre, pero recuperé el papel que me correspondía cuando escribimos una postal a los padres de su novio para que éstos vieran que la muchacha tenía una carabina en París. Nuestros papeles se mezclaban mucho, pero me daba cuenta de que pronto no habría ningún papel, que sólo seríamos un par de mujeres que vivirían sus vidas por separado y cada una se preocuparía de la otra sólo porque se conocían desde siempre.

Cuando llegó el verano, Vanessa y su siciliano decidieron casarse. Todas aquellas protestas, la negativa a celebrar una boda como Dios manda, quedaron relegadas al olvido. El vestido, de satén blanco, fue encargado a un modisto italiano que vivía en París. La bordadora de Dior incrustó mi vestido de perlas en su tiempo libre. Decidimos celebrar la ceremonia en Londres, en la iglesia católica del Soho. Robert y yo volvimos a presentar un frente unido, con Charles y su esposa como invitados de honor, a pesar de su separación. Llegaron los parientes de Sicilia y, como el padre político de Vanessa era senador, el papa de Roma envió un telegrama que se leyó durante la ceremonia. Luego todos anduvimos sin rumbo fijo por las callejas del Soho, con nuestros elegantes vestidos, para acabar desayunando a media noche en un pequeño restaurante italiano. El senador italiano hizo uno de sus mejores discursos durante el brindis, y la joven pareja se

alejó en la noche, hacia su luna de miel en Francia.

Al regresar a Roma me esperaba un buen trabajo. Mi viejo amigo Lawrence Harvey estaba rodando una película en Italia y deseaba que fuese su intérprete y directora de diálogos. No nos habíamos visto desde que Charles y yo nos casamos y fuimos a vivir a Chelsea, cuando Larry logró actuar por primera vez en Stratford on Avon. Había seguido su carrera con interés, desde *Romeo y Julieta* hasta *Un lugar en la cumbre*, y ahora me fascinaba descubrir cómo había encajado el éxito. Le recordaba como un chico guapo recién desembarcado del trasatlántico que le trajo desde Sudáfrica, deambulando por el

King's

Road de Chelsea, en busca de fama y fortuna. ¿Qué podría reconocer todavía cada uno en el otro, si es que quedaba algo reconocible?

Una vez en Roma, me enteré de que la película se rodaría cerca de Livorno. Firmé el contrato en las oficinas romanas de la productora y al día siguiente ya estaba sentada en un tren con destino a Livorno, el billete en la mano y mi equipaje rojo en el maletero por encima de mi cabeza. Apenas había tenido tiempo de sacar las prendas usadas en París y preparar las adecuadas para pasar dos meses junto al mar, pero llevé de todo, desde un impermeable hasta un traje de baño. Si el rodaje de la película rebasaba el tiempo y el presupuesto asignados, dejaríamos atrás los aguaceros de abril y mediaría julio cuando regresara a Roma. La verdad es que no llegué a partir.

—*Signora Cumming?* —Un joven alto y gordo golpeaba la ventanilla del vagón y me gritaba a través del cristal. El tren estaba a punto de ponerse en marcha, pues ya había sonado el silbato.

Bajé el cristal, esperando que me dieran algún dinero o un paquete para la productora en Livorno.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo me ha reconocido? ¿Le conozco?

—Sí... no... Deme su equipaje y baje del tren enseguida.

Estaba acostumbrada a las fugas rápidas, pero la súbita retirada de un tren en marcha era otra cuestión. Pedí a los

demás pasajeros que pasaran mi equipaje al joven mientras yo corría por el pasillo del vagón hacia la puerta. En el fondo de mi mente recordé que se debe saltar de un vehículo en marcha en la misma dirección en que avanza, por lo que salté al andén hacia delante. Caí de rodillas pero no me hice ningún daño. Al levantarme, vi que el joven gordo corría al lado del tren para recoger mi neceser. Observé que en el andén, detrás de él, había una sola maleta roja. La otra debía de seguir en el tren.

—No se preocupe, *signora* —dijo el joven cuando llegó a mi lado jadeando y me entregó el neceser—. Pediré en la oficina que llamen al director de producción en Livorno para que envíen a alguien para que recoja su otra maleta cuando llegue el tren. Sólo confío en que no la saquen del tren en Pisa. Vamos a la oficina del jefe de estación para evitar que suceda tal cosa. ¿Cómo está usted? Me llamo Paolone.

Paolone sólo tenía diecinueve años y era gordísimo, pero por lo demás muy eficaz. Se estaba preparando para ser director de unidad de rodaje en exteriores. A juzgar por las apariencias, aprendía en la práctica las dificultades del oficio.

—Estoy acostumbrada a perder mi maleta —le dije nostálgicamente—. La pierdo casi con tanta frecuencia como mi corazón... En general, las dos pérdidas coinciden, pero es la primera vez que pierdo la maleta primero. Esperaba con ilusión llegar a Livorno. ¿Qué ha ocurrido?

—No han aportado el dinero para la película, o por lo menos una parte.

—¿La parte italiana? —pregunté cínicamente. También yo estaba aprendiendo a mi manera.

—No, por una vez es el dinero de la coproducción americana. Dicen que Lawrence Harvey ya no es un éxito de taquilla.

—Pero él ya está en Livorno y mañana tenía que empezar el rodaje. ¿Quiere decir que iban a hacerlo antes de que todo el dinero estuviera en el banco?

Paolone me miró tímidamente y dijo el equivalente italiano de «así son las cosas».

Resultó que en Italia era una práctica corriente empezar

una película antes de haber reunido todo el dinero necesario. Habían contado con la solvencia de Larry, pero éste parecía ahora un activo congelado. El guapo Romeo, el apuesto ganador del Oscar por *Un lugar en la cumbre*, era ahora un hombre de mediana edad, como yo era una mujer de mediana edad. A fuer de sincera, en el fondo de mi corazón había confiado en que el reencuentro en el ecuador de nuestras vidas pudiera ser el romance que estaba esperando. Sabía que él iba a estar en Livorno sin su esposa, Joan Cohn, viuda del magnate de Hollywood Ring Cohn, y mucho mayor que Larry. No pasaban mucho tiempo juntos. Quizá tendríamos un encuentro nostálgico y cada uno caería en brazos del otro.

Sucedió algo parecido, pero no fue nostálgico. Cuando por fin llegué a Livorno unos días después y fui a ver a Larry en el bar de nuestro hotel, fue él quien cayó en mis brazos. El causante no fue la nostalgia sino el vino. Larry se había vuelto bebedor empedernido.

Podría escribir una tesis sobre el tema de la bebida y el estrellato, pero no lo haré. Las presiones y el hastío bastan para que cualquiera se entregue a la bebida. El pobre Larry tenía un motivo suplementario. Agonizaba lentamente de cáncer, pero entonces nadie lo sabía. Aún era un hombre encantador y seguía siendo guapo, pero estaba penosamente delgado.

—En las escenas de alcoba no me quito la bata —me comentó—. Es una lástima que no hicieran tantas escenas con desnudos cuando era joven. Perdí mi oportunidad.

—No la perdiste, Larry, tuviste éxito. Eres un gran actor.

Era cierto. No estaba en la ruina, pero se consumía lentamente. La verdadera estrella de aquella película era su coche, el Lamborghini de color naranja que sería de su propiedad una vez terminada la película, pues ésa era parte del trato. Casi toda la película tenía lugar en la *autostrada*, donde el actor recogía a una chica, personaje interpretado por Silva Koscina. Silva era una muchacha sosegada, casada con un hombre mayor que la había descubierto y promocionado. Era una de esas chicas que tienen un aspecto

de lo más ordinario sin maquillaje, pero sus rasgos eslavos adquirirían una gran belleza cuando se les aplicaba color y pestañas postizas.

—No me digas que esa chiquilla tímida es la estrella — comentó Charles cuando vino a pasar conmigo el fin de semana. La había visto sentada en el salón del hotel, haciendo punto mientras miraba la televisión.

—Las apariencias engañan, Charles. Cuando se mueve es una gacela. Fue campeona de natación en la escuela. He añadido una escena de piscina al guión para que pueda desvestirse y darse un chapuzón.

Yo me encargaba de todo cuanto se relacionaba con el lenguaje. Hacía ensayar a los actores, redactaba diálogos adicionales y controlaba todo cuanto se decía en el plato. La chica que manejaba el libreto hablaba poco inglés y confiaba en mi ayuda. El inglés del director era todavía más deficiente y me necesitaba a su lado para poder comunicarse con Larry. Entre una cosa y otra trabajaba dieciséis horas al día. Larry quería que estuviera en su habitación a las seis de la mañana, cuando reparaban los destrozos de la noche anterior. También quería que cenara con él, aunque su principal alimento eran los *bull-shots*, una mezcla de vodka y sopa Campbell. Pero siempre invitaba a una espléndida comida a cualquiera que le acompañase.

—Va a venir Joan y me agradaría que fueses a recibirla — me dijo un día.

Su esposa se presentó con un afable secretario de mediana edad que dirigía su vida. Joan era rosada, blanca y rubia, con un aire de irrealidad cuyo logro sin duda era costoso. Era como si cada producto famoso se hubiera combinado para teñirle el cabello, colorear su piel y, finalmente, vestir su cuerpo. Era el resultado final de una costosa jornada de compras en la selecta Rodeo Drive. Tenías la sensación de que no había nacido, sino que la habían montado pieza a pieza. Debajo de todo aquello, de la carga de oro y diamantes, había una mujer simpática y sencilla, solitaria en la mitad de su vida. Al verla me alegré de no ser rica. Ser una pobre chica rica ya es bastante malo, pero ser una pobre

mujer mayor rica es aterrador.

Pasábamos la mayor parte del tiempo en la *autostrada*, bajo el aguacero. Aquélla fue una primavera lluviosa. Entonces llegó el verano y sudamos bajo el cálido sol a lo largo de las polvorientas carreteras. El guión seguía al Lamborghini, al igual que nosotros. El coche tuvo más aventuras que los actores. Cuando se averió, vinieron mecánicos en avión desde Milán, y cundió el pánico cuando el especialista volcó de veras con el vehículo. Nadie miró siquiera si el hombre estaba bien... tan sólo se preocupaban de si el coche estaría reparado al día siguiente para seguir rodando.

Fui a ver cómo estaba el especialista.

—¿Te has hecho daño, Sergio? —pregunté al hombre de cabello rizado que se alejaba del coche mientras todos los demás lo examinaban.

—No lo sé, tengo una sensación de aplastamiento y mareo, pero no veo sangre por ninguna parte. ¿Y tú?

Le llevé al remolque de Larry.

—¿Te importa que subamos?

Larry se mostró amable y preocupado. Al fin y al cabo, Sergio arriesgaba su vida para salvar la de Larry. Hacía las acrobacias que la compañía de seguros no le permitiría hacer a Larry, aunque éste era valiente y podría hacerlas personalmente. Lo cierto era que en las escenas arriesgadas permanecía al margen y sólo intervenía en la filmación de los primeros planos.

En la escena del accidente, Larry se quedaba dormido al volante y el coche se salía de la carretera. El hecho de que hubiera volcado deslizándose cuesta abajo no figuraba en el guión. Tan sólo tenía que acabar en un badén.

—¿Qué ocurrió? —pregunté más tarde. Estaba jugando a las cartas con Ted, que era el doble de Larry desde hacía años. En realidad era una especie de secretario, guardaespaldas y amigo. Ahora Larry estaba tan delgado que Ted ya no se le parecía nada. Era un hombre simpático, tranquilo, paciente, laborioso, y tenía todo cuanto necesita una estrella de cine en un compañero.

Después del accidente, los tres desvestimos a Sergio, palpamos sus órganos vitales y buscamos heridas y fracturas. Estábamos muy lejos de cualquier ciudad y ni siquiera disponíamos de un teléfono cercano para pedir una ambulancia si fuese necesario. Larry, Ted y yo formamos un primer equipo de ayuda eficaz en medio de la histeria italiana. Eso nos consolidó como una unidad nacionalista, orgullosos de ser británicos hábiles en una crisis y capaces de dominar nuestras emociones. Sergio estaba impresionado y nuestra actitud le hizo tanto bien como el trago de licor que le ofreció Larry. Tras dejarle acostado, fuimos a comprobar los daños.

—¿Podemos volver a ponerlo en la carretera? —preguntó Larry.

Los hombres empujaron el vehículo con todas sus fuerzas, pero hacía falta una grúa. Enviamos a Paolone, nuestro obeso ayudante de producción, en un coche para que localizara el taller más cercano y pidiera un camión remolcador. Entretanto, el director improvisaba implacablemente.

—Larry, sube al coche, ¿quieres? ¿Dónde está el maquillador?

El maquillador estaba sentado en un coche aparcado, escuchando la radio, y se apresuró a embadurnar a Larry de sangre. Larry, el director y yo improvisamos y escribimos una nueva escena. En la industria del cine no puedes perder ninguna oportunidad, aunque alguien se esté muriendo.

Sergio no murió, sino que se convirtió en mi amante. Fue una relación conveniente para los dos durante la semana que estuvo con nosotros. Cuando sus escenas acrobáticas terminaran, nuestra escena también se acabaría. Sabíamos que no volveríamos a vernos en Roma.

Cuando Sergio se marchó, Paolone intentó ocupar su lugar. Me divirtió la idea de tener un amante de diecinueve años, más joven que mis hijas, pero no me sentí tentada. Su corpulencia era el principal obstáculo. Estaba tan gordo que no encontraba pijamas de su talla, y una noche se presentó en mi dormitorio con una anticuada camisa de dormir. Le habían enviado para persuadirme de que hiciera el papel

ínfimo de víctima en un accidente de carretera, que ningún extra italiano estaba dispuesto a hacer porque todos eran supersticiosos. Tenía que representar un cadáver en la cuneta, abandonado por un conductor que le atropellaba y se daba a la fuga y al que Larry descubriría al pasar por allí en su coche. Yo no quería hacerlo porque prefería el papel más divertido de la tía de Silva Koscina. No podía hacer los dos papeles en la misma película.

Paolone tenía la idea errónea de que si me seducía yo aceptaría el papel de cadáver. En su mente de diecinueve años, yo era una vieja ansiosa de sexo con un joven lujurioso. Me persiguió alrededor de la cama en una escena de hilarantes dimensiones cómicas. No accedí a ninguna de sus pretensiones, y más tarde hice el papel de la tía.

Me dieron un vistoso traje de Pucci, con pantalón fruncido de pernera ancha, y me lo quedé una vez finalizada la película. Durante años me dejé ver con aquel sorprendente atuendo de brillante seda rosa, en el festival de Spoleto, en fiestas privadas en la ciudad y en las discotecas de la costa durante el verano.

Recientemente había adquirido dos pequeñas habitaciones en el piso superior de una casa de pescadores en Sperlonga, un pueblo pesquero a medio camino entre Roma y Nápoles. Las había convertido en un ático para los fines de semana en aquel pueblo parecido a una *kasbah* árabe, levantado en un promontorio sobre el Mediterráneo. Me había costado mis ganancias por las dos últimas películas en las que había intervenido, y merecía la pena. En el aspecto material me estaba desenvolviendo bien. Tenía un piso en Roma, un apartamento en la playa y una nueva profesión... pero no tenía un hombre con quien compartir mis logros.

—¿Qué voy a hacer ahora? —le pregunté a mi amigo Kurt.

Habíamos regresado a Roma y estábamos filmando los interiores en los estudios Di Laurentis. Mi viejo amigo, el psiquiatra alemán, se había reunido conmigo para pasar sus vacaciones veraniegas. Conocía a Kurt desde los diecisiete años, en la Weimar de 1935, donde Kurt estudiaba medicina

y yo alemán, y donde perdí la virginidad con un miliciano nazi. Dos años después, cuando los nazis se hicieron con el poder, Kurt y sus padres judíos huyeron a Inglaterra con la ayuda de mi familia.

—¿Quieres un consejo o sólo deseas desahogarte contándomelo?

—Las dos cosas. Estoy preocupada, Kurt. Parece que no soy capaz de sentar cabeza. Desde que Rudi se marchó he pasado rápidamente de un hombre a otro. Ya no me puedo enamorar.

Kurt me miró durante largo rato y luego habló lenta y cavilosamente, como si yo fuese una paciente en estado grave.

—Existen dos posibilidades. La primera es que sigues enamorada de Rudi, la segunda que tienes una incapacidad congénita para las relaciones a largo plazo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no necesitas un hombre en tu vida... te bastas a ti misma. Te enamoraste románticamente de tus maridos y de Rudi, y por eso duraron. Pero el romance te decepcionó y ahora sólo necesitas un objeto sexual, porque no quieres sufrir de nuevo.

—Tienes razón. Los objetos sexuales nunca te hacen llorar.

—Así pues, relájate y deja de buscar. Cuando termine la película, tómate unas vacaciones. Ve a algún sitio nuevo y luego regresa y enfoca tu vida desde otro ángulo.

Seguí el consejo de Kurt. Ambos alquilamos nuestros apartamentos durante el mes de agosto y viajamos a Grecia. La culpa la tuvo Anthony Quinn, a quien fui a ver en *Zorba el griego* una fragante noche en Sperlonga, en cuyo cine al aire libre las luciérnagas revoloteaban ante la pantalla y la luna brillaba detrás de ella, sobre el mar oscuro. En conjunto, el efecto era tan romántico que tuve la sensación de que Grecia debía de ser la respuesta a la falta de aventura amorosa romántica en mi vida. A pesar de tantos viajes a las costas

más agrestes del amor, hasta entonces no me había fijado en Grecia.

Hablé por teléfono con Max, que estaba en París, y le propuse que viajáramos juntos a Grecia. El desastre se había cebado en él. Cuando los franceses se retiraron de Marruecos, perdió su restaurante y todos sus ahorros. Los nacionalistas tomaron el poder y entronizaron un rey marroquí, por lo que Max regresó a París, donde vivía en un hotel barato cerca del Boulevard Saint Michel. Su vida había perdido lustre y ahora más bien tenía puntos de contacto en la Generación Beat.

—No tengo dinero para viajar —replicó Max—, la única mujer con la que he dormido en mi vida está en Grecia. Intentó casarse conmigo hace años. Ir a Grecia sería un trauma para mí. Tú eres la que quiere casarse... inténtalo.

¿Quería casarme de nuevo? Lo dudaba, pero partí hacia Grecia con la firme creencia de que encontraría el hombre adecuado a la vuelta de la esquina.

Viajé en tren hasta Trieste y allí embarqué en un carguero yugoslavo que me llevó a lo largo de la costa dálmata hasta el Pireo, desde donde fui en autobús a Atenas, en cuya plaza de Omonia bajé con mi equipaje. Pregunté en un café por un hotel barato y encontré una habitación con dos camas de matrimonio que costaba cinco dólares por noche. ¡Si la compartía con otras tres personas podría recorrer Europa por cinco dólares al día, tal como aseguraban las guías turísticas! Deshice el equipaje y me encaminé directamente a la Acrópolis.

El resultado de mi primera mañana de estudio arqueológico fue Giorgios. Sólo había esperado encontrarme con turistas, pero tal vez uno muy rico había llevado a Giorgios al Partenón, dejándole luego allí abandonado. Era claramente la diversión de alguien que pasaba la primavera en Atenas, un guapo chico mantenido que finge ser eterno estudiante pero que nunca estudia y siempre está disponible para encuentros breves con los turistas extranjeros. Su belleza era tan divina, tan concretamente griega, que no pude resistirle. Le recogí junto con un trocito de mármol blanco y me los guardé a los dos en el bolsillo.

En cuanto a la propia Acrópolis, tal vez esperaba demasiado. Aunque se alza por encima de la ciudad moderna, no es totalmente independiente y pura. Sigues notando en ella la atmósfera de las aceras atestadas, los tranvías amarillos y las tiendas de baratijas que van ascendiendo lentamente envueltas en la contaminación. Sentí deseos de quitar el Partenón de allí y colocarlo en otro lugar. Supongo que me lincharán por decir tal cosa, pero los fragmentos de mármol que Lord Elgin envió al Museo Británico pueden verse mucho mejor que los que siguen en Grecia.

—Giorgios, ¿te gustaría acompañarme al hotel? —pregunté al hermoso joven que se movía y respiraba con la perfección clásica de las figuras de los frisos. Quería examinar de cerca su delineación muscular.

—Deseo tanto estar contigo para siempre... —afirmó, apretándome contra una columna corintia—. Iré contigo a donde me pidas.

Le hice bajar a toda prisa la colina, antes de que perdiera el entusiasmo, pero no tenía que haberme preocupado, porque el entusiasmo de Giorgios era irreprimible, irresistible y sin circuncidar. Los muelles de los somieres chirriaron alegremente cuando saltamos de una cama a la otra.

—Volver a empezar en una cama nueva me enfría —dijo Giorgios, pero la verdad es que nunca se enfriaba. Me hizo el amor seis veces antes de que anoheciera. Por suerte tenía que ir a su casa a dormir, pues vivía con su familia, pero regresaba cada día a la hora del desayuno.

—Esto tiene que terminar, Giorgios —le dije al cabo de dos o tres días—. No veo nada de Atenas, sólo el interior de este hotel barato. Tienes que ir a estudiar por las mañanas y no presentarte aquí hasta la tarde, para salir juntos y recorrer la ciudad.

Giorgios accedió a regañadientes, admitió que no se había presentado a los exámenes y tendría que hacerlo en septiembre, y se marchó persuadido de que tenía que estudiar por las mañanas mientras yo estaba en la playa. Las playas griegas eran hermosas, mejores que las italianas, pero echaba de menos la perfección arquitectónica de las ciudades

italianas.

La ciudad de Atenas me pareció un bazar oriental sin el brillo de Oriente. Era como si los restos de Occidente hubieran sido barridos y formaran un sucio montón antes de que empezara el Oriente, pero en conjunto me encantó. Supongo que podría denominar mi sentimiento «la nostalgia del fango». La miseria siempre huele a encanto. Basta pensar en Suiza, que no tiene ni una cosa ni otra. Las ciudades sin limpiabotas en las calles son insoportables.

Atenas es famosa por sus limpiabotas, cuyos puestecillos en cada esquina están adornados con molduras de latón, contra las que golpean con sus cepillos para atraer a los clientes. El polvo del verano recubre continuamente los zapatos y como a los griegos les gustan lustrosos, siempre parecen estar en equilibrio en las esquinas de las calles, con un pie levantado a cuyo zapato saca brillo el limpia, mientras se arremangan la camisa todo lo posible. Una cosa que siempre me fascina de los hombres mediterráneos es su manera de vestir, moderna y convencional, sin que tengan empacho en eliminar prendas según los imperativos climáticos. Por mucho que los anglosajones tratemos de imitarles, sólo logramos parecer disfrazados ante una ola de calor que nos ha pillado por sorpresa.

Tras la comida a base de *moussaka* y la siesta, Giorgios me llevó a dar un paseo por Atenas, a fin de ver algunos lugares turísticos. Delante del estadio de fútbol, unos obreros estaban excavando una tumba recientemente descubierta. Permanecemos en el borde y contemplamos cómo separaban cuidadosamente la tierra de dos esqueletos con recipientes de cerámica a sus pies. Fue un momento emocionante. Tuve la intensa sensación de participar en el descubrimiento y anhelaba meterme en aquella zanja y excavar el suelo blanco y seco, en que tantos restos de la venerada Grecia antigua permanecían aún enterrados.

Tal vez impulsado por la romántica atmósfera de la antigüedad, Giorgios me miró a los ojos.

—Me gustan tus ojos —me dijo—. En Grecia tenemos una canción que habla de «tus hermosos ojos verdes con pestañas

azules». ¿Te gusto también?

—Sí, desde luego.

—¿Por qué te gusto? —insistió.

—Porque eres guapo. Tienes el pelo espeso y rizado y me encanta deslizar los dedos por él.

—También tú tienes un cabello bonito, como la seda. Te quiero,
s'agapo

. ¿Desearías que me casara contigo?

Me eché a reír y le dije que era lo bastante mayor para poder ser su madre. Sin embargo, Giorgios lo decía muy en serio y mi risa no le hizo ninguna gracia. Le apremié para que fuéramos a la pequeña iglesia bizantina del siglo XI al lado de la catedral y descubrí que su tamaño diminuto se debió a la existencia de un edicto, que no permitía a los griegos construir sus iglesias más grandes.

Tras disfrutar durante varios días de los placeres de Atenas, Giorgios y las playas cercanas, decidí ir a Delfos sin el muchacho. Éste últimamente me había dado auténticas serenatas con el nuevo éxito de los Beatles, *Love me do*. A pesar del profundo afecto que decía sentir por mí, había empezado a pedirme dinero, y siempre he dicho que cuando he de empezar a pagar por la aventura amorosa, la dejo correr. Tendría que prescindir de Giorgios: la cultura ocuparía su lugar.

Dejé un mensaje en el hotel diciendo que estaría ausente varios días (aunque el viaje a Delfos requería un solo día), y me las ingenié para subir a un autobús sin ningún asiento libre. Cuando me vieron, cogieron una silla del café vecino y la colocaron entre las hileras de asientos. Me encontré emparedada entre una joven madre con un bebé en brazos y una buscona gorda que olía igualmente a perfume barato y sudor.

Cuando llevábamos media hora de viaje, el autobús se averió, por lo que decidí hacer en autoestop el resto del trayecto hasta Delfos. Me recogió otro autobús cuyos pasajeros eran todos varones. Ni uno solo de los rostros asomados a las ventanillas carecía de negro bigote. Era una

excursión de empleados de una fábrica de cerveza. Me senté en las rodillas de un hombre que vestía chaqueta de pana azul y dijo llamarse Constantinou. Trabajaba en la sección de filtrado de la fábrica.

Por fin vi Delfos. Por debajo de cada piedra antigua emergían los tallos de las flores silvestres. Era el lugar más romántico del mundo. Bebí agua de la fuente Castevau y luego seguí el torrente hasta su nacimiento, donde hablé con el oráculo y me vi inextricablemente enredada en el bigote de Constantinou.

Encontramos un lugar clásico para hacer una breve siesta, detrás de una columna caída. El lema de la fábrica de cerveza era «Te sienta bien». Lo dice en cada botella: «*Kanei kano*». Constantinou me sentó bien.

Durante el trayecto de regreso cantamos y bebimos vino mezclado con resina, embotellado en unas garrafitas con una cubierta de mimbre. Habría preferido cerveza pero, naturalmente, nadie pensó en llevar esa bebida. Sin embargo, tenían grandes cestas de comida: albóndigas con arroz envueltas en hojas de parra, carnes fritas y frías y queso salado. La abundancia de la comida no nos impidió detenernos en el camino para cenar. La reunión, con una sola mujer entre cincuenta hombres, no pudo ser más alegre. Constantinou y yo nos sentamos en la última fila de asientos. Lo hice de nuevo en sus rodillas y di continuos brincos. Me pregunto si todos los griegos quieren sodomizar a las mujeres.

Al llegar al hotel de Atenas a las dos de la madrugada, descubrí que Giorgios no había recibido mi mensaje y estuvo llamando a intervalos de media hora, luego esperó en la calle y al final, desesperado, me dejó una nota:

«Anne, cariño mío:

»Te he estado llamando todo el día y me ha sorprendido y desconsolado no escuchar tu voz. Mi desconsuelo es indecible y estoy asombrado y muy triste. Si no vuelvo a verte seré incapaz de proseguir con éxito mis exámenes. Telefonéame en cuanto

llegues. No dejes de hacerlo, pues me moriría sin ti.
Love me do.

Giorgios».

Como ahora Giorgios y Constantinou me llamaban continuamente, decidí huir a la isla de Hydra.

Cuando llevo una o dos semanas en un país, me canso de ser turista y necesito crearme una vida local, lo cual significa normalmente establecerme en un lugar o con una persona. Sin embargo, en esa ocasión las cosas no salieron exactamente así. Fui al Pireo y allí me enteré de que el viernes era el único día de la semana en que no zarpaban barcos hacia Hydra. Me quedé en el muelle con mi maleta, rodeada de hombres y barcos, así que elegí al más pequeño... de los barcos, claro.

Nadie parecía conocer con seguridad el destino de la pequeña embarcación. Como es habitual en Grecia, cinco hombres que hablaban seis idiomas se me acercaron para complicar más la situación. Una sola cosa estaba clara: ninguno creía que yo debiera ir al mismo lugar al que iba el barco, lo cual hizo que me decidiera enseguida. Salté a bordo cuando retiraban la pasarela y aterricé al lado de un joven apuesto apoyado en la borda. Éste me cogió el diccionario de griego que siempre llevaba en la mano, aunque no podía consultarlo porque no sé leer el alfabeto griego, pero buscaba la palabra deseada en inglés y mostraba el diccionario a alguien señalando el equivalente griego con el dedo.

El joven de la cubierta procedió exactamente al revés. Había sido testigo de la escena en el muelle y me señaló la palabra *adaptable*. Me la repitió a menudo durante el resto del tiempo que estuvimos juntos, que fueron veinticuatro horas explosivas. Luego tuve que huir.

El viaje fue delicioso. Las islas brumosas parecían emerger del mar, con montañas envueltas en una calina azulada. Atracamos en una de ellas, con barcas de pesca de brillantes colores amarradas a un muelle en cuyo extremo había una

iglesuela con una cúpula. Luego el vaporcillo zarpó de nuevo hacia alta mar. El joven me acompañó al minúsculo bar en las entrañas del barco y me dio un *baklava* muy pegajoso y un vaso de *ouzo*^[3]. No podíamos intercambiar una sola palabra, pero nos las arreglamos para comunicarnos los hechos esenciales de nuestras vidas por medio del diccionario. Es toda una técnica.

Cuando por fin llegamos a Methina, resultó ser una isla minúscula, habitada únicamente por campesinos y cabras, con armazones de cama aireándose entre los tendedores. Nos dio la bienvenida una señora gorda, y juntos transportamos una armazón de cama matrimonial a su casa de campo. Mi joven acompañante resultó ser ingeniero y lanzador de disco. Aún le recuerdo explicándome esto último en el lenguaje de los signos. Cenamos al aire libre, bajo un sauce llorón, y él empezó a lanzar los platos hacia las adelfas, para demostrarme su técnica. Había allí otro ingeniero, llamado Gregorious, de espeso bigote y con un conocimiento superficial del francés. Estaban construyendo una muralla marítima y me mostró una caja metálica negra que contenía la dinamita que usaban. Como la isla carecía de electricidad, fuimos a acostarnos muy temprano. Michaelis, como se llamaba el lanzador de disco, tenía un estilo particular de hacer el amor: embestidas breves e impetuosas, seguidas de un grito de triunfo. Durante esta experiencia, Gregorious se emborrachaba a oscuras en la habitación contigua.

En un momento determinado, Gregorious debió de pensar que le tocaba su turno, y empezó a golpear la puerta y gritar en francés que la derribaría si no la abríamos. No me moví de la cama, confiando en que el lanzador de disco me protegería. Michaelis salió para reconvenir a Gregorious, que estaba demasiado bebido para escucharle, y no regresó. Me apresuré a cerrar la puerta y echar el pestillo, y Gregorious siguió aporreándola y amenazando con volarla. Incluso oí que arrastraba la caja negra y la colocaba al lado de la puerta. Michaelis parecía gritarme para que cediera. Como todo esto sucedía en la oscuridad más absoluta, no podía consultar el diccionario, pero el tono de su voz evidenciaba

su certeza de que Gregorious cumpliría su amenaza, en un furibundo acceso de pasión frustrada estimulado por el alcohol. Probablemente llevaba meses sin tener a mano más que las cabras en aquella islita perdida en medio del mar. Permanecí acostada y temblando hasta que los gallos empezaron a cacarear. Sólo entonces el frenético Gregorious se alejó tambaleándose, seguramente para sumirse en un sopor alcohólico. Michaelis regresó y no me dio ninguna explicación de dónde había estado. Mis sentimientos hacia él habían variado por completo y decidí abandonar la isla antes de que Gregorious despertara.

Había oído decir que a las diez zarpaba un barco hacia Poros. Michaelis me acompañó a un cafetín, donde tomé un trozo de pan y café con mucha leche, mientras él comía un trozo de pastel pegajoso acompañado de un vaso de agua, lo cual es un típico desayuno griego. Hicimos acopio de paciencia hasta que llegó el barco, pues habría sido difícil mantener una interminable conversación cortés usando el diccionario.

En el barco conocí a una pareja de grecoamericanos muy amables que habían viajado a su país natal por primera vez. Él había ganado montones de dinero vendiendo *dolmas* en Dallas, y ahora lo gastaban generosamente para demostrarse que sus condiciones de vida eran mucho mejores que las de sus familiares que habían permanecido en el viejo país. Les encantó conocerme, puesto que no hablaban una sola palabra de griego y necesitaban un público, por lo que acepté su invitación a almorzar con ellos cuando llegásemos a Poros.

Comimos en la playa, bajo un monasterio de un blanco cegador que tenía un bello retablo bizantino. Les persuadí para que alquilaran una lancha motora por un día, pues deseaba ver toda la isla antes de proseguir el viaje hacia Hydra. Rodeamos Poros, llena de pinos, con sus lomas cubiertas de espigas doradas a lo largo de los estrechos bancales, bajo las colinas donde crecían los olivos. Luego fuimos a una isla vecina, que era una vasta plantación de limoneros cuyos frutos perfumaban el aire en sus cestos de mimbre, listos para ser cargados en el caique que los llevaría

al continente. En nuestro recorrido pasamos ante otra isleta cuya única señal de haber estado habitada eran las ruinas de un castillo medieval. Finalmente, en una taberna de la playa, bajo el monasterio, comimos un gran pescado entero, asado en un espetón.

En Poros subí al barco que zarpaba a última hora de la tarde rumbo a Hydra, tras despedirme de mis amigos grecoamericanos. Recorrí la primera clase en busca de mi próximo galán, pero lo encontré en la tercera clase: un joven oficial de marina griego de permiso para visitar a su tío en Hydra durante el fin de semana. Era un joven alto, de aspecto distinguido, el rostro sereno y rudo... no uno de esos tipos griegos de facciones suaves, semejantes a los de Oriente Medio. No podría haber visto Hydra en mejor compañía. Tasso y yo subimos por el sendero pedregoso hasta el faro, para contemplar la puesta del sol, descendimos hasta una caleta llamada Kamini y allí comimos langosta y bebimos *retsina* a orillas del mar, bajo la luna llena. A la mañana siguiente, cuando desayunaba pan con miel en un café del puerto, Tasso apareció en una barca de remos y me llamó desde el agua.

Me llevó a una isleta de rocas grises donde no había más que una capilla para los pescadores. Por entonces, tampoco nosotros teníamos nada encima. Miramos los iconos que contenía la capilla, tan desnudos como habíamos nacido. Hicimos el amor en las rocas, nadamos desnudos y, en general, nos comportamos como Adán y Eva. Fue una jornada bíblica. Dios había creado el mundo para nosotros solos.

Al regresar a Atenas hice una evaluación de mis admiradores. Michaelis, el lanzador de disco, era el más viril, pero no podía comunicarme con él y me gusta mucho un poco de conversación en los intervalos. Giorgios era ciertamente el más guapo, pero, aunque hablaba por los codos, sus temas de conversación eran limitados y al cantar jamás se salía de la misma estrofa de un disco repetido hasta la saciedad. Sus cartas, sin embargo, eran una maravilla. Luego estaba Constantinou, pero tenía mucho trabajo en la fábrica de cerveza. Durante la temporada estival la sed

insaciable de los turistas alemanes les obligaba a hacer horas extras para tratar de satisfacer la demanda. Y, naturalmente, estaba Tasso, el oficial de marina, que era sin duda el más inteligente y distinguido de todos ellos, pero tenía unos puntos de vista fascistoides. El arraigado monarquismo de mi tercer secretario tenía por lo menos su lado cómico, pero en el fascismo no hay nada cómico y me resulta totalmente inaceptable, a pesar de que tengo por norma aceptar las ideas políticas de los demás, su credo y su raza como partes integrantes del individuo. Un hombre debe ser perfecto dentro de su tipo para que sea digno de incorporarlo a la colección. No es preciso que sea apuesto, pero un objeto sexual es como cualquier otro objeto: su diseño ha de ser bueno, debe estar bien hecho y no fabricado con material inferior.

—Dime, Franca, ¿es inmoral utilizar a los hombres como una afición?

Había regresado a Roma y mi mejor amiga me estaba ayudando a pegar las fotografías de Grecia en dos álbumes, uno para los lugares y otro para las personas... todas ellas pertenecían al sexo masculino.

—La moralidad está en los ojos del observador. Una cosa sólo es inmoral cuando la haces aunque sientes que es mala.

Coloqué las fotografías de Michaelis, Giorgios, Constantinou y Tasso como si fueran las cartas de una baraja, para inspeccionarlas fácilmente.

—No hice nada malo. No les herí ni ellos me hirieron.

Todo aquello había formado parte del viaje. Al igual que los hombres de Marruecos, el muchacho de Bagdad, el persa con el loro, el libio del sombrero, el campesino de Positano y todos aquellos jodidos egipcios, formaban parte del escenario y yo había gozado de ellos como quien disfruta del paisaje.

—Pega todas esas fotos en un álbum y tendrás un libro de viajes especial, con hombres en vez de países —sugirió Franca.

—¡Qué buena idea! —exclamé, y fui a buscar la caja de

zapatos en la que guardaba todas mis fotos. Las extendí sobre la mesa y añadí—: Algunos de ellos no forman parte de un libro de viajes. Los conocí en un terreno familiar y mantengo relaciones con ellos... el Príncipe, el tercer secretario y Pietro, mi camionero.

El día anterior había tenido un satisfactorio reencuentro con Pietro.

—¿Y sigues manteniendo relaciones con Rudi?

—No. Rudi, Charles y Robert pertenecen a otra categoría —respondí entristecida—. Tendrán un álbum propio, titulado «Congojas del pasado».

Me senté y empecé a clasificar las fotos en tres grupos, «Congojas», «Relaciones vigentes» y «Hombres a cinco dólares por día».

—Esto va a ser más que una afición —comenté—. Es una manera de vivir.

Regresé a Inglaterra para pasar las Navidades. Por entonces estaba a punto de ser abuela. También iba a ser cómplice del demandado en el pleito por divorcio de Charles.

—No sé qué me gusta menos —le dije a Charles camino del aeropuerto—, si ser «la abuelita» o «la otra mujer». No son papeles que acepte con agrado.

Charles sonrió.

—Vencerás el obstáculo sin esfuerzo. Eres la mujer más adaptable que conozco.

—Otra vez esa palabra. Eres la tercera persona que me dice que soy adaptable, y no es verdad. Quiero seguir siendo como soy y llevar una vida tranquila.

Esta vez Charles se rió sonoramente.

—¿Una vida tranquila? ¿Con tu espíritu aventurero? Nunca lo conseguirás.

—No soy aventurera, sino que tiendo a la aventura. Me ocurren cosas, eso es todo.

Cuando llegó el momento, llevé a Fiona al hospital, mientras su marido estaba en el trabajo, y luego me pasé el día entero esperando noticias en casa. Mi yerno vino a cenar

e intentamos concentrarnos en un programa de televisión sobre las inundaciones de Venecia. Cuando telefoneamos al hospital se limitaron a decirnos que «todavía estaba de parto». Fiona nos había rogado que no esperásemos allí. Por fin nos llamaron: la misma Fiona estaba al aparato.

—He tenido un varón —dijo con voz débil.

Mi yerno dejó el teléfono y me abrazó.

—¡Es un chico! —gritó por encima del monótono comentario televisivo—. ¡Alégrate, abuela, es un chico! Vamos a verle.

—Ve tú, querido. Yo iré por la mañana.

Ansiaba ver a mi nieto, pero quería que los dos jóvenes estuvieran juntos. Mi yerno salió de casa en plena noche. De repente me sentí como una mujer muy sola y madura.

A la mañana siguiente sostuve en brazos a mi primer nieto. Su manita me arañaba el pecho y su cabeza rubia se me arrimaba como hace el recién nacido cuando siente por primera vez la necesidad de alimentarse.

—No tengo leche que darte, cariño —le dije—. Sólo soy tu abuela.

Fiona sonrió.

—Has pronunciado la temida palabra, *abuela*. ¿Qué tal lo encajas?

—Es una palabra que me gusta mucho —respondí, y me incliné para entregarle la criatura—. Gracias por hacerme abuela.

Besé a mi hija y luego la cabecita de mi nieto.

—La abuela te quiere —musité—. A la abuela le gusta que la llamen así.

Pasé una semana imbuida de sentimiento por el bebé y ayudando a Fiona a reponerse. Luego fui innecesaria. Una suegra siempre debe saber cuándo ha de marcharse.

Regresé a Londres y sostuve la mano de la mujer de Charles. Su divorcio era inminente y, aunque mi presencia no era necesaria, pensé que debía permanecer disponible. Los documentos que firmé en el bufete del abogado en Roma constituían pruebas suficientes, pero si ella deseaba acusarme cara a cara me encontraría preparada para ello. Habría hecho

cualquier cosa por la mujer de Charles, pero lo único que pude hacer fue invitarla a cenar en Claridges cuando todo terminó.

—Un buen divorcio es tan importante como un buen matrimonio —le dije mientras tomábamos el champán que yo había pedido.

—Pero he estado casada con Charles tan poco tiempo... Por alguna razón eso hace que me sienta culpable.

—Después de los celos, el sentimiento de culpa es la más negativa de las emociones. Olvídalo y piensa que el divorcio es más fácil después de un matrimonio corto.

Salimos del restaurante cogidas del brazo y fuimos a buscar los abrigos. La exseñora de Charles pidió además una enorme caja de cartón y me la ofreció.

—Es para agradecerte tu apoyo moral —me dijo.

La caja contenía un abrigo de armiño. La sorpresa me dejó boquiabierta.

—Charles nunca nos regaló a ninguna de nosotras una cosa así —comenté, y enseguida lamenté haberlo hecho. Por supuesto, Charles nos había dado mucho más, y el único problema era que luego nos lo había arrebatado. No hay nada más fácil que retirarle a una el amor.

Besé a la que fue mujer de Charles con verdadero afecto. Nunca olvidaré su generosidad. Murió al cabo de pocos años, tras haberse vuelto a casar. Había padecido durante cierto tiempo trastornos cardíacos, pero la cirugía a corazón abierto no puede tener éxito en un corazón que ha sido desgarrado en tantos sitios. Fue una mujer para la que el éxtasis del amor nunca compensó el sufrimiento. Querida señora de Charles, al morir, en cierto modo lo hiciste por las dos.

Una clase distinta de angustia

París e Italia, 1965-1966

El día que le conocí, en la primavera de 1965, supe que era peligroso. Lo era en general y para mí en particular. A menudo los hombres fascinantes son poco recomendables.

Atravesaba una época de serenidad en mi vida. Las bombas llovían sobre Vietnam, en Los Ángeles se producían disturbios raciales, hubo un golpe de Estado en el Congo y una revolución en Indonesia, la Commonwealth británica se estaba disgregando, las sequías provocaban restricciones de agua en todas partes y el peor apagón eléctrico de la historia dejó a oscuras a todo Nueva York... pero ninguno de esos acontecimientos afectó lo más mínimo mi vida. Personalmente estaba en paz. Había aprendido a vivir sola y me gustaba.

—Sé que es terrible, Charles —le dije durante nuestra comida semanal— pero el hecho de que la asistente doméstica venga o no es más importante para mí que la detención de Martin Luther King o el asesinato de Malcolm X. ¿Acaso soy inhumana?

—No te sientas culpable. Lo que ocurre es que eres demasiado humana. Las crisis cósmicas apenas cuentan. Son los acontecimientos personales los que constituyen la vida de una persona.

Los acontecimientos de mi vida durante el año anterior habían sido totalmente satisfactorios. Mis dos hijas estaban casadas y tenía un nieto precioso. Fiona ya esperaba otro hijo y Vanessa no tardaría en imitarla. Yo tenía éxito en el aspecto profesional y todavía conservaba un buen aspecto. Mi busca del amor había terminado, ya no lo necesitaba. Tenía relaciones sexuales con mis amantes, por los que sentía un profundo afecto, pero reservaba el amor para la familia y los

amigos, los cuales siempre estarían a mi lado, aunque los amantes desaparecieran.

Las heridas dejadas por Rudi habían cicatrizado, y cuando supe que había roto con su amante lo sentí por él y ya no por mí. Había dejado de sentir lástima de mí misma y me encontraba en un estado de tranquilidad emocional.

—Voy a tomarme unas vacaciones, Max —anuncié a mi amigo—. ¿Podrías encontrarme algún sitio donde vivir en París durante tres meses? Quiero escribir un libro.

—Me encantaría verte, Anne. —La voz que me llegaba desde el otro extremo de la línea en París tenía un tono de desaprobación—. Pero ¿de qué huyes ahora?

—De nada y de nadie —repliqué sinceramente—. Me ha ido tan bien en el mundo del cine que puedo tomarme algún tiempo libre. George Hayim desea quedarse en mi piso y, por una vez, quiero marcharme cuando todo está en orden, en una época de calma.

Era la calma antes de la tempestad. Fui a París y habité de nuevo el pequeño apartamento en la Rue des Sabots. Instalé la máquina de escribir en una mesa de juego prestada y escribí la primera página de una novela acerca de un homosexual que no puede amar a los hombres con los que se acuesta pero que ama desesperadamente a una mujer. Ésta le rompe el corazón, porque necesita el sexo que él no puede darle. El libro se titularía *Más allá de este límite* y estaría ambientado en París, donde esas palabras figuran sobre cada salida del metro: «Más allá de este límite los billetes no son válidos». Mis amigos Romain Gary y Jean Seberg vinieron a verme una noche y les hablé del proyecto. Nunca terminé el libro, pero Romain usó el título muchos años después. Probablemente no recordaba de dónde lo había sacado, pues así es como funciona la memoria artística. Me alegro de que lo usara.

Mi trabajo era muy satisfactorio. Estaba contenta porque volvía a tener cerca a Max, y a pesar de nuestros estilos de vida distintos me encantaba estar con él. Era el único hombre al que amaba en aquel momento.

Ahora Max estaba instalado permanentemente en París,

tras haber abandonado para siempre el norte de África, y vivía en el llamado hotel Beat de la Rue Git le Coeur, entre amigos bohemios que escribían, pintaban, tomaban drogas y buscaban nuevas sensaciones. Coqueteaban con la muerte, la policía y la locura. Todo ello formaba parte de la búsqueda de algo nuevo, pero a mí me dejaba fría, no me afectaba en absoluto. Tal vez nunca podría librarme de mi educación convencional de clase alta. O tal vez, ya próxima a los cincuenta, era demasiado mayor para todo aquello. Me dedicaba a observar más que a participar.

Un día estábamos todos sentados en la sórdida habitación de hotel que ocupaba Max en la Rive Gauche, tomando té y fumando «té», pero esta última clase de té se estaba acabando. Alguien había extraído hasta la última brizna de su bolsita para llenar la diminuta cazoleta de una pipa delgada, que iba pasando de unos a otros como una pipa de la paz. Yo siempre me saltaba mi turno, pero nadie me lo reprochaba. Charlábamos acerca de vaguedades, esperando «la conexión».

Nunca le había visto hasta entonces. Sabía que un norteafricano llamado Mohammed les suministraba la droga, y a menudo se referían cariñosamente a él llamándole El Profeta. Le imaginaba como un hombrecillo astuto, de mediana edad y tan flacucho como la hierba que vendía. No estaba preparada para encontrarme ante un joven dios.

—*Salut!* —dijo con indiferencia al cruzar la puerta. Su entrada no fue en absoluto furtiva. Permaneció un momento en el umbral. Sus anchos hombros llenaban el vano de la puerta de un lado del marco al otro, y su pelo negro muy corto casi tocaba el dintel. Al entrar en la habitación pareció llenarla también.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó. Se había sentado a mi lado pero no me hacía ningún caso. Hablaba un francés muy correcto.

Max explicó:

—Estábamos hablando de Bill Burroughs. Acaba de escribir desde Nueva York. Se encontró con Paul y Jane en el Chelsea Hotel, y dice que Jane parece sufrir trastornos cerebrales. Según Paul, se trata de una apoplejía, pero creo

que Cherifa ha intentado envenenarla.

—*Ah, William, il est à New York alors?* —Mohammed intervino en la conversación como si fuese uno de nosotros.

Más adelante sabría que ésa era una de sus habilidades peculiares. A pesar de que siempre parecía un juvenil Víctor Mature en el papel de un gángster triunfador, podía hacer suyos los aspectos superficiales de la sociedad con la que estaba, pero sólo esos aspectos. Nunca encajaba, aunque se las ingeniaba para integrarse en cualquier atmósfera, quizá sería más exacto decir que se camuflaba entre los demás, pues uno siempre tenía la sensación de que ocultaba algo. Bajo sus frases corteses y sus modales, correctos, había una fuerza latente.

No parecía tener prisa por entrar en acción. Tal vez estaba haciendo un resumen de la situación, porque, en un momento determinado, se volvió de repente hacia el chico sentado a su lado.

—¿Quién es? —le preguntó, señalándome con un rápido movimiento de cabeza.

—Mi hermana —replicó Max.

Esta respuesta pareció satisfacerle. La mercancía y el dinero cambiaron de manos, la primera en pulcros paquetitos de papel marrón, de distinto tamaño según los precios. Parecían esos premios que se extraen al azar de una bolsa.

Entonces el joven árabe se dirigió a mí por primera vez.

—Gracias, pero no fumo —respondí sonriendo.

Él me devolvió la sonrisa. Tenía una dentadura magnífica, la nariz recta y espesas cejas negras que casi se juntaban en el medio, como en ciertos retratos persas, pero sin su delicadeza y refinamiento. Había algo en él que rebasaba el tamaño natural.

—Debes salir conmigo una noche. Te daré uno de mis cigarrillos especiales. Dame tu número de teléfono.

La fuerza de su personalidad era tal que me dificultaba el raciocinio, y estaba a punto de darle mi número de teléfono cuando un timbre de advertencia sonó en mi subconsciente y la alarma se extendió por todo mi cuerpo, mezclada con una intensa excitación sexual. Entonces mi cerebro todavía era

capaz de funcionar en su presencia.

—Estoy a punto de marcharme —me apresuré a decirle—, pero Max siempre sabrá mi dirección.

Más tarde le dije a Max que nunca le diera mi número de teléfono a Mohammed.

—¿Qué ocurre, Anne? Creía que era precisamente tu tipo.

—¡Y tanto que lo es! Pero podría ser un verdadero peligro para mí. Hay algo en él que... no sé, no me debes volver a verle. Dile que me he ido de París.

Los amigos de Max me miraron sorprendidos. En aquellos círculos tenía la reputación de que era tranquila, serena y no temía a nada. Creo que también me consideraban frígida y desinteresada por el sexo. Max era el único que me conocía bien, pero no iba a sacarles de su error.

Permanecí varios meses en París, y cada vez que alguien mencionaba a Mohammed tenía la sensación de que me ahogaba. Un espasmo nervioso me dificultaba la respiración y el corazón me latía con violencia. Tenía que hacer un gran esfuerzo para salir de nuevo a la superficie de la normalidad. Ansiaba verle, pero me las ingeniaba para evitarlo. Durante aquellos meses tuve otras aventuras breves, ninguna de ellas demasiado profunda.

La vigilia de mi partida de París di una fiesta de despedida en un piso prestado. Max me telefoneó para preguntarme si podía venir con un amigo. Llegó tarde y yo estaba ya fatigada, tras haber hecho el equipaje y los honores a los invitados que pululaban a mi alrededor. El «amigo» de Max era Mohammed.

—He pensado que, como te marchas mañana, no importaría —comentó maliciosamente.

Creo que entonces no importó, en efecto. Ni siquiera hablé con Mohammed durante toda la velada. Él se mantuvo comedido y cortés, y habló tranquilamente con aquellos de mis amigos a los que conocía. Llevaba un traje gris que revelaba buen gusto, pero aun así había en él algo inquietante. Me ponía tan nerviosa como si llevara en las manos un explosivo plástico, y no dejaba de mirarme con aquellos ojos negros y ardientes en los que no había el menor

indicio de ternura y sólo un destello de sarcasmo. Era consciente de que yo había mordido el anzuelo y me despreciaba por ello... y yo le admiraba todavía más por despreciarme.

Llegó el momento en que los últimos invitados se despidieron. Max me abrazó afectuosamente. Mohammed permaneció detrás, mirándonos, y luego se adelantó.

—Ahora me toca a mí —me dijo, poderoso, dueño de sí mismo, con un dominio completo de la situación.

Tenía enormes puños y bíceps de boxeador, aunque no era en absoluto chabacano. Su abrazo me apretó como un tornillo de banco, y no habría podido moverme aunque hubiese querido, pero no quería. Podría haberme seducido allí, sobre la alfombra del vestíbulo, delante de todos mis amigos, y no habría opuesto resistencia. Sin embargo, demostró un perfecto dominio de sí mismo. Aunque me besó durante largo tiempo y con gran intensidad, lo hizo sin pasión, casi de una manera sádica.

Se marchó sin decir palabra. No esperaba verle de nuevo. Transcurrió casi un año antes de que yo regresara a París.

En las Navidades siguientes, antes de ir a Londres, hice un alto de una semana en París. El hotelito donde solía alojarme había cambiado de propietario, por lo que decidí probar otro. Como me gustaba el distrito y quería estar cerca de Max, alquilé una habitación en una calleja detrás del Boulevard Saint Michel. ¿Cómo iba a saber que era una calle monopolizada por la banda de Mohammed? Por entonces ni siquiera sabía que fuese algo más que un camello. Más adelante me enteré de que era uno de los gánsteres norteafricanos más estimados y temidos. Incluso los desesperados maleantes argelinos de Pigalle le respetaban. Lo había intentado todo, empezando por allanamiento de morada y estafas y ascendiendo por una escala en la que los grandes tratos en el mercado negro se mezclaban con la violencia, el robo de obras de arte y el contrabando de armas. Era el rey del distrito, y todos los árabes que merodeaban en

las esquinas de las calles y los bares eran sus informadores. Más tarde o más temprano alguien mencionaría a Mohammed que una extranjera rubia por cuyo aspecto debería alojarse en uno de los caros hoteles de la Rive Droite habitaba en su calle. Entonces no lo sabía, como tampoco sabía que habían enviado a alguien para que preguntara mi nombre al portero nocturno.

Eran las siete de la mañana de mi tercera jornada en París. Acababa de vestirme para salir a cenar. Alguien llamó a la puerta de mi habitación y, como no la había cerrado con llave, dije:

—*Entrez.*

Era Mohammed.

—¡Buenas noches! —me saludó con naturalidad, como si yo hubiera estado esperándole.

Tras la conmoción inicial, no sentí más sorpresa por su presencia. Su extraordinaria confianza en sí mismo te daba la sensación de que tenía derecho a estar allí... un derecho a estar en cualquier parte.

—¿Cómo estás? —le pregunté formalmente, como si estuviéramos en un salón elegante—. ¿Quieres sentarte? —Al instante me di cuenta de que no había más sitio para sentarse que la cama. Lo hicimos uno en cada extremo.

—Sólo dispongo de cinco minutos —me dijo en un tono flemático—. Quítate las bragas.

Me puse en pie y le obedecí. Mohammed se arrodilló en la cama y me atrajo hacia él, me subió la falda y en el espacio de diez minutos viví y morí. Luego se marchó de una manera tan inexplicable como había llegado. Me las arreglé para reunirme puntualmente con la persona con quien iba a cenar, aunque sentía como si me hubieran arrebatado para siempre mi fuerza de voluntad.

Mohammed no volvió a presentarse, aunque permanecí en mi habitación, esperando angustiada, temerosa de que si salía le perdería. Aceptaba pocos compromisos, y siempre que asistía a uno de ellos regresaba apresuradamente a mi habitación. Pero la espera fue inútil. Entonces, el último día de mi estancia, le vi en el otro lado de la calle, vestido con un

traje marrón de una elegancia excesiva.

—*Salop!* —le grité desde la otra acera. Él sonrió como si le hubiera dicho un cumplido y cruzó la calle.

Si los transeúntes habían oído mi insulto, también vieron a Mohammed cancelarlo con un sencillo gesto. Se inclinó y me besó como si fuera suya, sordo a los reproches, casi noble y condescendiente, reduciéndome al nivel de una de las mujeres que se prostituían por él.

—Tengo entendido que te marchas —me dijo con calma —. *Bou voyage*.

Aquel verano trabajé en Roma en una coproducción francoitaliana como directora de diálogos, que se había convertido en una de mis principales actividades en el mundo del cine. Hacia fines del verano la película se había terminado de rodar en inglés y yo tenía que doblarla simultáneamente en francés e italiano. Me pidieron que viajara a París para supervisar el doblaje al francés.

Sentí una punzada de inquietud, pues el recuerdo de Mohammed aún me quemaba bajo la piel.

—No te preocupes, pues está en la cárcel —me dijo Max cuando le llamé para anunciarle mi llegada.

Después de mi llegada a París, a menudo pensaba en Mohammed con una punzada de conmiseración y un anhelo apremiante. No soportaba la idea de tanta fuerza y virilidad encerradas como un león enjaulado tras los barrotes. ¿Aún parecería tan orgulloso y descaradamente apuesto con el uniforme carcelario? ¿Se estarían volviendo fofos los fuertes músculos de sus muslos, limitados a breves paseos alrededor del patio de la prisión? ¿Se habría quebrantado su ánimo indomable? París parecía muerto sin él.

Un cálido día estaba sentada en la terraza de un café del Boulevard Saint Michel, y entretenía la espera del director de doblaje escribiendo una postal cuando algo me hizo alzar la vista. Entre los centenares de transeúntes, el sonido de unas pisadas determinadas habían llegado a mis oídos cuando doblaron la esquina, pesadas pero suaves, las pisadas de un hombre corpulento que camina pesadamente con los talones y las puntas de los pies torcidos hacia fuera, pero con la

agilidad implícita de un atleta. Le vi pasar, alejándose de mí, muy erguido. Cada vez que cargaba su peso considerable en los talones y sus caderas oscilaban ligeramente de un costado a otro, su columna vertebral se erguía un poco más, moviendo su cabeza un poco hacia atrás. Cada paso era un gesto de desafío, el andar arrogante de un hombre juvenil que será pesado y potente en la mediana edad.

—¡Mohammed! —exclamé a pesar de mí misma.

Todos se volvieron menos él. Me sentí como una idiota, una solterona romántica que sigue reconociendo al único amante de su vida en cada transeúnte con el que se cruza casualmente durante el resto de su vida. El desconocido que se parecía a Mohammed llegó a la próxima esquina y dobló a la derecha, que era por donde había venido. Me incliné sobre la postal, ruborizándome por mí misma más que por el público.

Las pisadas volvieron a doblar la esquina: había dado la vuelta a la manzana, y esta vez se detuvo ante mí. Como tenía la cabeza inclinada, sólo le veía los muslos. A fin de cuentas no me había equivocado.

—No me volví por si estabas con alguien a quien no quisiera ver —me explicó con bastante rapidez y en voz baja—. Cuando doblé la esquina siguiente pude ver que eras tú. No creo que debas exhibirte conmigo en público, pues probablemente me siguen. ¿Dónde te alojas?

Me apresuré a decirle el nombre de mi hotel y el número de la habitación.

—Vuelve al hotel y pide que te sirvan café en la habitación. Si alguien me sigue, me lo quitaré de encima y estaré contigo dentro de diez minutos.

Dicho esto, echó a andar con toda naturalidad.

Una vez en el hotel, pedí que me subieran dos cafés y di instrucciones al empleado para que dirigiera al visitante a mi habitación en cuanto llegara. No tardó mucho más de los diez minutos que había prometido.

Entró directamente, sin llamar, con un telegrama en la mano. Observé que el cabello de sus sienes se había vuelto algo gris, aunque sabía que tenía unos diez años menos que

yo, tal vez ni siquiera había llegado a los cuarenta. Por lo demás, no había cambiado nada. Tampoco yo había cambiado... me sentía hipnotizada.

—Creía que estabas... dentro —le dije enseguida.

—Lo estuve —replicó, sentándose pesadamente en la cama, donde no tardó en acostarse, como si le perteneciera. Incluso cogió la segunda almohada para apoyarse en ella, de modo que no podría haber hecho lo mismo aunque hubiera querido y seguí sentada a sus pies.

—Dame el café —me dijo cuando estuvo cómodamente instalado. Me sentí como su esclava, cosa que me encantaba.

—¿Cómo saliste? —le pregunté quedamente.

—Con dos millones de francos gastados en los lugares apropiados.

—¿Cuánto tiempo habrías estado allí en otro caso?

—Cinco años.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

Él sonrió.

—¿Por qué habría de querer decírtelo?

—Supongo que no hay ningún motivo. Sólo quería saberlo.

—Una de las cosas que me gustan de ti, *ma chère*, es esa actitud tuya, la del «derecho divino de los reyes», como si el mundo te debiera una explicación de cada cosa. Es una actitud que concuerda con la mía, aunque tú la has adquirido casualmente, por tu cuna y tu educación, mientras que yo he tenido que cultivarla.

Era la primera vez que le oía pronunciar tantas palabras juntas. Le había concedido cierta astucia innata, pero nunca se me había ocurrido que fuera realmente inteligente. Aquella tarde iba a sorprenderme mucho. ¿O acaso la sorpresa no fue tanta? ¿No había sabido desde el principio que bajo aquella fuerza física que tanto me hipnotizaba debía de haber algo más que le hiciera alzar la cabeza y los hombros por encima de tantos otros como él?

—Para saber por qué me enviaron a la cárcel, querida, debes saber también por qué me convertí en un delincuente. Es una larga historia y no suelo hablar con mujeres.

—¿Por qué no hablas con mujeres?

—Me aburren. Unas sólo quieren acostarse conmigo y a las otras no llego a conocerlas jamás. Desprecio a la clase de mujeres que quieren acostarse con un tipo como yo.

—Comprendo. ¿Entonces por qué estás aquí?

—Te respeto, ¿y sabes por qué? Porque fuiste capaz de evitarme durante tanto tiempo y, sin embargo, cuando llegó el momento no temiste entregarte a mí sin la menor vacilación ni protesta. Eso significaba que no me temías ni moral ni sexualmente, sino que te dabas cuenta de que había en mí algo más que eso. De lo contrario, me habrías buscado enseguida, te habrías acostado conmigo hasta que tu curiosidad sexual hubiese quedado satisfecha y luego me habrías olvidado con la misma facilidad.

—Supongo que tienes razón. No había pensado en ello. Tan sólo sentía que eras peligroso y debía evitarte.

—Lo sé. Max me lo dijo. Era la primera vez que una mujer pedía no conocerme. En general suplican para verse conmigo. Lo tomé como un cumplido.

—¿Entonces me hablarás de ti mismo?

—No, eso sería una debilidad por mi parte. No pierdo tiempo con las mujeres, y además tengo cosas que hacer. Antes de que pase una hora voy a ganar mil dólares.

Se levantó de la cama, cogió mi cepillo para el cabello y empezó a cepillarse con cuidado el pelo corto y rígido. A pesar de su aspecto duro, siempre iba muy acicalado. Con la palma de su mano enorme se alisó muy suavemente las hebras grises por encima de las orejas. El pelo sobre la frente tendía a inclinarse hacia adelante a menos que lo cepillara hacia arriba. Era todo él muy corto, como el pelaje de un animal.

—¿No te haría bien decir por una vez «al diablo con los negocios» y pasar la tarde hablando con una amiga?

—No tengo amistad con las mujeres. Me acuesto con ellas. Las dejo que cocinen y limpien para mí. Tengo una que es como una esposa y cuatro o cinco queridas, y si me encapricho de cualquier otra la tomo por una o dos horas. No te necesito.

—Uno siempre necesita amigos. En cambio nadie tiene necesidad de enemigos.

Su rostro se ensombreció un momento y me miró con expresión airada.

—¿Por qué has dicho eso?

—Un hombre como tú debe de tener muchos enemigos.

Me miró como si estuviera a punto de decir algo, pero se limitó a encogerse de hombros y se encaminó hacia la puerta.

—No te vayas. Te haría bien quedarte.

Como no se me ocurría decirle nada que pudiera retenerle, me tendí en la cama, en una postura de abandono total, y le dirigí una de esas inequívocas miradas de lánguida seducción. Él me miró, empezó a reírse y luego meneó la cabeza.

—¡El día que empiece a anteponer una mujer al dinero estaré perdido!

Se marchó riendo, sin despedirse siquiera. Una vez se hubo ido, reparé en que el telegrama que tenía en la mano cuando entró estaba en el suelo. Se había deslizado entre la cama y la pared. Era de una mujer, la cual le decía que había llegado sin contratiempo a algún puerto norteafricano. No estaba especialmente interesada en el mensaje, pero allí constaba la dirección de Mohammed, la cual, según me dijo Max en cierta ocasión, no conocía nadie. Si querías ver a Mohammed tenías que dejar un mensaje en una barbería determinada, diciendo que esperabas a El Profeta.

No volví a verle antes de mi regreso a Italia ni tampoco esta vez estuve esperándole en mi habitación. Era evidente que no iba en pos de mi cuerpo, y yo no creía poseer cualquier otra cosa que ofrecerle y que él viniera a buscar. Además, debe requerir mucho tiempo cuidar de una esposa y cinco queridas entre un negocio y otro.

En Italia fui de visita a casa de unos amigos que vivían en la costa y, al deshacer el equipaje, descubrí que aún tenía el telegrama. Lo metí en un sobre junto con una postal de vivos colores en la que se veía nuestra casa sobre los acantilados,

por encima de una larga playa arenosa. En el reverso de la postal escribí: «Creo que un gángster triunfador no debería dejar su correspondencia en el dormitorio de una dama». Para completar la cosa, añadí en broma: «Ojalá estuvieras aquí. Ven cuando quieras y entra sin llamar».

Envié la misiva a la dirección del telegrama y luego me olvidé del asunto.

Mis amigos y yo habíamos llegado a un acuerdo por el que cada uno, cuando le tocara el turno, abandonaría la playa temprano a fin de preparar la comida para los demás. Luego todos juntos lavábamos los platos. Yo siempre era la última en volver de la playa, y me aferraba a la arena y al sol hasta el último momento posible. Un día entré sudorosa tras la ascensión bajo el fuerte sol y encontré a mis amigos en la puerta principal.

—¡Hay un monstruo enorme en la sala y dice que es un profeta! —me informaron en un susurro.

—¡No es posible! —exclamé, sintiendo una mezcla de alegría y temor—. ¡Mohammed! —grité desde el umbral, sin atreverme a entrar.

Cruzó la puerta de la sala, apareció en el vestíbulo y por un momento creí que estaba completamente desnudo. Tenía el físico más soberbio que había visto jamás fuera de esas revistas de culturismo, con la salvedad de que sus músculos no abultaban de un modo ridículo, sino que parecían fluir. Su piel era naturalmente atezada y llevaba el bañador más sucinto que se pueda imaginar. Creo que me habría desvanecido si él no me hubiera estrechado en un abrazo de oso al tiempo que me besaba ambas mejillas.

Una vez efectuadas las presentaciones, pasamos al comedor. Formábamos un grupo bastante variado. Nuestros anfitriones eran unos escritores franceses muy intelectuales, y los demás invitados, aparte de mí, eran una chica americana que huía de un examante y consideraba la posibilidad de suicidarse, y Fanny y Theo, ahora felizmente casados, todos viejos amigos. Pero por muy diversos que fuéramos, no veía cómo Mohammed podía encajar en el grupo. ¡Debía de estar loca para pedirle que viniera aun cuando no hubiera

pretendido que él tomara en serio la invitación! ¿O no estaba tan loca? Tal vez al comprobar su impropiedad entre todos mis amigos por fin me curaría.

No me equivoqué con respecto a Mohammed. No encajó en el grupo... sino que llevó la voz cantante. Había llegado en automóvil, a través del campo, adquiriendo por el camino provisiones que nosotros ignorábamos que se pudieran conseguir. Vigiló su preparación en la cocina, produjo hielo con un frigorífico que hasta entonces no funcionaba, encontró un sitio donde vendían cigarrillos Gauloises, compró flores para las señoras y se mostró amable con todos excepto conmigo.

—Somos viejos amigos, nada más —les dijo, y me dio órdenes como si fuese una criada.

Su habitación estaba al lado de la mía. Se tendía en la cama boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos, como una enorme estrella de mar. Dormía como un tronco y nunca cerraba la puerta para que todos pudieran ver que no dormía conmigo. Empecé a sentirme inquieta. Volvía a estar totalmente bajo su hechizo. Durante la larga y calurosa hora de la siesta y en las noches tibias daba vueltas en la cama y anhelaba que él abriera mi puerta. Y Mohammed no sólo me torturaba de esa manera sino que hacía todo lo posible por herir mi amor propio. La manera más eficaz de hacerlo era buscar mujeres.

—Necesito una mujer —anunció un día a la hora de comer.

Todo el mundo se había acostumbrado a su temple entusiasta y su conducta exagerada, e incluso le consideraban divertido y pintoresco, todos excepto yo. Dieron por hecho que satisfaría ese nuevo capricho como todos los demás. Cada vez que deseaba una cosa salía y la encontraba. Empezó a recorrer las playas, fue a la ciudad más cercana. Yo me moría de celos pero no decía nada. Lo peor estaba por llegar.

Un domingo llegó un amigo de Roma con su hermana. Yo no conocía bien a ésta, pero era razonablemente bonita y muy elegante.

—Será mía antes de que termine el día —nos aseguró

Mohammed a todos mientras los dos hermanos estaban en la terraza.

Mohammed no cejó en su empeño, y a ella parecía divertirse aunque estaba un poco nerviosa. Por la tarde me obligó a preguntarle si querría ir a bañarse con él a una playa más alejada. Ella rechazó cortésmente la invitación y yo suspiré aliviada. Aunque mis celos se calmaron, mi orgullo nunca superó el hecho de que Mohammed me hubiera obligado a pedirle sus favores a otra mujer.

Fuimos todos a bañarnos de nuevo antes de la hora del té. Mohammed nadó hasta unos dos kilómetros mar adentro, a pesar de haberle advertido que recientemente un tiburón había arrancado una pierna a un submarinista a tan sólo unos pocos kilómetros de la costa. No era más que otra manera de hacerme sentir incómoda, como caminar descalzo por el borde de la terraza, a treinta metros de altura.

Más tarde, a la hora del té, Mohammed me dijo en un aparte:

—Sepárala de su hermano.

Pedí ayuda a la chica para ir en busca del té. Mi voluntad estaba hecha añicos, y habría llevado a la muchacha en brazos a su dormitorio si él me lo hubiese pedido. Poco imaginaba que eso era precisamente lo que Mohammed se proponía hacer. Después de muchas payasadas delante de mí, la cogió en brazos y se la llevó. Seguí preparando el té y haciendo acopio de fortaleza, como si no hubiera ocurrido nada. Cuando por fin regresé a la sala de estar con la bandeja, los vi allí sentados en silencio. Era evidente que algo había salido mal. Mohammed me miraba de una manera extraña.

Después de cenar mi amigo y su hermana emprendieron el viaje de regreso a Roma. Presa de un profundo cansancio, salí a la terraza y contemplé las luces hipnóticas en las proas de las barcas de pesca que faenaban en la bahía. Mohammed salió y se apoyó en la barandilla, a mi lado. Por un momento quise abofetearle, pero me sentí lentamente atraída hacia él, como los peces eran atraídos por las potentes lámparas.

—Dime, Mohammed —me obligué a preguntarle—. ¿Por

qué no puedes acostarte conmigo si tienes tantas ganas de hacer el amor?

—Estoy esperando que me lo pidas de rodillas —respondió tranquilamente.

—Nunca haré tal cosa.

—Ya veremos.

Me fui a dormir enseguida y mi incapacidad de contener las lágrimas me horrorizó. Lloré durante largo tiempo y luego me levanté, fui al baño y me lavé la cara. La puerta de Mohammed estaba abierta y la luz de su cuarto encendida como de costumbre. No pude resistirme a entrar. Estaba acostado, leyendo una novela policíaca.

—De acuerdo, Mohammed, tú ganas —le dije, dejándome caer en su cama—. ¿Qué quieres que haga? ¿Rogarte que me abracés?

—Piénsalo bien primero. Te he dicho que desprecio a las mujeres que se acuestan conmigo. Luego ya no tendrás ningún interés para mí.

—No me importa. Lo aceptaré contenta. Sólo quiero poner fin a esta desazón.

—Entonces arrodíllate al lado de la cama.

Le obedecí.

—Ahora bésame los pies.

Hice lo que me pedía.

—Ahora vuelve a tu habitación.

Volví a mi cuarto y yací durante una media hora, mirando fijamente el techo. Por fin, cuando comprendí que él no venía, apagué las luces. Estaba tan humillada que había dejado de importarme. En aquel momento se abrió la puerta y él cruzó la habitación en la oscuridad. Le tendí los brazos y los apartó con brusquedad.

—Date la vuelta —me ordenó.

—No quiero. Deseo que me abracés.

Él no respondió. Se limitó a cogerme de los hombros y volverme de cara a la cama. Por un momento atroz pensé que iba a asfixiarme con la almohada, pero sólo me sujetó con firmeza de la nuca, apretándome la cabeza. Su fuerza y su peso enorme encima de mí me impedían moverme. Me

poseyó así, y se retiró nada más terminar, saliendo de la habitación sin decir una palabra ni lanzar un suspiro.

Esta misma escena se repitió a intervalos durante los días siguientes. No importaba el momento... al alba, en el crepúsculo, durante las tardes largas y calurosas o en plena noche, siempre exactamente lo mismo, sin ternura, sin pensar para nada en mí, como si fuese un objeto inanimado. El cuarto o quinto día me rebelé.

—No lo reduzcas a esto, Mohammed —le supliqué mientras rechazaba su acometida—. Hazme el amor y déjame que te lo haga.

Él ni siquiera replicó. Me levantó y, aunque me debatía, no pude evitar que me tumbara de nuevo. Sólo tuve tiempo de gritar: «¡Por lo menos déjame verte!» antes de que me presionase la cara contra la cama.

A la mañana siguiente le dije:

—Mohammed, me marchó. Estoy decidida a poner fin a mi esclavitud sexual.

—¿Adónde vas?

—Primero voy a Roma, luego viajaré al sur. Todavía me quedan dos semanas de vacaciones.

—Me gustaría ver Roma —dijo pensativo.

—Entonces vente conmigo —me oí decir. Aún no podía romper con él.

Telefoneé a Charles para comunicarle mi regreso a Roma. Ahora vivía con una sugestiva princesa italiana que estaba empeñada en casarse con él, pero él se mostraba circunspecto. El matrimonio le había salido mal en dos ocasiones y estaba escarmentado. La exseñora de Charles había vuelto a casarse, ya era infeliz y no tardaría en caer enferma. Yo tenía interés por ver lo que pensaría Charles de Mohammed. La costumbre del almuerzo semanal se había interrumpido durante algún tiempo, y ahora, al reanudarla, iba a presentarme con Mohammed.

Cargué mi equipaje en el coche de Mohammed y nos pusimos en marcha. Enseguida empezó a fallar uno de los cilindros. Fuimos renqueando hasta la estación de servicio más próxima y me senté al sol, sobre un muro, mientras

Mohammed y un mecánico solucionaban el problema del coche. En un momento determinado, el mecánico miró por debajo de mi falda y sonrió. Le devolví la sonrisa.

—¡Baja las piernas! —me gritó Mohammed.

Tuve una extraña sensación de triunfo. ¡Estaba celoso de veras! No volvió a hablarme durante el resto del viaje hasta Roma.

Debido a la avería, llegamos con el tiempo justo y fuimos directamente a reunirnos con Charles y la princesa. No podrían haber sido más encantadores con nosotros ni habernos invitado a un almuerzo mejor. Vi que Mohammed estaba tan impresionado por su simpatía y cordialidad como por su estilo de vida.

—¿Quién les has dicho que soy? —me preguntó cuando nos marchamos.

—Un viejo amigo que acaba de salir de la cárcel.

—¿Quieres decir que estaban enterados de quién soy y lo que hago?

—Pues claro. ¿Por qué no? Jamás miento a mi familia o a mis amigos.

En el trayecto hasta mi piso permaneció muy callado y pensativo. Al llegar ambos estábamos acalorados y exhaustos. Él fue al baño para ducharse y yo me desnudé y me tendí en la cama. Mohammed salió del baño con los pantalones puestos, el torso desnudo y todavía parcialmente mojado. Su piel tenía un bronceado magnífico, y al verle allí de pie, a la cálida luz de una tarde romana, se me ocurrió que podría haber posado como modelo para Miguel Ángel, cuyos modelos eran corpulentos y musculosos. Le llevaría a la Capilla Sixtina y se la mostraría.

—¿Por qué has sido tan amable conmigo cuando he tratado de herirte y humillarte de todas las maneras posibles? —me preguntó de improviso, mirándome fijamente—. ¿Por qué no reaccionaste pegándome y humillándome? A una mujer de tu inteligencia y educación le habría sido muy fácil ponerme en ridículo.

Le miré con una súbita sensación de serenidad y resignación.

—Supongo que se debe a que te quiero de veras —musité.

Él siguió mirándome mientras se quitaba el cinturón. Era de piel de cocodrilo, muy caro.

—¡Putá, zorra! —gritó de repente—. ¿Cómo te atreves a hacerme eso?

Empezó a azotarme con todas sus fuerzas. No intenté gritar, ni siquiera moverme. Al cabo de un rato dejó de azotarme y me alzó de la cama.

—*Putain! Salope!* ¡Una cama es demasiado buena para ti!

Me arrojó desnuda al suelo de mármol y me puso un pie en el pecho. Permaneció un rato erguido por encima de mí y luego se agachó lentamente y me escupió en la cara. Seguí tendida en silencio. No sentía miedo ni rencor, y le miré con dolor y ternura. Hice un ligero gesto con la mano para limpiar la saliva de mi cara, pero lo pensé mejor y me limité a lamerme los labios e introducir su saliva en mi boca.

Su cólera fue disipándose, sus espesas cejas negras se separaron y pareció como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Entonces me levantó cuidadosamente del frío y duro suelo de mármol y volvió a depositarme en la cama. Se tendió a mi lado y me hizo el amor con toda la intensidad y la pasión de las que sólo es capaz un hombre muy fuerte. En el momento del éxtasis, se irguió sobre los brazos, echó la cabeza atrás y gritó:

—¡Mírame! ¡Mírame! Esto es lo que querías, ¿verdad? ¡Has hecho que te amara! ¡Ah, *merde*, has hecho que te amara!

Entonces se tendió sobre mi cuerpo, ocultó la cara en mis cabellos y se quedó dormido.

Cuando nos despertamos era casi de noche. Ahora Mohammed yacía a mi lado boca arriba, con los ojos abiertos. Estaba demasiado insegura de la atmósfera que existía entre nosotros para acurrucarme contra él como deseaba, pero él me rodeó con un brazo y atrajo mi cabeza hasta que reposó en su hombro. La volví y oculté la cara en su cuello, y así yacimos juntos apaciblemente en la cálida oscuridad.

—Me rindo —dijo de repente, y lanzó un profundo suspiro—. Me entrego a ti.

—Me temo que no te comprendo —respondí perpleja.

—¿Quieres decir que no has entendido nada?

—Nada, excepto que has intentado torturarme.

—¿Torturarte? ¡Me he torturado a mí mismo! Podría haberte poseído el día que te conocí y abandonarte al siguiente, y así me habría ahorrado este trastorno.

—¿Qué trastorno?

—El amor es un trastorno. Amar a una mujer es una debilidad. No puedo permitirme tener sentimientos hacia ninguna mujer. Debo tomarlas y no darles nada de mí mismo.

—Pero ¿por qué?

—Porque las mujeres a las que podría amar y respetar proceden de un mundo diferente. No puedo pedirles que compartan mi mundo, que es mezquino, sucio e innoble, y las arrastraría a un nivel parecido.

—¿Entonces por qué no compartes el de ellas? ¡Nadie tiene obligación de ser un delincuente!

—Ése es precisamente el peligro, ya no sería yo mismo en su mundo. Ahí no hay sitio para alguien como yo. No sería nadie. El sacrificio sería muy grande por ambas partes.

No le respondí enseguida. Estaba sorprendida no sólo por la verdad de sus palabras sino también por el hecho de que pudiera verlo todo con tanta claridad. Pero él no quiso seguir hablando, se levantó, fue al baño y salió lavado, afeitado y deseoso de salir.

Pasamos dos días magníficos en Roma. Mohammed me sorprendía a cada momento. Tenía una verdadera sed de conocimientos y quería verlo todo. Sus juicios y gustos eran sencillos y directos. Cuando vio el techo de la Capilla Sixtina comentó:

—Fue un gran pintor. Hace que un hombre corriente parezca tan pequeño... —Y en la basílica de San Pedro—: Es demasiado pesada, demasiado rica para una iglesia. Me gustan las catedrales francesas, o quizás esa de Milán.

—Te gusta el gótico y no el barroco —le dije, sin intención de usar términos que él desconocía.

—Si hubiera conocido a una mujer como tú hace diez años, aún habría estado a tiempo —replicó.

—¿Por qué es tan tarde ahora?

—Ya te lo he dicho. He hecho un mundo a mi medida y es el único en el que puedo moverme. Tengo que regresar a él.

Entonces vi con claridad lo que había sabido desde el principio, que podía hacerme perder la cabeza, pero no existía ningún lugar al que pudiéramos ir juntos. No debía seguirle a París.

—¿Cuándo tienes que marcharte? —le pregunté.

—Dentro de uno o dos días. Tengo que ocuparme de asuntos pendientes.

Habría sido inútil intentar persuadirle de que no se marchara. Había conocido al hombre apropiado en un momento inoportuno. Podríamos amarnos intensamente, pero nunca podríamos vivir juntos. Yo seguiría con mi estilo de vida y él se reuniría conmigo en ocasiones, o tal vez jamás volveríamos a vernos. Nuestro amor no tendría más tiempo que el presente, viviríamos el instante y luego nos diríamos adiós.

—¿Tienes tiempo para llevarme en coche a Sperlonga? Es un pueblo a medio camino de Nápoles, donde he comprado un pequeño apartamento en la playa. Tengo que ir allí y ver qué arreglos son necesarios.

—Me gustaría mucho. Uno de los motivos de que te siguiera a Italia fue que necesitaba ver cómo vivías, quién eras en verdad, qué hacías realmente y si había un lugar para mí en tu vida. Creo que no lo hay, pero de todos modos me gustaría satisfacer mi curiosidad.

Hicimos un alto en un restaurante que yo conocía, al aire libre, entre olivos y cerca del mar, no lejos de Sperlonga. Era a fines de temporada y teníamos todo el lugar para nosotros solos. Mientras nos freían el pescado fuimos a bañarnos, y esta vez Mohammed nadó conmigo, en vez de internarse mar adentro para asustarme... estuvo a mi lado, debajo y encima de mí, a mi alrededor, retozando como una gran marsopa que me dejara cabalgar en su lomo. El pelo le caía sobre la frente en rizos negros, mojados y relucientes.

—¿Sabes? Habría dicho que no sabías nadar, que te habías criado en una *kasbah* superpoblada sin ver nunca el

mar —le dije mientras regresábamos a través del olivar. Un chucho que parecía perdido se nos acercó y echó a andar a nuestro lado, como si nos perteneciera.

—Nací y me crié en un pueblecito costero de mi país. Todos los niños aprendían a nadar en cuanto eran capaces de andar hasta la orilla.

Mohammed dio unas palmaditas al perro, el cual le lamió la mano. Me di cuenta de que le gustaban los animales.

—¿Cómo eran tus padres?

—Gente muy sencilla. Mi madre era muy estricta. Cierta vez, de niño, cuando el ejército de los aliados pasaba camino de la guerra en el desierto, robé unos pantalones cortos de un jeep. Estaba muy orgulloso de mí mismo, pero mi madre me pegó. Me acompañó hasta el sitio de donde los había cogido para devolverlos. Nunca he olvidado aquel paseo. Estaba aterrado, creía que los soldados me fusilarían cuando llegara allí.

—¿Ahora nunca tienes miedo?

—Sí, siempre. Cuando viene alguien nuevo y quiere trabajar para mí, siempre le pregunto si tiene miedo. Si responde negativamente, no le acepto, porque es o bien un mentiroso o bien un necio.

—¿Y tu trabajo no te repugna a veces?

—Sí, a menudo, pero he aprendido a superar eso también. Puedo ser violento a sangre fría. Tengo un bello cuchillo que mis amigos de la barbería me afilan con sus hojas. Fui a la academia militar y aprendí a disparar.

—¿Has matado alguna vez?

—Todavía no. —Hubo una larga pausa. Pisoteó airadamente la hierba, de entre la que se alzaron dos mariposas, una grande de color amarillo y otra diminuta y azulada—. No quiero matar, pero he de hacerlo.

Se me quedó mirando para aquilatar mi reacción.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué cualquiera *tendría* que matar?

—Por venganza.

—Pero la venganza nunca ha ayudado a nadie.

—Dime, ¿qué harías si estuvieras en mi lugar y un rival te

hubiera incriminado para quitarte de en medio? Ocultó suficiente droga en mi coche para asegurarse de que por lo menos me caerían diez años, y luego dio el soplo a la policía. Siempre he sido muy cuidadoso y nunca he dejado mercancía en el coche o en casa. Cuando me detuvieron, no llevaba nada encima excepto demasiado dinero, y por eso no opuse la menor resistencia y esperé que me soltaran después del interrogatorio.

—¿Así es como acabaste en la cárcel?

—¡Sí, y de una manera tan estúpida! Después de todas las cosas que he hecho para merecerlo, después de tantas huidas... ¡Ir a la cárcel por la envidia de otro!

—¿Pero no podrías pensar en otra forma de castigo? ¿No puedes hacer que encarcelen a ese tipo? ¿Por qué has de matarle?

—He pensado en todo lo demás. La venganza siempre debe ser fría, nunca ardiente, pues en ese caso cometes errores y caes en tu propia trampa. Lo he pensado muy cuidadosamente. Debo matarle o él me matará.

Después de comer fuimos al pueblo, encaramado sobre el mar, y visitamos al fontanero y el albañil que iban a arreglar mi apartamento. Les dimos instrucciones como cualquier pareja que hace planes para su nuevo hogar, pero Mohammed estaba distraído y yo esperaba que se despidiera y se marchara en cualquier momento. Sin embargo, permaneció a mi lado y me ayudó a ordenar el piso. El mobiliario consistía en un armazón de cama metálica y unas sillas con asiento de enea. El perro se acomodó en una esterilla ante la ventana abierta, mientras hacíamos la cama, y permaneció allí silencioso, bajo el sol de la tarde, mientras hacíamos el amor.

—Será mejor que me vaya ahora —dijo luego Mohammed—. Cuanto más tiempo me quede, más difícil me resultará afrontar lo que he de hacer. Conduciré de noche y llegaré a París mañana por la tarde. Cuando todo haya terminado, es posible que vuelva a ti. ¿Me aceptarías después de que hubiera matado a un hombre?

Reflexioné largo rato antes de responderle.

—No puedo esperar que vivas de acuerdo con mis principios ni imponerte mis criterios, pero existen ciertos sentimientos genéricos acerca del asesinato que jamás variarán para mí... sean cuales fueren las circunstancias. No sé cómo reaccionaría a una situación en la que nunca me he visto, aunque he vivido dos guerras.

Mohammed se levantó de la cama.

—Tienes razón. Como he dicho antes, no querría arrastrar a una mujer que amo hasta mi nivel. Será mejor que nos despidamos ahora.

—Te mostraré el pueblo y luego te acompañaré al coche.

Deambulamos por el pueblo en el crepúsculo. No dijo nada más acerca de su partida, aunque yo esperaba que lo hiciera en cualquier momento.

—¿Tienes apetito? —me preguntó por fin.

Cenamos en la pequeña *trattoria* de la plaza. El perro seguía con nosotros y Mohammed también pidió comida para él. Entonces regresamos a mi piso. Ambos titubeamos un momento al pasar junto al coche, pero Mohammed vino a casa conmigo, seguidos por el perro.

—Este es el momento que quería evitar —me dijo cuando nos acostamos—. Detesto saber cuándo es la última vez.

—¿Vendrás conmigo hasta Roma por la mañana? —le pregunté.

—No, no voy a ir más allá. Si llegara a Roma, tendría la tentación de llegar hasta París.

—¿Eso sería ir demasiado lejos?

—Sí, lo sería.

Cogió mi despertador y lo puso a su lado de la cama. El perro subió de un salto y le dejamos quedarse entre nosotros porque estábamos demasiado tristes para hacer el amor. Nos limitamos a cogernos de la mano hasta que nos dormimos.

La alarma del reloj nos despertó a los tres. Estaba a punto de amanecer.

—Adiós —me dijo sencillamente cuando se hubo vestido.

—Adiós —repliqué. No había nada más que decir.

Salió de la habitación con el perro. Oí el ruido del coche al iniciar su marcha y alejarse. Me sorprendió no sentir nada

excepto alivio. Me di la vuelta y mi profunda fatiga me sumió de nuevo en el sopor.

Poco tiempo después me desperté al oír que la puerta se abría. Aún no había instalado una cerradura que funcionara. La oscuridad era casi absoluta todavía. Me incorporé aturdida y vi a Mohammed, con el perro en brazos. Había regresado, pero no para quedarse. Me tendió al perro.

—Me ha seguido hasta la carretera —me explicó—. Me apenaba que se perdiera o lo atropellaran y por eso lo he traído. Es un buen perro. Quédate con él.

Salió sin decir otra palabra. Cogí el animal y lo deposité en la cama. Se tendió a mi lado y apoyó la cabeza en la almohada mientras oíamos el sonido del coche cada vez más lejano.

No volví a tener noticias de Mohammed. Varias semanas después Max me envió un recorte de periódico que informaba brevemente de que un delincuente llamado Mohammed Mazlout había ido a la casa de un rival norteafricano, al que atravesó el corazón de un disparo. La policía debía de haber sido advertida, pues cuando llegaron ante la casa el asesino salía. Uno de los policías disparó sobre Mohammed para impedir su huida. No murió enseguida, sino que dijo al policía que le había herido: «Lamento que hayas tenido que matar a un hombre, pero a veces es un deber». Luego perdió el conocimiento y murió antes de llegar al hospital.

Un final desgraciado es a veces el mejor final. Es más definitivo. Encontré un buen hogar para el perro. No lo llevé conmigo a Roma.

Con frecuencia a una muerte sigue un nacimiento. A fines de septiembre viajé a Inglaterra, donde estaba a punto de nacer mi segundo nieto. Fiona tuvo una niña. Vanessa también estaba encinta, pero su primer hijo no nacería hasta la primavera siguiente. Sólo permanecí dos semanas en Inglaterra, el tiempo suficiente para cuidar de Malcolm, el hijo de Fiona, mientras su madre estaba en el hospital. Aún era demasiado pequeño para apreciar la llegada de su

hermanita, y la súbita salida de su madre en plena noche le preocupaba más que cualquier otra cosa. Le acosté en mi cama mientras sus padres sacaban el coche del garaje y se iban.

A la mañana siguiente fuimos juntos al hospital. Cuando la enfermera trajo a mi nietecilla comentó:

—Nunca había visto una criatura con unas cejas tan bonitas. Son como las de Elizabeth Taylor.

Fiona mostró el bebé a su hijo.

—Mira, Malcolm, la he hecho para ti.

Él pareció perplejo un instante y luego cogió la mano del bebé y soltó una risita. Pensé que mi hija era inteligente y resolvía bien el problema de la rivalidad entre hermanos, incluso antes de que empezara. Malcolm agitaba furiosamente la mano de la niña.

—Con cuidado, cariño. Ahora se la daremos a la abuela.

Fiona me entregó la criatura. Mi primera nieta me miró con los vidriosos ojos azules del recién nacido. En efecto, se parecía un poco a Elizabeth Taylor. Era una niña muy bonita.

—Espero que no sea actriz —comenté—. He conocido a muy pocas estrellas felices.

—¿Y tú, mamá, eres feliz? —me preguntó Fiona.

—No lo sé. La vida es como un rompecabezas y hay siempre algunas piezas difíciles de encajar, a las que no puedes encontrarles un lugar apropiado. O bien su forma o su color son inadecuados. Pero éste es un momento feliz, en el que todo parece tener la forma correcta. Gracias por hacerme abuela de nuevo.

Fiona salió del hospital deseosa de volver a empuñar las riendas y, naturalmente, no había lugar para la abuela en la pequeña y bien unida familia. De haberlo habido, me habría sentido acongojada. Estaba orgullosa de la independencia y la capacidad de Fiona. Repartí besos de despedida.

Regresé a Roma y me entregué al trabajo en cuerpo y alma. Las películas italianas se estaban haciendo populares en todo el mundo, las sacaban de los cines de arte y ensayo para proyectarlas en las grandes salas dobladas en inglés, y se les hacía publicidad a nivel internacional. Un amigo que

trabajaba como relaciones públicas me pidió que le ayudara a promocionar mundialmente la primera película en color espectacular de Fellini, *Julieta de los espíritus*. Luego trabajamos para *El desierto rojo* de Antonioni, que tuvo mucho menos atractivo para el gran público, pero el director ya estaba rodando *Blow Up*, que sería la película más comercial que hizo jamás y que me haría regresar a Inglaterra al año siguiente.

Por fin descubría una nueva utilidad de mi conocimiento de idiomas y mis estudios dramáticos, a la vez que una profesión bien pagada me permitía satisfacer mi amor por los viajes. Mi trabajo consistía en ir a los exteriores donde se rodaban las películas para comprobar cómo iba la filmación, organizar visitas para periodistas extranjeros, convenir entrevistas televisivas con los actores, redactar textos para acompañar a las fotos que tomaba el fotógrafo de plato durante el rodaje y que se enviaban como avance publicitario a las distribuidoras de todo el mundo.

Las fotografías y las páginas mecanografiadas llenaban mi sala de estar. Los rostros de Sophia Loren y Marcello Mastroiani me miraban desde el suelo, mientras las clasificaba sentada en mi alfombra persa ante la chimenea. Ambos actores habían sido elegidos para protagonizar dos películas de De Sica, *Matrimonio a la italiana* y *Ayer, hoy y mañana*. Yo estaba demasiado atareada para preocuparme por mi propio mañana, y el ayer había quedado atrás.

—¿Le echas de menos? —me preguntó Charles un día de otoño.

Estábamos a fines de noviembre, pero disfrutábamos del veranillo de san Martín y estábamos sentados en su terraza, bajo el cálido sol invernal, sentados en *chaises longues* de mimbre. Supongo que había una expresión de lejanía en mis ojos, mientras reposábamos en silencio, contemplando los tejados romanos de onduladas tejas de terracota, que se extendían hasta la cúpula de San Pedro, a lo lejos.

—¿Te refieres a Rudi? —le pregunté.

—No, me refiero a Mohammed. ¿Por quién has sufrido más?

—Ha sido una clase distinta de angustia. Creí que Rudi sería un amor para siempre, pero siempre supe que con Mohammed no podía tener ningún futuro. No existía más que el momento presente, y por eso fue un romance tan desesperado, tan intensamente apasionado. Sufría cuando estaba con él, y cuando se marchó casi fue un alivio.

—¿Y Rudi?

—Mi relación con Rudi fue una despedida interminable. A veces creo que el final estaba al principio, y en ocasiones tengo la sensación de que aún no ha terminado.

—¿Y yo?

—¿Tú, Charles? —Le sonreí—. Ahora eres como un hermano para mí. Siempre estarás ahí, y ya no hay nada en ti que me hiera.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Cuando me dispuse a marcharme nos abrazamos afectuosamente. Las aristas afiladas habían desgastado nuestra relación, que ahora era una amistad apacible.

Fui andando a casa, a través del resplandor dorado de un otoño romano. El sol destellaba en los edificios de color ocre y siena rojizo, las primeras lluvias habían dado a los árboles del Pincio un verde más intenso, unos pocos árboles de hoja caduca formaban parches de amarillo pálido contra el verde más intenso de las encinas, los pinos y los cipreses. Roma era un lugar hermoso donde vivir.

Cuando llegué al piso se había levantado un ligero viento y las hojas de la enredadera de Virginia en mi terraza habían empezado a caer. Algunas habían entrado en la sala y estaban esparcidas sobre las alfombras persas, con cuyos colores armonizaban. Mientras las recogía una por una, recordé una escena similar diez años antes, cuando Rudi me ayudó a barrer las hojas otoñales de mi vida. Ahora sería más difícil encontrar alguien que lo hiciera. Tenía casi cuarenta y nueve años.

Aún estaba en pie con las hojas rojizas en la mano cuando sonó el timbre.

—¿Quién es? —pregunté a través de la puerta cerrada.

Normalmente abría la puerta sin pensarlo dos veces. ¿Acaso estaba perdiendo mi temple?

—¡Un telegrama! —respondieron a través de la pesada puerta con su picaporte de latón. Recientemente la había pintado de color púrpura.

—Firme aquí, por favor —me dijo el guapo mensajero cuando abrí la puerta. Sólo recientemente había empezado a fijarme en los jovencitos, lo cual me hacía sentir muy de mediana edad. ¿Acaso a las mujeres empezaban a gustarles los jovencitos atractivos, de la misma manera que a los hombres de mediana edad les gustaban las muchachas núbiles?

Garabateé mi nombre en la línea de puntos y di una propina al chico antes de cerrar la puerta y volver a la sala de estar. No tenía prisa por abrir el telegrama, pues nunca pienso que puedan traer buenas noticias. Lo sostuve con el brazo extendido, para ver de dónde venía. Empezaba a necesitar gafas, pero no me hicieron falta para ver que era un cable de ultramar y no europeo. Venía de Nueva York.

Me senté en el largo sofá moderno ante la chimenea y rasgué el sobre. El mensaje era breve y no estaba firmado:
LLEGADA A ROMA 14 DICIEMBRE. ¿PUEDO INVITARTE CENA CUMPLEAÑOS?

Ningún nombre. ¿Cómo iba a saber cuál de ellos lo enviaba?

A la mañana siguiente llegó la continuación del telegrama: un ramillete de violetas que me trajo un recadero de Interflora. Las conté: eran doce. De modo que se trataba de Rudi. Una rápida imagen cruzó por mi mente. Once años antes un joven tímido permaneció en el umbral de mi puerta, con el primer ramillete en la mano. ¡Cuántas violetas se habían deslizado bajo los puentes de nuestras vidas desde entonces! Ahora Rudi era un triunfador, un hombre cuarentón que se disponía a cruzar el Atlántico para llevarme a cenar. Todavía faltaban dos semanas para que cumpliera los cuarenta y nueve. Me senté a esperar con una mezcla de sentimientos.

Notas

[1] En inglés, *bleomers*, pantalones bombachos de señora. (*N. del T.*).

< <

[2] En inglés *wishbone*, «hueso de los deseos». En los países anglosajones existe la superstición de que cuando dos personas tiran de la espoleta, aquella que se quede con el fragmento más largo verá cumplido un deseo. (N. del T.). < <

[3] *Baklava*: pastel de nueces y miel oriundo de Oriente Medio.
Ouzo: licor griego con sabor a anís. (*N. del T.*). < <